

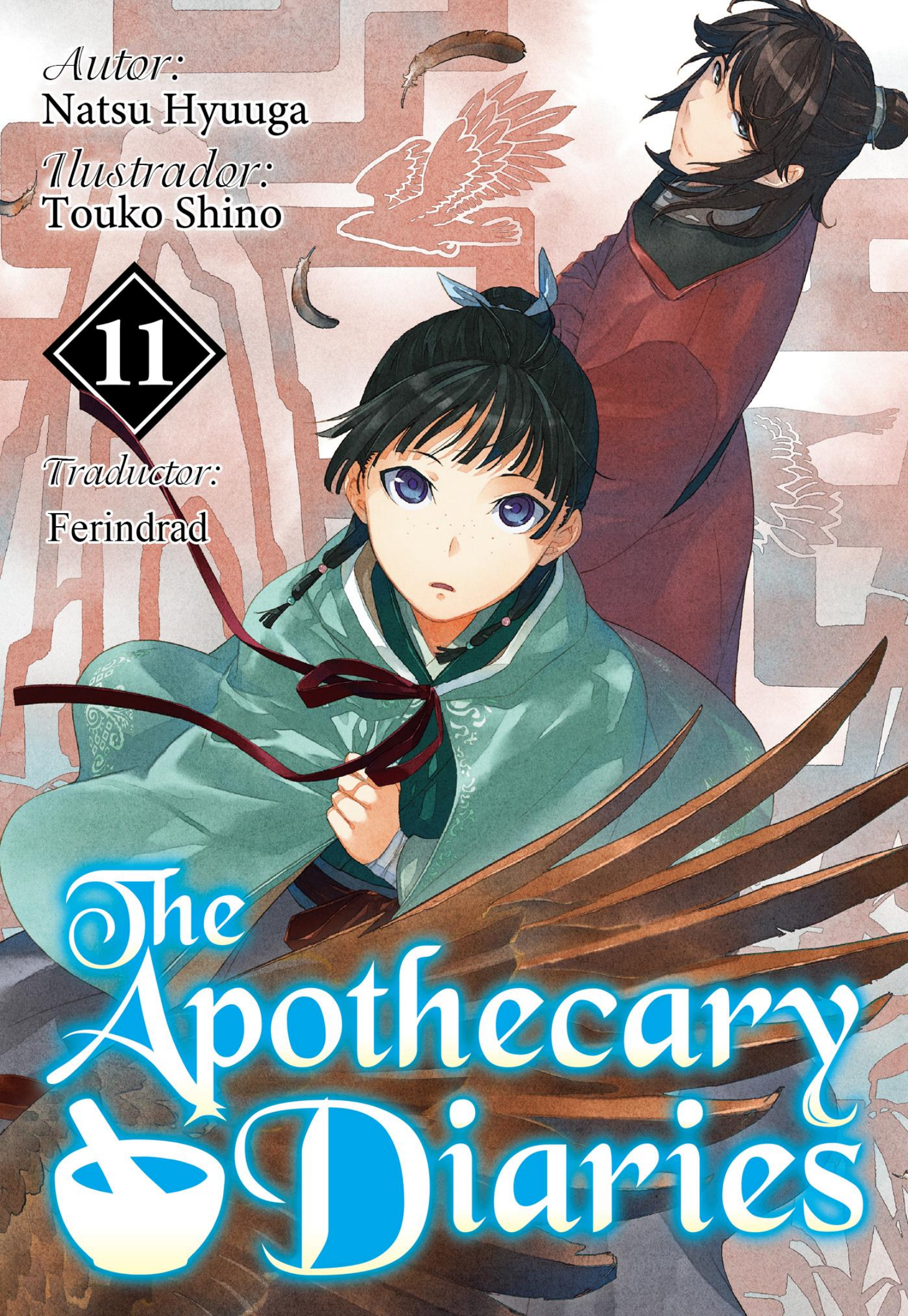
Autor:
Natsu Hyuuga

Illustrador:
Touko Shino

11

Traductor:
Ferindrad

The Apothecary Diaries



El Diario de la Apotecaria

Introducción

El Éxito de Jinshi, la Culpa de Jinshi

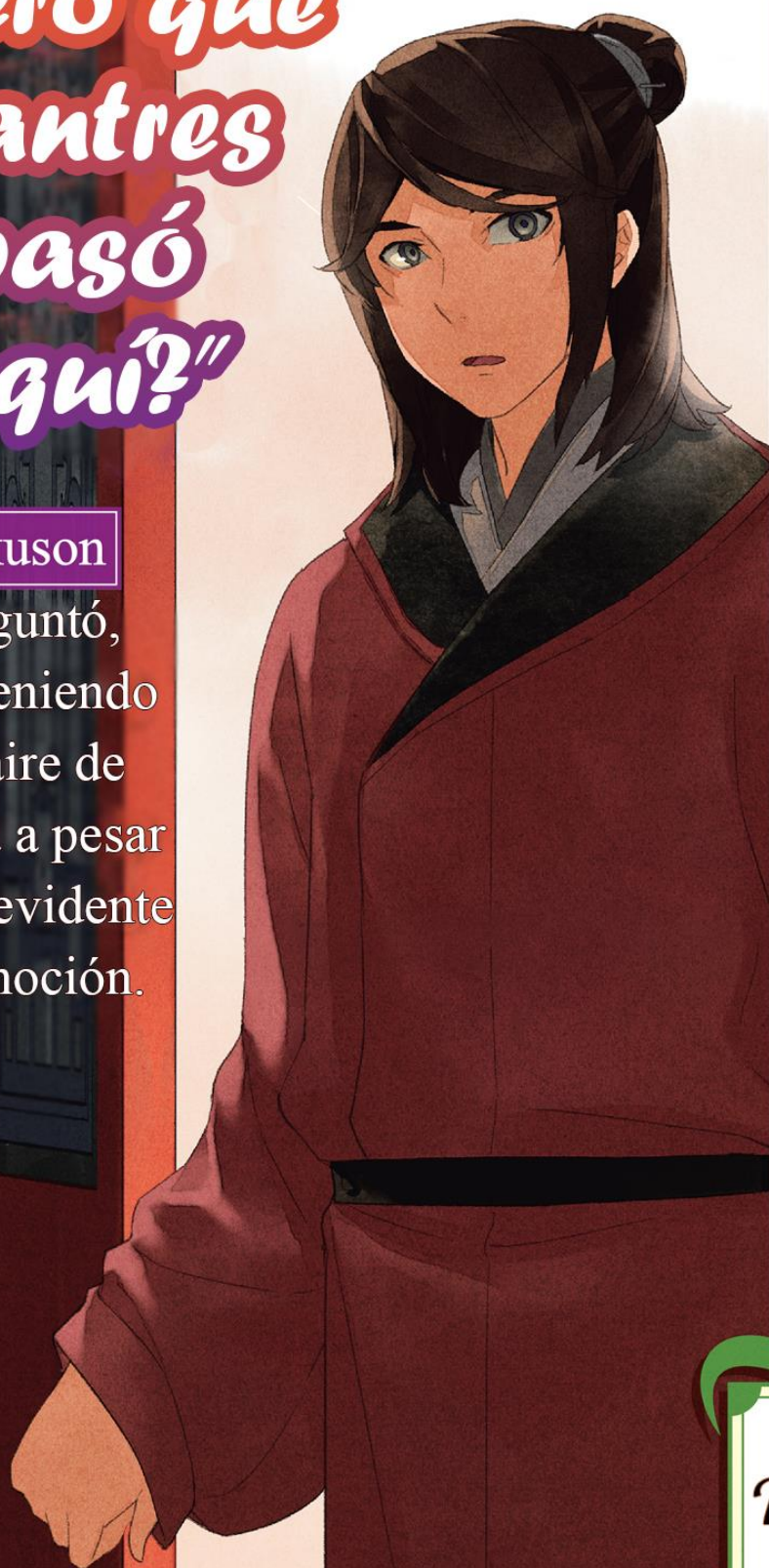
Jinshi utiliza su posición de hermano menor imperial para obtener apoyo del gobierno central para la provincia de I-sei. Mientras los suministros siguen escaseando, Maomao se encuentra con problemas que caen sobre ella como cenizas ardientes.

Está la nieta de Gyoku-ou, que padece una misteriosa dolencia estomacal; el anciano al que arrastra el estratega excéntrico, Lakan, al que llama el Sabio; las excentricidades de su colega, Tianyu. Y luego está aquel del que no ha habido noticias... ¿Volverá por fin a casa?!

A pesar de todos sus esfuerzos, el resentimiento hacia el hermano menor imperial aumenta en la capital occidental. A medida que la gente es atormentada por el hambre y las enfermedades provocadas por el enjambre de insectos, comienzan a dirigir su ira hacia Jinshi, y él se encuentra siendo objeto del odio de los mismos plebeyos a los que creía proteger. ¿Cómo responderá? También está el gobernador en funciones, el propio Gyoku-ou: ¿qué se trae entre manos? ¿Saldrá Maomao sana y salva de todo este peligro?

**"¿Pero qué
diantres
pasó
aquí?"**

Rikuson
preguntó,
manteniendo
un aire de
calma a pesar
de su evidente
conmoción.



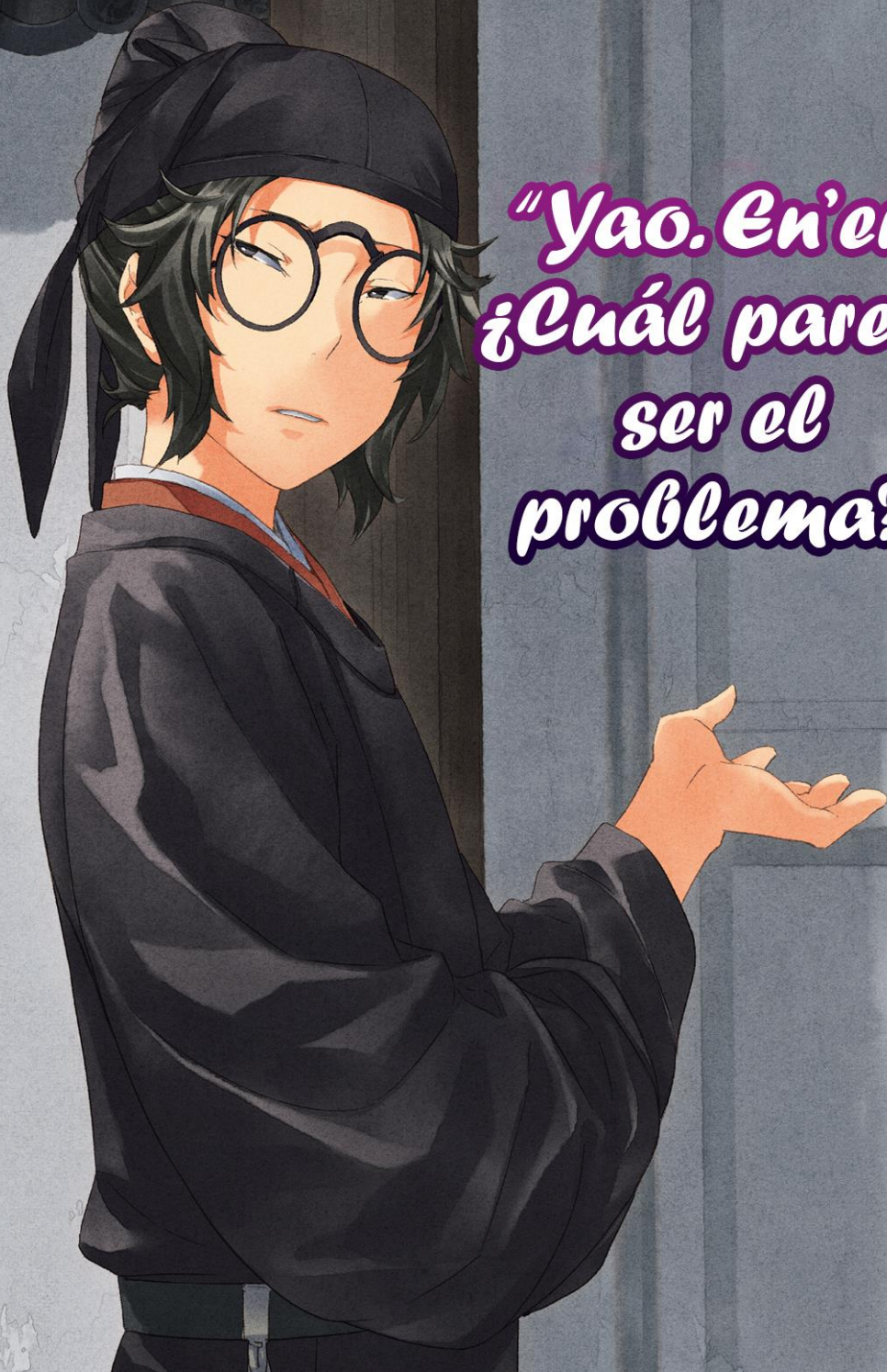
*El
Diario de la
Apotecaria*

Autor
Natsu Hyuuga

Ilustraciones
Touko Shino

Traducción
Ferindrad

11



**"Yao. En'en.
¿Cuál parece
ser el
problema?"**

"¡Amo Lahan!"

Junto a la puerta de la casa había dos compañeras de su honorable hermana menor, un par de mujeres jóvenes.



Frente a él estaba

Gyoku-ou,

interponiéndose entre

Jinshi y las masas.

La gente mantenía una
distancia respetuosa,
casi como espectadores
de una obra de teatro.



Maomao observó cómo

Onsou alejaba

al extraño estratega.

**"¿Qué pasa?
¡Puedes
preguntarle
cualquier cosa
a tu padre!"**





***"Necesito
una carga."***

***"¿Qué
estás
haciendo?"***

Los largos dedos
de **Jinshi** apretaron
el dorso de la mano
de **Maomao**, mientras
su palma presionaba
la de ella.

Perfil de los Personajes

Maomao

Antigua apotecaria en el distrito del placer. Totalmente obsesionada con las medicinas y los venenos, pero poco interesada en otros asuntos. Siente un profundo respeto por su padre adoptivo, Luomen. Veinte años.

Jinshi

El hermano menor del Emperador. Inhumanamente hermoso. Para ser tan guapo tiene los pies en la tierra, pero no se sabe lo que podría hacer si se dejara llevar. Tiene complejo de inferioridad por sus capacidades intelectuales, que no superan la media. Nombre real: Ka Zuigetsu. Veintiún años.

Basen

Hijo de Gaoshun; ayudante de Jinshi. No siente el dolor tan agudamente como la mayoría de la gente, lo que le confiere unas capacidades físicas muy superiores a las de la mayoría. Es muy serio, pero eso le hace fácil de manipular. Está enamorado de la antaño Consorte Lishu.

Gaoshun

El padre de Basen. Un soldado bien formado, antes era el ayudante de Jinshi, pero ahora sirve personalmente al Emperador. Acompaña a Jinshi en su expedición por orden de Su Majestad.

Chue

Esposa de Baryou y madre de su hijo. No es llamativamente atractiva, pero lo compensa con su iniciativa y su personalidad tonta.

Lakan

Padre biológico de Maomao y sobrino de Luomen. Un bicho raro con monóculo. Es un militar de alto rango, pero su extraño comportamiento hace que la gente le evite. Le encanta el Go y el Shogi y es un jugador formidable.

Emperatriz Gyokuyou

La esposa legal del Emperador. Una belleza exótica de cabello rojo y ojos verdes. Veintidós años.

Rikuson

Antiguo ayudante de Lakan, ahora trabaja en la capital occidental. Tiene memoria fotográfica para las caras de la gente.

Gyokuen

Padre de la Emperatriz Gyokuyou. Oficialmente gobernaba la capital occidental, pero cuando su hija ascendió al trono se trasladó a la capital real.

Gyoku-ou

Hijo mayor de Gyokuen; hermanastro de la Emperatriz Gyokuyou. Actualmente dirige la capital occidental mientras su padre está ausente.

Suiren

La dama de compañía de Jinshi y antigua nodriza.

Taomei

Madre de Basen y esposa de Gaoshun. Ciega de un ojo. Una “obra maestra de mujer” que recuerda a un animal depredador. Seis años mayor que Gaoshun.

Baryou

Hijo de Gaoshun y hermano mayor de Basen. Pasa la mayor parte del tiempo oculto tras una cortina.

Tianyu

Uno de los colegas de Maomao; un joven médico. Puede parecer frívolo, y siente algo por En'en. No tarda en meter las narices cuando algo le interesa.

Dr. You

Un médico superior originario de la capital occidental.

Hermano de Lahan

Hermano mayor de Lahan; sobrino de Lakan e hijo adoptivo. Una persona normal y corriente que brilla por sus ocurrencias.

Prólogo

Le gustaba el sonido de los carruajes: el relincho de los caballos, el chirrido de las ruedas, los gritos de los conductores.

Le gustaba el sonido del mercado: las llamadas de los mercaderes, el bullicio de la multitud, las risas de los niños.

Incluso aquí, en este lugar reseco y árido donde la gente tenía que luchar contra la propia tierra, vivían con valentía.

Su madre le había enseñado que eso era maravilloso. El niño estaba a menudo con ella y se lo había oído decir muchas veces.

Su madre trabajaba con pájaros; observaba el mundo entero desde un escritorio. Se reía y le decía que algún día él también podría hacerlo. A veces le miraba a los ojos y parecía estar pensando en algo. O a veces, le parecía a él, recordaba a alguien.

“Asegúrate de proteger esta ciudad.” Había dicho. El chico asintió asiduamente. “Ayúdala a crecer grande y fuerte.”

El chico le dijo que lo entendía.

“Crecerás para ser como tu padre.” Le dijo ella, y él respondió entre risas que por supuesto que lo haría.

Si el niño crecía y se hacía fuerte, también lo haría la ciudad.

Tendrían tal abundancia que una mala cosecha no significaría nada para ellos, tal fuerza que no temerían ningún ataque enemigo...

Quería ser como su madre, con su bondad; comportarse con la autoridad de su padre.

Quería estas cosas para que su hogar, la capital occidental, fuera más rico y hermoso que cualquier otro lugar.

Capítulo 1:

Frutos Secos

Maomao estaba cocinando en uno de los fogones. Temerosa de envenenarse si no tomaba aire, inspiró profundamente, volvió a exhalar y se envolvió la nariz y la boca con una toalla de mano.

Habían pasado cinco días desde el enjambre y, por fin, casi se habían librado de los saltamontes de la consulta médica. Quedaban algunos supervivientes, al menos hasta que Maomao los encontrara y los aplastara.

“¿Todavía necesitamos esas plantas venenosas?” Preguntó Lihaku mientras revolvía una gran olla.

“Sí. Podría haber una segunda oleada.” Maomao picó algunas de las hierbas en cuestión con una cuchilla y las echó en la olla. “Tienes que asegurarte de taparte la boca, Amo Lihaku.”

“Aw, es sólo un poco de humo, ¿no?” Frunció el ceño, sin querer tomarse la molestia.

“¿Recordamos lo que pasó cuando no tuvimos cuidado cerca del almacén incendiado? ¿Recordamos habernos chamuscado la cabeza?”

“Urk...” Lihaku se cubrió obedientemente la nariz y la boca.

“¡Señorita Maomao! ¡Señorita Maomaaaao!” Apareció Chue, anunciada por sus característicos pasos de puntillas. Llevaba una caja grande. “¡Tengo la medicina extra y las vendas que quería!”

“Gracias.” Dijo Maomao, inspeccionando el contenido de la caja. “¿Esto es todo?”

“Me temo que sí.” Dijo Chue con una mirada de disculpa. A pesar del tamaño de la caja, en realidad no había mucho dentro. Desde luego, no tanto como Maomao había pedido. “Las provisiones escasean por todas partes. Creo que tendremos que apañarnos.”

“Sí, claro. Tienes razón.”

Puede que los saltamontes hayan desaparecido, pero eso no significa que puedan relajarse. La gente estaba nerviosa, y ese tipo de ansiedad podía provocar brotes de violencia. Algunas personas estaban heridas y muchas otras no gozaban de buena salud. Las medicinas siempre parecían escasear y, con un contagio a la vuelta de la esquina, por supuesto que no había suficientes.

Maomao le pasó a Chue un mortero y un pilón, animándola a también trabajar. Chue se arremangó, servicial pero resignada.

No creo que nos quedemos sin comida. Pero hay otros problemas.

Los bichos no habían llegado a todas las provisiones de los silos de grano, pero había escasez de frutas y verduras, lo que significaba que todos tendrían una dieta desequilibrada en el futuro inmediato.

El verdadero problema vendrá dentro de unos meses. Habrá que regular estrechamente los suministros hasta la próxima cosecha.

La gente puede ser compleja y difícil. No basta con decirles que todo irá bien y que se relajen. En cuanto se dieran cuenta de que no habría suficiente para todos, empezarían a acaparar. Pronto habría escasez y la gente empezaría a pasar hambre.

“Estoy segura de que nuestro querido gobernador en funciones es muy consciente de todo eso...” Dijo Maomao.

“A fin de cuentas, el Amo Gyoku-ou es un hacedor.” Replicó Chue.

“¿Un hacedor?”

Por diversas razones, Maomao no era personalmente una gran admiradora de Gyoku-ou, pero una marca de la edad adulta era la capacidad de separar la animadversión personal de la evaluación objetiva.

“Envió provisiones y distribuyó alimentos por la capital occidental y los pueblos de alrededor, allí donde no había suficiente para comer. Ser rápido para actuar, eso vale mucho.”

Una respuesta inicial rápida ayudaría mucho a tranquilizar a la población.

“Empezó a compartir enseguida, ¿eh? ¡Generoso! Creía que los poderosos debían quedarse con todo.” Dijo Lihaku, impresionado.

“¿Verdad? Pero envió carruajes llenos de provisiones, todo cuidadosamente calculado en función de la población y el alcance de los daños en cada zona.” A Chue nunca se le escapaba nada, ¿verdad? Parecía haber comprobado todo esto ella misma.

Espera. Eso es... ¿Era todo lo que Rikuson había estado preparando durante tanto tiempo? Había hecho muchos informes a Gyoku-ou. Si el gobernante los había aprovechado, todo tendría sentido. *Si eso es cierto...* Demostraría que Gyoku-ou no estaba atrapado en su orgullo, estaba dispuesto a usar cualquier cosa y a cualquiera que pudiera, incluso a los que habían venido de la región central. Quizá la razón por la que ordenó a Rikuson que se quedara en la aldea en lugar de volver directamente a casa fue precisamente para tener una mejor idea de lo que ocurría sobre el terreno.

Maomao no podía ofrecerle a Gyoku-ou su aprobación incondicional, no cuando sabía cómo había utilizado a Jinshi como un cómplice conveniente, apenas tratándolo como a un verdadero pariente imperial. Aun así, tuvo que admitir que Gyoku-ou estaba resultando muy eficaz como político que sentía que su primer deber era su patria.

Conozco a alguien que podría aprender un par de cosas de él. Se preguntó cómo se sentiría Jinshi por la forma en que Gyoku-ou le estaba tratando. *La audacia no parece molestarle.*

Sin embargo, le molestaba no poder actuar abiertamente. Quería ayudar, pero sus manos estaban atadas por su condición de invitado y visitante. Aun así, hizo lo que pudo, como enviar a Lihaku con

Maomao a la aldea agrícola, o conseguir que el extraño estratega formara un equipo de exterminio de bichos. Jinshi era como un pato que se arrastraba como un demonio por debajo.

Jinshi nunca pareció excesivamente apegado a su poder. Sí, a veces actuaba como un hombre con autoridad, pero ¿cuándo había presionado realmente su condición de hermano menor imperial?

Durante la rebelión del Clan Shi, tal vez, pero es la única vez que se me ocurre.

En aquella ocasión, Jinshi había ejercido su estatus abiertamente. Maomao no estaba en posición de criticarle —ella había sido una de las razones por las que había hecho lo que hizo—, pero en cualquier caso, ese fue el momento en que el hermano menor de Su Majestad se había hecho más visible al público, sofocando una rebelión.

Maomao sabía que, después de aquello, Jinshi había empezado a cumplir con los deberes de su posición en la vida. Había estado tan ocupado como durante su época de “eunuco” —quizá incluso más—, pero gran parte de su trabajo eran cosas que le habían impuesto. En cuanto a los proyectos que decidió emprender por su propia voluntad...

Los preparativos para contrarrestar el enjambre son lo único que se me ocurre.

La gente decía que se estaba preocupando demasiado; decían que estaba subiendo los impuestos de forma poco razonable; tanto la gente

corriente como los burócratas le habían mirado con desdén, pero aun así lo había hecho.

Debería haberse hecho más visible. Como cuando era eunuco. Desde que volvió a su posición de hermano menor imperial, Jinshi apenas había utilizado su arma más potente: su aspecto.

Tal vez se está conteniendo para no verse inundado de pretendientes. Sin el amortiguador de ser un “eunuco”, y ahora con el aliciente añadido del poder de ser el hermano menor del Emperador, no faltarían mujeres que desearan convertirse en su reina.

Las pretendientes, eh...

Maomao recordó la pequeña broma de Rikuson. Sólo podía suponer que Chue se lo había comunicado a Jinshi junto con todo lo demás. Qué montón de problemas.

“Señorita Chue, ¿informó de todo?” Preguntó Maomao. Decidió deliberadamente no decir lo que estaba pensando: cómo Rikuson le había preguntado en el pueblo si podía pedir su mano en matrimonio.

“No sé a qué informe se refiere, pero no se preocupe. Nuestro honorable estrategia lo mantiene todo en secreto.” Dijo Chue.

Maomao hizo una pausa. Así se lo había dicho a Jinshi. Lihaku les echó una mirada —no sabía de qué estaban hablando—, pero siguió removiendo la olla.

“Si sólo era una broma, no pasa nada, ¿no?” Dijo Chue.

“Cierto. Y sólo era una broma.”

“Cierto. Pero algunos podrían tomárselo en serio.”

¡Eso fue premeditado! Chue sabía exactamente de lo que estaba hablando. Maomao se imaginó a Jinshi en su momento más problemático. La próxima vez que se vieran se iba a llevar un buen regaño. Por otra parte, tal vez estaría bien...

“¡Todo listo, jovencita!” Dijo el curandero, mostrándole un plato grande y plano lleno de hileras de píldoras. Cada una de las píldoras era del tamaño de un grano de arroz y muy consistente en tamaño, lo que demostraba que había utilizado un molde para fabricarlas. Maomao se acordó de la primera vez que conoció al curandero: se había quedado estupefacta al descubrir que fabricaba las bolas de medicina a mano, lo que hacía que cada una tuviera un tamaño ligeramente distinto.

“Muchas gracias. Si pudiera ocuparse de estos a continuación, por favor.”

“¡Claro! No te preocupes si lo hago.” El curandero estaba de buen humor, aunque era difícil saber cuál de ellos era el médico y cuál el ayudante.

Por no mencionar que, en algún momento, Tianyu había desaparecido. Cuando Maomao fue a buscarlo para intentar que ayudara, lo descubrió diseccionando un antiguo ganado en la cafetería. En la provincia de I-sei, se esperaba que los adultos supieran

descuartizar animales, así que un médico que supiera hacer lo mismo no levantó ninguna ceja. Maomao incluso empezó a pensar que quizá Tianyu se había hecho médico precisamente porque le gustaba diseccionar cosas.

“Esto es para practicar. No quisiera perder mi ventaja.” Dijo, colgando una de las patas del animal burlonamente hacia Maomao. Estaba siendo un imbécil, como siempre.

El Dr. You y los demás estaban ocupados atendiendo a los heridos y enfermos de la ciudad. Todos los que habían sido destinados a la casa principal y a la oficina administrativa tenían las manos ocupadas tratando de lidiar con las secuelas de la plaga. El monstruoso estratega, en particular, siempre andaba escaso de personal, así que se apropió de algunas personas del anexo como refuerzos, dejando el lugar más tranquilo de lo habitual.

Maomao hizo balance del anexo mientras caminaba de vuelta a la consulta médica. Un mínimo puñado de personas se había quedado atrás para vigilar a Jinshi. La presencia de almas vivaces como el curandero y Chue hacía que el lugar pareciera bullicioso, pero eran dos de las pocas voces que se oían en el anexo. El bullicio del mercado estaba ausente, y no había risas de niños jugando. De vez en cuando se oían voces alzadas en alguna discusión sin importancia, pero eso era todo.

Ojalá pudiera salir y echar un vistazo a la ciudad, pensó Maomao. Desgraciadamente, no era el momento para un paseo en condiciones. Aunque hiciera muy buen tiempo.

El curandero también miraba por la ventana mientras *apretaba* el molde. Comprobaba la posición del sol.

“Creo que es hora de merendar.” Murmuró con nostalgia. Normalmente, a la hora de la merienda se iba a la cocina a buscar algo de comida.

“Hmm... No estoy segura de que la hora de la merienda esté a la orden del día.” Dijo Chue con un resoplido. “Están llenando los almacenes y preocupados por los alimentos básicos. Creo que nuestros pequeños placeres tendrán que esperar.”

“Claro, claro...” Dijo el curandero, que llevaba ya varios días soportando la vida sin bocadillos.

Si perder la hora de la merienda es el peor de sus problemas, tiene mucha suerte, pensó Maomao mientras empezaba a mezclar algunos medicamentos.

Estaba tan concentrada en su brebaje que casi no se dio cuenta de que caía la tarde. Estaba limpiando los utensilios cuando alguien llamó con fuerza a la puerta del despacho.

“¿Quién está ahí?” Preguntó Lihaku. Abrió la puerta y encontró a una mujer joven, blanca como el papel. Una de las damas de compañía, tal vez.

“¿Dónde está el médico?” Preguntó.

“¿El médico? ¿Se refiere a mí?” El curandero se acercó trotando con expresión inexpresiva. La mujer, obviamente, había venido corriendo todo lo que pudo, y él le ofreció un vaso de agua. “¡Venga conmigo!” Gritó. “¡Por favor! La joven... ¡La joven ama!”

¿Joven ama? Se preguntó Maomao. No había oído hablar de ninguna ama. Por otra parte, esta era la casa de Gyokuen, así que estaba segura de que quienquiera que fuese esa persona, debía ser un pariente suyo. Incluso con los pocos guardias que quedaban, nadie con antecedentes sospechosos sería admitido en el anexo.

Era obvio por el comportamiento de la mujer que se trataba de una emergencia, pero Maomao no creía que arrastrar al curandero hasta el lugar de los hechos fuera a llevar a la pobre criada muy lejos. Sabiendo que no podía permitir que uno de los parientes de Gyokuen quedara desatendido, Maomao levantó la mano.

“Con su permiso. El Maestro Médico está aquí exclusivamente para atender al Príncipe de la Luna. No podemos dejar que se lo lleven a cualquier parte. ¿No hay otros médicos en esta casa?”

Fue la forma más indirecta de negarse que se le ocurrió.

“¡Están todos fuera! ¡Por favor! Si alguien no la ayuda, la joven ama... ¡Ella...!”

Vaya.

Se había hecho una excepción especial para este anexo porque residía un miembro de la familia imperial, pero los demás médicos, incluido el Dr. You, se vieron obligados a atender a los plebeyos de la ciudad. Si hasta ellos tenían que ir a servir a la ciudad, ¿cuánto más ocupados debían estar los médicos locales?

“¿Podría decirnos al menos qué le pasa a su ama?” Preguntó Maomao, haciendo que la mujer bebiera el agua que le había traído el curandero. Se la bebió de un solo trago y luego respiró lentamente. “Para empezar, ¿quién es tu ama?” Maomao odiaba lo mucho que iba a tardar, pero tenía que empezar por el principio.

Tras un momento, la mujer dijo: “Es la nieta del Amo Gyokuen.”

“¿Cuántos años tiene?”

“Ocho.”

“¿Y sus síntomas?”

“Bueno, nunca comió mucho, pero desde el enjambre de saltamontes, casi ha dejado de tomar cualquier alimento. Lo único que ha estado dispuesta a comer durante días es fruta, pero hoy se quejó de que le dolía el estómago y vomitó varias veces.”

¿Dolores de estómago y vómitos? Esos síntomas podrían ser casi cualquier cosa.

“¿Qué tipo de fruta comió hoy?” Preguntó Maomao. Era concebible que la muchacha se hubiera intoxicado por consumir fruta en mal estado, pero incluso en una emergencia como ésta, a Maomao le costaba imaginarse a una «joven ama» comiendo algo podrido.

“Su madre le daba frutos secos.”

“¿Pasas, por casualidad?”

La mujer negó con la cabeza.

“No. Algo que habían traído de la capital, no lo reconocí.”

“De la capital...” Maomao ladeó la cabeza. La provincia de I-sei producía más frutos secos que la capital. ¿Qué había en la provincia de Kaou que no tuvieran aquí?

“Tenía la piel de color marrón rojizo y parecía espolvoreado con polvo blanco.” Dijo la mujer.

Maomao abrió mucho los ojos. La dama de compañía parecía estar describiendo un caqui seco.

“De acuerdo. Vamos a ver a tu ama ahora mismo. ¿Dónde está?” Maomao se apresuró a tomar herramientas y medicinas de las estanterías del despacho, y luego las metió en una bolsa.

“¡Jovencita! ¡No puedes irte corriendo sola!” Gritó el curandero.

“Si no hacemos nada, en el peor de los casos, ¡podría morir!”

“¿M-M-Morir?” El curandero tembló visiblemente. Lihaku recogió la bolsa de Maomao, mientras Chue parecía haberse desvanecido. “Pero... Pero no puedo salir de la oficina...”

“Iré yo.” Maomao no podía estar exactamente *segura*, pero estaba *casi* segura de que el curandero no sería capaz de tratar a la niña. Pensó que tendría que arreglárselas sola, pero entonces alguien más habló.

“Por ti misma no lo harás, Niangniang. Ni siquiera eres médico.”

¿Quién iba a ser sino el hombre de la sonrisa indolente? Tianyu estaba apoyado en uno de los postes de la consulta médica, con una bolsa llena de suministros ya en la mano.

“Iré contigo. Al menos tengo el título de médico.”

Parecía haberse interesado mucho por este caso, pero su presencia hacía que Maomao se sintiera más ansioso, no menos.

“¿Vienes conmigo?”

“No, Niangniang. *Tú* vienes *conmigo*.”

Maomao permaneció un momento en silencio. Tenía razón en que, según la jerarquía, ella sólo estaba allí para ayudar. Y tuvo que admitir que Tianyu era mejor que el curandero cuando se trataba de medicina.

“¡Señorita Maomao, Señorita Maomao!” Chue había reaparecido mientras tanto. “Informé al Príncipe de la Luna.”

Trabajó rápido, sin duda.

“¿Y qué dijo?” Preguntó Maomao. Aunque ella y Tianyu estuvieran dispuestos a ir a ver al paciente, no irían a ninguna parte sin el permiso de Jinshi. La dama de compañía también observaba atentamente a Chue.

“¡Dice que puedes seguir adelante! ¡Sólo asegúrate de discutir el tratamiento muy, muy a fondo con el paciente!”

Lihaku parecía que se disponía a acompañarles; ordenaba a otro soldado que cuidara del curandero.

Maomao se volvió hacia la preocupada sirvienta y le dijo: “Muéstranos adónde tenemos que ir.”

La dama de compañía les guio hasta una casa cercana al anexo. Cuando les hicieron pasar a la habitación de la paciente, encontraron junto a la cama a una mujer de unos veinte años, que Maomao interpretó como la madre de la niña. Temblaba violentamente. Los rasgos afilados de su rostro eran la imagen de una belleza occidental clásica.

Una joven yacía en la cama, con el rostro desencajado. Se parecía a su madre, pero algo, quizá la forma en que estaba tumbada, la hacía parecer delgada y débil.

Maomao y Tianyu pidieron a Lihaku que esperara en la puerta y entraron en la habitación. Chue había querido acompañarles, pero esta vez tuvo que quedarse en casa.

“¡Mi hija! ¡Por favor, ayuden a mi hija!” La madre parecía que ni siquiera había tenido tiempo de cepillarse el cabello; lo tenía pegado a las mejillas en mechones desordenados.

“Sí, señora.” Dijo Tianyu.

Se movió para apartar las mantas de la paciente, pero la mujer exclamó: “¡¿Qué estás haciendo?!”

“No puedo examinar a la paciente si no puedo verla.” Dijo. Tenía razón, en lo que a eso se refería, pero estas casas de alta alcurnia estaban muy preocupadas por la castidad. Se resistían a la idea de que un hombre mirara el cuerpo de una mujer, aunque fuera una niña de ocho años.

Por la expresión de la cara de Tianyu, estaba claro que no le interesaba en absoluto una niña, pero a su madre no le llamó la atención. Algunas personas parecían creer que los médicos eran todopoderosos, que podían adivinar el estado del paciente, fuera cual fuera, con sólo tomarle el pulso.

Maomao miró a Tianyu.

“De acuerdo.” Dijo. “¿Habría algún problema si mi asistente toca a la paciente?”

“N-No, supongo que estaría bien...”

Maomao se inclinó y echó las sábanas hacia atrás. Tomó una cuchara de su bolsa de herramientas y comprobó el interior de la boca de la niña. Abrió los párpados de la paciente y miró sus ojos.

“Me gustaría abrir la bata del paciente. ¿Le parece bien?” Preguntó Maomao. Se dirigía a la madre, pero miró a Tianyu, que levantó las manos y se dio la vuelta.

Maomao se desabrochó la bata y palpó el abdomen de la paciente. Estaba notablemente hinchado. Deslizó los dedos por la piel y, cuando encontró algo que parecía duro y redondo, presionó suavemente. La muchacha gimió.

“¿Qué fue eso?” Dijo la madre.

“El gas está atrapado en el estómago. Hay un objeto extraño en sus intestinos que le impide escapar.” *Justo como pensaba.* Maomao lo había adivinado en el momento en que la dama de compañía dijo que la chica había comido caquis secos.

“¿Un objeto extraño?” Los ojos de la madre se abrieron de par en par. Parecía estar buscando en su memoria algo inusual que su hija pudiera haberse tragado.

“Me dijeron que no ha comido más que fruta en los últimos días.” Dijo Maomao. “Y hoy comió frutos secos: caquis secos, ¿verdad?”

“Es cierto. Incluso cuando parecía no tener apetito, comía cosas dulces. Debido a esos horribles saltamontes, no hemos podido conseguir miel ni fruta fresca, así que le di unos caquis secos que nos regalaron. No creerás que estaban envenenados, ¿verdad?”

“No, no es veneno.” Dijo Maomao, rechazando suavemente a la madre que intentaba acercarse a su hija. “Comer demasiados caquis puede provocar piedras en el estómago. ¿Cuántos caquis comió?”

Tras un momento, la mujer respondió: “Tres.”

“¿Tres?” Un buen trabajo para un niño pequeño. Pero no lo suficiente como para causar un gastrolito, sospechaba Maomao. *¿Sería posible? ¿Podrían tres caquis hacer eso? ¿Quizás quedaron atrapados en las fibras de la otra fruta?*

Lo pensó detenidamente, tratando de averiguar si se le escapaba algo. Una gota de sudor empezó a rodar por la frente de la paciente y Maomao se la secó distraídamente con un paño.

¡¿Eh?!

Entonces se dio cuenta de por qué la paciente parecía tan demacrada. A diferencia de la abundante cabellera de su madre, el cabello de la niña era fino y desaliñado, y se estaba volviendo blanco en las raíces.

¿Cabello blanco?

Se decía que una experiencia aterradora podía volver blanco el cabello, y no había duda de que presenciar un enorme enjambre de saltamontes sería un gran shock para un niño de ocho años.

Bueno, ahora era el momento de actuar, no de pensar. ¿Pero cómo explicárselo a la madre? No podían seguir adelante.

“Cuando hay un objeto extraño en el estómago, hay tres modos principales de tratamiento.” Empezó Maomao.

“¿Sí?”

Maomao miró a Tianyu. Aún estaba girado, pero incluso de espaldas a ella pudo verle asentir. Iba a dejar que ella se encargara de esta parte.

“En primer lugar, se puede dar agua al paciente para ayudar a mover el objeto por el interior y, finalmente, evacuarlo.”

La madre asintió.

“La segunda forma, por el contrario, consiste en administrar medicación líquida desde abajo para favorecer la evacuación.”

Desde abajo, es decir, a través del ano.

“¡Agua! ¡Traigan agua!” Ordenó la madre presa del pánico a una sirvienta antes incluso de escuchar cuál era la tercera opción.

“Me temo que en el caso de su hija, no puedo recomendarlo. Parece probable que simplemente vomitaría el agua que bebiera.”

“¿Así que optas por la segunda posibilidad?” Preguntó la madre. No parecía gustarle la idea de introducir la medicina por detrás, pero si eso hubiera funcionado, podrían considerarse afortunados.

“No. Basándome en lo que sentí durante mi examen, no creo que alentar la evacuación haga salir el objeto.”

“¿Tampoco puedes hacer lo segundo? Entonces, ¿qué es lo tercero?” La mujer la miró con unos ojos que, aunque no era tan potentes como los de Taomei, no dejaba de ser formidable.

“Le abrimos el estómago y retiramos la obstrucción a mano.”

Al instante, el rostro de la mujer se endureció y golpeó una mesa cercana.

“¿Crees que esto es divertido?! ¿Quieres abrirle el estómago a mi hija?! No le pondrás ni un dedo encima.”

La madre, naturalmente, rechazó la sugerencia. Dirigió a Maomao su mirada más aterradora, con los ojos brillantes.

Más o menos lo que esperaba.

“¿Nos ordenas que intentemos repetidamente el primer y el segundo método para eliminar la obstrucción?” Dijo Maomao.

“¡Eso hago, y será mejor que lo hagas rápido!”

“Me temo que no puedo hacer lo que me pides en conciencia. Lo más probable es que el paciente muera. Si es absolutamente necesario usar esos métodos, tendrá que hacerlo usted misma.”

Maomao mantuvo la calma y la serenidad. Sentía lástima por la joven que agonizaba en la cama, pero no podía administrar un tratamiento al azar. Si la niña moría, habría graves consecuencias. Sin embargo, si ignoraba a la madre y se limitaba a administrarle un tratamiento chocante, conseguiría que la echaran.

Sólo había una opción: convencer a la madre.

“Debo advertirle que no creo que haya tiempo para consultar a otro médico. Si es posible, quiero hacer la operación aquí y ahora.” Miró a la madre, cuyos ojos se desviaron hacia Tianyu.

“Usted es un médico de verdad, ¿no? Lo que dice esta... asistente tuya no puede ser cierto, ¿verdad?”

“Coincido con su opinión.” Respondió Tianyu en su tono más serio. “Un simple gastrolito podría tratarse con uno de los dos métodos que describió. Sin embargo, la hinchazón del estómago en este caso indica una obstrucción intestinal. Su hija necesita atención inmediata.”

Sonaba mucho más oficial que de costumbre, pero Maomao se sintió igualmente nerviosa. Le preocupaba que en cualquier momento volviera a su típico tono despreocupado.

“Si le cortas el vientre... ¿No significará que ya no podrá tener hijos?” Preguntó la madre.

“No tocaremos el útero. La obstrucción se encuentra lejos de los órganos reproductores.” Dijo Maomao, comunicando los resultados de su examen. Tuvo suerte de que el examen físico revelara la localización del problema. Si mantenían la calma y trabajaban con tranquilidad, sería una operación relativamente fácil.

Al menos, lo sería para alguien como el Dr. Liu.

No se trataba de extirpar lesiones, ni siquiera de extraer un hueso roto. Maomao trató de parecer firme, de tranquilizar a la madre.

“¿Cuánto daño tendrá *que* hacer? Sea lo que sea esa cosa, no es pequeña, ¿verdad?” Preguntó la madre, mirando a Maomao con ansiedad en todo el rostro.

“Haré una incisión de nueve centímetros en la piel. Luego haré un corte en el estómago, quitaré la obstrucción y lo coseré todo con hilo. Quedará una cicatriz, pero desaparecerá cuando crezca.”

Maomao no podía garantizar que la cicatriz desapareciera, un pensamiento funesto para la hija de una familia noble como esta.

“Nueve centímetros...” La madre dudó. Pero Maomao sabía que la vida de su hija tenía que ser más importante para ella.

“Así de largo será *si* lo hago.”

“¿Qué significa eso?”

Maomao miró a Tianyu.

“Si dejas que este médico haga la operación, espero que sea la mitad de grande.”

Por mucho que me mate decirlo.

Tianyu era, de hecho, un cirujano dotado, como Maomao sabía por haberle visto diseccionar animales y trabajar con cadáveres. Podría pasar años practicando antes de llegar a ser tan buena como él.

No dejes que se te suba a la cabeza, pequeño...

El Dr. Liu les había advertido repetidamente durante las disecciones: cuando hicieran una operación de verdad, no iba a ser en

un cadáver. Tendrían delante a un ser humano vivo, que respiraba. No habría margen para el error, les advirtió, y siempre debían buscar mejores técnicas quirúrgicas. No podían permitirse matar a un paciente por dejarse llevar por su orgullo. En lugar de eso, debían desechar la prepotencia y confiar en todos y cada uno de los que pudieran.

Así que Maomao le dijo a la mujer: “Un médico lleva ese título por una razón. Si quieres tener la mejor oportunidad de salvar a tu hija, no se lo pidas a una simple ayudante como yo. Será mejor que confíes en el médico.”

La madre guardó silencio durante un largo momento, vacilante. Miró a su sufrida hija, luego entrecerró los ojos y apretó el puño.

“Adelante.”

Maomao dejó escapar un suspiro de alivio.

“Necesitaremos agua caliente y vendas limpias. ¿Y podrías encender un fuego para nosotros?”

“Sí.”

“Si es posible, también necesitamos hielo, pero si no está disponible, lo que sea que enfríe el cuerpo con mayor eficacia.”

La madre llamó a un criado y le ordenó que preparara todo lo que Maomao y Tianyu necesitarían para la operación. Mientras esperaban, los dos abrieron sus bolsas de herramientas y sacaron prendas quirúrgicas y delantales blancos, que se pusieron.

Mientras se preparaban, Maomao le contó a Tianyu lo que había observado durante el examen del paciente, así como lo que sospechaba que era la obstrucción.

“¿En serio? ¿Crees que es eso...?”

“Sólo puedo especular, pero sí.”

Puede que estuviera por detrás de él en disección, pero en cuanto a experiencia examinando pacientes y evaluando síntomas, Maomao estaba segura de que le llevaba ventaja. Se permitió un breve sentimiento de superioridad ante la sorpresa de Tianyu.

“Niangniang, voy a hacer la cirugía real, pero tal vez usted podría...”

“Yo me encargo de la anestesia. Cada uno puede hacer lo que mejor sabe hacer. ¿Tienes un cuchillo quirúrgico contigo?”

“Pero por supuesto.” Tianyu sacó un cuchillo finamente afilado. Maomao sacó las medicinas que había traído.

Una niña de ocho años, delgada.

Sí, iban a abrirle el vientre, pero, por supuesto, querían minimizar el dolor todo lo posible. Maomao llevaba consigo varios analgésicos. La amapola, el espino y el beleño eran las hierbas más conocidas, pero muchos analgésicos también eran venenos. Una dosis errónea podía tener graves consecuencias.

Era espinoso que Maomao llevaba consigo; estaba más acostumbrada a usarlo que ninguna de las otras. *A menudo se disuelve en vino para administrarlo, pero preferiría no hacerlo.* Luomen, el mentor de Maomao en todo lo relacionado con la medicina, no había aprobado la administración de medicamentos con vino. Es cierto que contribuiría a mitigar el dolor, pero también podría provocar cambios en el organismo. Podría estimular el flujo sanguíneo y dificultar la detención de la hemorragia. Era mejor evitarlo, sobre todo con un niño que no estaría acostumbrado.

En el pasado, Maomao había tratado una quemadura sin herramientas adecuadas y sin anestesia, pero se trataba de un caso especial en el que sospechaba que el dolor también producía cierto placer al paciente. Normalmente, nunca lo haría. No, nunca lo volvería a hacer.

Pesó unos medicamentos con una báscula. *El paciente pesa... Digamos que la mitad que un adulto.* Ella no quería dar a la niña demasiado y causar efectos secundarios. Ella tendría que trabajar con mucho cuidado.

Maomao sentó suavemente al paciente.

“Duele...”

La niña había estado tan callada que Maomao pensó que estaba dormida, pero ahora habló. Maomao sonrió un poco y levantó la barbilla de la paciente.

“Toma esto. Le ayudará.”

Mojó los labios de la niña con el analgésico y la ayudó a beberlo. La medicina tardaría unos treinta minutos en hacer efecto. Durante ese tiempo, podrían prepararse.

“Traje hielo.” Dijo el criado, que llegó con hielo envuelto en paja. Maomao lo tomó y partió algunos trozos, que metió en una bolsa de cuero y presionó contra el estómago del paciente.

Dicen que nunca hay que enfriar el abdomen, pero toda regla tiene sus excepciones.

Maomao quería reducir al mínimo la cantidad de analgésicos que le daba a la chica, así que en vez de eso le insensibilizó la zona enfriándola, igual que había hecho con Jinshi.

Tianyu pulió su pequeño cuchillo y luego lo calentó en el fuego. También sacó unas tijeras y algo para mantener abierta la incisión.

“¿Qué hacemos con el hilo?” Preguntó Maomao.

“Para el exterior, seda. Todo lo de dentro, tripa.” Respondió.

Tripa: muy literalmente, hilo hecho con intestinos de animales. Maomao sacó con cuidado un paquete de tela de hilo y empezó a inspeccionar cada hebra. Lo ideal era que el tamaño fuera lo más uniforme posible, y querían evitar cualquier hebra deshilachada. Era un momento tenso, evaluando los utensilios; después de todo, estaban a punto de operar a una niña.

Finalmente, Maomao tuvo que hacer una petición a la madre de la niña. Una petición cruel.

“A veces nosotros dos no tendremos manos suficientes durante la operación. ¿Podría ayudarnos alguno de sus sirvientes? ¿Alguien a quien no le moleste demasiado ver sangre?”

“¿Qué... hay que hacer?” Preguntó la madre de la niña.

“Le hemos dado anestésicos, pero puede que no adormezcan todo el dolor. He tratado de ser suave con los fármacos para que no haya demasiados efectos secundarios. Sin embargo, esto significa que puede que alguien tenga que sujetar a su hija mientras trabajamos por si empieza a retorcerse del dolor.”

“¿Hay alguna posibilidad de que pueda hacerlo?”

“¿Cree que podrá mantener la compostura cuando vea a su hija con tanto dolor? En cuanto empecemos la operación, no podremos parar.” Maomao dirigió a la mujer su mirada más intensa. Por mucho que la madre se preocupara por su hija, si iba a interponerse en su camino, Maomao la necesitaba fuera de aquí.

La madre, sin embargo, sorprendió a Maomao con su aquiescencia.

“De acuerdo.” Dijo. “¿Serán suficientes dos?”

Pensé que me lo pondría difícil. La cara de la madre estaba pálida; debía de estar cerca de su límite. Un criado le ofreció agua.

La madre llamó a otras dos sirvientas y Maomao les indicó que se lavaran las manos y luego se las untó con alcohol. Las dos recién llegadas eran valientes mujeres de mediana edad que no tenían aspecto de acobardarse ante un poco de sangre.

“Muy bien. ¿Qué tal si empezamos?” Dijo Tianyu, que se había envuelto la boca con un paño y la cabeza con otro. Trasladaron a la paciente a una improvisada mesa quirúrgica que los sirvientes habían creado juntando algunas mesas largas. El paciente respiraba mucho mejor; tal vez los analgésicos estaban haciendo efecto. Maomao colocó un trapo en la boca de la niña para que no se mordiera la lengua.

Luego hicieron que las criadas sujetaran los brazos y las piernas de la niña. Maomao dispuso un delantal para cubrir todo menos el lugar de la operación.

Afuera estaba completamente oscuro, e hicieron traer varias luces para poder ver dónde debían cortar. Para Maomao, casi parecía que las llamas bailaban en respuesta a la respiración de la paciente. Dentro, fuera.

Era cierto: trabajar con los vivos era diferente de trabajar con los muertos. Por mucho que hubieran enfriado la piel, habría sangre. La hoja del cuchillo de Tianyu era tan fina como una navaja.

Las herramientas son una parte importante de la medicina, pensó Maomao. El Dr. Liu podía exhortarles todo lo que quisiera a mantener su ego al margen; aun así, a Maomao le molestaba no ser tan hábil

como Tianyu. Si podía hacerse con algunas herramientas que la ayudaran a acortar distancias, quería hacerlo.

La paciente parecía bastante ida por las drogas, sus percepciones se habían adormecido con éxito. Eso fue un alivio para Maomao, que limpió la sangre que manaba mientras Tianyu trabajaba.

“Aquí está.” Dijo Tianyu, mientras sus dedos rozaban el intestino delgado hinchado. Hizo una incisión suavemente con el cuchillo y luego introdujo unas pinzas en la abertura. Incluso las criadas, que habían visto cómo abrían el estómago de la niña sin inmutarse, retrocedieron.

“¿Hay algo ahí?”

“Tú lo has dicho, Niangniang.”

Con las pinzas, Tianyu extrajo una bola de fibras de fruta sin digerir y una cantidad considerable de cabello que se desprendía del intestino. Salía y salía a medida que tiraba, colgando grotescamente.

Maomao le ofreció una bandeja a Tianyu y este dejó caer en ella el bulto de cabello y fibra. Todavía había cabello en los intestinos, así que Tianyu volvió a entrar con las pinzas. Maomao tenía la boca y la nariz tapadas, pero aun así el olor era nauseabundo, una mezcla acre de sangre y alcohol y jugos estomacales. Las sirvientas se apartaron como pudieron, pero siguieron sujetando los brazos y las piernas de la muchacha, fieles hasta el final.

“No pensé que un gastrolito formado exclusivamente de huesos de caqui fuera suficiente para causar una obstrucción intestinal.” Dijo Maomao. La falta de apetito de la paciente podía explicarse probablemente por su costumbre de comerse su propio cabello. No era del todo infrecuente: algunas personas comían cosas que no eran comida como respuesta al estrés. En este caso, la chica se había comido más cabello de lo habitual por el estrés de la plaga de saltamontes, y lo había exacerbado con frutas fibrosas y luego caquis. Todos ellos juntos habían formado la obstrucción.

Tianyu decidió que había extraído todo el cabello que podía y dejó las pinzas a un lado. Probablemente aún quedaban mechones, pero no iban a poder extraerlos todos. El resto podría solucionarse bebiendo abundante agua y tal vez tomando algunos laxantes para ayudar a eliminarlos.

Maomao le pasó a Tianyu la aguja y el hilo. Utilizó un gancho para mantener abierta la incisión, facilitando la visión de los intestinos, y limpió la sangre que seguía manando. Cada vez que Tianyu terminaba un punto, cambiaba las tijeras y cortaba el hilo. Permaneció inclinado sobre la paciente mientras el sudor le corría por la frente.

Cuando estuvo segura de que habían atado el último nudo, Maomao sintió una oleada de cansancio. Deseó poder volver a acostar a la paciente, pero esto aún no había terminado. Limpió la zona quirúrgica con cuidado de no presionar demasiado. Tianyu había sido la estrella

de la operación, pero Maomao tendría que ocuparse de la paciente una vez terminada la intervención.

Necesitará más analgésicos, seguro, y debería preparar algún medicamento para la fiebre. También algo para detener la infección; eso será crucial. Y tengo que explicarles lo que debe comer y cómo cuidarla ahora que la operación terminó.

En otras palabras, había mucho que hacer. Al mismo tiempo, Maomao quería hacerle unas preguntas a la madre de la paciente.

Las sirvientas que habían estado sujetando a la niña parecían casi tan agotadas como se sentían los médicos. La niña nunca había luchado, por suerte, pero aun así estaban agotadas.

“Dime, Niangniang.” Dijo Tianyu, que ya se había quitado el traje quirúrgico empapado en sangre. Tomó las pinzas y recogió el objeto que habían extraído. “¿Los jugos gástricos hacen que el cabello cambie de color?” La bola de cabello estaba descolorida en algunas partes, de color parduzco.

“Algo, tal vez. Después de todo, el zumo de cítricos puede hacerlo.”

Maomao volvió a mirar el cabello de la paciente. Era fino porque se lo había estado arrancando y comiendo. Las raíces eran blancas.

Maomao tomó la bandeja con el objeto y abrió la puerta.

“¿Terminaron?” Preguntó la madre de la niña. Estaba allí, con la cara desencajada. Debía de haber estado esperando en la puerta todo el

tiempo. Lihaku estaba simplemente sentado en una silla; estaba acostumbrado a esperar.

“Sí, la operación fue un éxito.” Dijo Maomao. “¿Quieres entrar para que podamos darte algunas instrucciones?”

“Sí, por supuesto.” La madre y una sirvienta entraron. La sirvienta era la que había convocado a Maomao y Tianyu. Cuando ella y su ama entraron, las otras dos sirvientas, las que habían sujetado a la niña, salieron de la habitación.

“¿Quién quieres que se encargue de las instrucciones?” Preguntó Maomao a Tianyu.

“Hmm... Suena molesto. Hazlo tú. Cada uno hace lo que se le da mejor, ¿no? De todas formas, tengo la sensación de que te has dado cuenta de algo que a mí se me había pasado.”

Por muy cirujano experto que fuera, Tianyu seguía siendo Tianyu.

Una vez que la madre y su criada estuvieron dentro, Maomao se aseguró de que la puerta estaba cerrada y les mostró la bandeja.

“Esto es lo que estaba atascado en los intestinos de su hija.”

Las otras dos mujeres se encogieron al ver el trozo de fruta y cabello sin digerir.

“¿Por qué no nos dijo que su hija tiene la costumbre de comerse su propio cabello?”

La madre no podía mirar a Maomao a los ojos.

Maomao dio su propia respuesta.

“Ninguna persona de alta alcurnia podría soportar la idea de que alguien supiera que su hija hizo algo tan grosero, ¿verdad? Bien.” Tenía ganas de preguntarles un poco más, pero tendría que dejarlo así. La cuestión era que no podían permitirse que algo así volviera a ocurrir. “Comportamientos anormales como comerse el cabello suelen estar causados por el estrés. ¿Le pasó algo a su hija que pueda explicar eso?”

“No.” Dijo la mujer lentamente. “No, sólo la he educado como lo haría cualquier... cualquier madre.”

Mentirosa. Maomao recogió el bulto con las pinzas. Los cabellos claros y oscuros formaban un dibujo moteado. “El cabello de su hija es castaño por naturaleza, ¿no? Se lo tiñó de negro, esa es la causa del estrés. ¿O me equivoco?”

La madre se estremeció, apretó los labios y un ojo comenzó a temblar. Su dama de compañía miró al suelo.

“Si no resolvemos la causa, esto sólo volverá a ocurrir. ¿Cuántas veces quiere que le abran el estómago a su hija?”

“No es que disfrute haciéndolo.” Dijo la madre en voz baja. “Pero la niña tiene el cabello castaño claro, y su padre y yo... Los dos tenemos el cabello negro...”

“Incluso dos padres de cabello negro pueden tener un hijo de cabello castaño. Debe ocurrir bastante a menudo aquí en la provincia de I-sei. Hay suficiente sangre extranjera dando vueltas.”

Tras un largo momento, la mujer dijo: “Mi padre no lo verá así.”

¿Su padre? Ese sería Gyoku-ou. ¿Qué tenía él que ver con esto?

“Mi padre odia toda sangre extranjera. La provincia de I-sei es parte de Li, por lo que cree que debe ser gobernada por un linense de cabello negro. Yo siempre pensé lo mismo.”

Hasta que su propia hija dio a luz a un nieto con el cabello claro.

“Mi padre estaba angustiado por su nieta. Sin embargo, yo había oído que el color del cabello de un bebé puede oscurecerse con la edad, así que le dije que con el tiempo tendría el cabello negro. Pero nunca lo tuvo.”

Así que las raíces blancas no eran del cabello que se había vuelto blanco por el miedo, sino porque la madre no había tenido tiempo de teñir el cabello de su hija durante el enjambre. Teniendo en cuenta que la sirvienta no decía nada, Maomao sospechó que podría estar ayudando a teñir el cabello de la paciente.

Odia a los extranjeros, ¿eh? Era una filosofía difícil de llevar cuando se vivía en un nexo comercial. Por otra parte, a veces la familiaridad era precisamente lo que generaba desprecio.

Maomao pensó en su emperatriz pelirroja. Gyokuyou y su hermanastro podían ser ambos hijos de Gyokuen, pero la familia no era monolítica, como demostraba esta historia.

“Si no deja de comerse el cabello, le sugiero que le afeite la cabeza hasta que se calme.” Dijo Maomao. Parecía la forma más rápida.

“¿Que le afeite la cabeza?! ¿Qué es, una monja?”

“Si dejas que siga creciendo, sólo tendrá calvas, ¿y eso se verá mejor? Además, si sigue dañando las raíces, al final el cabello dejará de crecer.” Mientras hablaba, Maomao empezó a sacar medicamentos de su bolsa. Antiinfecciosos, antipiréticos, analgésicos. “De momento, lo más importante es que pase bien las horas y los días posteriores a la operación. Voy a darle instrucciones detalladas. Si cree que no las entiende, puedo escribirle los puntos importantes. Necesita que alguien vigile su evolución posquirúrgica. No hace falta que seamos este médico y yo si no le caemos bien, pero asegúrese de que la vea algún médico. Tengo que advertirle que aunque la operación haya sido un éxito, podría empeorar si luego no recibe el tratamiento adecuado.”

Si la herida se abriera o se infectara, por ejemplo, habría problemas.

“Por ahora sigue entumecida, así que está tranquila, pero cuando se le pase el efecto de los analgésicos, empezará a doler. No dejes que toque la zona operada. El dolor puede mantenerla despierta y puede tener fiebre. Tengo medicinas aquí para ambas posibilidades que puedes usar si es necesario.”

Hubo un momento en que la mujer asimiló todo aquello, y luego dijo: “Entiendo.” Le tembló el labio al acercarse a la cama donde dormía su hija. Le mesó el fino cabello, con un leve atisbo de alivio en el rostro.

Finalmente Tianyu habló.

“¡Mantuve la incisión a la mitad de lo que dijo mi asistente!”

Y era cierto: apenas había cortado la mitad de lo que Maomao había amenazado. Además, los puntos eran tan delicados como la incisión; si todo salía bien, la cicatriz sería prácticamente invisible. Maomao no pudo reprimir un destello de fastidio incluso mientras escribía sus instrucciones.

Me pregunto si realmente las seguiré.

Tenía sus dudas, pero estaba muy, muy impaciente por acabar de una vez y marcharse.

Capítulo 2:

¡El Estratega Ataca!

Apenas regresaron al anexo, fueron convocados a los aposentos de Jinshi.

¡Como si no pudiera esperar hasta mañana!

Era medianoche y todo el mundo, salvo el guardia de turno, dormía profundamente. El aire era frío y, lo que es peor, Maomao no había cenado. Estaba desesperada por acabar con esto.

Cuando llegó a la habitación de Jinshi, descubrió su escritorio plagado de borradores abandonados de numerosas cartas. Suiren o Taomei podrían haberlas recogido, de haber estado allí; el hecho de que siguieran tiradas por ahí demostraba que las damas de compañía debían de estar realmente ocupadas. Estaba claro que Maomao no era la única que se quedaba trabajando hasta tarde.

Por un momento, pensó que no había nadie en la habitación, pero entonces vio a Baryou asomarse detrás de una cortina. Por un segundo, una carga recorrió el aire entre ellos, como dos gatos salvajes chocando entre sí, y luego Baryou desapareció de nuevo tras su cortina sin decir palabra.

Algo más, sin embargo, se asomó desde detrás de la cortina en su lugar: un pato con una mancha negra en el pico. Sin Basen cerca,

Baryou debía estar cuidando de ella. No le gustaba mucho la compañía humana, pero tal vez un pato estaba bien.

Siento que hay un riesgo real de que la señorita Chue se la coma. Al parecer, la protección de su marido fue suficiente para salvar al pato de la cuchilla de la esposa.

“Oh, Maomao, estás aquí.” Dijo Suiren, que apareció desde una habitación trasera. Maomao se volvió hacia ella como si no ocurriera nada fuera de lo normal.

“Sí, señora. Fui a hacer un examen médico a la nieta del Amo Gyoku-ou. Creo que la Srta. Chue se lo contó. El médico Tianyu estaba conmigo; ahora está en la consulta médica.”

Había dejado todo el asunto de informar a Jinshi en manos de Maomao, alegando que “cada uno hace lo que mejor sabe hacer”. Cuando pensó en él sentándose a cenar —tarde, pero aún más temprano que ella— se comprometió en privado a servirle otra taza de té swertia. De momento, le hizo un breve resumen a Suiren.

“Iré a llamar al Príncipe de la Luna.” Dijo la otra mujer. Antes de irse, recogió las cartas desechadas y las puso en una cesta.

“Son muchas salidas en falso.” Comentó Maomao.

“Ha estado escribiendo cartas a todo aquel con el que cree que puede contar. Debe haber escrito cerca de cien, no, doscientas, incluso.”

“¿¿Doscientas?!”

Por lo que Maomao pudo ver de los intentos de cartas, cada una empezaba con el tipo de descripción fulgurante y vacua de la estación que se esperaba de un mensaje de un miembro de la familia imperial. Sí, probablemente había una forma más o menos prescrita de escribir esas cosas, pero aun así, escribir cada una de esas cartas a mano habría bastado para provocar tendinitis a una persona.

Quizá debería preparar una compresa húmeda. Desgraciadamente, había venido armada sólo con sus vendas y bálsamo habituales.

A juzgar por el número de borradores que había por ahí, Jinshi debió de mantener correspondencia no sólo con los burócratas más destacados, sino también con los gobernantes regionales.

“Está muy bien que haga su trabajo y todo eso, ¿pero mendigar ayuda a todo el mundo no le quitará un poco de seriedad?”

La pregunta de Maomao provocó un suspiro de Suiren, que parecía estar de acuerdo en que los que vivían “por encima de las nubes” no deberían apresurarse a enviar cartas a los que vivían por debajo.

“¿Crees que es el tipo de cosa que molestaría al Príncipe de la Luna?”

“No... No, no quiero.”

Se trataba de un hombre que había pasado seis años haciéndose pasar por eunuco, una posición que le había familiarizado a fondo con las hondas y flechas de la opinión pública. Probablemente le

preocupaba menos que a nadie el trato grosero que recibía en la capital occidental.

“¡Por eso necesitamos *que* le digas algo, Maomao!” Dijo Suiren.
“Pero...”

“¿Pero qué?”

“Bueno... Buena suerte.” Suiren palmeó a Maomao en el hombro.
Por alguna razón, ella estaba sonriendo.

Maomao pronto descubrió por qué, pues Jinshi salió del dormitorio. Chue y Gaoshun estaban con él, y desde el momento en que Maomao vio la sonrisa en la cara de Chue y la forma en que Gaoshun se llevaba una mano a la frente, tuvo un mal presentimiento.

Jinshi no parecía estar de muy buen humor.

“Chue me lo contó todo.” Dijo. “Deduzco que lo pasaste *bien* en la aldea agrícola.”

¡Uh! Hacía tiempo que no le veía de ese humor, pensó Maomao.
No estaba muy contenta con Chue por irle con el chisme.

“Tú y este hombre, Rikuson, parece que están muy *unidos*.”
Continuó Jinshi. Más o menos lo que ella esperaba.

“No estoy segura de decir eso, señor.” Respondió Maomao.

“¿Ah, sí?”

¿Sí? Sí. Sí, así es. Maomao le fulminó con la mirada. Chue le sacó la lengua y juguetonamente se dio un golpe en la frente. Gaoshun miró a su nuera como si no tuviera palabras.

Está bien. Estoy enfadada. ¿Qué le dijiste? Sí, Maomao entendió que Chue sólo había estado haciendo su trabajo. Pero saber eso sólo la llevó hasta cierto punto.

“Entonces, ¿por qué estabas tan empeñada en ir con él específicamente a ese pueblo?”

“Porque sé que un carruaje es más barato que dos. Además, pensé que sería útil si pudiéramos compartir información entre nosotros.”

“Hrm.” El razonamiento de Maomao no pareció satisfacer a Jinshi.

“¿Puedo volver ahora? Respondí a la citación porque supuse que querías saber lo de la operación, pero teniendo en cuenta la hora, ¿quizá todo esto pueda esperar hasta mañana?” También tenía intención de comprobar la herida de Jinshi, pero parecía que lo que había que hacer era salir de aquí. El asunto de la nieta de Gyoku-ou bien podía esperar.

No obstante, un alto muro apareció frente a Maomao. *Thoom*. Jinshi se había levantado de su asiento y estaba justo delante de ella.

“¿Sí, señor?” Preguntó. Jinshi seguía con cara de pocos amigos.

“Ha llegado a mi conocimiento que este hombre con el que dices no tener una relación especialmente estrecha hace poco te propuso matrimonio.”



Al menos fue al grano.

“Me han dado a entender que era una broma, señor.”

“¿Se dicen esas cosas en broma?”

“Tal vez fuera una cortesía social, como la vara para el cabello que me dio el Amo Lihaku en la fiesta del jardín.” Recordó que Jinshi se había mostrado igualmente petulante en aquella ocasión. Maomao, por su parte, confiaba en que no habría problemas si era sincera y honesta.

Jinshi se quedó callado. Parecía tener muchas ganas de decir algo, pero, a pesar de las apariencias, era un hombre ocupado y con mucho que hacer.

En un intento de cambiar de tema, Maomao decidió hacer el informe que había venido a hacer.

“La operación de la nieta del Amo Gyoku-ou fue un éxito. Sin embargo, me gustaría seguir haciéndole exámenes periódicos para comprobar el progreso de su recuperación. Supongo que no habrá problema.”

“Ah, sí... Ya he estado en contacto con Sir Gyoku-ou. Me dijo que puedes hacer lo que creas conveniente.”

“Ya veo, señor.” ¿No solían los abuelos adorar a sus nietas? La respuesta de Gyoku-ou parecía tan... desinteresada. Quizás sólo sonaba así porque lo estaba oyendo a través de Jinshi.

Así que odia la sangre extranjera, ¿verdad? Pensó Maomao, recordando lo que le había contado la hija de Gyoku-ou.

“¿Y cuál fue el problema con la paciente?” Preguntó Jinshi, sentándose en una silla.

Maomao exhaló un profundo suspiro mental y resolvió evitar el tema de Rikuson en el futuro si era posible.

“Fue una obstrucción intestinal. Un objeto extraño atascado en sus entrañas, que eliminamos mediante un procedimiento quirúrgico. De la operación se encargó Tianyu, el nuevo médico. Yo fui su ayudante.”

“Hoh. Me habría imaginado que estarías deseando hacerlo tú misma.”

“Habría estado dispuesta.” A fin de cuentas, era una rara oportunidad de adquirir experiencia quirúrgica con un procedimiento relativamente seguro, y Maomao estaba tan ansiosa como cualquiera por aprovecharla. “Sin embargo, el simple hecho es que Tianyu me supera con creces en habilidad quirúrgica.”

“Qué sorpresa.” Jinshi casi parecía un poco decepcionado, como si deseara que Maomao *hubiera* realizado la operación.

Lo último que quiero es que alguien se queje de mi tratamiento quirúrgico. Tal vez fuera demasiado tarde para Jinshi, que conocía la amplia experiencia *personal* de Maomao con los venenos y también sabía que una vez le había cortado el brazo a un hombre para salvarle la vida.

“Entonces, ¿qué fue este bloqueo?” Preguntó Jinshi.

“Créame, señor, preferiría no saberlo.”

“Dime que no eran saltamontes.” Maomao le vio palidecer un poco.

Ella negó con la cabeza.

“No, no lo eran. El bloqueo era un bulto de fruta y cabello.”

“¿Cabello?” Jinshi parecía perplejo, y Chue y Gaoshun también miraron a Maomao, curiosos.

Les hizo un resumen. Entre otras cosas, mencionó la aversión de Gyoku-ou por los extranjeros, pero eso no pareció sorprender a Jinshi. Se limitó a decir: “Odia a los extranjeros, ¿verdad?”

“¿Tiene a alguien en mente, señor?” Preguntó Maomao.

“Sí.” Murmuró, luego entrelazó los dedos y entrecerró los ojos. “¿Conoces la relación entre la Emperatriz Gyokuyou y el Sr. Gyoku-ou?”

“Vagamente.”

Hace algún tiempo, se había producido una conmoción cuando la Emperatriz había perdido una vara de cabello. Haku-u, una dama de compañía bastante cercana a la emperatriz, había dicho algunas cosas que ahora le venían a la memoria a Maomao.

“Se trata del asunto de las damas de compañía de la Emperatriz Gyokuyou, ¿no?” Preguntó.

“Así es. Cuando estuve en la región central, la Emperatriz parecía llevarse perfectamente bien con su hermano.”

“¿Sólo lo parecía, señor?” Maomao le miró perpleja.

“Es decir, supuse —porque durante su estancia en el palacio posterior— que a menudo recibía cartas de «su hermano». Eso era cierto, en la medida en que Gyoku-ou no es su único hermano.”

“¡Ah!”

Gyoku-ou y Gyokuyou estaban lo suficientemente separados en edad como para ser padre e hija. No sería de extrañar que hubiera otros hermanos entre ellos.

“Una vez que me di cuenta de eso, vi que había habido señales, incluso cuando estaba a cargo del palacio posterior. El número mínimo de sus damas de compañía, por ejemplo, debería haber sido una pista, ¿no crees?”

Era cierto que Gyokuyou había tenido menos damas que las demás consortes superiores. Incluso el hecho de que Maomao, una simple lavandera, hubiera sido admitida en el Pabellón de Jade fue sólo gracias a las argucias de Jinshi. Sí, Gyokuyou había perdido a varias damas de compañía por degustación de comida, y su hogar estaba muy lejos, en el oeste, pero ahora resultaba que tales cosas habían sido sólo tapaderas, excusas.

“Entonces, ¿el Amo Gyoku-ou ve a la Emperatriz Gyokuyou como una enemiga? Quiero decir, ¿porque le molesta su sangre extranjera?” Preguntó Maomao.

“Eso, no lo sé. Con todo su supuesto odio, envió a una hija adoptiva que se parece mucho a la Emperatriz al palacio posterior.”

“Con una mueca en la cara, tal vez.”

¿Había tenido Gyoku-ou alguna experiencia negativa con extranjeros en el pasado? Es cierto que se consideraba de mala educación tener preferencias, tanto por la gente como por la comida, pero la propia Maomao tenía gente a la que, ejem, no soportaba. No estaba en posición de juzgar.

Sin embargo, ella dijo: “Si realmente odia a los extranjeros, debe tener una vida dura. Viviendo como lo hace en el único lugar de Li con más extranjeros que en ningún otro sitio.”

“Ese puede ser precisamente el problema. Más gente, más puntos de fricción.”

Maomao empezaba a sentir que seguir discutiendo este tema no les llevaría a ninguna parte. *Es hora de abandonar el tema.* Miró alrededor de la habitación, buscando alguna oportunidad de escapar.

Justo entonces, la puerta se abrió de golpe.

“¡Príncipe de la Luna!” Entró un joven con un pato en la cabeza. En toda la capital occidental, sólo había un hombre que se ajustara a esa descripción.

“Despertarás a la mitad de la casa, Basen.” Dijo Jinshi, sin prestar atención al ave.

“Lo siento, señor. Es urgente...”

“¿Urgente? Bueno, ¿qué es? Dímelo.”

“¡El Gran Comandante Kan viene hacia aquí!”

“¿Sabe qué hora es?”

A Maomao se le pusieron los pelos de punta y, si hubiera tenido cola, se le habría hinchado. Desde su llegada a la capital occidental, el gran comandante había visitado a Jinshi en varias ocasiones, en las que Maomao siempre se había cuidado de pasar desapercibida o, de lo contrario, dejar los asuntos en manos del curandero.

“Estoy aquí...” Dijo una voz terrible. Detrás de Basen asomaba el rostro de un anciano, una criatura tan mugrienta que parecía que le apestaban los pies. El pato pareció confundir su cabello con material para anidar, porque se acercó desde lo alto de Basen y le picoteó la cabeza.

“¡Basen!” Jinshi miró fijamente al otro hombre.

“Lo siento, señor. El vie... Gran Comandante Kan... ya está aquí.” Dijo, corrigiéndose.

“¡Maomaoooooo! Menos mal que estás a salvo.” El viejo con monóculo trató de empujar a Basen, pero Basen no se movió. Lo mejor que pudo hacer el monstruo fue *meterse* entre Basen y la puerta.

Gaoshun se posicionó inmediatamente para defender a Jinshi, mientras que Chue se colocó frente a Maomao y le hizo un guiño de “*déjame-manejar-esto*” y le levantó el pulgar.

Puedes actuar tan amistosamente como quieras, pero eso no cambia el hecho de que me vendiste.

Por el momento, la prioridad de Maomao era poner distancia entre ella y el viejo que se acercaba.

“¡Todos esos bichos debían de dar mucho miedo, Maomao! Pero oooh, no te preocupes. Papá creó una brigada de exterminio de bichos y se deshará de todos esos asquerosos y repugnantes insectos por ti.”

Claro. Ahora es cuando decide mover el culo.

Maomao y el excéntrico estratega barajaron a la derecha, luego a la izquierda, se detuvieron y volvieron a barajar, Chue entre ellos.

Jinshi, observando el momento, carraspeó para llamar la atención del estratega.

“Sir Lakan. Creo que le he pedido —en repetidas ocasiones— que me informe antes de venir aquí. Pero ya que está aquí, ¿cuál es su asunto?” Una vena azul se abultó en la frente de Jinshi. Conocía demasiado bien la respuesta a su pregunta.

Durante un segundo, el estratega consideró mirarle.

“¡Cielos! ¡No *necesito* una razón para venir a visitar a mi querida hija! Fui a verla esta tarde y me encontré con que no estaba, así que lo

intenté en otro sitio.” Les dirigió una especie de mirada maliciosa. Maomao se sintió mal por quitarle la oportunidad a Basen, que estaba controlando bastante bien su mal genio, pero se preguntó si se le permitiría darle una buena patada al estratega.

Volvió a mirar a Maomao y sonrió de nuevo, pero luego su rostro se puso serio.

“Esa era mi principal motivación para venir. Pero hay una cosita más. Me gustaría que acogieras al Sabio.”

“¿El Sabio? ¿Está aquí?” Preguntó Jinshi, incrédulo.

Creo que reconozco ese nombre. Según recordaba Maomao, era el hombre que había estado observando la partida de Jinshi contra el extraño estratega en el torneo de Go. El instructor personal del Emperador en el juego.

“No, no, él no. Tal vez debería llamarlo el Sabio del Oeste. Es un prodigio en Shogi, no en Go.”

“¿Shogi?”

El extraño estratega era un brillante jugador de ambos juegos, pero se decía que dominaba aún más el Shogi que el Go. Y sin embargo, aquí estaba alguien a quien se refería como un “sabio” del juego.

“Perdió su casa en la plaga de insectos, ya ves. Así que recurrió a mí, un viejo amigo.”

Un viejo amigo, ¿eh?

Maomao había oído que en su juventud el estratega había pasado algún tiempo en provincias. No era descartable que hubiera visitado estos lejanos confines occidentales.

“Ya veo. Sí, ha habido problemas por todas partes.” Dijo Jinshi y se quedó pensativo.

“¡Perdone!” Chue, con escaso respeto por la gravedad del momento, levantó la mano. Hoy su suegra estaba ausente, así que no había nada que la detuviera. “No es por ser maleducada, pero ¿crees que se lo está inventando todo?”

Grosero, sí, lo era, pero Maomao estaba de acuerdo con la pregunta. Al fin y al cabo, se trataba del raro estratega, un hombre que no podía recordar las caras de la gente ni para salvar su vida. Si llegaba alguien haciéndose pasar por un viejo conocido, ¿cómo iba a notar la diferencia?

“Lo dudo. No hay tantos generales de oro sueltos, aunque quiero intentar estar seguro.”

¡Un General de Oro! Luomen le había dicho a Maomao que el estratega a menudo hablaba de la gente en términos de piezas de Shogi, pero el oyente medio probablemente no tendría ni idea de lo que estaba hablando.

“Entonces, ¿podríamos echar una partida de Shogi aquí, para estar seguros?” Sugirió el estratega.

Su idea fue recibida con un momento de silencio. Maomao no estaba segura de cómo se había llegado a la conclusión de que debía haber una partida aquí y ahora, pero el ayudante que iba detrás del Gran Comandante llevaba un espléndido tablero de Shogi. Evidentemente, el propio estratega daba la partida por concluida.

“Reitero... ¿Sabes qué hora es?” Dijo Jinshi.

“Oh, por favor. Si es de verdad, podrías obtener alguna información útil para ti, Príncipe de la Luna.” El monstruo le dedicó a Jinshi una de sus untuosas sonrisas.

Jinshi miró a Maomao. Intentó responder con un gesto de *no lo hagas*, pero desde el momento en que el estratega la había encontrado, no había escapatoria. Mejor dejarle perder el tiempo jugando a su juego... y, de todos modos, se preguntó por su ominoso comentario.

“De acuerdo. Les proporcionaré un lugar para jugar al Shogi. Sin embargo, el juego esperará hasta mañana.”

“Es usted muy amable, muchas gracias.” Dijo el estratega. (Era difícil saber si estaba realmente agradecido o no). Maomao trató de ignorar al engendro, que sonreía para sus adentros. En lugar de eso, se frotó la barriga refunfuñante y esperó poder cenar pronto.

Capítulo 3:

Gran Lin

Al día siguiente, Chue casi arrastró a Maomao hasta una gran habitación en algún lugar del anexo. Había mosquiteras y una gruesa alfombra en el suelo.

Muy al estilo de Anan, pensó Maomao. No había mesas, sólo un par de sillas bajas. El té y los aperitivos se habían colocado sobre la alfombra, aunque no eran de lo mejor; el enjambre había restringido tales lujos. Pero los mendigos no podían elegir.

En el centro de la habitación había un tablero de Shogi. Maomao reconoció a un viejo asqueroso que la miraba fijamente y a otro que no. El primer viejo era, por supuesto, el raro estratega, ¿pero el segundo?

Debe ser su compañero de Shogi.

Había oído que el hombre tenía más de ochenta años. Debía de ser imponente en su época, pero ahora estaba encorvado y su cuerpo temblaba visiblemente. Un robusto bastón descansaba a su derecha, mientras que detrás de él un hombre de mediana edad, al parecer su cuidador, lo observaba con preocupación.

“¡Yo la traje!” Dijo Chue levantando la mano con entusiasmo. Maomao, naturalmente, se había resistido a la idea de venir aquí, pero

Chue la había arrastrado. Lihaku incluso les acompañó como su guardaespaldas.

El extraño estratega levantó la vista del tablero.

“Ma... Maom...” Empezó, pero fue interrumpido por lo que sonó como si algo golpeará una almohada. Era el bastón, que había sido golpeado firmemente contra la alfombra, con tanta fuerza que Maomao temió que se hubiera roto de no ser por la gruesa alfombra.

“¡Estamos en medio de una partida!” Bramó el otro hombre, y la fuerza de su declaración resultó chocante a la vista de su aspecto demacrado. Luego tomó una de sus piezas y la movió hacia delante, encajándola con un *clic* perfecto.

El monstruo con monóculo entrecerró los ojos y volvió a centrarse en el tablero, ahorrándole a Maomao sólo un gesto de la mano.

“Oooh, qué buena jugada.” Dijo Chue, que al menos fingía prestar atención.

“¡Si tú lo dices! A mí se me escapa. ¿Sabe lo que pasa ahí, Srta. Chue?” Preguntó Lihaku con una risa amistosa.

“Oh, parecía lo que había que decir. Ya sabes, con la forma en que golpeó esa pieza hacia abajo.”

No tenía ni idea de lo que significaba el movimiento; sólo había dicho lo que le parecía correcto. Como siempre.

“Bien, vamos, Srta. Maomao. ¡Tomemos un poco de ese té! La Srta. Chue lo necesita si va a tomar su merienda.”

Maomao y los demás se sentaron en la alfombra. El verano en la capital occidental era más cálido que en la región central, pero al menos no era tan húmedo. La mosquitera era, de hecho, contra los saltamontes, ya que aún quedaban algunos bichos.

Se puede sentir el dinero, pensó Maomao, pasando los dedos por la alfombra. Era fresca como la seda, pero suave como la lana, y tenía un delicado dibujo y bordado. Incluso la red era de gasa de seda, que se movía y brillaba con cada brisa.

Maomao se sentó en una de las sillas bajas y tomó un bollo, un panecillo de mandarina frito al que se le añadía leche condensada.

Supongo que no importa lo elegante que sea la alfombra. Aun así puedes mancharla de migas.

El estratega se atiborraba mientras jugaba, consumiendo los bocadillos con tanto gusto que su sufrido ayudante se esforzaba por mantenerlos abastecidos.

“¡Onsooou! ¡Puedes hacerlo!” Chue le llamó.

¿Onsou? ¿Ese es su nombre? Maomao no lo había oído nunca — nunca había tenido motivos para hacerlo— y, aunque lo hubiera oído, probablemente lo habría olvidado. Sin embargo, parecía probable que viera más a Onsou en el futuro, así que tendría que intentar recordarlo.

“¡Ja, ja! El viejo Onsou. No es fácil ser él, ¿verdad?” Dijo Lihaku, sin parecer muy preocupado. Como compañero de armas, parecía reconocer al hombre.

Cuando Onsou vio a Maomao, ordenó a un sirviente cercano que preparara suficientes aperitivos para compensar la escasez. Obviamente, estaba acostumbrado a esto. Una vez hubo depositado una cantidad suficiente de dulces delante del estratega, se acercó a Maomao.

“Lo siento mucho. Sé que siempre te está visitando.” Se inclinó ante ella, profundamente compungido. El ángulo de su reverencia era impecable; estaba claro que no era la primera vez que tenía que pedir perdón en nombre del estratega.

Esto es buen material. La vieja madame habría matado por alguien capaz de disculparse así. Onsou ya no era tan joven como para llamarlo así, pero sabía cómo ser humilde sin parecer patético o incompetente. Era exactamente el tipo de persona que se necesitaba para apaciguar a los clientes airados después de que alguna cortesana inexperta les hubiera disgustado. A los verdaderos quejosos, a los que no se podía satisfacer con una disculpa sincera, los criados siempre podían echarlos de cabeza.

Me pregunto si estaría interesado en una nueva línea de trabajo. Podría presentárselo.

Ser el apologista oficial de un burdel no era fácil para los nervios, pero tenía que ser mejor que ser el asistente personal del raro estratega.

Jinshi aún no había llegado, tal vez ni siquiera iba a llegar.

Si no tiene cuidado, la gente podría enfadarse aún más con él por estar en un sitio así. En momentos de crisis como el que ahora afrontaban, apenas había tiempo para Shogi o banquetes. Este juego sólo se permitía porque lo organizaba personalmente el raro estratega.

“No parece que este tipo sea un estafador.” Comentó Maomao. Cualquiera que consiguiera que el extraño estratega prestara tanta atención a una partida de Shogi tenía que ser un gran jugador.

“No.” Estuvo de acuerdo Onsou. “Ese es Gran Lin, en carne y hueso.”

“«Gran Lin»... ¿Es famoso o algo así?”

“En su día, dicen que los jugadores de Shogi venían de muy lejos para jugar contra él, incluso de la región central. Era así de fuerte. Si no hubiera caído en tiempos difíciles, probablemente ahora sería aún más conocido.”

“¿Qué pasó?” Preguntó Maomao, su interés despertado por la observación.

“Oh... Ejem. Bueno, ya que estoy seguro de que acabaría explicándotelo tarde o temprano, será mejor que me lo quites de encima. Está relacionado con esa información útil que mencionó el Amo Lakan.” Onsou bajó la voz, atento al hosco anciano. “El Gran Lin fue una vez un burócrata de cierto renombre. Conoce muy bien la historia de la capital occidental.”

“Me lo puedo creer.” Dijo Maomao. Los años quizá le habían hecho menos carismático, pero su grito de antes la había convencido de que no había desaparecido.

“Si te dijera que su destino se decidió hace diecisiete años, ¿sabrías a qué me refiero?”

“¿Te refieres a la situación con el Clan Yi?” Los ojos de Maomao se abrieron de par en par.

“Sí, exactamente. Los Yi confiaban implícitamente en el Gran Lin, e incluso después de retirarse de la vida oficial, siguió recopilando su historia. No obstante, cuando los Yi fueron aniquilados, muchos funcionarios se vieron atrapados en la purga, especialmente aquellos en los que los Yi más habían confiado. El Gran Lin salió con vida, pero los sucesivos golpes de aquellos acontecimientos le empujaron a la senilidad.”

“Es *una* información útil.” Dijo Maomao. Daba a entender que el Gran Lin bien podría saber cosas que Maomao y Jinshi estarían muy deseosos de aprender. Entonces, sin embargo, Maomao emitió un sonido de confusión. “Espera. Pareces muy familiarizado con la caída de los Yi, Onsou. Ni siquiera el Amo Gaoshun sabe mucho al respecto.” Le miró y entrecerró los ojos.

“Oh, lo siento, ¿no lo sabías? Su destrucción tuvo lugar exactamente en la época en que el Amo Lakan residía en la capital occidental. He oído las historias, eso es todo.”

Maomao fulminó con la mirada al raro estratega mientras jugaba al Shogi. No lo *había* hecho. Por otra parte, nunca se lo había preguntado, pero aun así, la idea la enfureció de forma irracional.

“Siendo el Amo Lakan quien es, por supuesto, la mayoría de sus recuerdos consisten en salas de Go y dojos de Shogi. Dada su tendencia a olvidar todo lo que no sea de su interés personal, no estoy seguro de que pueda ofrecer el tipo de información que el Príncipe de la Luna espera. En este caso concreto, sospecho que sólo recuerda tanto como lo hace porque el propio Gran Lin le parece memorable.”

“No me sorprendería.” Dijo Maomao. Hacer preguntas detalladas al estratega sobre los Yi probablemente sería inútil, pero eso ya lo sabían.

“Si el Gran Lin aun estuviera en su sano juicio, probablemente podría contarte muchas cosas sobre aquellos tiempos. Por lo que he oído, tiene momentos de lucidez... pero sólo momentos.”

“Momentos.” Repitió Maomao. En efecto, había oído que las personas que sufrían senilidad a veces volvían repentinamente en sí. Onsou parecía sugerir que debían intentar atrapar al Gran Lin durante uno de esos hechizos.

“En efecto.” Dijo Onsou. “El Amo Lakan me llama. Tengo que irme. Podemos hablar de esto más tarde.” Volvió a acercarse al estratega, pero esta vez el monstruo se había quedado sin energía.

Maomao echó un vistazo a la gran sala de estar. Vio al raro estratega, Onsou, y al Gran Lin, junto con el cuidador del Gran Lin. Luego estaban Chue, Lihaku y ella. Jinshi y su séquito no aparecían por ninguna parte.

Puede que esta vez no tenga elección, pensó Maomao. Si Jinshi no aparecía, ella y los demás tendrían que intentar conseguir la información por su cuenta. Aun así, sería inútil intentar nada antes de que terminara la partida de Shogi, así que decidió ir por más aperitivos.

“¡Srta. Maomao, este pan frito es el mejor!” Le informó Chue.

“¿Cuántos de esos ha comido, Srta. Chue?”

“Estoy comprobando si están envenenados.” Respondió con una cara completamente seria.

“Puedo hacerlo por mí misma, gracias.”

Los tentempiés que se habían proporcionado eran muy sabrosos, pero lo trágico era que no había nada de vino. Sí, sí, había escasez de alimentos; tenían suerte de poder comer, etc. Tendrían que aguantarse y resistir.

Mientras el estratega daba sorbos a su zumo, Onsou volvió con los espectadores.

“Quizá quieras tomar esto.” Dijo, entregándole algo a Maomao.

“¿Para qué?” Preguntó.

Le había entregado un libro. Hecho con papel de pergamino, era una colección de relatos cortos. Ella habría preferido una enciclopedia de hierbas medicinales o tal vez un tratado de medicina, pero tampoco era una mala elección.

“También puedo traerle cualquier otro libro que necesite. ¿O quizá prefieres juegos de mesa y cartas?” Dijo Onsou. Estaba siendo tan servicial con Maomao y los demás, de hecho, que ella empezaba a sospechar.

“Gracias por su consideración, pero no nos pasará nada.” Dijo tajante.

“Umm... ¿Estás segura de eso?” Onsou parecía claramente incómodo. “El Amo Lakan y el Gran Lin comenzaron su juego hace dos horas, y... bueno.”

“¿Sí?”

“Creo que podemos esperar que dure al menos cuatro horas más.”

“C-Cuatro... horas...”

“Quizá quieras saber que el Príncipe de la Luna estuvo aquí justo antes que tú, pero volvió a marcharse. Dijo que estaba muy ocupado con el trabajo. Se supone que debo llamarle cuando acabe el partido.”

Para Jinshi, el tiempo libre no existía. Si trabajar hasta que acabara el partido era lo más sensato, ¿por qué no podía irse Maomao? Había mucha medicina que el Dr. You le había pedido que hiciera.

“¿Crees que podría salir de aquí? Puedes llamarme cuando acabe el partido.” Dijo, recogiendo una bandeja de fruta y bollos. Harían muy feliz al curandero, últimamente acosado por las penas de una vida sin bocados.

“Lo siento, pero no. Si te fueras ahora, el Amo Lakan perdería la concentración. Y si hiciera algún movimiento... poco ortodoxo, el Gran Lin se cansaría y se quedaría dormido.”

¡Argh! Qué fastidio. A Maomao le preocupaba que, tras otras cuatro horas de Shogi, el octogenario hombre pudiera desplomarse. *Una razón más por la que no puedo irme...*

Tendría que quedarse y asegurarse de que el viejo no se derrumbara. Se las arregló lo mejor que pudo: trajo el mortero y los ingredientes medicinales, y se puso a trabajar con Chue y Lihaku mientras los ancianos jugaban.

¿Ese tipo va a aguantar? Se preguntaba mientras machacaba algunas hierbas y observaba al Gran Lin, cuya mano temblaba cada vez que movía un trozo. De vez en cuando, el hombre que lo atendía le ponía un poco de algodón húmedo en los labios. Otras veces, ayudaba al Gran Lin a ponerse en pie y luego lo llevaba al baño.

Parece que está acostumbrado a cuidarlo.

El otro hombre debía de tener más de cuarenta años: un hijo o, más probablemente, un nieto. Parecía que la supervivencia del Gran Lin se debía a la paciencia de este hombre.

La siguiente vez que Onsou vino a verlos, Maomao le hizo señas para que se acercara.

“¿Quién es el hombre que está con el Gran Lin?” Preguntó.

“Algún pariente lejano. El Gran Lin ya no tiene familia cercana. El Amo Lakan siempre se refiere a él como Pequeño Lin.”

“¿Pequeño Lin?”

Pequeño. Ciertamente podía referirse a un niño, pero con la misma frecuencia significaba alguien de corazón pequeño, un imbécil. Incluso si el uso era simplemente un par con el “Gran Lin”, todavía no era una cosa particularmente cortés para llamar a una persona. En ese sentido, era muy propio del raro estratega.

Así transcurrió el precioso tiempo que se le escapaba de las manos a Maomao.

Al cabo de una hora, habían llenado una bandeja con píldoras redondas. Onsou, que parecía menos nervioso con ellos que con el estratega, se afanaba en ayudarles con la tarea. Maomao sacudió la bandeja para ordenar las filas y, justo en ese momento, el Gran Lin se desplomó.

Sorprendida, Maomao corrió hacia los jugadores.

“¡Oh! ¡Maomao!” Dijo el raro estratega con una sonrisa. Lo apartó de un empujón, fuera del camino, y fue a atender al otro anciano.

Pero antes de que pudiera llegar hasta él, alguien gritó: “¡No pasa nada!” Era el Pequeño Lin, que apuntaló al Gran Lin y se inclinó hacia él mientras el anciano empezaba a susurrar algo.

“Sí... Sí.” Dijo el Pequeño Lin. Maomao no podía oír lo que decía el Gran Lin, pero el Pequeño Lin lo estaba anotando. Maomao echó un vistazo, sólo para descubrir hileras de escritura cuyo significado no podía descifrar.

Al final, el dictado del Pequeño Lin pareció terminar. El Pequeño Lin frotó suavemente la espalda del hombre y se mojó los labios con el trapo de algodón.

“¿Todo listo, Pequeño Lin?” Preguntó el raro estratega con una mirada a Maomao.

“Está agotado. Deberíamos dejarle descansar.” Respondió el Pequeño Lin, evidentemente indiferente al tono del estratega. Recostó al anciano con suavidad y empezó a tomar nota del estado del tablero de juego.

“Cuidar no es fácil, ¿eh?” Dijo Chue mientras tomaba otro bollo — esta vez del plato del estratega— y se lo metía en la boca. Parecía totalmente indiferente al tema. Maomao se preocupó por Gaoshun y Taomei en su vejez.

“¡Maomaaaaooo!” Gritó una voz cadenciosa. El estratega empezó a acercarse a ella.

Maomao frunció el ceño, disgustada.

“Por favor, no te acerques más. Hueles como un perro que ha estado fuera bajo la lluvia.”

“Vaya, eso... suena realmente hiriente cuando lo dices así.”
Comentó Lihaku.

Para bien o para mal, sin embargo, la persona en cuestión era impermeable a casi cualquier cosa que Maomao pudiera decir.

“He oído que te gustan los aperitivos salados, ¡así que me he asegurado de tener montones y montones de ellos a mano! ¿Qué tal un poco de vino? ¿Quieres un poco? Puedo traértelo.”

“Vino...” Sólo por un segundo, Maomao sintió que algo le tiraba del corazón, pero luego sacudió la cabeza enérgicamente.

El ceño fruncido en su rostro debía de ser realmente terrible, porque Chue intervino.

“¡Si se ofrece, a la Srta. Chue le encantaría un poco de vino de frutas hecho especialmente! Además, como técnicamente tenemos un trabajo que hacer aquí, tal vez podrías hablarme del viejo de allí.”

Ah, Chue. El placer antes que los negocios. Desde su lado, se oyó decir a Lihaku: “El vino puede esperar, gracias.”

El estratega, mientras tanto, miró a Chue, perplejo.

“¿Te refieres al Caballero?”

Comparó al hombre no con una piedra de Go, sino con una pieza de Shogi. En otras palabras, se trataba de alguien que le resultaba

inconfundible. Era, como siempre, un astuto juez del carácter, aunque sólo fuera eso.

“Si quieres saber algo de mi tío abuelo, permíteme que te lo explique.” Dijo el Lin Pequeño, acercándose. El Gran Lin estaba durmiendo cómodamente.

Casi por instinto, todos formaron un círculo alrededor de los aperitivos. Chue preparó té y lo sirvió a los demás. Maomao puso platos individuales delante de cada uno y, mientras tanto, deslizó a un lado los diversos medicamentos y utensilios farmacéuticos.

“¿Puedo preguntar qué han oído ya sobre él?” Dijo el Pequeño Lin, mirando a Maomao y a los demás con calma. Puede que no pareciera gran cosa, pero al menos sabía ser educado. Onsou había dicho que su familia había atravesado tiempos difíciles, pero al menos parecía haber tenido una educación respetable. Incluso se dirigió cortésmente a Maomao y Chue.

Su tío abuelo, ¿eh? El Pequeño Lin aparentaba unos cuarenta años. Su cabello era negro, pero parecía temperamental, y sus ojos eran pálidos.

El Gran Lin tenía algo del aspecto de un extranjero. Tenía la nariz angulosa que suele tener la gente de sangre extranjera, aunque su cabello ralo y sus cejas eran blancas; era imposible decir de qué color habían sido antes. El cabello que tenía estaba despeinado; tal vez no le gustaba recogerse.

Era inusual ver a un hombre de la edad del Pequeño Lin cuidando tan de cerca a un tío abuelo. ¿Realmente no tenía otros parientes?

“He oído referirse a él como una enciclopedia viviente de la historia de la capital occidental.” Dijo Onsou. El estratega, mientras tanto, intentaba apretarle el bocadillo a Maomao, así que Chue se interpuso entre ambos. Evidentemente, aún le quedaba espacio en el estómago, porque las golosinas desaparecieron rápidamente.

“Sí, la gente le llamó así una vez. Pero ahora está... bueno, ya ven. Estaba en plena posesión de todas sus facultades hasta los sucesos de hace diecisiete años.”

“Te refieres a la supresión del Clan Yi, ¿verdad?” Preguntó Onsou, asegurándose de que Maomao y los demás pudieran seguirle. Maomao se alegró de haber conseguido algo de esta historia con antelación.

Sabe muy bien cómo hacer las cosas. Onsou no era un fanfarrón, pero daba un empujoncito por aquí o por allá para que las cosas siguieran su curso. Era evidente que no llevaba mucho tiempo al servicio de un superior que sólo sabía alterar las órdenes y frustrar los planes.

“Sí, así es. Durante la campaña, fue atacado y golpeado justo en el lugar equivocado.” El Pequeño Lin levantó parte del cabello ralo del Gran Lin para revelar una cicatriz prominente. “Por aquel entonces, mi tío abuelo había sido encargado de recopilar la historia de la capital occidental. Sin embargo, cuando los Yi fueron sometidos, él también

fue considerado un rebelde. Quizá podamos considerarnos afortunados de que al menos el resto de su familia escapara al castigo.”

Una arruga se formó en el ceño del Pequeño Lin, señal de lo difícil que le resultaba contar estas cosas.

“*Supresión* es una palabra que suena muy elevada, pero no fue más que un alboroto. Arrestaron a mi tío abuelo y quemaron no sólo la historia que había recopilado, sino todos los libros y pergaminos en los que basaba su trabajo. Cuando por fin volvió con nosotros meses después, estaba... así. Sus parientes más cercanos lo abandonaron. Sólo mi padre lo acogió.”

Tal vez los síntomas del Gran Lin fueran el resultado de ver confiscado y destruido el trabajo de toda su vida, o quizá de la simple violencia. Haber sido abandonado por su familia podría haber sido aún peor.

“Había mucha información valiosa en esos archivos. Hasta el día de hoy, lamento su destrucción.” El Pequeño Lin golpeó la alfombra demostrativamente.

Es fácil quemar cosas... No tan fácil desquemarlas.

Maomao seguía pensando en las extrañas notas que el Pequeño Lin había anotado mientras escuchaba a su tío abuelo. ¿Qué significaban? Si intentaba reconstruir las historias a partir de los murmullos del anciano, sería una tarea difícil.

Onsou miró a Maomao como diciendo que dejaba el resto en sus manos.

En cuanto a lo que tramaba en ese momento el estafalario estratega, su rostro se había enrojecido y se estaba poniendo achispado. Llevaba una botella de cristal en la mano. Maomao intentaba centrarse en la conversación, pero no podía evitar mirarle.

Parece que mezcló su zumo con el vino de frutas. Para ella estaba claro que el estratega había bebido por error el vino que Chue había querido. Chue le tomó la botella, le sacó la lengua juguetonamente y empezó a beber.

Vamos, ¡deja algo para mí! Pensó Maomao. Intentó enviar el mensaje a Chue telepáticamente, pero no parecía haber muchas esperanzas de que le llegara. Resignada, se volvió hacia el Pequeño Lin.

“¿Qué tenemos que hacer para llegar a los recuerdos del Gran Lin?” Preguntó.

“Mi tío abuelo es una persona muy cuidadosa. Por ejemplo, nunca habría puesto todos sus libros, que podrían quemarse tan fácilmente, en un solo lugar. Si buscas registros, seguro que los escondió en algún sitio.”

“¿Quieres decir qué crees que tenía otra biblioteca además de la que se quemó?”

“Sí, justo eso.”

Si el Gran Lin hubiera guardado copias de sus libros en otro lugar, entonces los registros aún podrían existir. Sólo había una detalle.

“Si no los han encontrado, significa que nadie sabe dónde están.”

“Así es. Nadie ha encontrado esta biblioteca. Incluso la idea de que los libros podrían estar todos allí es simplemente una posibilidad.”

Era como agarrarse a la niebla, pero al menos la idea de una biblioteca independiente tenía visos de verosimilitud.

Maomao miró al anciano, que respiraba tranquilamente. El extraño estrategia no era más que una espina clavada en su costado, pero de vez en cuando podía ser útil.

“Supongo, entonces, que aprovechas sus momentos de lucidez para intentar averiguar dónde está la biblioteca.” Dijo. Haría falta alguien con mucha paciencia para hacer algo así.

“¿De verdad crees que puedes encontrarla así?” Dijo Chue, diciendo directamente lo que Maomao intentaba insinuar.

El Pequeño Lin dio un sorbo a su té, como si no estuviera seguro de lo que iba a decir a continuación. Luego respondió: “De hecho, ya la han encontrado.”

Los ojos de Maomao se abrieron de par en par.

“¿En serio?”

“En efecto. Tengo entendido que alguien buscó la casa en la que vivía mi tío abuelo, basándose en los retazos de cosas que recordaba. Y cuando la encontraron...”

“¿Sí? ¿Qué pasó?”

“¡Ahí estaban! Registros de juego que mi tío abuelo había guardado hace tiempo, escondidos bajo las tablas del suelo.”

“Registros de juego.” Repitió Maomao. Francamente, eso sonaba bastante inútil. “Supongo que todos estaban bastante decepcionados. Después de tanta búsqueda y todo eso.”

Parecía posible que estos parientes hubieran acogido al Gran Lin en parte porque pensaban que podría haber un legado para ellos.

“Sí, muy decepcionados. Me dijeron que usaron los registros como leña en su horno.”

Pensar que esos papeles probablemente habían sido tesoros de valor incalculable para el Gran Lin. El valor estaba en el ojo del espectador, y podía hacer la vida tan cruel.

“Vaya, qué pena. Incluso podrían valer algo si aún estuvieran por aquí.” Dijo Chue, que seguía sorbiendo el vino. En serio, al menos podría dejar una copa.

“Tienes mucha razón.” Coincidió el Pequeño Lin. “Incluso vino a verme alguien que quería hacer negocio con esos registros, una vez que se enteraron de lo dotado que estaba mi tío abuelo para el Shogi.”

“¿Negocios?” Preguntó Maomao. Había un esquema que le sonaba familiar.

“Ah, sí. Parece que el Go está de moda en la provincia de Kaou, y que hay un libro muy popular con partidas recopiladas. Esta persona se preguntaba si un libro de juegos de Shogi podría tener un éxito similar.”

Maomao echó una mirada al viejo, que ahora roncaba plácidamente. De algún modo, el mundo seguía viviendo a su sombra, aunque ni él ni el mundo lo sabían.

“Su familia estaba casi frenética cuando se enteraron de que podía haber dinero en esos registros, pero antes de que pudieran pensar qué hacer, llegó el enjambre... La familia se enteró por ahí de que el Amo Lakan era un viejo amigo de mi tío abuelo y, aunque me avergüence decirlo, le convencieron para que les pidiera ayuda.”

El Pequeño Lin estaba rojo hasta las orejas, humillado hasta para contarlo. Maomao era muy consciente de que había algunas familias que no eran ideales, pero cuanto más pobre eras, menos sentimental podías ser. Si nunca hubieran pasado apuros, podrían haber sido un grupo de gente perfectamente aceptable. Tal vez fuera el retorcido punto de vista personal de Maomao lo que hacía que el devoto y atento Pequeño Lin pareciera, de hecho, el más extraño de todos.

“Creo que el raro placer de jugar al Shogi con el Amo Lakan ha devuelto parte de la chispa de mi tío abuelo. Me doy cuenta de que puede parecer una petición un tanto impertinente, pero cuando termine

la partida, ¿cree que se nos podrían conceder los registros escritos de la misma?”

“Supongo que no veo por qué no.” Dijo Maomao. Al raro estrategia no parecía importarle.

“Entonces, ¿suponiendo que los murmullos de mi tío abuelo conduzcan a otro alijo oculto de papeles o antiguos registros de partida?”

“Les daremos todos los registros de juegos.”

“Lady Maomao.” Dijo Onsou, visiblemente preocupado.

“El raro estrategia no tiene ningún interés especial en los registros de partidos antiguos, ¿verdad?” Preguntó.

“No, pero *si* dijera algo...”

“Échame la culpa a mí.”

“¡Claro que lo haré!” Obviamente, Onsou sólo quería obtener un compromiso verbal firme de Maomao. El hombre era minucioso.

Sólo quedaba la pregunta crucial de dónde podrían estar esos libros y papeles.

“¿Todavía tienes esas cosas que escribiste antes? ¿Podríamos verlas, por casualidad?” Preguntó amablemente Maomao.

“Toma. También tengo todas las notas que he tomado hasta ahora.” Dijo el Pequeño Lin. Sacó una colección, no de hojas de papel ni siquiera de tiras de madera para escribir, sino de trozos de pergamino.

“Estos también parecen registros de juego.” Dijo Maomao, desconcertado. Los trozos contenían inscripciones como «S59» y «+B83». Incluso Maomao, que no tenía ningún interés en el Shogi, reconoció que se trataba de anotaciones que mostraban cómo se habían movido las piezas en una partida de Shogi. Esta notación incluía números extranjeros no utilizados en la provincia de Kaou, quizás para facilitar la lectura.

¿Esto en verdad significa algo? Maomao contuvo un gemido. En lugar de eso, se volvió hacia Onsou y le preguntó: “¿Tienes otro tablero de Shogi y algunas piezas que nos puedas prestar?” Cuando no entendías algo, no había nada mejor que probarlo.

Onsou proporcionó los materiales y, con un *clic-clic-clic*, Maomao empezó a alinear las piezas.

“Veamos... S59 sería...” Intentó colocar las piezas donde indicaban las notas, pero cada vez sospechaba más que era un esfuerzo inútil. Estaba a punto de colocar uno de los Peones cuando se detuvo.

“Qué curioso.” Intervino Chue, mirando el tablero. “Dice que el Peón debe moverse a la fila dos.”

“¡Huh! Incluso yo sé que ese es un movimiento ilegal.” Ahora Lihaku estaba entrando en el acto.

“Y también hay tres Dragones. Eso no es normal. Quizá no todas estas notas se refieran al mismo juego.” Dijo Onsou, mirando el

tablero. “Me pregunto si esto tendría más sentido para mí si supiera más sobre Shogi.”

“¿No está versado en el juego, señor?” Preguntó Maomao.

“Sé jugar, más o menos, pero, por favor, recuerda bajo quién sirvo. No estoy dispuesto a convertir un pasatiempo en otro trabajo más.”
Onsou tenía una mirada muerta.

“¡Chico, lo siento!” Dijo Lihaku dijo, no viéndose mucho mejor.

“¿Por qué, Amo Lihaku? No sirves directamente bajo el estratega... De hecho, no creo que tengas mucho que ver con él, ¿verdad?” Preguntó Maomao. Lihaku era un soldado, es cierto, pero veía mucho menos al extraño estratega que Onsou.

En lugar de responder, Lihaku dijo: “Mira este contorno. ¿No te recuerda a un mapa de la capital?”

“¿La capital?”

“Una ciudad en una cuadrícula perfecta, con el trono en la cima. ¡Está justo ahí!”

“Ah... creo que entiendo lo que quieres decir.”

En resumen, Lihaku no podía mirar un tablero de Go sin ver la capital. *Siendo este un tablero de Shogi, no es exactamente lo mismo, pero aun así.* Entendió a dónde quería llegar. Como soldado que pasaba gran parte de su tiempo custodiando la ciudad real, vio muchos mapas del lugar.

“Empecemos por alinear todas las piezas de las notas.” Dijo Maomao. Siguieron una serie de chasquidos mientras colocaba las piezas en su sitio, pero resultaron estar claramente agrupadas en una parte del tablero. “¿Te parece esto un juego de Shogi?”

“No mucho.” Dijo el Pequeño Lin. Parecía ser la persona más capacitada para el Shogi que quedaba despierta, ya que el Gran Lin y el estratega estaban en el país de los sueños. No estaba claro cuánto sabía Chue sobre el juego, así que Maomao descartaría su opinión.

“Si no es un juego de Shogi, ¿qué crees que es?” Preguntó Maomao, levantando la mano en un gesto de derrota total.

“Sí, la pieza del Rey está volando por todas partes.” Dijo Lihaku.

“¡La Srta. Chue pensó lo mismo! Ese General de Jade realmente se mueve.”

Maomao coincidió con sus compañeros. El General de Jade, que normalmente se movía lentamente de casilla en casilla, se había abierto camino hasta el centro del tablero.

“Jade.” Murmuró Maomao, mirando el tablero. “*Gyoku*.”

El rey, el líder rival, estaba situado justo en el centro, en el lado norte del tablero. Otras piezas también parecían extrañamente fuera de posición.

“Amo Lihaku.” Dijo Maomao.

“¿Sí?”

“Si te imaginaras este tablero de Shogi como la capital, ¿qué te parecería?” Ella giró el tablero para que él pudiera verlo.

“Hmm... Supongo que esta pieza Rey tendría que representar el trono. Lo que significaría...” Señaló los grupos de piezas. “Estos lugares donde las piezas están todas agrupadas tendrían que ser el mercado o el distrito mercantil, o tal vez una zona residencial.”

“¿Qué pasa con el General de Jade?”

“Huh... ¿Quizás un enemigo? ¿Un enemigo político? ¿O tal vez es la casa de un burócrata particularmente poderoso?” No parecía muy seguro.

¡Sí! ¡Eso tendría sentido!

Maomao miró a Chue.

“Srta. Chue, ¿tiene un mapa de la capital occidental?”

“¡Ja, ja!” Rio Lihaku. “Dices las cosas más extrañas. ¿Quién llevaría un...?”

“¡Aquí tienes!” Chue sacó un mapa, dibujado en pergamino, de entre los pliegues de su túnica.

“¿Por qué tienes eso?!” Exclamó Lihaku, aportando la ocurrencia en lugar del ausente Hermano de Lahan.

“¡Porque soy la Srta. Chue!” Declaró. Efectivamente, Maomao sabía que lo era; por eso había preguntado. Y resultó que había hecho bien.

Maomao abrió el mapa y lo comparó con el tablero de Shogi.

“¿Ves aquí al General de Jade? Si lo comparas con el mapa de la capital occidental, ¿no parece que corresponde exactamente a este anexo?”

Los demás casi saltan. Todos se agolparon alrededor, mirando del mapa al tablero y viceversa.

La capital occidental, al igual que la capital real de la región central, había sido trazada en forma de cuadrícula, con sectores diferenciados. Pero las divisiones no eran tan nítidas como las de la capital real, por lo que no habían notado el parecido.

“Entonces eso haría que la pieza del Rey...”

“La oficina administrativa o la residencia del Amo Gyokuen, quizás. Pero yo diría que la oficina. Esa es la ubicación de la mansión que el Clan Yi ocupó hace diecisiete años.” Les dijo el Pequeño Lin. Era muy útil tener a un lugareño cerca, alguien que pudiera ponerles al corriente de los acontecimientos pasados.

“Eso explicaría todos los dragones que hay por aquí.” Dijo Maomao. “Si no recuerdo mal, había una tienda con la palabra *Dragón* en su nombre.”

Se suponía que los diseños reales de dragones eran tabú para todo el mundo excepto para los miembros de la familia imperial, pero a veces la *palabra* “dragón” se colaba en el nombre de una tienda. Se consideraba que daba buena suerte.

“En ese caso, ¿y estos?” Preguntó Chue, señalando a los dos Peones en fila.

“Por la posición, parece que están a lo largo de la vía principal.” Dijo Maomao.

“¿Tal vez representan una librería o una papelería? Ya sabes, algún sitio al que irías a comprar cositas.”

“No estoy seguro de recordar un lugar así.” Murmuró Lihaku.

Pieza a pieza, Maomao intentó averiguar qué representaban las fichas de Shogi.

Entonces Chue dijo: “La Srta. Chue tiene una idea. Tal vez un mapa *actual* no puede ayudarnos.”

Tenía razón. En diecisiete años, las tiendas iban y venían, algunos negocios se hundían mientras otros, nuevas empresas, comenzaban.

“¡Si me disculpan, puedo ir a buscar un viejo mapa! Por favor, cuida de mi tío abuelo un momento.” Dijo el Pequeño Lin, poniéndose en pie. El Gran Lin seguía durmiendo.

“Iré a llamar al Príncipe de la Luna. Lady Maomao, por favor, ocúpese del Amo Lakan.” Dijo Onsou, poniéndose también en pie.

“Cuidar del Gran Lin, entendido.” Dijo Maomao.

“¡No! ¡Necesito que vigiles al Amo Lakan!” Onsou estaba consternado, pero de todos modos se marchó. Maomao y los demás se

perdieron comparando el tablero de Shogi y el mapa moderno. Las comparaciones parecían ir muy bien.

Tan bien que a todos ellos se les escapó algo crucial.

Capítulo 4:

Pequeño Lin

Maomao examinó el mapa, que ahora estaba cubierto de escritura.

“Creo que hemos rellenado la mayoría de los lugares de los que estamos seguros.” Habían adivinado el significado de casi la mitad de las piezas, y lo que veían les transmitía lo mucho que había cambiado la ciudad.

“El Príncipe de la Luna tiene visita y no puede acompañarnos. Está con el Viceministro Lu, de la Junta de Ritos.” Les informó Onsou cuando regresó. Su tardanza en regresar parecía explicarse por el grueso libro que llevaba bajo el brazo: debía de haber ido a buscarlo. Presumiblemente pertenecía al extraño estratega.

“¿Viceministro?” Maomao no estaba especialmente versada en títulos formales. Recordaba vagamente que este había aparecido en el examen de servicio de las damas de la corte, pero había olvidado en qué consistía exactamente el cargo. El nombre, creyó reconocerlo como uno de los que había mencionado el Dr. You.

“Es básicamente la segunda persona más importante de la Junta de Ritos.” Susurró Chue al oído de Maomao. “Cualquier función ceremonial que el Príncipe de la Luna pueda realizar aquí necesitará a alguien importante como él.”

“Ya veo. No sabía qué asunto podría haber traído al Viceministro Lu a visitar a Jinshi, pero supuso que podrían arreglárselas sin él.

“Vaya, ¿qué retiene a ese tipo?” Preguntó Lihaku, mirando el sol poniente más allá de la mosquitera. “Ya ha pasado más de media hora. Sabía que tenía que haber ido con él.”

“No te equivocas. El Pequeño Lin es sólo un visitante. Por su aspecto, seguro que alguno de los guardias lo detuvo.” Dijo Chue. Ella y Lihaku eran conocidos en la mansión, y nadie les daba problemas. Pero si el Pequeño Lin había abandonado las instalaciones...

“Quizá debería haber ido yo.” Dijo Maomao, pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocada.

“Fwaaah.” Bostezó el viejo con monóculo, despertando por fin de su letargo inducido por el alcohol. “Buenos días... Oh, todavía debo estar soñando. Puedo ver a Maomao.” Onsou ofreció a su torpe jefe una bebida para despertarle. Su querido zumo, presumiblemente. “¡¿Hrm?! ¡Esa es *Maomao*!”

“Ugh. Aquí vamos.”

Uy. ¿Lo había dicho en voz alta?

Deseó poder ignorar al estratega, pero entonces nunca aprenderían lo que necesitaban saber, así que en su lugar hizo una fila de bandejas de aperitivos entre los dos.

“No está permitido sobrepasar esta línea.” Dijo.

“¡Woow! ¡Eso es como algo que se le ocurriría a mi hermana mayor Maamei!” Debió hacer algo parecido con el suegro de Chue, Gaoshun.

Maomao colocó el tablero de Shogi delante del monstruo.

“No tengo ni idea de si esperar una respuesta por tu parte, pero voy a preguntar. Concretamente, mi pregunta se refiere a la capital occidental de hace diecisiete años. Si esta es la mansión del Clan Yi, y este edificio en diagonal es la residencia del Amo Gyokuen, ¿sabes qué significarían las otras piezas? Ah, pensé que no. Gracias de todos modos.”

“Um, el viejo pedorro aún no ha contestado.” Dijo Lihaku, sin dudar en usar el apelativo «viejo pedorro» justo delante del viejo pedorro.

No obstante, el viejo pedorro parecía imperturbable. De hecho, el brillo zorruno de sus ojos se hizo aún más agudo, y alargó las manos hacia el tablero con los característicos callos de un jugador de Shogi.

“Este Peón de aquí, este sería el dojo de Shogi. La de abajo era una tienda que vendía suministros de Shogi y Go.”

“El Amo Lakan tiene una memoria de acero para las cosas que le interesan.” Explicó Onsou con ayuda.

“¿Ah, sí?” Respondió Maomao, tan *desinteresada* como podía serlo.

“Este dragón es un restaurante. Si podías vencer al dueño en una partida de Shogi, tu comida era gratis. Pero después de tres comidas gratis, me echaron.”

El estratega estaba ahora francamente voluble. Empezaba a estar claro que los lugares que el Gran Lin había indicado estaban en su mayoría relacionados de algún modo con Shogi.

Maomao no pudo evitar pensar: *Si tan sólo este tipo tuviera las cosas claras...*

“Este Caballero, no estoy seguro. Tampoco este Oro Promovido.” Sólo esos dos lugares parecían eludir al estratega.

“Uno de ellos parece ser un santuario. El otro está en algún lugar del distrito residencial, así que tal vez sea donde se encontraron los registros de juego.” Dijo Chue, rodeando los lugares en el mapa.

“Supongo que eso hace que el santuario sea el único otro lugar sospechoso.” Dijo Lihaku.

Justo cuando parecía que por fin iban a encontrar algunas respuestas, el estratega empezó a mirar a su alrededor, con los ojos recorriendo la sala.

“¿Qué ocurre, señor?” Preguntó Onsou.

“¿Dónde está el Pequeño Lin?” Preguntó el estratega.

“Fue a buscar un viejo mapa.”

“Hrm.”

Qué raro que el estratega mostrase interés por otra persona.

Podría haber esperado que preguntara por el Gran Lin, tal vez, pero el Pequeño Lin... pensó Maomao. Entonces se repitió a sí misma, “Pequeño” Lin...

Golpeó el tablero de Shogi, haciendo que todos la miraran sorprendidos.

“¿Qué pasa?” Preguntó Lihaku.

Maomao se puso en pie de un salto y miró con el ceño fruncido al extraño estratega. Había personas en el mundo que poseían un talento poco común, pero lo desperdiciaban.

“El «pequeño» de Pequeño Lin.” Dijo, con la mirada fija en el monstruo. “¿Puedo entender que significa «malo»? ¿Por eso le llamas así?”

“Bueno, sí. Maomao, realmente no sé la diferencia entre la gente buena y la mala, sólo me parece un mentiroso.”

Maomao, aún con el ceño fruncido, volvió a sentarse.

“¿Por qué no lo dijiste?”

“Bueno, ¿qué tiene que ver conmigo?”

Ah, sí. Ahí estaba el estratega que ella conocía.

Todos los demás presentes guardaron un silencio atónito. Entonces, una voz vacilante llegó desde la entrada.

“Ejem. Disculpen que interrumpa cuando están en conferencia...”
A juzgar por su uniforme, el recién llegado era uno de los subordinados del extraño estratega.

“¿Sí? ¿Qué pasa?” No preguntó el monstruo, sino Onsou.

“Parece que hay alguien en la oficina administrativa que dice estar buscando a un miembro desaparecido de su familia.” El soldado robó una mirada al Gran Lin, que seguía durmiendo en un rincón de la habitación. “Su descripción coincide con la de un anciano arrastrado aquí por el Amo Lakan el día de ayer...”

El silencio se hizo aún más aturdidor, y entonces apareció otro soldado en la puerta.

“Amo Lakan, hubo un incendio en el santuario oeste. Ya he enviado un escuadrón de bomberos para que se encargue de él.”

En realidad, los subordinados del monstruo eran todas personas muy capaces. Ni siquiera necesitaban que su jefe les dijera que hicieran lo apropiado y necesario.

El miembro de la familia desaparecido era el Gran Lin. El santuario en llamas era el que acababan de concluir que valdría la pena investigar.

Fue casi *satisfactorio*, a su manera perversa, haber sido estafado tan a fondo.

Nadie sabía quién había puesto en marcha estos acontecimientos. De momento, lo único que sabían era que, fuera quien fuera, parecía ir dos pasos por delante.

Trasladaron su reunión a los aposentos de Jinshi, donde los tres — Maomao, Chue y Lihaku— se arrodillaban ahora dócilmente. Habían pensado que el extraño estratega les seguiría, pero el Gran Lin se había despertado de su siesta, así que se había reanudado la partida de Shogi.

“Sólo puedo ofrecer mis más humildes disculpas.” Dijo Maomao. Ella y los demás tenían la cabeza pegada al suelo en señal de abyecta disculpa, y Chue incluso iba vestida con una túnica blanca como si estuviera preparada para destriparse en cualquier momento.

“Er, Chue... No será necesario.” Dijo Jinshi. Con evidente alivio, Chue volvió a cambiarse rápidamente.

En resumen, el “Pequeño Lin” no existía. *Había* un hombre que decía ser pariente del Gran Lin, pero era una persona diferente, alguien que no se parecía mucho al Pequeño Lin.

“Pequeño Lin” secuestró al Gran Lin durante el enjambre de insectos, y luego aprovechó que el Gran Lin no es coherente para hacerse pasar por un familiar e intentar acercarse al raro estratega.

Sin duda había engañado a Maomao y a todos los demás. Era tan diligente con el Gran Lin que parecía que llevaba mucho tiempo haciéndolo. Lo que era peor, parecía ser consciente de la capacidad del

estratega para ver a través de las mentiras, y sabía que mientras el viejo pedorro tuviera un oponente digno con el que jugar al Shogi, se centraría en eso en lugar de en el engaño del Pequeño Lin.

Si no conocía las cualidades especiales de esa criatura, había tenido una suerte extraordinaria, y si las conocía, era un maestro de la táctica.

El Gran Lin estaba ahora con su verdadera familia. El hombre que había venido preguntando por él iba acompañado de una joven —su esposa o su hija, tal vez— que era la verdadera enfermera del Gran Lin. Maomao y compañía se alegraron de descubrir que el Gran Lin no había sido maltratado y abandonado como había descrito el Pequeño Lin, pero a juzgar por el estado de la ropa de los visitantes, la parte de que la familia pasaba por tiempos difíciles era cierta.

Ahora estaban con el Gran Lin, vigilándole mientras jugaba al Shogi.

Maomao estaba frustrada. Sabía que con el extraño estratega cerca sólo conseguirían desviarse del tema en cada oportunidad. Tenía la intención de explicarle la situación a Jinshi, completa y minuciosamente, y sólo entonces traer al estratega para conocer su versión.

Si el viejo nos lo hubiera dicho, pensó, pero no se podía predecir lo que haría. Ni siquiera estaba segura de qué le había hecho sospechar que el Pequeño Lin era un villano. Había hecho un excelente trabajo pareciendo completamente inofensivo.

Cuidó muy bien del Gran Lin. Me pregunto si realmente tiene experiencia en enfermería. De lo contrario, sería difícil explicar cómo había engañado a todos ellos tan completamente. Si fue sólo una actuación, fue una muy buena. Incluso Chue había sido engañada, algo que Maomao no habría esperado, incluso si alguien hubiera conseguido engañarle a ella y a Lihaku.

“¿Incluso te engañó, Chue?” Preguntó Jinshi.

“¡Sí, y estoy tan avergonzada! En mi casa familiar, una pequeña paliza no bastaría para compensar una metedura de pata como ésta.” Hizo la mímica de llorar copiosamente.

¿Tan despiadada es la familia de Chue? Se preguntó Maomao. Había supuesto que debía de ser un lugar muy permisivo para dar lugar a un espíritu libre como Chue, pero sólo era eso. Una suposición.

“Lo hecho, hecho está.” Dijo Jinshi. “Pero, por favor, descríbeme a esta persona.”

“¿No lo vio, Amo Jinshi?” Preguntó Maomao.

“Sólo un vistazo a su cara. Tuve una visita y tuve que volver directamente a mi habitación.”

El hermano menor del Emperador no se quedaría charlando con un plebeyo cualquiera.

“¿Pero ya no se entretiene, señor?”

“Sí. Cuando mencioné que Sir Lakan estaba por aquí, el hombre pareció ligeramente enfermo y se fue a casa. Al parecer, Sir Lakan y el Viceministro Lu no se llevan del todo bien. El viceministro me estaba aconsejando sobre lo que deberíamos hacer con las ceremonias que habíamos planeado para esta visita.”

¿Acaso hay alguien que se lleve bien con el viejo pedorro? ¿Quién sabía realmente cómo lidiar con el monstruo del monóculo?

“Quiero saberlo todo sobre este hombre. Cómo actuaba, cómo era.”
Dijo Jinshi, no a Maomao, sino a Chue.

“Sí, señor. Era un hombre completa y totalmente normal. Sus rasgos faciales sugerían una pizca de sangre extranjera, pero por lo demás, no tenía ninguna característica distintiva. ¿Tal vez ayudaría si lo describiera como muy parecido al Hermano de Lahan?”

Ahh...

Maomao pensó que eso tenía sentido. No era de extrañar que aquel tipo se integrara tan fácilmente. No era dado a los arrebatos como el Hermano de Lahan, pero compartía la habilidad del otro hombre para ocuparse de sus asuntos, sin destacar nunca. Y tenían exactamente la misma cualidad de aguantar.

“Hay algo en ellos que llama la atención.” Afirmó Maomao.

“Oh, sí, seguro.” Dijo Chue.

Luego se pusieron a coro: “¡Parece que no puedes recordar sus caras!”

“¡Pero lo intentaré!” Dijo Chue. “Veré si puedo hacer un retrato.” Inmediatamente sacó un pincel y empezó a pintar, y pronto tuvo un retrato que capturaba la característica sobresaliente del Pequeño Lin de no tener características sobresalientes reales. Maomao supuso que el retrato sería mostrado a la familia del Gran Lin.

“Muy bien. ¿Y qué *clase* de hombre creen que era? Pueden darme sus opiniones personales; aceptaré cualquier cosa.” Esta vez, la mirada de Jinshi también abarcó a Maomao y Lihaku.

“Si me permite, entonces, señor.” Dijo Lihaku. “Estoy mayormente de acuerdo con la Srta. Chue. Este tipo era totalmente ordinario. Pero también parecía saber realmente lo que hacía con el Gran Lin.”

“¿Estaba acostumbrado a su papel, quieres decir? ¿En verdad su actuación fue tan buena?”

“Fue más que eso. Es como, no estoy seguro de que la mayoría de la gente sabría cómo trabajar tan bien con un anciano. A fin de cuentas no se suele pensar en los hombres cuidando de sus parientes ancianos, ¿verdad? Suele ser su mujer o su hermana.”

Maomao asintió. En Li, los hombres estaban por encima de las mujeres en la jerarquía social. El impulso sólo parecía más fuerte aquí, en la provincia de I-sei, donde las mujeres o las novias eran vistas frecuentemente como nada más que herramientas. Testigo de ello era el hecho de que no era el hombre que había venido en busca del Gran Lin quien le cuidaba, sino la mujer que había traído consigo.

“¿Y tú qué opinas, Maomao?”

“Estoy de acuerdo con los demás. Sin embargo, si de verdad ha estado buscando las viejas cartas y papeles del Gran Lin como nosotros, entonces creo que podemos asumir que lleva haciéndolo mucho más tiempo que nosotros.” O bien el propio Pequeño Lin, o tal vez un compatriota, había estado vigilando al Gran Lin.

“Sí, eso sería razonable.” Dijo Jinshi.

No parecía estar buscando activamente el escondite, sino más bien vigilando para ver si alguien más lo encontraba. Parecía una forma muy indirecta de conseguir lo que decía querer. Si nadie encontraba los papeles, bien. Pequeño Lin no quería que los descubrieran.

“¿Crees que es seguro suponer que había algo tan perjudicial en esos materiales que quería eliminarlos, aunque conllevara un riesgo considerable?” Preguntó Maomao.

“¿Hasta el punto de contactar deliberadamente con Sir Lakan?”

“Cuando no puedes predecir lo que alguien va a hacer, cuando finalmente actúa, puede ser estremecedor.”

“Ahh.” Jinshi asintió rápidamente. Lakan tenía un don para desgraciar las cosas.

Así que sea lo que sea, no quiere que lo encuentren. ¿Cuentas secretas, tal vez? No, espera. ¿Qué tendría eso que ver con la recopilación de una historia?

“Me pregunto qué puede valer tanto riesgo.” Dijo Lihaku.

“Tal vez tenga que ver con la rebelión del Clan Yi.” Sugirió Chue.

“Si no quiere que lo encontremos, creo que lo que hay ahí no es algo que *quiera* saber, sino algo que *ya* sabe.” Afirmó Maomao.

Si se tomó la molestia de quemar la biblioteca, realmente debe ser algo que no quiere que salga a la luz. Maomao se preguntó por qué el Pequeño Lin habría prendido fuego deliberadamente a los libros. ¿No había considerado la posibilidad de que la destrucción no fuera completa si Maomao y los demás llegaban enseguida?

¿Y si sólo pretendía quemarlos?

Si se quemaban los libros, sus perseguidores podrían darse por vencidos, pero también podrían intentar desesperadamente descifrar los fragmentos de texto que quedaran. Después de todo, no había garantías de que el fuego lo consumiera todo.

¿Y si sólo se fugó con lo que necesitaba?

Entonces, ¿qué era lo que necesitaba el Pequeña Lin? Maomao se lo pensó tanto que la cabeza empezó a darle vueltas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la puerta se abrió de golpe.

“¡Maomao! ¡Ganéééé!”

“Sí, genial.”

Si tan sólo les hubiera advertido sobre el Pequeño Lin como lo hubiera hecho una persona normal... Pero no, era inútil enfadarse. El raro estratega le había dicho que no había dicho nada de que el Pequeño Lin fuera un mal tipo porque nadie le había preguntado. Bueno, entonces intentaría preguntarle algunas cosas.

“¿Cómo supiste que ese hombre era un charlatán?”

“Porque verle era como ver una obra interesante.”

Maomao se detuvo. No, seguía sin tener ni idea de lo que significaba lo que había dicho. ¿Qué iba a saber Lakan de ver una obra de teatro? Todos los actores le parecerían piedras de Go.

“En el escenario todos mienten, pero algunos lo hacen mejor que otros. Cuanto más naturales son las falsedades, más interesante es la obra.” Afirmó el estratega.

“Cuanto más natural, más interesante...”

Para ella tenía cierto sentido. Una obra de teatro era algo fundamentalmente falso, y los actores eran personas especializadas en transmitir esas falsedades al público. Cuanto mejores mentirosos fueran, mejores intérpretes serían y más atractivo resultaría el drama. La idea de que alguien pudiera ser un mentiroso y un villano porque verle daba la sensación de estar viendo una buena obra de teatro era el tipo de conclusión que sólo se le podría haber ocurrido al raro estratega.

“Ahhh. Sí, eso tiene sentido.” Dijo Chue al darse cuenta. Quizá tenía sentido porque ella, como el estratega, vivía de su intuición.

“¿Ah, sí? Quizá podrías explicármelo.” Dijo Maomao.

“Sí, por supuesto, ¡hora de la explicación de la Srta. Chue! Se trataba de alguien que no estaba interpretando un papel, sino que se había *convertido* en ese papel. Lo ves a veces, entre estafadores y espías.”

“¿Espías?”

“¡Oh, sí! Algunos agentes incluso se casan con una local para no ser sospechosos cuando entran en otro país. Pero a ese cónyuge se le ve todos los días. El espía tiene que ser un verdadero esposo o esposa para ellos. No pueden simplemente actuar como tal, tienen que serlo. Lo único es que hay algo más importante para ellos que su pareja. ¡Algunos espías pueden incluso tener hijos! Mientras nadie descubra lo que son, su familia nunca notará la diferencia.”

La ignorancia es una bendición. Sin embargo, la descripción de Chue estaba terriblemente llena de... detalles concretos. Casi parecía sugerir... no. En cualquier caso, la cuestión era que el Pequeño Lin se había convertido, a todos los efectos, en un verdadero miembro de la familia del Gran Lin.

“Dime, Maomao, ¿por qué no cenamos juntos?” Dijo el raro estratega. Aún parecía relajado y muy satisfecho consigo mismo, totalmente ajeno al ambiente de la habitación. Desde detrás de él, el

pariente *real* del Gran Lin les observaba. En efecto, parecía llevar una vida dura; casi todo lo que el Pequeño Lin les había contado parecía ser cierto, excepto su propia identidad. Onsou le dio al hombre algo de dinero en nombre de su amo.

Luego le dijo al estratega: “Amo Lakan, usted ya tiene una cena comprometida con el Amo Gyoku-ou. Y tenemos que pasar el tiempo hasta entonces haciendo algo de trabajo.”

Sí, este hombre era realmente un gran trabajador.

“¡No quiero!” Gimió el viejo. Patético. Se enroscó en un poste y se negó a moverse mientras Onsou intentaba arrastrarlo. Los niños con rabietas se comportaban con más dignidad.

“Srta. Maomao, unas palabras tuyas serían de ayuda aquí. Dígale «¡Diviértete!» o algo así.”

“No quiero, Srta. Chue.”

“¿Prefiere que se quede aquí, Srta. Maomao?”

Maomao frunció el ceño y consiguió ahogar un “Diviértete” con la voz más baja posible.

La cara del estratega se iluminó.

“¡Me divertiré! ¡Me divertiré!”

Maomao vio cómo Onsou empezaba a llevárselo.

“Sólo una pregunta más.” Dijo antes de que él saliera de su alcance.

“¿Sí? ¿Qué pasa? ¡Puedes preguntarle cualquier cosa a tu papá!”

Tenía muchas ganas de romperle el monóculo, pero se obligó a ignorar el impulso.

“¿Qué te parece el Amo Gyoku-ou?”

Sentía que la respuesta a esta pregunta era la clave de todo. Incluso Jinshi tragó saliva, preguntándose qué diría el estratega.

Pero lo que dijo fue: “¿Gyoku-ou? ¿Quién es?”

“¡El hombre con el que vas a cenar esta noche! ¡El que te mantiene nadando en zumo de frutas!” Dijo Maomao.

“¡Oh! Él.” Dijo el monstruo, aplaudiendo. “Creo que debe haber querido ser actor. Parece que va camino de convertirse en un héroe.”

“¿Eh?” Maomao empezó a sentir que estaba perdiendo el tiempo con esta línea de preguntas. Un *héroe* en este caso era un papel escénico masculino, normalmente un guerrero o a veces un caballeroso jugador.

Maomao sólo se encontró con más preguntas que antes; empezó a sentir el equivalente mental de una indigestión. No ayudó que Chue dijera: “Srta. Maomao, tal vez sea hora de que se acerque un poco más al Amo Lakan. Sabría que todo estaba calculado, pero podría ser un poco más amable.”

“Creo que en el momento en que alguno de los dos se acercara más de lo que ya estamos, nunca me dejaría en paz, y entonces ninguno de los dos conseguiría hacer nada. ¿Eso es lo que quieres?”

“¡Oh! Sí. Entendido.” Chue aplaudió, pero parecía una actuación. Maomao sólo pudo dedicarle a la alegre dama de compañía una mueca casi tan sombría como la que le había dedicado al estratega.

Capítulo 5:

El Regreso de un Hermano

Habían pasado diez días desde la primera oleada de la plaga de insectos cuando una sombra oscura volvió a aparecer en el cielo.

Así que han vuelto.

Maomao acababa de volver de ver a la niña a la que había operado. La niña estaba estable, pero este nuevo enjambre no podía llegar en peor momento para ella. Maomao se apresuró a volver al anexo y cerró la consulta médica.

La gente de la finca ya había recibido la noticia por un mensajero de que se había avistado lo que parecía ser un enjambre de saltamontes. Estaban más preparados que la última vez.

“¡Heek! ¡Otra vez bichos!” Gimió el curandero, que estaba acurrucado en un rincón. Maomao le lanzó una chaqueta.

“Maestro Médico, esos bichos no nos esperarán. Tienes que prepararte.”

“¿Qué haremos?”

“Para empezar, deberías ponerte ropa gruesa que sobreviva a algunas roeduras. Después, cierra todas las ventanas que puedas. Después, quiero que tapes cualquier hueco de nuestro edificio con

barro o arcilla para evitar que los saltamontes entren por ahí.” Maomao señaló al exterior. No había tiempo. Esto era tan urgente que necesitarían que hasta el curandero estuviera alerta.

“¿Barro? ¿Estás segura de que deberíamos ensuciar esta bonita casa? Tengo un montón de papel de aceite. Podemos usarlo.”

“No lo desperdicies. De igual forma el lugar se va a ensuciar cuando esos bichos aparezcan. No tiene sentido preocuparse por eso.”

El curandero salió arrastrando los pies y empezó a recoger tierra del jardín en un cubo. El pato apareció de quién sabía dónde y empezó a graznar amenazas al cielo.

“¿Qué quieres que haga?” Preguntó Lihaku, que ya se había envuelto la cara con un paño.

Maomao echó un vistazo al fondo de la consulta médica.

“Creo que aún nos quedan algunas batatas de siembra en el almacén. Esparce algunos de estos productos químicos por la zona para evitar que los bichos lleguen a ellas.” Como aún no había rastro del Hermano de Lahan, le tocó a Maomao mantener las batatas a salvo. Apretó el puño: estaba condenada si iba a dejar que unos insectos como ellos las tuvieran.

“¡Oooh! ¡Tú famoso veneno!”

“¡Es pesticida!” Espetó Maomao. Si dejaba pasar el error una vez, todo el mundo empezaría a cometerlo y ya no habría vuelta atrás.

La segunda oleada de insectos fue modesta en comparación con la primera. En pocas horas los saltamontes se habían vuelto a marchar, y ninguno había penetrado en el consultorio médico ni en el almacén, cuidadosamente protegidos.

Sin embargo, los habitantes de la capital occidental ya estaban nerviosos mental y físicamente, y este nuevo enjambre fue más que suficiente para robarles la compostura que pudieran haber recuperado tras el último episodio. Cada día que pasaba, se encontraban más agotados de los pocos recursos que les quedaban.

Día 13:

Otro caso de incendio provocado. Alguien intentaba robar comida. Pronto detuvieron al culpable, pero toda la tienda del comerciante se incendió.

Día 14:

No hay suficientes médicos. El doctor se apropió de Tianyu y no ha vuelto. Un día muy agradable.

Día 15:

Problemas alimentarios. La gente acapara provisiones por todas partes. Se multiplican las peleas entre plebeyos y los asaltos a las casas de los ricos.

Día 16:

Las víctimas del enjambre han empezado a llegar a la capital occidental desde otras zonas. Uno de ellos supuestamente exigía ver al hermano menor imperial.

Día 18:

Convocada por un burócrata. Me pregunto qué está pasando.

“Así que estás vivo.” Maomao se quedó mirando al vagabundo. *Vagabundo* podría no parecer una palabra muy educada, pero era la única forma de describir lo que estaba viendo.

“¡Tienes toda la razón, estoy vivo! ¡¿Qué otra cosa podría ser?!”

Tenía la cara cubierta de vello, la cabeza despeinada y la ropa mordisqueada. Ya no tenía el aspecto de antes, pero era él. El Hermano de Lahan, vuelto a casa desde un país lejano.

Cuando un hombre con aspecto de refugiado había empezado a exigir que llamaran al hermano menor del Emperador, nadie le hizo caso. Así que empezó a soltar el nombre de Maomao.

Fue entonces cuando el burócrata la había llamado y ella se había preguntado qué estaba pasando.

Cuando llegó, con Chue y Lihaku a remolque, se encontró con el maltrecho y cansado Hermano de Lahan. Parecía un poco maltratado, y lo habían metido en una pequeña y estrecha habitación que no llegaba a ser una celda. No era una forma muy agradable de tratar a alguien, pero últimamente había tantos violentos que los funcionarios estaban nerviosos. Era difícil culparles.



“¡Pareces la muerte!” Exclamó Chue.

“Bueno, ¡perdón! No fue exactamente una *elección personal*!” Dijo el Hermano de Lahan.

“Bien, bien. ¡La bondadosa Srta. Chue te traerá una muda de ropa ahora mismo!”

“Gracias.” Dijo Maomao. Mientras Chue recogía la ropa, esperaba poder preguntar al hermano de Lahan qué estaba pasando. “Me alegro de que estés a salvo. Todo el mundo estaba preocupado por ti.” Dijo.

“Oh, sí. Se nota.” Dijo Lihaku cortésmente. La realidad era que nadie había estado tan preocupado. El Hermano de Lahan parecía extrañamente difícil de matar. Pero Maomao no podía decirle eso. Y *definitivamente* no le diría que había sido el blanco de más de una broma durante su ausencia.

“¡Qué los dioses tomen este enjambre! ¡Llegó mucho antes de lo que esperaba! Intenté avisarles, ¡lo intenté!”

Por muy enfadado que estuviera el Hermano de Lahan, no conseguía intimidar. Maomao podía imaginarse a su hermano pequeño, Lahan, haciéndole pasar por un “Sí, sí” cada vez que el Hermano de Lahan se enfadaba.

“Sí. Recibimos tu informe, y el Príncipe de la Luna dijo que después todo fue según lo previsto. «No esperaría menos de un profesional»', creo que dijo.”

“*Profesional*, mi—¡ughhh! ¡Pensé que iba a morir! Y luego casi me muero. Tal vez ahora mismo esté muerto...”

Debía de estar muy cansado, a juzgar por la mirada de mil metros que tenía.

“No te preocupes. Te aseguro que estás vivo.” Le dijo Maomao, dándole una suave palmada para demostrarle que realmente estaba allí.

“Y bastante masticado alrededor de la región de la cabeza.” Dijo Lihaku, pasando un peine por el cabello desaliñado del hombre. En realidad no era propio de un guardaespaldas, pero debía de sentirse mal por el Hermano de Lahan. Por desgracia, Lihaku era un poco grande y más que un poco fuerte, y el Hermano de Lahan parecía agonizar con sus cuidados. A este paso, su cabeza iba a quedar tan yerma como un campo devastado por saltamontes.

“¡Duele ¡Ay! ¡Ya basta!” El Hermano de Lahan soltó un chasquido. Normalmente parecía el hijo mayor que era, pero hoy tenía algo de niño huraño.

Maomao estaba quitándole el polvo de la ropa cuando notó algo firme a su espalda.

“¿Qué es esto?” Preguntó.

“Me alegro de que preguntes.” El Hermano de Lahan se quitó la bata, que no era más que harapos, para mostrar un fardo de harapos atado a la espalda. Abrió el pequeño fardo y descubrió varias bolsas.

Maomao miró dentro de uno de ellos.

“¿Trigo?”

“Eso parece.” Dijo Lihaku.

Maomao y Lihaku se miraron. Eran granos de trigo perfectamente normales y corrientes.

“Sí, es trigo.” Confirmó el Hermano de Lahan.

“Bien, pero... ¿*Por qué* es trigo?”

Sí, ella sabía lo ansioso que había estado por salvar el trigo de los saltamontes, pero ¿traer tanto trigo a casa, sin perderlo nunca de vista? ¿Cuál era la razón?

“También me alegro de que preguntes eso.” Dijo el Hermano de Lahan, y entonces empezó a volver al pasado. Claramente dando el primer paso en un largo y sinuoso camino que lo explicaría todo.

“Sólo lo esencial, por favor.” Dijo Maomao antes de que pudiera empezar.

“¿Estás segura?”

“Lo estoy.”

Lamentablemente, no tuvo tiempo para la Saga del Hermano de Trigo y Batatas de Lahan.

“Bah. Bien, como quieras. Esto fue justo antes de que llegara el enjambre...”

El Hermano de Lahan les habló de un pueblo en el que había estado, donde se cultivaba mucho trigo. El jefe de la aldea, dijo el Hermano de Lahan, había acudido a él en busca de consejo.

“Dijo que una familia en particular, ya ves, siempre tenían cosechas más grandes que todos los demás.”

“¿Oh?”

“Me pidió que comprobara si hacían algo diferente en los campos o en la forma de cultivar el trigo. La gente de la casa siempre juraba al jefe que no hacían nada especial y que no tenían secretos que contarle. Esperaba que alguien con conexiones en la región de la capital pudiera hacerles soltar algo.”

Sin embargo, resultó que los habitantes de esta casa *no* hacían nada especial, ni su campo recibía mucha más luz solar que cualquier otro, ni nada por el estilo.

“Se empieza cada cosecha de trigo con semillas de la cosecha anterior, y resultó que se trataba de un trigo especial.”

“¿Cómo de especial?” Maomao miró detenidamente el trigo, pero no le pareció nada fuera de lo común.

“¡Llegó la ropa!” Anunció Chue al entrar. El Hermano de Lahan se quitó su vieja y raída capa y empezó a cambiarse allí mismo.

“¡Vaya figura que tienes!” Intervino Chue.

“¡No me mires! No puedo cambiarme contigo mirándome.” Dijo el Hermano de Lahan, ganando más distancia.

“Ella tiene razón; ¡qué cuerpo! Podrías ser soldado con esos músculos.” Dijo Lihaku.

“¿Un soldado? ¿Eso crees?” El Hermano de Lahan no parecía disgustado por la sugerencia: debía de ser muy refrescante para él después de haber sido tratado como un granjero durante tanto tiempo.

“Lo siento, ¿podríamos volver al tema?” Dijo Maomao. Lamentaba ser una aguafiestas, pero no tenían tiempo para esto.

“Bien.” Murmuró el Hermano de Lahan, aunque no parecía muy contento. “Cuando comparé su trigo con la cosecha del resto de la aldea, descubrí que estaba más bajo, más cerca del suelo. Presumiblemente, como utilizaban las mismas semillas una y otra vez en sus campos, el trigo empezó a crecer cada vez más bajo y poco a poco había más. Si no hubiera estado allí en la época de la cosecha, nunca me habría dado cuenta.”

“¿Qué más da que fuese bajo?” Preguntó Maomao. Chue, mientras tanto, se estaba poniendo al día con Lihaku, ya que se había perdido el principio de la conversación.

“Los cultivos más altos —no sólo el trigo, también el arroz— son más propensos a ser azotados por el viento, que puede derribarlos y romper los tallos. Entonces la planta se pudre y se acabó. Al estar más

cerca del suelo, los tallos son más estables y aguantan mejor las espigas.”

“¡Huh!” Dijo Maomao. Así que, por pura coincidencia, esta familia había tropezado con el trigo de cultivo más bajo, y luego siguió utilizándolo durante años y años.

“Hay otra cosa, aunque sólo son suposiciones mías.” Dijo el Hermano de Lahan. Tenía un aspecto un poco más respetable, con ropa nueva y un coletero para sujetarse el cabello revuelto. “Creo que los granos parecen estar más pegados a la espiga que con otros trigos.”

“¿Qué quieres decir?”

“Un factor importante en el tamaño y la calidad de una cosecha es cuántos granos quedan en las espigas. Imagínate lo que ocurre si los granos se caen de las espigas antes de la cosecha. Los agricultores están tan ocupados cosechando que no van a pararse a recogerlos todos, ¿verdad? Si el diez por ciento de los granos caen antes de la cosecha, se habrá perdido el diez por ciento de la cosecha. Si el veinte por ciento, entonces el veinte por ciento, y así sucesivamente.”

Maomao podía ver cómo eso tendría un impacto significativo y directo en la cosecha.

“Me lo traje a casa porque pensé que si pudiéramos cultivar variedades de trigo más bajas y resistentes, podríamos obtener cosechas más abundantes. Y si compartimos las semillas que obtengamos de esa cosecha, no tiene por qué ser un solo campo: todos

los campos podrían producir más. Claro que antes tendríamos que averiguar si el suelo y las condiciones son adecuados para ello.”

“Así que por eso trajiste esto hasta aquí.” Dijo Maomao. Entonces Chue, Lihaku y ella dijeron a coro: “¡Vaya!” Estaban impresionados.

Aquí hay un granjero de verdad. Nada menos que uno que piensa en el futuro.

Los otros dos pensaban sin duda lo mismo. Muchos agricultores se empeñaban en guardar sus secretos, en no decir nada a nadie cuando disponían de un método probado de cultivo para mantener altos sus propios beneficios. Al fin y al cabo, si los alimentos abundaran en todas partes, serían cada vez más baratos.

Supongo que este tipo no sería un buen hombre de negocios. No miraba por el número uno lo suficiente. Además, era fácil de engañar. Algún estafador de la capital lo desplumaría en un minuto.

Ahora que lo pensaba, recordaba que también había sido una carta del Hermano de Lahan la primera que les había advertido de la llegada del enjambre. Empezaba a pensar que tal vez era el Hermano de Lahan quien había hecho el trabajo más duro, y el más bueno, de todos ellos desde que llegaron a la provincia de I-sei.

Tendremos que demostrarle que apreciamos su esfuerzo. No había mucha comida para todos, pero tal vez hoy, pensó Maomao, podrían encontrar un poco más y convertirlo en un festín.

Sobre todo, se alegró de recibir por fin buenas noticias.

Capítulo 6:

Desde la Capital

La noticia de que una gran plaga de insectos se había desatado en la capital occidental había llegado hacía diez días y cuatro horas. Mientras escuchaba el informe del mensajero presa del pánico, Lahan había pensado en un error de cálculo: el enjambre había llegado al menos dos semanas antes de lo que había previsto.

Ahora, además de su carga de trabajo ordinaria, también tenía que asignar apoyo a la provincia de I-sei. Diría que, como resultado, su trabajo había aumentado aproximadamente un cuarenta y cinco por ciento.

“Esos occidentales tienen que espabilar.” Dijo el colega N° 1, resentido por el interminable flujo de trabajo. Este hombre medía sólo seis centímetros más que la media de su grupo de edad, pero había sido rechazado por tres damas de la corte sucesivas con el argumento de que era «demasiado grosero». Mientras el hombre esbozaba su viscosa sonrisa cercana, Lahan hizo funcionar su ábaco mental. Comparó sus contramedidas, sus cifras previstas, con lo que estaban viendo en la realidad; tenía que averiguar lo grave que era el error de cálculo y pedir más suministros para compensarlo. Calculó que había un sesenta por ciento de posibilidades de que sus superiores le dijeran que era imposible.

Ante Lahan había una carta que le ordenaba enviar ayuda de emergencia a la capital occidental. Fácil de decir —o, en su caso, de escribir—. Esos suministros no salieron de la nada. Pero le habían dicho que se las ingeniara para conseguir ayuda, y se las ingenió.

“¿Aparecen unos bichos y vienen corriendo a pedirnos ayuda? Hay patético, y luego hay patético.”

Lahan hizo oídos sordos a los continuos refunfuños del Colega N° 1 mientras estudiaba las existencias en los almacenes de grano. El Príncipe de la Luna había reforzado las reservas al aumentar el tributo anual el año pasado, y eso hacía que sus propios almacenes fueran el lugar lógico para empezar a buscar provisiones para enviar.

“Señor Lahan, ¿puedo darle un puñetazo a ese tipo?” Preguntó el colega N° 2. El colega N° 1 no sabía, tal vez, que el N° 2 procedía de la provincia de I-sei. Tenía el cabello y los ojos negros, como cualquier otro hombre de sangre pura de Kaou, pero su nariz era unos seis milímetros más alta que la media, y las líneas de su cara tres milímetros más profundas.

“Preferiría que no. Sin ti aquí, mi trabajo aumentará otro veinte por ciento.”

Lahan no era de los que hablan mal de la gente, al menos de la gente que no fuera su honorable padre. Las paredes tenían oídos, como se suele decir, pero eso no impidió que el Colega N° 1 siguiera insultando a la capital occidental.

Lahan enderezó sus papeles, luego le dio una palmada en el hombro al N° 1 y sonrió.

“Si eso es lo que piensas, te quitaré de las manos todo el papeleo relacionado con el enjambre de insectos. A cambio, ocúpate de esto por mí.”

“¿Cómo?”

El Colega N° 1 miró a Lahan con incredulidad. El trabajo que Lahan le entregaba estaba relacionado con un burócrata de alto rango al que el Colega N° 1 quería hacerse amigo. Concretamente, era el padre de la siguiente dama que este colega tenía en el punto de mira. Después de que en el último banquete se burlaran incesantemente de sus tres fracasos románticos consecutivos, se estaba desesperando.

“Sí, perfecto, bien. Pero me debes una.” Dijo el Colega N° 1.

Lahan guardó silencio; sólo siguió sonriendo. *Se lo debía.* De hecho, ya había corregido el descuidado papeleo del Colega N° 1 en cuarenta y nueve ocasiones. En su mente, el libro de contabilidad marcaba ahora cuarenta y ocho.

El Colega N° 1 salió con cara de satisfacción, aunque Lahan no sabía muy bien por qué. El funcionario en cuestión se caracterizaba por cambiar a menudo de personal. Lahan nunca había sabido que uno de sus adjuntos durara más de tres meses antes de que el hombre lo echara, y estaba seguro de que el N° 1 no tenía fuerzas para aguantar ni siquiera ese tiempo. A Lahan le sorprendería que no hubiera dimitido en seis

días. ¿Por qué seis? Porque uno de cada seis días era el día libre del Colega N° 1.

El propio Lahan había sido expulsado por aquel funcionario en particular, pero el rostro del hombre no había cambiado en ningún valor que indicara que estaba realmente enfadado. Había gritado y chillado, sí, pero su voz había sido firme, sin los temblores que indicaban una emoción descontrolada. Por encima de todo, Lahan estaba más que seguro de que no había habido fallos en su trabajo. El hombre podía estar molesto, pero Lahan sabía que el propio funcionario era la causa de sus propios problemas, así que había pasado tres meses sin preocuparse demasiado por ello. Ahora el hombre era una conexión útil que podía darle entradas para las obras a dos monedas de plata cada una.

“¿E-Estás seguro de eso? ¿Dejarlo ir? Puede que no sea el mejor, pero es nuestro segundo trabajador más rápido después de ti, Lahan.” Dijo el Colega N° 3. Estaba directamente a las órdenes de Lahan, aunque era dos años mayor que él. Estaba a las órdenes de Lahan, aunque era dos años mayor que su jefe de gafas. Intentaba sonar respetuoso, pero Lahan sabía muy bien que el N° 3 no sentía ningún aprecio por el Colega N° 1.

“Puede que sea rápido, pero la precisión es otra cosa. Hablando como quien tiene que corregir sus cálculos descuidados, estoy mejor sin él. Además, estoy cansado de hacer de niñera de alguien cuyo trabajo se ve directamente afectado por su propia motivación personal.

A partir de ahora sólo vamos a tener más trabajos relacionados con la capital occidental. Si decide que no le importa y su eficacia disminuye un treinta por ciento, arrastrará consigo la moral de todos los demás.”

Lahan puso otros papeles delante del Colega N° 2.

“Lo siento, pero hay un trabajo que tengo que hacer. ¿Puedes encargarte de calcular los suministros que hay que enviar a la capital occidental? Y no sólo habrá comida en ese barco, así que también piensa en eso. Creo que estos papeles deberían cubrirlo todo.”

“Por supuesto.” El N° 2 empezó a calcular inmediatamente. Era un doce por ciento más lento que el Colega N° 1, pero era minucioso y cometía pocos errores. Además, Lahan sospechaba que el hecho de saber que estaba ayudando a su amada patria aumentaría su eficiencia en un treinta por ciento, por no hablar de que estaría más que dispuesto a hacer horas extras.

“Muy bien.” Lahan sabía que el problema con el enjambre de insectos no había terminado. Esperaba una segunda y una tercera petición de suministros de emergencia. Tendrían que equilibrar la reputación de la capital real con sus finanzas, por no hablar de la devastación que se estaba produciendo en la capital occidental. “¡Una plaga de insectos! Es un problema. Problemas para todos nosotros...”

“No *pareces* especialmente preocupado.” Dijo uno de sus subordinados, aunque disculpándose.

“Oh, lo estoy. Sólo tengo la desafortunada costumbre de encontrar algo más interesante cuanto más problemas me causa.”

“Es usted un retorcido, señor.”

“Puede que sí. Puede que sí.” Lahan se rio, pero se alegró de ser de los que encontraban esto atractivo. Quedarse paralizado en el momento crucial, cuando había que hacer algo, no era bonito. ¿Tan malo era enfrentarse a un montón desorganizado de números como para no desesperarse y encontrarle sentido a poner orden en el caos?

Lahan recogió su colección de documentos relacionados con el pasado de la capital occidental.

“Creo que ya es hora de que me ponga a trabajar.”

Al caer la tarde, el Colega N° 2 estaba haciendo horas extra por voluntad propia. Lahan, sin embargo, se fue a casa. Sin su honorable padre, Lakan, su trabajo consistía en velar por la seguridad de la familia La. Para ello, necesitaba descansar mucho. Dormir menos de siete horas por noche reducía su velocidad de reacción en un diez por ciento.

La vuelta a casa, sin embargo, no significaba que estuviera libre de preocupaciones.

“¡Amo Lahan!”

Junto a la puerta de la casa había dos compañeras de su honrada hermana menor, un par de mujeres jóvenes.

Lahan se ajustó las gafas justo antes de que se le resbalaran de la nariz y saludó a las encantadoras jóvenes con una sonrisa.

“Yao. En’en. ¿Qué ocurre?”

Yao, dieciséis años. Desde arriba, sus números eran... Bueno, un caballero nunca debe comentar tal información.

La otra chica era En’en, de veinte años. La misma que la honrada hermana menor de Lahan, Maomao. En su rostro se leía una advertencia: si intentaba algo raro con Yao, ella acabaría con él.

“¡En efecto, ocurre algo! Te pedí que nos informaras si sabías algo de lo que ocurría en la capital occidental, ¡pero no enviaste ni una sola palabra!” Dijo Yao.

“Sí, te dije que te lo diría, ¿no?” De eso *pudiera* sabía algo, pero como todavía no había llegado ningún informe posterior, no se sentía con fuerzas para decir nada. Desde luego, no tenía ninguna obligación de dar todos los detalles a un par de damas de la corte de un departamento completamente distinto. La principal incorrección entre los burócratas de la corte era entrometerse en territorio ajeno, pero la segunda era filtrar información por culpa de una mujer. La mezcla de asuntos públicos y privados nunca fue hermosa, independientemente de para quién se hiciera.

Sin embargo, Lahan estaba en la puerta de su casa recibiendo gritos de dos mujeres jóvenes. No quedaría bien, fueran cuales fueran las circunstancias. Lahan daba al menos la impresión externa de ser puro y decente con las mujeres. Ningún escándalo le había afectado, ni tampoco a su padre, a pesar de que el viejo había comprado a una cortesana unos años antes.

En todo caso, Lahan no estaba tan preocupado por sí mismo: temía que surgieran rumores indecorosos sobre Yao o En'en.

“Discúlpeme, pero ¿podríamos hablar dentro?” Dijo.

“Joven ama.” Dijo En'en instando a Yao.

Finalmente Yao dijo: “De acuerdo.”

“Excelente.”

Lahan les condujo a través de la mansión hacia el anexo. Por el camino, vio a los tres niños que su padre había recogido. Uno de ellos dejó de trabajar y se inclinó ante él.

“Justo a tiempo. Si, Wu, Liu. Tomen los utensilios para el té y el agua caliente de la cocina y llévenlos al anexo, ¿quieren? Cuenten hasta diez mientras dispensan el agua caliente. Usen el carro para traerlo, no podemos permitir que se quemen.”

“Sí, señor.” Dijo Si, cuyo nombre significaba «Cuatro», como los otros significaban «Cinco» y «Seis», respectivamente. Los otros dos se limitaron a asentir con la cabeza. El honorable padre de Lahan no recordaba muy bien los nombres, así que llamaba a los niños por

números sucesivos. La mayoría de las veces, Lahan utilizaba sus nombres reales, pero estos tres habían venido de un entorno en el que los números eran preferibles a sus nombres reales.

Los predecesores de Si, Yi y Er —“Uno” y “Dos”— se habían convertido en soldados, mientras que San —“Tres”— demostró ser hábil con las sumas y se había quedado en la casa como ayudante. Lahan hizo que San comprara mercancías y vigilara los mercados, y esperaba que con el tiempo el niño se convirtiera en su mano derecha. Gracias a San, las cosas funcionaban bien, incluso con Lakan fuera y Lahan ocupado con trabajo extra a causa del enjambre.

Lahan acompañó a sus visitantes al anexo. En’ en preguntó si podía ayudar en algo, pero él se negó cortésmente y les dijo que se sentaran a leer un libro durante unos minutos.

Su insistencia en tratarlas como invitadas nace de su negativa a cederles la iniciativa.

“Amo Lahan, he traído el té.” Dijo Si.

“Gracias.”

Incluso se había acordado de incluir bocadillos. Tomó tres de los dulces y les dio uno a cada uno de los niños. Luego él mismo preparó el té, ya que en la casa había un mínimo de sirvientes.

“Está muy rico.” Dijo Yao con seriedad cuando probó la bebida. En’ en, sin embargo, parecía menos satisfecha. Lahan siempre era

preciso con la cantidad, el tiempo y la temperatura cuando preparaba té, pero una profesional como En'en parecía buscar algo más.

“Vayamos al grano.” Dijo Lahan, dejando su taza. “Para ser completamente franco, no *tengo* ninguna información precisa que pueda compartir con ustedes sobre la plaga de insectos en la capital occidental.”

“¿En serio?” Preguntó Yao.

“Es cierto. Es fácil adivinar la magnitud de la devastación por la cantidad de provisiones que solicitan. No parece que vaya a ser algo a corto plazo, necesitarán repetidas inyecciones de ayuda si no quieren que haya una hambruna generalizada.”

Si no hacían nada, decenas de miles de personas podrían morir de hambre, y si eso precipitaba disturbios civiles, muchos más podrían resultar muertos o heridos.

No debía de ser fácil para una joven criada en la cómoda vida de la capital entender lo que significaba el hambre. Incluso para Lahan era una palabra un tanto remota. Había estado endeudado hasta el cuello, pero nunca se había enfrentado al hambre.

El hambre no era bella. Un hombre o una mujer hambrientos, por muy guapos o encantadores que hubieran sido alguna vez, se consumían hasta convertirse en una cáscara seca, con los músculos y la grasa marchitándose, absorbidos por el hambre. A Lahan no le gustaban las cosas marchitas; incluso el espíritu más orgulloso que una

vez hubiera residido en el cuerpo más hermoso podía quedar reducido a un fantasma enloquecido por el hambre.

Algunos decían que había gente que, aunque pobre, tenía un corazón hermoso, pero lo más probable es que estuvieran locos. Lahan quería que el mundo rebosara de cosas bellas y, sobre todo, quería estar rodeado de ellas. No escatimó esfuerzos para conseguirlo.

“Muy bien, bueno, tal vez puedas decirme esto: ¿Maomao está a salvo?” Preguntó Yao.

“No he tenido noticias de Maomao.” Respondió.

No, ni una palabra. Pero su padre (o más bien, a juzgar por la letra, su subordinado) le había escrito una carta describiendo brevemente la situación actual, y en ella no se mencionaba a Maomao. Lahan entendió que eso significaba que estaba bien.

De todos modos, si Maomao le escribía algo, lo más probable era que no fueran más que instrucciones sobre cosas que quería que le procurara. Le preocupaba más no haber recibido ninguna carta de Rikuson. Si las comunicaciones habían cesado tras el ataque del enjambre, podía entenderlo, pero las cartas habían dejado de llegar meses antes.

“Dudo seriamente que tenga tiempo para estar escribiendo cartas dado lo caótico que debe ser. Y si lo tiene, debe de haber gente más importante a la que escribir que a un entrometido tangencial como yo.” Lahan empezó a contar los días transcurridos desde el enjambre.

“Estamos veinte días después de una gran catástrofe. O, podría decirse, *sólo* veinte días. Incluso en circunstancias normales, enviar una carta entre la capital occidental y aquí lleva dos semanas enteras. No es tan extraño que aún no sepamos nada de ella, ¿verdad?”

“¡La noticia del enjambre llegó hace más de diez días!”

“Sí, y te garantizo que una simple dama de la corte no tiene acceso a la misma red de comunicaciones que la familia imperial y los administradores más importantes. ¿Qué, crees que van a enviar un correo con el mensaje de esta chica anónima? Prioridades, prioridades.”

Yao guardó silencio. Lahan se dio cuenta de que tal vez había sido un poco duro, pero no tenía intención de cambiar de táctica. Le encantaría que aquellas dos lo consideraran el hermano mayor de su amiga, pero no permitiría que eso le hiciera mezclar sus asuntos personales con los públicos.

En'en, al menos, debía comprender que aunque Lahan les hubiera proporcionado información, no habría mucho que pudieran hacer con ella. Si hubiera sido sólo ella, quizá le habría contado todo lo que sabía. Pero a diferencia de En'en, Yao aún estaba madurando emocionalmente. No quería que cometiera una imprudencia por haberle dado demasiados detalles. Lo mejor para Yao era que no le contara nada.

Yao apretó los puños. Entendía lo que decía intelectualmente, pero su corazón aún no se había puesto al día.

Lahan no lo hacía sólo para atormentarla. Simplemente estaba diciendo la verdad, lo que tuvo el desafortunado efecto secundario de parecer un ataque. Aun así, En'en le dirigió una mirada de “*no molestes a mi ama*”. Su mejilla derecha se había levantado tres milímetros y había desarrollado un ligero tic.

En opinión de Lahan, esto era lo que hacía que las jóvenes fueran tan difíciles de tratar. Por eso sólo se relacionaba con mujeres mayores; para bien o para mal, llevaban viviendo el tiempo suficiente como para saber cómo comportarse.

Según esa métrica, él y su hermana pequeña Maomao deberían haberse llevado muy bien, pero cada vez que se veían, los dedos de sus pies sólo parecían acabar cada vez más gravemente heridos. Recientemente había encargado unos zapatos especiales con acero en los dedos para protegerse. Parecían perfectos para los artesanos que utilizaban materiales pesados o los trabajadores que transportaban objetos pesados, y ya estaba pensando si podrían ser un producto comercial viable.

Sólo iban a perder más tiempo si Yao seguía allí sentada, así que Lahan pensó en algo que sabía que a ella le gustaba.

“¿Quizá podrías llevarte un poco de hasma a casa? Un pequeño recuerdo. Me lo dio un amigo, pero es demasiado para que me lo coma yo solo. Me vendría bien la ayuda. Miren, está oscuro. Les llamaré un carruaje.” Dejó que su tono se volviera un poco más amistoso mientras les instaba delicadamente a volver a casa.

Pero Yao dijo: “Quedémonos aquí. Por favor.”

Al unísono, Lahan y En'en respondieron: “¿Qué?” Ambos parecían muy sorprendidos.

“Joven ama, ¿qué quiere decir con eso?” Preguntó En'en.

“Exactamente lo que dije. Nos hemos quedado aquí antes, ¿no?”

“Bueno, sí, pero eso fue con la excusa de unas largas y agradables vacaciones...” El hombro derecho de la racional sirvienta de Yao bajó seis milímetros; estaba preocupada.

“Aún no he leído todos los libros de medicina de esta casa. No me iré a casa hasta que lo haya hecho.” Dijo Yao.

“¿Podrías tomarlos prestados y llevarte unos cuantos!” Replicó En'en, ahora abiertamente horrorizada.

Incluso Lahan empezaba a sentirse tenso. ¿Por qué, de repente, Yao quería pasar la noche en su casa? ¿Intentaba vengarse de él por no haberle dado información? No, no parecía que lo hiciera con malicia. Si así fuera, su voz sería más turbia.

“Les dejé quedarte aquí la última vez porque había circunstancias especiales.” Dijo Lahan. “Maomao también ayudó a vender el pretexto. Pero esta vez es diferente. Por mucho que desee extender mi amabilidad a un par de jovencitas, no permitiré ser un mero instrumento conveniente.”

Intentaba ser un caballero, sí, pero no iba a permitir que se aprovecharan de él sin más. No intentaba obtener algo a cambio, pero los que devoraban vorazmente todo lo que podían no eran, decididamente, hermosos.

Hubo una pausa y luego Yao dijo: “Crees que soy una niña egoísta que hace peticiones tontas.”

Lahan no dijo nada, ni sí ni no, pero la sonrisa que se dibujó en su rostro debería habérselo dicho todo. Egoísmo —sin atisbo de la dulce niña— le sobraba de su madre biológica; y temperamento, su abuelo era suficiente para eso.

“Veo que no me tiene en mucha estima, Amo Lahan.” Dijo Yao. “Crees que las mujeres sólo consiguen lo que quieren de los hombres siendo tímidas y exigentes.”

“¿Y no lo hacen?” Respondió sin pensar.

“No, para nada. Lo creas o no, tengo algo con lo que negociar.”

“¿Qué sería eso?” Lahan parpadeó exactamente tres veces.

“Conoces a mi tío, ¿verdad?”

“Sí, debería decir que sí. Viceministro Lu, ¿no es así?”

Lahan había investigado los antecedentes de Yao y En'en la última vez que se habían alojado en su casa. Se había enterado de la existencia del tío de Yao, un importante miembro del Consejo de Ritos. Sabía que

el Viceministro Lu había pasado gran parte de su vida yendo de un departamento a otro, y que era un hombre avisado.

“Creo que en este momento está en la capital occidental, ¿no?”
Preguntó Lahan.

La Junta de Ritos estaba a cargo de las observancias religiosas y la diplomacia, y el Príncipe de la Luna necesitaría a alguien con él en la capital occidental para ayudar a dirigir las ceremonias religiosas. Ningún funcionario de nivel medio serviría; tenía que ser un miembro de alto rango de la junta.

“¿Sabes *por qué* mi tío se vio obligado a ir a la capital occidental?”
Preguntó Yao.

“Con el fin de ayudar al Príncipe de la Luna a llevar a cabo cualquier observancia necesaria allí, supongo. Sin mencionar que sería útil, en una tierra tan cercana a nuestras fronteras como la provincia de I-sei, tener a alguien con conocimientos de diplomacia.”

“Ambas cosas son ciertas. Pero ¿y si te dijera que fue por la misma razón que el Dr. You?”

“Eso no me diría nada.”

Lahan no conocía al Dr. You, así que no sabía qué relación podía tener con el Viceministro Lu. Lo único que sabía del buen doctor era que estaba entre los que habían ido a la capital occidental.

“Mi tío vivió una vez en la capital occidental, cuando era más joven. Sólo regresó aquí para asumir la jefatura de la familia cuando murió mi padre.” Dijo Yao.

Lahan tuvo cuidado de que su expresión no cambiara. Como forma de llamar su atención, no estaba mal, en absoluto. Yao quería que se diera cuenta de que su conexión con su tío le permitía saber algo importante que él ignoraba.

Lahan era hijo adoptivo de Lakan, y en apariencia no pertenecía a ninguna facción política en particular. Sin embargo, con la vista puesta en el futuro, se veía a sí mismo apoyando al hermano menor del Emperador. Si había información que pudiera beneficiar al Príncipe de la Luna, Lahan estaba muy interesado en obtenerla. Pero tendría que investigar el asunto un poco más.

“Reconozco que tienes una relación de sangre con el Viceministro Lu, pero ¿y qué? No me imagino que un hombre tan importante como el viceministro deje pasar asuntos cruciales de Estado a cualquiera, incluso a su sobrina.”

“Joven ama, creo que es hora de que dejemos esto.” Dijo En’en, angustiada. Por mucho que adorara a su «joven ama», se daba cuenta de que Lahan tenía razón.

Yao, sin embargo, la ignoró. Sólo dijo una palabra: “Carbón.”

“¿Carbón?” Repitió Lahan, intentando contextualizarlo, averiguar exactamente qué significado tenía la palabra. “¿Te refieres a la roca que sale de la tierra?” Sus ojos se abrieron de par en par.

Yao sonrió. En’ en parecía muy confusa. Al parecer, había cosas que ni siquiera la omnipotente dama de compañía de Yao sabía.

“Sí, eso es. Pueden extraerlo en la capital occidental.”

“*Pueden*, sí, lo he oído. Pero no lo hacen, porque de momento no les sirve de nada...” Lahan se interrumpió. El carbón era una piedra carbonizada que ardía con facilidad a pesar de ser una roca. Sin embargo, producía una gran cantidad de cenizas y, teniendo en cuenta el tiempo y los problemas que conllevaba extraerlo de la tierra, la leña y el carbón siempre se habían considerado mejores alternativas, supuestamente.

“Mi tío estaba investigando el carbón de la capital occidental. Sí, es un hombre capaz, pero hasta el ministro más brillante puede cometer un desliz en un momento de debilidad. Digamos, por ejemplo, cuando la hija de su hermano muerto había estado llorando desconsoladamente, y él finalmente la había consolado y conseguido que se durmiera. Podría hablar de tal cosa, sin saber que ella estaba escuchando.”

Yao soltó una risita y miró triunfante a Lahan.

“En otras palabras, estabas somnolienta, tus recuerdos borrosos. Esa información difícilmente sería creíble.” Respondió Lahan.

Eso hizo que Yao se quedara estupefacta.

En'en, mientras tanto, levantó la mano.

“Amo Lahan.” Dijo. Metió la barbilla tres centímetros, y la forma en que no podía decidir dónde mirar delataba su vacilación. No obstante, dijo: “El Amo Lu fue a la capital occidental antes de que el antiguo emperador encontrara su fin, antes del fallecimiento del antiguo emperador y de la emperatriz viuda, a la que llamaban emperatriz regente. Dado lo que ocurrió, entonces y después, ¿no tendría sentido que el Amo Lu hubiera ido a investigar algo?”

Lahan abrió los ojos un veinte por ciento más de lo habitual. Había supuesto que, aunque En'en supiera algo, se quedaría callada al respecto. Pero parecía que ver a Yao acobardada por la actitud de Lahan había sido más de lo que podía soportar. En'en era una negociadora bastante más competente que Yao, pero al final, influida por el amor que sentía por su ama, no pudo evitar decir algo.

“¿Eso es lo que crees que el Viceministro Lu estaba tramando?” Preguntó Lahan.

El viceministro tenía cuarenta años. Es cierto que había comenzado su servicio en la corte bajo el mandato del anterior emperador, pero un hombre tan inteligente como él habría sabido qué hacer cuando se enfrentaba a la disyuntiva de seguir sirviendo al soberano reinante, una marioneta de la emperatriz regente a la que le quedaba poco tiempo de vida, o alinearse con el heredero.

Al igual que Lahan, se habría preguntado qué podía hacer para ayudar a que el príncipe tuviera más libertad en la corte. No había que hacer cálculos para saber lo que ocurriría cuando el nuevo gobernante tomara el poder de una emperatriz regente que había llevado a cabo una política de marionetas durante tanto tiempo. Los ministros atiborrados de poder a veces actuaban como si hubieran olvidado que existía una jerarquía en la corte.

El príncipe —el hombre que ahora se sentaba en el trono como Emperador— era muy consciente de los peligros, y había tomado medidas para neutralizarlos. La razón por la que Lahan podía decir esto con confianza y no como un rumor era porque su honorable padre Lakan había prestado su ayuda al futuro soberano en aquel momento.

Lakan no había dudado en echar a su propio padre y a su hermanastro para asegurarse el poder. Al mismo tiempo, se había encargado de que varios administradores hostiles recibieran destinos punitivos en tierras lejanas. Para Lakan, incluso el Emperador parecía sin duda una pieza de juego, un rey.

Lahan había desempeñado su papel en todo esto. En aquel momento, sin embargo, había estado tan absorto resolviendo el rompecabezas que le habían dado, descifrando el código, que no se había parado a pensar qué significaba todo aquello. Ahora que lo recordaba, deseaba haber llevado un diario o algo así; entonces habría podido volver atrás y comparar las cosas.

“Hrm.” Estaba indeciso. Por una vez, no estaba seguro de qué hacer.

No buscaba un cien por cien de confianza en la información. Si parecía remotamente probable que fuera útil, debía intentar conseguirla. Incluso si las probabilidades eran, digamos, menos del once por ciento.

Fuera cual fuera la veracidad de la información, ahora que le habían dado la pista, “carbón”, tendría que investigar. Pero en la medida en que esta información justificaba la investigación, echar a Yao y En’en de su casa ahora sería deberles algo más tarde.

De momento, lo único que Yao quería era quedarse aquí. Ni siquiera le estaba preguntando todos los detalles sobre la capital occidental.

Una parte de él pensó: ¿de verdad sería tan malo dejar que se quedara? Pero, al mismo tiempo, albergaba una ansiedad a la que no podía poner nombre. Era sólo una sensación, algo demasiado débil aún para cuantificarlo en cifras.

Y Lahan decidió ignorarla.

“Muy bien. Si este anexo les parece bien, pueden quedarse aquí. Sin embargo, eso es todo lo que les ofrezco. No les proporcionaré ninguna información que pueda suponer una violación de mis deberes profesionales.”

“¿Lo dices en serio? ¿Podemos quedarnos?” Preguntó Yao, con un rostro un treinta por ciento más alegre de lo habitual. En'en, por el contrario, estaba un cincuenta y cinco por ciento aliviada y un cuarenta por ciento inquieta, mientras que el cinco por ciento restante lo dedicaba a mirar con desprecio a Lahan.

¿Por qué le miraba de forma tan mordaz? Lahan se sentía como una víctima inocente.

Más tarde, Lahan descubriría el verdadero significado de la mirada de En'en y tendría más motivos para arrepentirse de haber permitido que Yao se quedara en su casa, pero eso no podía saberlo ahora. No en este momento.

Capítulo 7:

Las Cartas que Llegaron

Día 20:

Han aparecido bandidos por toda la provincia de I-sei. Los soldados estacionados en los pueblos agrícolas parecen estar bastante ocupados.

Día 21:

El Hermano de Lahan está renovando uno de los almacenes. Aparentemente construyendo algo.

Día 25:

Han llegado suministros de la región central. Mucho antes de lo esperado. Además de comida, hay un poco de medicina incluida, pero aún no es suficiente.

Día 27:

Algunas tiendas empiezan a abrir. Sin embargo, las existencias siguen siendo mínimas y proliferan los artículos de baja calidad.

Día 28:

Aumentan los pacientes que se quejan de sangrado de las encías. Sospecha de malnutrición por falta de fruta y verdura.

Día 32:

Los cocineros lo intentaron con los saltamontes, pero no les salió bien. Agradecemos el ocasional acompañamiento de huevo de pato: es una fuente rara y preciosa de nutrientes.

Día 37:

El Hermano de Lahan estaba jugando con el pato delante de su trastero. El pato quería entrar y él intentaba mantenerlo fuera. Curiosamente, a pesar de la diferencia de especies, parecían mantener una conversación satisfactoria.

“¿Qué haces jugando con ese pato?”

“¡¿Quién está jugando?! ¡Ven aquí y ayúdame a atrapar a Jofu! Por favor, ¡ven!”

Era la primera vez que Maomao oía a alguien que no fuera Basen utilizar el nombre del animal. El Hermano de Lahan y Basen no habían

hablado mucho en la aldea agrícola, pero tal vez el pato había sido un punto de conversación compartido para ellos.

De todos modos, Maomao recogió obedientemente al pato por detrás. Puede que los humanos sufrieran desnutrición, pero el ave estaba gorda y presumía de plumas lustrosas. Si Jofu se hubiera atrevido a salir por la puerta de la mansión, pronto se habría encontrado en la mesa de alguien. Maomao tuvo que contenerse para no retorcerle el pescuezo al animal recordándose constantemente que los patos ponían huevos.

“Ciertamente parece querer entrar en el almacén. ¿Hay algo ahí dentro?” Preguntó Maomao.

“Toma. Esto es lo que he estado haciendo.” Dijo el hermano de Lahan. Abrió la puerta. En un rincón de la habitación, Maomao vio una cortina negra; el Hermano de Lahan la descorrió para revelar un montón de bandejas. Había agua en ellas y una especie de semilla que había absorbido el agua y estaba brotando.

“¿Brotes de soja?” Preguntó.

“Exactamente. Esta finca tiene un estanque, pensé que valdría la pena intentarlo. Preferiría agua corriente, pero todos sabemos lo valiosa que es el agua aquí.”

“¿Qué son estas semillas? No parecen mungo ni soja.”

Las judías mungo, además de producir brotes, podrían utilizarse para hacer fideos y con fines medicinales. La soja, por su parte, ofrece muchas ventajas.

“Trébol de abrojo.” Respondió. “Se utiliza como forraje para caballos, pero he oído que los humanos pueden consumir los brotes frescos, así que pensé que valdría la pena cultivarlo. Traje las semillas con mi grano.”

“Oh, ¿eso es lo que era?” Preguntó Maomao. Ahora recordaba que el Hermano de Lahan llevaba varias bolsas atadas al cuerpo. El trigo le había llamado tanto la atención que se había olvidado de los demás, pero ahora se daba cuenta de que el Hermano de Lahan apenas había encontrado una semilla que no quisiera cultivar.

“Sí, así es. Y Jofu es tan perspicaz que lleva intentando comérselos desde antes de que los plantara. ¡Eh! ¡Tú! ¡Sí, tú! ¿No comparten Basen y Baryou su comida contigo? ¿No es suficiente? ¿Quieres un poco más? Ya verás, pequeña...”

El Hermano de Lahan le dio un golpe en la cabeza al pato. Podrían haber sido dos amantes en un pergamino pintado: ¿sabía el guardián del pato, Basen, lo que se traían entre manos?

“Estoy sorprendida. No mucha gente conoce personalmente al Amo Baryou.” Ni siquiera Maomao le había encontrado más simpático que un gato callejero cuando se habían encontrado.

“Ah, sí. Una vez, cuando me llamaron tras volver a la capital occidental, me pasó una carta desde detrás de su cortina con unas palabras de agradecimiento. Creo que fue lo más amable que alguien ha hecho por mí desde que llegué.”

“Me gusta pensar que trato de ser decente contigo, Hermano de Lahan.”

Últimamente había estado muy ocupada y no había podido hacer nada especialmente *agradable*.

“Eso es una tontería. Pero en cualquier caso, sí, le di a la Srta. Chue una respuesta por escrito, y recibí otra carta después de eso, y desde entonces hemos tenido bastante correspondencia.”

“¿Un gorrión mensajero?” Maomao podía ver a Chue revoloteando de un lado a otro como su tocaya, cartas en mano.

“Bueno, a veces Jofu las lleva.”

“El *pato* lleva tus cartas.” Maomao, profundamente suspicaz, miró al pájaro en sus brazos. Jofu le ponía ojitos de cachorrito, como si esperara que pronto la soltara. Como el Hermano de Lahan había vuelto a cerrar y echar el cerrojo al almacén, decidió que podía dejarla marchar. Dejó el pato en el suelo y se fue contoneándose.

“No puedo evitar pensar que pareces hacer tu mejor trabajo cuando nadie te ve, Hermano de Lahan.” Dijo Maomao.

“Eso es un cumplido bastante solapado.”

“Es un cumplido. Pero escucha, cosas más importantes: ¿Cuántos más de estos brotes de soja puedes cultivar?” Si la respuesta era mucho, ayudaría un poco con la situación de desnutrición.

“Ahora mismo las semillas en el almacén representan todo mi suministro. Pero no es que sean raras. Podríamos recorrer los pueblos más cercanos preguntando si alguien tiene trébol de abrojo. He oído que la temporada de lluvias es la época de esta planta, así que la gente podría tener más de lo que cabría esperar justo ahora.”

“¿Crees que podrías intentar conseguir tantos como puedas? Quiero que todos en las distribuciones de comida tengan brotes de soja en su sopa.”

Por supuesto, lo que iba en la comida que se repartía no era decisión de Maomao. Ella tenía la intención de llevar el asunto a Jinshi.

“Las semillas son sólo la mitad de la ecuación. ¿Qué hacemos con el agua?” Preguntó el hermano de Lahan. “Suponiendo, por supuesto, que consigamos suficientes semillas para secar el estanque.”

“Creo que podemos preocuparnos de eso más tarde. De todos modos, yo tampoco diría que no a un poco de soja o judías mungo.”

“Buena observación. Aunque tengamos suerte, creo que sólo será un parche para el problema.”

El Hermano de Lahan parecía tener varios hierros en el fuego además de sus brotes de soja. Estaba convirtiendo un rincón del jardín anexo en un campo, algo para lo que a Maomao le gustaba imaginar

que había obtenido permiso. Mientras tanto, Chue estaba construyendo un cobertizo para las cabras. Maomao esperaba que Gyokuen no se sorprendiera demasiado cuando regresara a la capital occidental.

“Por cierto, Hermana Pequeña de Lahan...”

“Lo siento, ¿cómo me has llamado?” Maomao parecía dispuesta a escupirle a la cara.

“Oh, perdóname. Estoy bastante seguro de que vi a alguien yendo a la consulta médica. ¿No necesitas comprobarlo? ¿Confías en ese viejo doctor solo?”

“Entendido. *Estoy* preocupada, así que me voy.” Saludó con la mano al Hermano de Lahan y se dirigió a la consulta.

“¡Vaya! ¡Qué alegría verte aquí!” Dijo al llegar. ¿Quién iba a estar esperando en el despacho sino Tianyu?

“Nos hemos quedado sin medicinas.” Dijo.

“¿Ah, sí?”

“Ajá.”

Le dirigió una mirada expectante. ¿Qué quería de ella? El hombre laxo y despreocupado se había bronceado con el sol del desierto. Estaba claro que el Dr. You lo había puesto a trabajar.

“¿Exactamente qué se te acabó?” Preguntó Maomao, mirando el botiquín.

“Estípticos, antisépticos y bálsamos. También medicinas para el resfriado, antipiréticos, curas para la diarrea y cualquier medicamento para el dolor de cabeza.”

“¿Hay algo que tengas?” Maomao frunció el ceño. Parecía que fue ayer cuando se reabastecieron.

“La verdad es que no. Hemos tenido un montón de casos seguidos muy similares. Tal vez hay un restaurante de mala muerte en la ciudad. Y las curas para el dolor de cabeza... Bueno, digamos que creo que nuestro superior las necesita estos días.”

Sólo tenían dos “superiores”, el Dr. You y otro médico. De algún modo, Maomao sospechaba que el hombre en cuestión era este último.

“La medicación para el estómago podría ser mejor. No es que tengamos nada de eso.” Dijo Maomao. Lo decía en broma, pero las circunstancias eran cada vez menos divertidas. “Esta es la última de nuestras medicinas.”

“¡Bueno, haz más! ¿Por favor?”

“¡No tenemos ingredientes!” Maomao y sus compañeros estaban haciendo tanta medicina como podían; incluso Lihaku y Chue estaban siendo presionados para el servicio.

“Entonces usa sustitutos.”

“Eso hacemos. Ya casi no nos quedan.”

“¿En serio? ¿No repercute eso en la calidad?”

“Bueno, no podemos tenerlo todo, ¿verdad?”

Por supuesto, Maomao habría preferido suministrar sólo la mejor medicina, pero no tenían lo que no tenían.

“Las hierbas medicinales no son tan buenas por aquí como en la región central.” Dijo.

En parte se debía al clima. La región alrededor de la capital occidental tenía su propia flora endémica, incluidas algunas con aplicaciones medicinales, pero Maomao, que había pasado toda su vida en la región central, no sabía realmente cómo utilizarlas. Esta zona era un nexo de comercio y comunicación con otros países, y supuestamente no había nada que no pudiera obtenerse en la capital occidental.

Ojalá dieran prioridad a los medicamentos en los envíos de suministros que envían.

Quizá pensaron que la comida tenía que ser lo primero y que la medicina podía esperar. O tal vez los suministros no llegaban a Maomao en la consulta médica.

“Huh.” Gruñó Tianyu. “A este paso, me pregunto si alguna vez volveremos a la capital real.”

“Quién sabe.”

“¿Crees que Luomen se pondrá bien?” Dijo el curandero, que había aparecido sin que Maomao se percatara de su presencia.

De acuerdo. Papá...

Luomen estaba sirviendo en el palacio posterior en lugar del curandero, así que pensó —esperó— que estaría bien. En todo caso, pensó que el curandero debería preocuparse más por sí mismo.

Habían sabido que la expedición a la capital occidental sería más larga, pero como dijo Tianyu, por el momento no había realmente un final a la vista. Maomao pensó que tal vez Jinshi, al menos, debería volver a la sede imperial, pero no dio muestras de marcharse.

Él mismo podría haber rechazado la idea, conociéndole.

Las cosas en la capital occidental en ese momento estaban, francamente, mal. Sí, sabían lo que se avecinaba, y eso mejoraba ligeramente las cosas, pero se enfrentaban a una catástrofe natural.

Se supone que las plagas de insectos han destruido países en el pasado. Puede que aquí hubiera habido enjambres más pequeños en el pasado, pero ¿uno tan grande como este? Deben haber pasado décadas desde que algo así sucedió. Tal vez cincuenta años.

Jinshi había solicitado apoyo a la región central, y su presencia al menos garantizaba que fuera más fácil conseguirlo de lo que habría sido de otro modo. Incluso podrían enviar un poco más de lo que habrían hecho de otro modo, siempre y cuando él estuviera allí.

Desde donde estaba Maomao, Jinshi y el Emperador no parecían estar enfrentados.

Incluso si todavía tengo algunas preguntas sobre el incidente que hizo que lo enviaran aquí.

Presumiblemente, simplemente no había nadie más a quien ir.

“Supongo que el *honorable* hermano menor imperial sigue en su *honorable* habitación haciendo su *honorable* trabajo.” Dijo Tianyu con no poco sarcasmo.

“¡No puede hacer otra cosa!” Dijo el curandero. “El Príncipe de la Luna no puede salir de la mansión, es peligroso.”

“Sí, lo entiendo, pero no da buena imagen.” Dijo Tianyu.

“¿Qué quieres decir?”

“Se envían soldados de aquí para allá, mientras él se limita a dar las órdenes, engullendo su comida en su bonita y segura habitación, según dicen.”

“¿Quién lo dice?”

“Uno de los soldados de bajo rango que escuché tomando su congee de batata.”

“¡Vaya!” El matasanos se llevó las manos a la boca y frunció el ceño, angustiado.

“Entonces...” Aquí Tianyu pasó al contraargumento. “Otro soldado le preguntó: «¿Y quién crees que te consiguió esas batatas?».”

“¡Huh!”

En resumen, había soldados que dudaban de los motivos de Jinshi, pero había otros que comprendían la posición en la que se encontraba. Aun así, si había soldados —aunque no fueran todos— que dudaban de Jinshi, ¿cómo debía ser entre la gente común?

Tianyu dio la respuesta.

“El gobernador de por aquí sí que sabe cómo hacerse popular.” Dijo. Técnicamente, se refería al gobernador en funciones, Gyoku-ou.

“¿Cómo hacerse popular?” Se hizo eco el curandero. “¿Quieres decir que él mismo ayuda a repartir la comida?”

“No va tan lejos, pero a la gente le gusta. Son los soldados locales los que reparten la comida, así que la gente asume automáticamente que ha sido su querido gobernador quien se la ha dado. Y los soldados no ocultan nada cuando salen a impedir que la gente cause problemas, al menos dentro de los límites de la capital.”

“¡Vaya, eso sí que es increíble!” Dijo el curandero, que había empezado a preparar té. Ya no quedaban hojas de té, así que estaba preparando hojas secas de diente de león.

“Ciertamente. Aunque todo parezca una actuación.” Tianyu parecía estar hablando deliberadamente de Gyoku-ou.

Otra vez hablando de actores, ¿eh? Pensó Maomao. El raro estratega había dicho algo parecido sobre aquel hombre.

“Perdónenme, pero si no les importa que les pregunte, ¿qué les parece el Amo Gyoku-ou a ustedes?” Preguntó Maomao. En realidad

sólo necesitaba la opinión de Tianyu, pero el matasanos parecía tan ansioso por formar parte de la conversación que pensó que debía incluirlo.

“¡El Amo Gyoku-ou es impresionante! Tan varonil y decidido. Lo admito, sólo le eché un vistazo rápido, pero aun así.” Dijo el curandero. Su opinión era más o menos la que Maomao había esperado. Había oído a mucha gente hablar de Gyoku-ou y, aunque no había tenido ocasión de confirmarlo con sus propios ojos, al menos a primera vista parecía inspirarle ese tipo de impresión.

“Buena pregunta...” Tianyu dio un sorbo a su té de diente de león y guardó la medicina que Maomao le dio en una caja. “Parece... alguien que nació en la época equivocada.”

“¿La época equivocada?”

“Sí. Ya sabes, muy parecido a tu estrategia rarito.”

A Maomao *no* le gustó lo que estaba oyendo.

“¿Exactamente qué significa eso?”

“Todo lo que digo es que no está hecho para desenvolverse en la vida cotidiana. O... quizá debería decir que no está hecho para los días tranquilos. Sólo pude ver al tipo por la ciudad, y parecía vigorizado por todo el alboroto.”

“Es curioso, yo podría haber dicho lo mismo de ti.”

“¿Quizás soy como él? Pero quizá no del todo.” Tianyu parecía realmente desgarrado.

“¿Qué es exactamente lo que te hace diferente?” Preguntó Maomao.

“Es como... el querer destacar. El deseo de llamar la atención. No puedo articularlo del todo.”

“¿Te refieres a un deseo de aprobación?”

“Como he dicho, no estoy seguro. Eh, da igual.” Tianyu se bebió lo que quedaba de té y se marchó llevando su medicina. Cansado del tema de Gyoku-ou, probablemente.

“Como él, ¿eh?” Murmuró Maomao. No le sonaba muy bien.

Quizá no lo entendía. En lugar de preocuparse por eso, decidió ver qué podía hacer para reforzar su suministro de medicinas.

Tras pensárselo un poco, Maomao decidió que su mejor opción era recurrir a un agricultor profesional. Tras ocuparse de sus brotes de soja, ahora estaba en su campo.

“¿Cultivar hierbas medicinales?” El Hermano de Lahan se había puesto ropa de trabajo y llevaba una azada. Su propio atuendo —por no mencionar la forma experta en que blandía la azada— delataba toda su insistencia en que no era un agricultor.

El jardín meticulosamente cuidado del jardinero era ahora cosa del pasado, transformado en un espacio agrícola experimental lleno de trigo y batatas. La tierra estaba siendo trabajada por los otros agricultores que habían acompañado al Hermano de Lahan desde la región central, así como por el propio jardinero, que parecía completamente derrotado.

“Es cierto que un campo para hierbas medicinales podría ser una buena idea a largo plazo, pero creo que va a ser difícil por aquí. La propia capital occidental es tan seca que no es apta para campos, y las praderas están demasiado lejos para ser prácticas. ¡Y *este* campo está fuera de los límites! Es para trigo y batatas y nada más.”

“Pero tú siempre te vas a arar campos por todas partes, ¿verdad, Hermano de Lahan?”

“¡Eso es trabajo legítimo! Me *dijeron* que plantara semillas de batata por todas partes.”

“¿Quién te dijo?” ¿Le había hecho Jinshi otra petición especial?

“Mi padre.” Dijo miserablemente. “No creo que tenga ni idea de lo que está pasando realmente. Recibí una carta suya, aquí en medio de esta emergencia, ¿y qué decía? «¡Estoy esperando tu informe!». Y mientras tanto, ¡pensaba que me iba a morir!”

Si el Hermano de Lahan era un granjero serio y correcto, el padre de Lahan era un trastornado.

“Es cierto. Hiciste bien en sobrevivir, Hermano de Lahan. ¿Cómo *volviste* aquí?” Parecía haberse separado de sus guardaespaldas, y había estado muy lejos en el extremo occidental de la provincia; debía de haber sido todo un viaje.

“Urgh... Tuve mis guardaespaldas parte del camino, pero uno se fue persiguiendo a los caballos cuando se asustaron ante el enjambre de saltamontes y huyó, otro siguió su camino cuando nos atacaron unos bandidos... Conseguí cambiar las pocas batatas secas que tenía por lo que necesitábamos en los distintos lugares por los que pasamos... ¡y luego la gente intentó robarme el resto de las batatas! En mi camino hacia el oeste a través de los pueblos, en cualquier lugar que me detuviera para enseñarles a cultivar batatas, también les advertía de que podía venir una plaga de insectos, y a la vuelta comprobé que, comparativamente, esos pueblos habían sufrido pocos daños. En el primero, incluso me dieron las gracias y me dieron un lugar donde quedarme. Y luego, en la siguiente aldea...”

Esto no serviría. Si Maomao escuchara toda su historia, tendría suficiente de sus hazañas para llenar un libro.

“Bien, sí, lo entiendo, te oigo. Bueno, si encuentras un lugar que parezca bueno para cultivar hierbas medicinales, me lo dices.”

“Oh, escúchame hasta el final. ¡Vamos, escucha! Bah, está bien. Ya veo que no se puede razonar contigo. Pero no esperes demasiado.”

El Hermano de Lahan podía murmurar y refunfuñar, pero era muy buena persona; haría su trabajo. Era la misma razón por la que Maomao rezaba para que la gente no le hiciera trabajar hasta la extenuación.

“Eso me recuerda que también llegaron cartas para ti.” Dijo.

“¿Oh? ¿De quién?”

“La Srta. Chue acaba de estar aquí. Tal vez se pasaron por alto.”

“Bien.”

Las cartas eran presumiblemente de Luomen, o tal vez de la Casa Verdigris.

Maomao volvió a la consulta médica y recogió su correo, luego fue a su habitación a abrirlo. Poco a poco había ido renovando la decoración hasta que, como era de esperar, se convirtió en una habitación sencilla con hierbas medicinales colgadas por todas partes. El curandero, que tan amablemente había redecorado la habitación, parecía decepcionado, pero Maomao no estaba dispuesta a ceder en este punto.

Tenía tres cartas, de Lahan, Yao y En'en, respectivamente.

Ah, claro. Recordó tardíamente que, antes de partir, Yao le había dicho que escribiera de vez en cuando. *Y no he enviado ni una sola carta.*

Las cosas habían sido tan caóticas que no había tenido tiempo ni motivación para enviar cartas. Ni siquiera había pensado mucho en

ello, suponiendo que si surgía algo realmente grave, Jinshi se pondría en contacto con ella en la consulta médica.

Maomao miró las tres cartas y reflexionó sobre cómo abordarlas. Después de un momento, decidió dejar la de Lahan para más tarde. Movi6 el dedo de un lado a otro entre las cartas de Yao y En'en, sin estar segura de cuál leer primero, y su dedo se posó en la de Yao. Estaba forrada con un resistente papel al 6leo, para que tuviera más posibilidades de sobrevivir al largo viaje. Normalmente, Maomao habría esperado que En'en añadiera perfume, o usara papel fino, o incluso enviara algunas flores, pero en este caso parecían haber dado prioridad a la utilidad.

Está lo suficientemente lejos como para que ni siquiera puedas suponer que la carta llegará.

La carta de Yao era la de siempre, punzante y mohína hasta que se tornó abruptamente tímida y dulce. Señalaba que Yao no había recibido ninguna carta de Maomao y se preguntaba qué pasaba. Decía que se había enterado de la plaga de insectos en Occidente y que se había propuesto escribirle. Y así sucesivamente.

La carta estaba escrita en cuidadas columnas de pulcros caracteres que de vez en cuando se engrosaban por la emoción. Ah, Yao. Incluso su letra era transparente.

No te preocupes. Te prometo que te contestaré...

El verdadero problema era cuánto tardaría en llegar a Yao cualquier carta que enviara Maomao, pero eso estaba fuera de su alcance.

A continuación, abrió la carta de En'en. Al igual que la de Yao, había sido reforzada con papel al óleo.

Miró la carta. Luego le dio la vuelta, miró al techo y suspiró. Se presionó los ojos con los dedos pulgar e índice.

Luego dio la vuelta a la carta y volvió a mirarla. El papel era del mismo tamaño que la carta de Yao, pero los caracteres de En'en eran apenas más grandes que granos de arroz, y corrían juntos en una letra cursiva, fluyendo por la página como un sutra. Un noventa por ciento de la misma trataba sobre Yao. No se trataba de una carta, sino de una colección de notas de campo tomadas por En'en a partir de sus observaciones sobre su ama.

Quizá En'en intentaba decirle algo importante a Maomao, pero cuanto más leía la carta, más parecía que el mensaje era simplemente: *¡Mi ama es tan linda!*

Había una cosa que le pesaba a En'en: que Yao aún no hubiera abandonado la idea de hacer el mismo trabajo que un médico de pleno derecho.

También parecía haber algo más, pero sólo era una insinuación, un tufillo detectable en su denso texto, y nada más.

Lo siento, no tengo tiempo para juegos de adivinanzas, pensó Maomao, y dejó a un lado la carta de En'en. Muy bien, es hora de la última.

Se sorprendió al recibir una carta de Lahan. ¿No sería mejor que se pusiera en contacto con Jinshi? Seguro que se daba cuenta de que con Maomao, existía la clara posibilidad de que ella tirara la carta sin llegar a leerla.

En cualquier caso, había llegado sana y salva y, por el bien de quienes la habían ayudado a hacerlo, decidió abrirla.

La carta de Lahan también estaba forrada con papel al óleo, como las demás. A Maomao no le había sorprendido que las cartas de Yao y En'en estuvieran hechas del mismo modo, pero ¿también la de Lahan? Eso parecía un poco extraño. Por otra parte, tal vez vendían papel fabricado de ese modo, específicamente para el envío a largas distancias.

Lo que sea. Miró la carta, que decía:

¡Yao y En'en están en mi casa! ¿Qué crees que debo hacer?

Las frases evidenciaban una rara muestra de incertidumbre por parte de Lahan. El resto de la carta preguntaba educadamente por la salud de los que se encontraban en la capital occidental, pero el asunto de Yao y En'en era claramente su principal preocupación.

Diablos, no lo sé.

Maomao volvió a doblar las cartas con cuidado. Necesitaba un lugar donde dejarlas por el momento. El curandero le había dado, a petición suya, una caja vacía de cuando había conseguido unos bollos manju, y decidió usarla. Maomao era una plebeya de corazón, incapaz de tirar ni siquiera una caja vacía.

Capítulo 8:

Las Cartas que no Llegaron

Otra enorme pila de papeles se había acumulado en el despacho de Rikuson. Llevaba días así, pero eran necesarios; no podía hacer nada. En lugar de eso, los fue revisando, despacio y sin pausa, uno a uno. No había suficientes administradores, y todo el trabajo que podría haber hecho ese personal extra recaía sobre Rikuson.

Había pasado más de un mes desde la enorme plaga de insectos. Los saltamontes habían atacado varias veces más, pero después las cosas se habían calmado. Bueno, no “las cosas”. Sólo los saltamontes. Habiendo comido hasta hartarse, los repugnantes bichos intentaban ahora dejar una nueva generación.

El problema era que la gente estaba obsesionada con las secuelas de la devastación. Estaban completamente ocupados intentando compensar los daños de la cosecha, pero si no tomaban las medidas adecuadas contra el siguiente enjambre, la destrucción no haría más que empeorar.

Rikuson sintió que le entraba dolor de cabeza al enfrentarse a todos los informes de daños y solicitudes de provisiones de emergencia. Le gustaría tener el poder de salvar a toda la gente, pero al fin y al cabo era un funcionario de nivel medio. No podía hacer mucho más.

Tendría que evaluar los daños en cada región y enviar ayuda proporcional a la población de la localidad. Si calculaba mal, podría causar más saqueos o incluso provocar más muertes por inanición.

Rikuson quería arrancarse los cabellos. Al considerar cuánto distribuir, también tenía que cotejar los registros y las peticiones con sus reservas de provisiones. No es que no supiera hacer cuentas, pero era una responsabilidad pesada y amplia que le agobiaba.

“Esto sería mucho más fácil si Sir Lahan estuviera aquí.” Murmuró. Un trabajo así habría sido un paseo para él. Habría podido sostener un ábaco en una mano y hacer la mayor parte de los cálculos mentalmente. Habría sido capaz de ver los números como *simples* números y determinar la distribución más justa.

Hablando de Lahan, hacía mucho tiempo que Rikuson no recibía cartas suyas. La última había llegado unos dos meses antes del enjambre.

Rikuson había escrito a Lahan un par de veces después del suceso; sabía que el otro hombre nunca era reacio a este tipo de información. Esperaba una respuesta rápida. Era consciente de que las comunicaciones no eran tan fiables como antes del enjambre, pero ¿podrían no haber llegado dos cartas distintas? ¿O alguien había descubierto lo que ocultaban las cartas que había estado enviando a Lahan y al Príncipe de la Luna?

Rikuson detuvo a un funcionario que estaba a punto de marcharse.

“No ha habido ninguna carta dirigida a mí, ¿verdad?” Preguntó.

“No, Señorito Rikuson, me temo que no.” Dijo rotundamente el funcionario. Rikuson había visto mucho a este hombre desde que lo enviaron a la capital occidental. Había llevado cartas a los demás varias veces, así que si decía que no había correo para Rikuson, probablemente lo decía en serio.

¿Era Rikuson el único que lo encontraba extraño?



Siendo Lahan quien era, era imposible que no supiera nada de la plaga de insectos que había asolado la provincia de I-sei. Además, era un hombre con su cuota de curiosidad: sin duda debería haber escrito a Rikuson en algún momento del último mes para intentar sondearle sobre lo que estaba ocurriendo. ¿Realmente había tanto movimiento en la capital?

Espera, ¿había escrito Lahan a alguien más recientemente? Rikuson pensó en la joven a la que Lahan se refería como su hermana pequeña. Pensó en preguntarle si sabía algo de él, pero se lo pensó mejor. Lo mejor sería mantener las distancias con Maomao. Sabía que ella mantendría las distancias con él, que tendría que hacerlo. Sería lo mejor para ambos. Por eso Rikuson le había ofrecido matrimonio en broma: era una broma, pero sabía que los elementos hiperprotectores que rodeaban a Maomao responderían de inmediato.

Apartó mentalmente el asunto y decidió presentar los papeles que había terminado de revisar. Salió al pasillo para llamar a un funcionario, pero entonces vio a Gyoku-ou al otro lado del jardín del patio con varios soldados.

De repente, Rikuson no quería estar allí. Se retiró a su escritorio y tomó una de las peticiones de provisiones.

Dirigida al gobernador, procedía de una de las aldeas agrícolas. No habían podido cosechar nada y le pedían que les enviara alimentos. La petición también se refería al reclutamiento de soldados. No era algo que Rikuson viera normalmente: este asunto debería haberse resuelto

antes de llegar a sus manos. Los administradores debieron incluirla por error entre la masa de papeleo.

La petición incluía todas las expresiones de amor y lealtad que los campesinos sabían reunir. Daba las gracias a Gyoku-ou por haberles apoyado en el pasado varias veces con cargo a sus finanzas privadas. En todos los sentidos, la carta parecía un inocente grito de ayuda de unos inocentes campesinos que se dirigían al mejor gobernante que conocían.

Parecía la bonita historia de un gobernador bondadoso y generoso que rescataba a su pueblo empobrecido y en apuros. ¿Qué aspecto debía tener Gyoku-ou para ellos? Era natural que estuvieran dispuestos a proporcionarle soldados.

“Conscripción.” Murmuró Rikuson. Pensó en Gyoku-ou, con sus soldados. ¿Qué pretendía hacer con ellos? Sí, el pueblo estaba inquieto tras el gran desastre que acababa de ocurrir, pero ¿realmente necesitaba reunir más tropas para reprimirlo?

Rikuson suspiró. Gyoku-ou, popular entre su gente. Un desastre sin precedentes. El estratega y el hermano menor imperial, vienen de la capital real.

Todos los jugadores estaban aquí, el escenario estaba preparado.

Pero, ¿preparados para qué? Rikuson aún no estaba seguro. Porque en el fondo de su corazón, aún albergaba un deseo, una esperanza.

Esperaba que Gyoku-ou fuese un buen gobernador.

Capítulo 9:

La Reunión

¿Cuántas veces había oído Jinshi que algo era “por su propia seguridad”? Desde hacía más de un mes llevaba una vida que rozaba el arresto domiciliario. No podía salir del anexo de Gyoku-en. De vez en cuando le invitaban a la casa principal o a la oficina administrativa, pero en esas ocasiones le acompañaba una panoplia de soldados. Suficiente para evitar que hiciera algo fuera de lo previsto.

Incluso por los breves vistazos que echaba desde su carruaje mientras iba de un edificio a otro, se hacía una idea de la destrucción, pero sabía que, en cualquier otro caso, habría sido mucho peor.

Jinshi había llegado a la capital occidental en parte suponiendo que iba a producirse esta plaga de insectos. Había buscado en viejos registros sobre plagas pasadas. Describían cosechas enteras aniquiladas, gente tan desesperadamente hambrienta que recurría al canibalismo. No se exageraba cuando se decía que una plaga de insectos podía destruir un país entero.

Naturalmente, el descontento y la ira se dirigían principalmente contra la familia imperial, que se situaba en lo más alto de la jerarquía nacional. Por eso Jinshi siguió sometiéndose a su confinamiento.

Por el momento, Gyoku-ou controlaba lo que podía hacer. A nadie del entorno de Jinshi le gustaba; algunos incluso consideraban a Gyoku-ou un héroe de escenario a medio hacer. Pero Jinshi tenía que pensar en su posición. Como hermano menor del Emperador, se suponía que estaba aquí para supervisar las cosas en la capital occidental. Como tal, era, en última instancia, un invitado. Si hacía algo que contraviniera ese papel, podría volverse en su contra más tarde.

O al menos, eso había creído.

“Creo que está dejando que le eclipsen *demasiado*, Príncipe de la Luna.” Dijo Chue, aunque su rostro no delataba nada. Se sentó frente a él en el carruaje, que también estaba ocupado por un guardaespaldas y una segunda dama de compañía, aunque no eran ni Suiren ni Taomei.

Había elegido a su gente más capaz en respuesta a una situación muy inesperada. En este caso, Gaoshun le acompañaba como guardaespaldas, que normalmente sería el papel de Basen, pero éste no habría congeniado bien con la persona con la que iban a reunirse. Basen estaba más enfadado que nadie por la forma en que habían tratado a Jinshi en la capital occidental. Podía ser físicamente fuerte, pero ahora mismo Jinshi necesitaba a alguien que pudiera mantener sus emociones bajo control.

“A este paso, la gente va a pensar que una desamparada princesita vino a trompicones desde la capital real sólo para hacer un papel secundario con el Amo Gyoku-ou.” Con un hábil movimiento, varios

trocitos de jade aparecieron entre los dedos de Chue. Su mano trabajó afanosamente: aparecieron más, luego desaparecieron unas cuantas.

“Lo sé.” Dijo Jinshi. Precisamente por eso se dirigía a la oficina administrativa.

Sí, Jinshi estaba allí como invitado, pero le gustaba pensar que había hecho todo lo posible por la capital occidental. Les había ofrecido provisiones que había traído específicamente para ese fin, y habían sido distribuidas con prontitud. Había enviado mensajeros a las aldeas cercanas para ayudar a determinar el alcance de los daños, y luego había calculado cuánta comida necesitaría cada lugar basándose en esas evaluaciones. Se alegró de haber traído a un funcionario capaz como Baryou.

La razón por la que la ayuda había llegado tan rápido desde la capital real era que Jinshi había enviado un caballo de postas en cuanto tuvo noticias del Hermano de Lahan. Si, en ese momento, no hubiera ocurrido nada, si no hubiera habido enjambre, habría sido fácil descartarlo como un error por parte de la familia imperial.

La posibilidad de un enjambre de insectos había sido tema de conversación entre el Emperador y algunos de sus asesores y subordinados más cercanos, y habían sido conscientes de la posibilidad de que golpeará en la capital occidental. Pero la decisión de solicitar apoyo había recaído únicamente en Jinshi. No tenía garantías de que el enjambre fuera a llegar, en cuyo caso incluso se podría haber denegado el permiso de atraque al barco de suministros.

Por ello, y a riesgo de mancillar su propia reputación, Jinshi había decidido permitir que Gyoku-ou tomara el control de los acontecimientos. Cuando el mensajero de Gyoku-ou había acudido a él poco después de la llegada del enjambre, Jinshi le informó de que estaba a salvo y le preguntó si sería aceptable que solicitara apoyo a la capital real. También transmitió a Gyoku-ou que le gustaría que el gobernador recibiera los suministros.

Así fue como las provisiones que Jinshi había preparado y conseguido, Gyoku-ou las distribuyó.

Los que habían venido con Jinshi desde la capital y sabían la verdad estaban furiosos, pero ésta era la capital occidental. Aunque Jinshi hubiera intentado encargarse él mismo de repartir la comida, no tenía suficiente gente para hacerlo. No había traído suficientes sirvientes para cocinar y repartir toda esa comida. La forma más rápida y mejor de hacerla llegar a la gente que la necesitaba era colaborar con Gyoku-ou.

Lo que más aterrorizaba a la gente durante una catástrofe natural era la incertidumbre. El mero hecho de poder conseguir un tazón de congee y un poco de arroz aliviaba mucho la ansiedad.

Luego estaba la cuestión de los precios de mercado. Jinshi había recibido su ración de exasperación por no tener ni idea de lo que costaban las cosas, pero había estado trabajando en ello los últimos años y le gustaba pensar que estaba mejorando. Incluso en la capital, con toda su riqueza, había niños hambrientos que mendigaban en las

calles con cuencos de arroz vacíos, o paseantes nocturnos con el rostro oculto que atraían a los clientes a las esquinas oscuras, o padres que vendían a sus propios hijos a los burdeles. Por si no había visto suficiente desde su carruaje, había visto más de lo que le correspondía caminando por aquellas calles.

Jinshi había vestido seda fina toda su vida, siempre había tenido sopa clara para beber cada noche y congee sin rellenos. Incluso ahora, no corría el riesgo de morir de hambre, a diferencia de todos los demás en la capital occidental. ¿Por qué? ¿Para qué?

Lo mejor que podía hacer era deshacerse de su estúpido orgullo. Si Gyoku-ou quería ser el centro de atención, que lo fuera. Era mejor que Jinshi se dejara utilizar como una herramienta que negarse obstinada y egoístamente a ayudar. De hecho, tal vez era Jinshi quien estaba haciendo el uso.

Que el hermano menor del Emperador sea un inútil. ¿A quién le importaba si la gente se burlaba de él? Mucho mejor que fuera alguien a quien nadie deseara manipular.

¿Qué pensaría Basen de todo esto? Estaría loco de rabia, tal vez, pero, incapaz de golpear a Jinshi en su ira, destruiría cualquier otra cosa en la habitación que no estuviera clavada.

A Jinshi, por su parte, le gustaba bastante el nombre de Jinshi. Aunque fuera una identidad que había inventado para engañar a los eunucos y a las damas del “jardín” del Emperador. Prefería Jinshi, un nombre que la gente podía decir, a Ka Zuigetsu, que nadie podía

pronunciar. Aunque sabía qué hacerse accesible y fácil de hablar era un ejercicio inútil.

El tiempo pasó mientras rumiaba, hasta que se encontró en su destino, la oficina administrativa.

“¡Bien! Ya llegamos.” Chue miró al exterior y sonrió.

Jinshi ajustó deliberadamente su mentalidad. Podía ser accesible, pero no iban a tomarlo por tonto.

Le mostraron una sala con una mesa redonda. Gyoku-ou y Lakan ya estaban sentados. Lakan, al parecer con tiempo para matar, estaba trabajando en los problemas de Go. En un rincón de la sala esperaban unos burócratas con papeles de algún tipo.

Gaoshun y Chue intercambiaron una mirada: no se parecía a la última vez que habían visto a Gyoku-ou, ni a la anterior. Sentían especial curiosidad por Lakan. No siempre era posible predecir cómo se comportaría el caprichoso genio, y eso hacía aún más difícil adivinar por qué estaba en aquella mesa.

“Mis disculpas por haberte hecho venir.” Dijo Gyoku-ou, poniéndose en pie. Jinshi ya sabía que había hecho bien en no traer a Basen. Estar sentado cuando un miembro de la familia imperial entraba en la sala podía considerarse una falta de respeto. En ese sentido, Lakan no dio muestras de levantar la vista de sus problemas con Go.

“¿Qué puedo hacer por ti?” Preguntó Jinshi. “Si se trata del enjambre de insectos, he traído algunos materiales relacionados con el asunto.”

Gaoshun mostró los papeles. Se referían a algunos cálculos preliminares sobre las provisiones de alimentos que Jinshi y su gente habían realizado. También describían la investigación sobre cultivos resistentes que pasaban rápidamente de la siembra a la cosecha, alimentos que podrían ayudar a paliar la hambruna si las provisiones resultaban insuficientes. En esto, los conocimientos de Maomao y el Hermano de Lahan habían demostrado ser inestimables. Por último, había algunos informes sobre medicinas y otras cosas que habría que suministrar una vez que se resolviera la situación alimentaria.

“Sí, sí. Has sido de gran ayuda para nosotros ante este desastre, Príncipe de la Luna. Nunca imaginé que la ayuda llegaría tan rápido desde el centro.”

Bueno, Jinshi sí. Porque había solicitado la ayuda varios días antes de mencionar el asunto a Gyoku-ou. Contaba con que la solicitud pasaría al menos ese tiempo en comisión cuando llegara a la capital real.

“¿Necesitas más provisiones?” Preguntó Jinshi. Él mismo había revisado los informes. Se esperaba que las reservas actuales de provisiones aguantaran sólo dos o tres meses como máximo, pero había un límite a la ayuda que se podía proporcionar. La verdadera solución era cultivar lo más rápido posible.

“Deseo pedirle más apoyo, si me lo permite. En forma de personal.”

“¿Personal? ¿Qué quieres decir?” Es cierto que Gyoku-ou estaba claramente falto de personal, pero enviar a gente nueva sin ton ni son no resolvería el problema. Si quería más agricultores, sería mejor enseñar a los lugareños que traer forasteros.

“Necesito soldados.” Dijo Gyoku-ou.

“¿Por qué? ¿Necesitas ayuda para reprimir bandidos?”

La escasez de alimentos tiende a hacer especialmente evidente el abismo entre los que tienen y los que no tienen. Cuando los pobres empezaban a pasar hambre, pronto se dedicaban a delinquir. La razón por la que Jinshi se había apresurado a proporcionar comida extra era para contrarrestar esa posibilidad, para llenar los estómagos de la gente antes de que recurrieran a la violencia.

Gyoku-ou dedicó a Jinshi una sonrisa que rozaba la mirada lasciva. Era una expresión que nunca se habría visto en su padre. No era la mirada de un comerciante, sino la de un soldado, la de un hombre menos interesado en la amabilidad y la decencia que en el valor marcial.

Un burócrata detrás de Gyoku-ou le entregó un gran papel.

“Me gustaría que echaras un vistazo a esto.” Dijo Gyoku-ou, y colocó el papel sobre la mesa. Era un mapa de la provincia de I-sei, con varias zonas marcadas con tinta. Algunos círculos eran negros y otros rojos, con más círculos rojos cuanto más al oeste.

“Hmm.” Dijo Lakan pensativo, levantando la vista de sus problemas Go. “¿Ataques de bandidos?”

“Precisamente.”

Habían rodeado todos los lugares donde se había producido un incidente.

“A juzgar por las ubicaciones, supongo que las rojas son incursiones de tribus extranjeras.”

“Su mente es tan aguda como dicen, señor.” Gyoku-ou miró a Lakan, visiblemente complacido. El estratega normalmente parecía un tonto temblón, pero cuando se trataba de leer el comportamiento humano, no tenía par.

Así que los círculos rojos eran ataques que se creía que habían sido perpetrados por extranjeros. Es cierto que la provincia de I-sei estaba situada justo en la frontera, pero incluso así, a Jinshi le pareció que el número de círculos rojos era desmesuradamente grande.

“¿Son cada vez más frecuentes?” Preguntó.

“Sí.” Confirmó Gyoku-ou. “El año pasado también hubo un buen número, pero este año ha sido especialmente malo. Habíamos hecho algunos, ejem, modestos preparativos militares, pero no podía haber peor momento para una plaga de insectos.”

Jinshi había oído hablar de que los reclutamientos estaban aumentando, pero escuchar tales palabras de boca del propio gobernador le dejó sin habla. Gyoku-ou no era tonto.

“Creo que podemos asumir con seguridad que el enjambre ha llevado a esos reprobados hasta Li.” Dijo Gyoku-ou. El enjambre había cubierto una amplia zona, y cuanto menos preparado estuviera un lugar, peores serían los daños. Sin duda, otros países se habrían visto afectados al menos con la misma intensidad que el suyo, y posiblemente incluso peor.

“¿Entonces estos soldados que quieres son para la supresión de las tribus?” Preguntó Jinshi.

Había habido una excursión de ese tipo unos años antes, pero se había tratado simplemente de hacer retroceder a los extranjeros; según recordaba, no había ido a la provincia de I-sei, sino al extremo occidental de la provincia de Shihoku.

Gyoku-ou, sin embargo, dijo: “No.” Y extendió otro mapa. Este mostraba un área aún mayor, incluyendo Shaoh, Hokuaren y Anan. “¿Qué dirías si apuntáramos *aquí*?”

Señaló directamente a Shaoh.

Jinshi le miró.

“¿Exactamente qué quieres decir con eso?”

“Bueno, es como se puede ver en este mapa. Los tramos occidentales de la provincia de I-sei han sido los más afectados. Como el enjambre ha arrasado todos los países de nuestro entorno, importar alimentos va a ser difícil. Entonces, ¿qué? ¿Intentamos transportar provisiones por tierra?”

Probablemente sería imposible transportar suficientes alimentos, y si los ataques de las tribus no fueran suficientes, una invasión de un país extranjero también era una posibilidad real. Los alimentos de la provincia de I-sei, ganados con tanto esfuerzo, serían robados.

“¿Cuál es la forma más rápida de llevar provisiones a esta zona occidental?” Preguntó Gyoku-ou. “Creo que no es por tierra, sino por mar.”

Y allí estaba Shaoh, un centro neurálgico del comercio, bien conectado con otros lugares tanto por tierra como por agua. Sí, tener libre uso de los puertos de Shaoh ciertamente haría mucho más fácil asegurar un suministro estable de alimentos. Shaoh, sin embargo, exigiría una fuerte tasa por el uso de sus puertos. Por no mencionar la probabilidad de que muchos de ellos ya estuvieran dedicados a apuntalar los propios problemas de abastecimiento interno de Shaoh a raíz de la plaga.

“¿Estás sugiriendo que empecemos una guerra por esto?” Jinshi mantuvo la voz lo más nivelada que pudo. Estaba más que dispuesto a cederle el protagonismo a Gyoku-ou, a dejarle que mandara, pero esto iba más allá de lo aceptable. Para llevar comida a la boca de su gente, estaba proponiendo el robo. No se diferenciaría en nada de los bandidos a los que despreciaba.

“¿Oh? ¿Estás en contra de la idea? Creo recordar que eres tú mismo, Príncipe de la Luna, quien tiene el mayor agravio contra Shaoh. La razón más madura para ir a la guerra.”

Gyoku-ou rezumaba confianza. Jinshi sabía a qué se refería: a la doncella del santuario de Shaoh. Él había permitido que muriera el año pasado, y eso había dejado a Shaoh con ventaja sobre él. Sin embargo, Jinshi sospechaba que Gyoku-ou no sabía que la doncella estaba viva y refugiada en secreto en Li.

“Fue otra mujer de Shaoh quien mató a la doncella del santuario.” Dijo Gyoku-ou. “Reconozco que había sido admitida en el palacio posterior como consorte, pero seguramente no se puede responsabilizar a Li de todo lo que pueda hacer una mujer de un país extranjero.” Ciertamente, Li había salido muy mal parada en opinión del resto del mundo, y la familia imperial en particular se había sentido avergonzada. “Shaoh utilizó el asesinato de su doncella del santuario para intentar chantajear a nuestro país. Razón más que suficiente para ir a la guerra, diría yo. ¿Pero tú no, *hermano menor imperial*?”

Dependiendo de la época, una “razón para ir a la guerra” puede ser casi cualquier cosa. Después de todo, el simple hecho de mancillar a la familia gobernante podía acabar con todo un clan.

Ahora Gyoku-ou se volvió hacia el estratega.

“¿Qué piensa usted, Sir Lakan?”

Una vez más, Lakan dejó de trabajar en sus problemas de Go y estudió el mapa con atención. Tenía la misma mirada con la que evaluaría un juego de mesa. Tendió la mano a su ayudante, que le dio una bolsa. Dentro había piezas de Shogi.

“No sé nada de tus razones o excusas. Lo único que sé es cómo ganar al Shogi.” Dijo Lakan y empezó a colocar las piezas en el mapa. El ayudante dirigió a Jinshi una mirada de disculpa.

En Lakan no había malicia, pero tampoco virtud. Mientras algo no le perjudicara a él o a su familia, no le daba importancia. No obstante, si se presentaba la oportunidad de participar en un juego interesante, no la desaprovecharía.

Jinshi comprendía ahora por qué Gyoku-ou había incluido a Lakan en esta conferencia. Para el estratega, la guerra no era más que una combinación de sus juegos favoritos: era una partida de Shogi con piezas humanas y un juego de Go en el que se capturaba territorio real.

“Si te pusieras a nuestro frente, Príncipe de la Luna, no dudo de que la gente del oeste se uniría a ti.” Esto era lo que Gyoku-ou pretendía realmente con Jinshi. “¿No crees que el pueblo desea contemplarte no sólo como visitante, sino como líder?”

Había una cosa que Gyoku-ou parecía no haber entendido. Creía que Jinshi estaba deseando que la gente le viera en su verdadero aspecto. Intentaba halagar el orgullo de Jinshi como parte de la familia imperial.

“Si dieras un paso al frente, te apoyaría de todo corazón: ¡sería tu mano derecha!” Dijo Gyoku-ou, con una mirada penetrante. Jinshi se preguntó si Gyoku-ou era realmente pariente de Gyokuyou. Ella también podía tener un carácter fuerte, pero no se parecía en nada.

Jinshi podía verlo en los ojos de Gyoku-ou: quería la guerra. Estaba ansioso por ella.

“Puedo convocar soldados, pero aquí vive gente.”

“Sí, así es. Nuestras tierras occidentales albergan muchos corazones leales. Puede que sean simples granjeros, pero si surgiera la necesidad, muchos de ellos le prestarían su fuerza. ¡Imagínate! Tú liderándonos y Sir Lakan formulando nuestra estrategia. Y por último, aunque reconozco que nuestro poder es modesto, el Clan You estaría dispuesto a ayudarnos.”

“¿El Clan You?”

Puede que Gyoku-en comenzara su vida como comerciante, pero tenía influencia en toda la provincia de I-sei. Su poder actual podría incluso superar al de los Yi, que habían sido destruidos diecisiete años antes.

Jinshi entrecerró los ojos.

“Dime. ¿Sabe el Señor Gyoku-en acerca de este plan?”

Gyoku-ou enarcó una ceja.

“Mi padre lleva mucho tiempo hablando de lo que podríamos ganar si pudiéramos extender nuestro alcance al territorio de Shaoh.”

“Ahh. Así que no lo sabe. ¿Y aun así *todo* el Clan You me apoyaría?”

Jinshi, basándose en sus experiencias en esa guarida de mujeres que es el palacio posterior, se mantuvo resueltamente tranquilo. En comparación con las mentiras de las mujeres, la fanfarronería de los hombres era áspera, sus fachadas fáciles de agujerear.

“Una ruta marítima.” Dijo. “Sí, los beneficios serían grandes. Hace que uno desee los puertos de Shaoh, ¿no? Pero tendría un precio demasiado alto. ¿Qué pasaría con los otros países con los que Shaoh comparte frontera terrestre? Podrían dejar de enviar bienes comerciales. Y luego está la cuestión de atacar a una nación que se ha hecho cuidadosamente neutral, como Shaoh. ¿No seríamos vistos como bárbaros que se niegan a respetar los acuerdos? El Sr. Gyoku-en, estoy seguro, sopesaría todas estas cosas cuidadosamente en sus cálculos.”

Gyoku-en, como hemos dicho, era un comerciante de corazón, y sabía que no debía fijarse en el beneficio que tenía ante sus ojos. Se aseguraría de preguntarle qué sacrificaría para obtenerlo. Aunque su hijo le hubiera escrito pidiéndole consejo sobre este asunto, Jinshi estaba seguro de que Gyoku-en le habría dicho que era demasiado pronto para semejante movimiento.

Jinshi creyó percibir un parpadeo en los ojos de Gyoku-ou al mencionar el nombre de su padre; le pareció que el otro hombre se estremecía lo más mínimo.



Gyoku-ou adoptó un aire descontento. Jinshi, por su parte, se negaba a suavizar su expresión. Podía ser el hermano menor del Emperador, pero sabía que, aun así, Gyoku-ou lo vería como un joven advenedizo, apenas la mitad de su edad. Tal vez pensó que podría abrumar a Jinshi con su mera presencia.

No pudo.

“Estoy aquí como representante de la región central, pero también soy los ojos de Su Majestad, y no sería apropiado que los ojos se arrogaran el mando.”

Las palabras *Su Majestad* provocaron un escalofrío entre los burócratas que esperaban cerca. Todos ellos procedían de la capital occidental, lo que significaba que eran aliados de Gyoku-ou y, presumiblemente, consideraban a Jinshi poco más que un niño insensible. Se oyeron murmullos cuando el niño se opuso a su propio amo.

Gaoshun sonrió levemente a Jinshi. Tal vez ahora tuviera un poco menos de acidez. Sin embargo, Chue podía ahorrarles el pulgar levantado.

Gyoku-ou no se dejaría intimidar tan fácilmente.

“¿Dices, entonces, que como ojos del Emperador, no puedes tomar decisiones por tu cuenta?” Sí, definitivamente la decisión correcta era dejar atrás a Basen. Él habría respondido a esta evidente provocación y sólo habría empeorado las cosas.

“Digo esto *porque* lo he decidido. ¿Has determinado que un ataque a Shaoh haría más bien que mal? Un mercader debe ser hábil en tales cálculos.”

Jinshi devolvió burla por burla. Sabía que estaba en el terreno de Gyoku-ou, y no deseaba entrar en una batalla perdida. Deseaba tener refuerzos en ese momento.

“Si atacamos a Shaoh, no puedo imaginar que Hokuaren se quede quieto.”

“¿Esa confederación de bárbaros que merodea por el norte? ¿Qué tenemos que temer de ellos?”

“Me parece justo. Sabes, hay un animal que se puede cazar en Hokuaren: el ciervo rojo. Sus cuernos son un excelente tónico energético, que se prepara cada noche para el Emperador y sus damas en el palacio posterior.” El comentario de Jinshi no tenía nada de autodesprecio. Había pasado años fingiendo ser un eunuco. Sabía cómo dejar que el ridículo rodara por su espalda. “Luego están los tigres. Los hay muy grandes en el norte; los huesos se usan para hacer vino.”

Se llamaba, muy apropiadamente, vino de hueso de tigre, y se decía que era muy nutritivo.

Ni que decir tiene que Jinshi se había convertido en un gran conocedor de los medicamentos.

“Un médico con amplia experiencia en medicinas me enseñó, así que fue bastante eficaz.” Dijo.

Estrictamente hablando, no había sido un médico, pero su punto estaba hecho. Además, no estaba tan seguro de si el elixir había sido eficaz o no. Había dejado que los cocineros del palacio posterior sirvieran las comidas medicinales.

“Medicinas y... alcohol...” Murmuró Lakan. “Dime, Onsou. Cuando empiece la guerra, ¿podremos conseguir esas cosas?”

“Quizá podamos, señor, pero probablemente serán mucho más caros.” Respondió su ayudante. “Los medicamentos suelen escasear en tiempos de guerra. Es duro para médicos y apotecarios.”

“Ya veo.” Lakan devolvió las piezas de Shogi que había estado colocando en la bolsa de la que procedían y se levantó.

Onsou era un ayudante de campo muy capaz. Naturalmente, había entendido lo que Jinshi intentaba comunicar a Lakan.

“¿Cuál parece ser el problema, Sir Lakan?” Preguntó Gyoku-ou, perplejo.

“Lo siento. Me voy.” Dijo Lakan, y con eso, se dio la vuelta y se fue.

“¡Amo Lakan, espéreme!” Gritó Onsou, persiguiéndole.

Los occidentales apenas habían levantado la mandíbula del suelo cuando Jinshi también se puso en pie.

“Parece que nuestro estratega no está de humor para la guerra. ¿Quizás yo también pueda seguir mi camino?”

Gyoku-ou no dijo nada. Jinshi decidió tomar eso como que podía irse.

“No parecía que eso le gustara mucho.” Susurró Chue.

Desgraciadamente para Gyoku-ou, si había un ámbito en el que Jinshi tenía mucha más experiencia que él, era en el que se movía Lakan.

Capítulo 10:

La Proporción Áurea

“¿Qué hacer?” El Hermano de Lahan estaba inquieto, con un gran mapa desplegado ante él en la mesa de la consulta médica.

“Sí, ¿qué hacer?” El curandero también estaba preocupado. Maomao necesitaba que hiciera algún trabajo, así que colocó un mortero y algunas hierbas a su lado.

“¿Qué haces aquí, Hermano de Lahan?” Le preguntó. Esto era la consulta médica; no era un lugar donde el personal no médico debiera instalarse y empezar a preocuparse. Por otra parte, ella podía entender que, de todos los lugares de la mansión, éste fuera quizás el menos nervioso.

“El viejo dijo que podía.” Protestó el Hermano de Lahan.

“De Lahan está muy cansado, jovencita. Necesita un lugar donde descansar.” El curandero parecía tener la impresión de que el Hermano de Lahan se llamaba de Lahan, pero parecía demasiado problema corregirle. Incluso el propio Hermano de Lahan no dijo nada. ¿El día tras día de fatiga agotadora le había quitado las ganas de discutir? ¿O no se había dado cuenta? ¿O incluso había llegado a aceptar esta situación?

Sin duda ha trabajado más duro que cualquiera de nosotros.

Sus acciones podrían haber salvado decenas de miles de vidas de la plaga de insectos, y él apenas parecía darse cuenta. Tal vez cuando todo esto terminara, podría pedirle a Jinshi que le diera algún tipo de recompensa.

“¿Qué estás mirando?” Preguntó Maomao, mirando el mapa. Ahora que lo veía bien, se daba cuenta de que estaba lleno de anotaciones, que describían con todo detalle el clima y el tipo de suelo de cada región.

“Tomé notas en este mapa cuando emprendí mi viaje para matar saltamontes. Quería anotar cualquier cualidad única de los campos, ya que tenía la oportunidad, pero al final apenas llegué a la mitad de ellos.”

¡Oh, vaya! ¡Este tipo es útil!

Por desgracia para él, su trabajo en este caso era ser utilizado y vuelto a utilizar, sólo para ver cómo otros le robaban sus mejores momentos. Maomao volvió a jurar que esta vez vería reconocida su contribución, si es que no volvía a hacerlo nunca más.

“Por el mapa, ¿entiendo que estás intentando decidir dónde cultivar? ¿No lo habías hecho ya?”

“Esta vez es más concreto. Los poderes fácticos quieren saber qué cultivos se pueden cultivar y dónde. No podemos seguir enviando alimentos desde la región central para siempre, ¿verdad? Intento

averiguar qué podemos cultivar rápidamente, con la vista puesta en cultivos que puedan almacenarse.”

“¿Y tus batatas?”

“No puedo darles nada que no sepa con certeza que va a crecer. Los próximos años serán un experimento.”

Al parecer, no pretendía imitar a su padre.

“¿Qué tal, ya sabes, trigo normal? Podríamos limpiar los campos que no se cosecharon y replantar enseguida.”

“Oh, vamos a cultivar trigo. Pero sólo en los campos donde estaba previsto inicialmente. Plantar trigo en el mismo campo año tras año reduce la cosecha.”

“Uy.” Ciertamente. Maomao asintió.

“¿Qué es eso de campos y cosechas?” Dijo el matasanos. No conseguía seguir la conversación, como de costumbre, pero en fin, allí estaba.

“Las judías podrían ser factibles, pero la cosecha de esas es tardía. Puede que no haya mucho que podamos hacer al respecto.” El Hermano de Lahan parecía tener un almanaque en la cabeza. “El verdadero problema son las semillas.”

“¿Semillas? Quieres decir, como... ¿semillas normales?”

“Sí. Cuando no tienes nada que comer, tampoco tienes margen para dejar semillas para el año que viene. Y entonces estás acabado, ¿no?”

Utilicé parte de mis provisiones en los brotes de soja. Todavía hay margen con el trébol de abrojo, pero cuando se trata de soja o judías mungo, no podemos permitir que la gente las arranque de raíz.”

Es cierto: si la gente arrancara las cosas de las que crecen las judías, no quedaría nada.

“Así que intento pensar en algo que podamos cosechar, y cosechar rápido, junto a campos que nos permitan cultivar trigo.”

Fue sorprendente darse cuenta de que el pensamiento de este hombre revolucionaría la agricultura local, y no se sintió intimidado por la envergadura del proyecto.

El Hermano de Lahan no buscaba tanto la opinión de Maomao y el curandero como poner en orden sus pensamientos hablándoles en voz alta. A veces, cuando una persona pedía “consejo”, en realidad no buscaba una solución.

“Lo que pasa es que tengo que tener en cuenta al mismo tiempo el rendimiento, la población y la calidad del suelo. Nunca fui mucho de calcular...”

“Si Lahan estuviera aquí, lo tendría hecho en un segundo.” Dijo Maomao.

“¡Ni se te ocurra hablarme de ese despeinado!” Espetó el Hermano de Lahan. Su enfado era comprensible; a diferencia de su adaptable y políticamente astuto hermano pequeño, él había tenido que vivir con la paja más corta toda su vida.

“Él es tu hermano menor, ¿no?” Preguntó Maomao.

“Él es *tu* hermano mayor, ¿no?” Replicó el Hermano de Lahan.

Las cosas parecían ir a más a partir de aquí, así que Maomao se quedó callada y fingió que todo el episodio no había ocurrido.

“Hablando de... *él*, no ha llegado ninguna carta suya.” Dijo el Hermano de Lahan.

“¿De verdad? ¿Una carta de Lahan? Recibí una el otro día.”

“Yo no. Sólo he recibido cartas de mi padre. A Lahan le encanta escribir cartas, esperaba recibir más de él.”

Si Lahan se había molestado en escribir a Maomao, parecía extraño que no lo hiciera al Hermano de Lahan. Por cierto, el curandero parecía estar dándose cuenta poco a poco de que el Hermano de Lahan no era “de Lahan”. Seguía sin preguntarle su nombre.

Maomao se quedó pensativa.

“¿Qué es?” Preguntó el Hermano de Lahan.

“Nada.” Dijo ella. Simplemente estaba pensando en la carta que había recibido unos días antes. Lo había descartado sin pensarlo mucho, pero ahora...

Se levantó.

“Vuelvo enseguida.”

“¿Hrm? Oh, claro.”

Maomao subió a su habitación, donde encontró un pequeño jarrón con flores. Había despojado el lugar de cualquier cosa demasiado aniñada, pero el curandero dejaba de vez en cuando pequeños adornos como éste.

“Toma.” Dijo Maomao, volviendo con la caja en la que guardaba sus cartas.

“¿Qué es esto?”

“La carta que recibí de Lahan.”

“Huh. ¿No te parece este papel extrañamente... agradable?”

“Al principio supuse que era para ayudarlo a sobrevivir a un largo viaje.” Maomao se quedó mirando la carta de Lahan. El papel normal de escribir estaba reforzado con un soporte de papel al óleo. Las cartas de Yao y En'en, que habían llegado al mismo tiempo, estaban hechas del mismo modo.

“Oye, ¿qué significa esta frase?” Preguntó el Hermano de Lahan, dando la frase *¡Yao y En'en ya están en mi casa! ¿Qué crees que debo hacer?* muy atentamente.

“Ah, ya sabes.” Dijo Maomao, poniéndole al corriente de la situación de Yao y En'en.

Imagínate la cara que puso entonces el Hermano de Lahan. Las comisuras de sus ojos, muy abiertos y asombrados, se alzaron con furia, sus fosas nasales se encendieron y enseñó los dientes como una

bestia. Sus cabellos se erizaron con tanta violencia que parecían estirarse hasta el cielo.

“¡Yeek!” Gritó el curandero, encogiéndose hacia atrás.

Maomao estaba casi tan sorprendida como él. Ni siquiera sabía que el Hermano de Lahan era capaz de parecer tan enfadado. Si alguien hubiera tallado su semejanza en madera en ese momento, podría haber pasado por una deidad iracunda.

“Ese bastardo... Me persigue hasta un campo insignificante en alguna parte, mientras él vive en una mansión con una joven elegible... *¡Dos jóvenes elegibles!*”

Con En'en cerca, Maomao estaba segura de que no habría aventuras, citas o encuentros románticos de ningún tipo, pero no creía que intentar explicárselo al Hermano de Lahan fuera a ayudar en ese momento.

“¡Siempre ha sido así! Siempre entrando para robarme el protagonismo...”

El curandero seguía acobardado, así que Maomao agarró el pato al pasar. El Hermano de Lahan enterró la cara en sus plumas.

Patoterapia...

Al cabo de unos minutos, la cara del hermano de Lahan volvió a la normalidad. El pato, que no estaba dispuesto a trabajar gratis, empezó a acosar al charlatán para que le diera de comer.

Con el Hermano de Lahan por fin calmado, Maomao pensó que tal vez podrían volver a las andadas.

“¿No crees que hay algo raro en este escrito?” Dijo.

“¿Oh? ¿Cómo así?”

Incluso ahora sonaba diferente. A pesar de toda la sangre La que corría por sus venas, era una persona sorprendentemente normal y, además, relativamente guapa, pero en aquel momento parecía sumamente huraño. Si la terapia con patos no era suficiente, lo mejor era un gato, pero por desgracia la pequeña bola de pelo tricolor estaba muy, muy lejos.

“«Otra vez» lo habría entendido, ¿pero «todavía»? Eso no tiene sentido. Esas dos ya se fueron a casa una vez.”

“¿Qué quieres decir con que fueron a casa *una vez*? ¿Esta es la segunda vez que van?”

“Hermano de Lahan, por favor mantén la distancia cuando pongas esa cara.”

“¡Te dije que no dijeras el nombre de Lahan delante de mí!”

“Sí, bien.”

El Hermano de Lahan parecía enfurecido por las relaciones de su hermano menor con el sexo débil.

Supongamos, sólo supongamos, que Yao y En'en habían vuelto a buscar refugio en casa de Lahan por las cosas con el tío de Yao.

Maomao podía imaginárselo. Pero también estaba segura de que Lahan, de entre toda la gente, nunca escribiría *aun* cuando se refiriera *de nuevo*.

Aquí pasa algo.

Estudió la carta de Lahan. Estaba firmemente pegada al papel de aceite; no parecía haber forma de separarlas.

No, espera. Parece que alguien trató de pelarlos.

Cada una de las cuatro esquinas del papel al óleo parecía haber sido despegada, aunque los rastros eran tenues.

Alguien los separó y luego los volvió a pegar.

Examinó las otras dos cartas. Si le habían hecho algo a la misiva de Lahan, era más que probable que las otras dos hubieran recibido el mismo trato.

Cuando miró de cerca el texto, vio que los caracteres estaban un poco borrosos. Probablemente se debía a que el papel al óleo se había pegado después de escribir la carta y el pegamento se había filtrado al anverso.

¿Qué había pasado con las cartas? Si alguien había dado a Yao y En' en alguna idea, alguna pequeña cosa que hacer con sus mensajes, todos ellos podrían estar conectados de algún modo.

¿Tal vez deba ponerlo sobre una llama abierta?

No; estaban en papel de aceite. Se quemaría si se expusiera a una llama. Tal vez la razón por la que las cartas estaban cubiertas de papel engrasado era engañar a los posibles manipuladores: así se verían obligados a mirarlas y descubrirían que no contenían información sensible. Pero era un farol.

Maomao siguió mirando las cartas. El Hermano de Lahan se unió a ella. El matasanos, que no quería sentirse excluido, adoptó una expresión pensativa.

“¿Estás seguro de que esto vino de Lahan?” El Hermano de Lahan preguntó largamente.

“¿Qué te hace decir eso? Es su letra. Sé que te duele, pero intenta aceptar la realidad.”

“¡No me refiero a eso! Sabes lo obsesionado que está con los números, ¿verdad?”

“Sí.”

Vaya *si* lo sabía.

“¿Pero no te parece fea esta carta?” El Hermano de Lahan abrió la carta de su hermano pequeño.

“No diría que parece inusual.”

“No, lo es. Cuando escribe una carta, siempre es en papel de cinco líneas de ancho por ocho de ancho.”

“Nunca lo supe.”

Tal vez era lo que Lahan se habría referido como una hermosa proporción.

Por desgracia, Maomao no tenía tanto interés en las cartas de Lahan.

“Tal vez simplemente no tenía suficiente papel.”

“No, no. No entiendes *lo* obsesionado que está con los números. Una vez me hice un corte de cabello rápido —sólo necesitaba que fuera más corto, ¿sabes?— y en mitad de la noche vino y me lo cortó todo mientras dormía. Y si quedaba tan desigual como el ancho de una uña, seguía cortando, ¡hasta que apenas quedaba nada! ¿Te imaginas cómo me sentí? Tenía *cinco años*.”

“Bien, así que no tienes el mejor hermano pequeño del mundo.”

O familia, para el caso.

“*Es* con él con quien estamos tratando. Si renunció a su estilo de escritura perfectamente ordenado, por algo será.” La mirada del Hermano de Lahan casi agujereó la carta.

Maomao, mientras tanto, se volvió hacia las otras dos cartas. La de Yao era más larga que la de Lahan, pero bastante más corta que la de En'en. De hecho, Maomao había leído más que suficiente de la carta de En'en, que no sólo era extensa, sino que estaba escrita con caracteres del tamaño de un grano de arroz. Los caracteres de Lahan y Yao eran del tamaño perfecto, muy fáciles de leer.

Por capricho, Maomao colocó la carta de Lahan sobre la de Yao. Tenían el mismo número de filas. Pero la carta de Yao tenía exactamente el triple de columnas. Como sus caracteres eran más o menos del mismo tamaño, podían superponerse fácilmente. Si la carta de Yao era más larga, bueno, a veces podía emocionarse.

“Mira esto.” Dijo Maomao.

“¿Mirar qué?”

En la Casa Verdigris había más de un estudiante que se presentaba o había aprobado el examen de funcionario. Siempre decían que la parte más dura del examen era, con diferencia, estar encerrados en lo que equivalía a una cueva durante días y días, escribiendo, escribiendo y escribiendo. Tenían que escribir con caracteres perfectamente ordenados y equilibrados, como en los cuadernos.

“Las columnas y las filas.” Dijo Maomao. No era solo el tamaño de los caracteres: el *número* de caracteres que corrían por la página también era idéntico.

Hizo coincidir los bordes de las dos cartas y observó las palabras de Yao que correspondía al *todavía* de Lahan. Luego deslizó la carta más allá, observando la siguiente palabra que se solapaba con *aún*.

La carta de Yao era exactamente tres veces más larga que la de Lahan. Volvió a mover la carta de Lahan y observó el solapamiento final.

“Encuentra... el... carbón.”

“¿Carbón?”

“Sí. Es una piedra que quema. Se puede usar medicinalmente, pero he oído que también puede hacer mucho daño.”

El padre de Maomao, Luomen, era muy consciente de que cualquier medicamento podía ser también un veneno, y se esforzaba por utilizar medicinas con el menor número posible de efectos nocivos. Por eso, Maomao no sabía mucho sobre el carbón.

“Entonces, ¿por qué estamos buscando este, eh, carbón?”

“Yo tampoco estoy segura. Pero creo que deberíamos informar.”

Maomao volvió a meter las cartas en la caja, esperando que todo fuera una extraña coincidencia.

Capítulo 11:

La Mina de Carbón

“¡Srta. Maomao, Srta. Maomao!”

“¿Qué pasa, Srta. Chue?”

Este tipo de intercambio se había convertido casi en una rutina para ellas. Sin embargo, era inusual que Chue apareciera después de un día de trabajo, justo antes de que Maomao se fuera a la cama.

“¿Qué te trae por aquí tan tarde?” Preguntó Maomao.

“¡Bueno! ¡Tengo algo que decirte sobre el código de carbón del Sr. Lahan!”

Maomao le había hablado a Jinshi de la carta de Lahan, y si Chue acudía a ella a esas horas, eso sugería que algo había sucedido.

“El hecho es que no han llegado muchas cartas del Sr. Lahan para el Príncipe de la Luna.”

“Pensaba que no.”

“Estimamos que sólo la mitad de sus cartas han llegado hasta aquí. Pero incluso en un viaje largo y difícil como éste, ¿no parece extraño que tantas cartas dirigidas personalmente al Príncipe de la Luna desaparezcan accidentalmente?”

“Ahh...”

En otras palabras, alguien se estaba deshaciendo deliberadamente de las comunicaciones de Lahan. Si estaba intentando decirles algo, eso explicaría por qué había enviado a Maomao esas enigmáticas cartas. Un plan de respaldo en caso de que no llegara a Jinshi, el mensaje transmitido de una manera que sólo Maomao y sus compañeros eran propensos a notar.

“Aun así, fue una gran suerte que lo viéramos.” Dijo.

“¡Seguro que lo fue! Si tú y el Hermano de Lahan no hubieran juntado sus cabezas, nunca se habrían dado cuenta. ¡Imagínate si te hubieras comido la carta de Lahan antes de darte cuenta!”

“No voy a comerme ninguna carta.” Dijo Maomao. A veces no entendía las bromas de Chue.

“Tal vez no, pero las cabras de la Srta. Chue a veces lo hacen.”

“Todavía estás tratando de criar esas cabras, ¿eh?”

“¡Sí! Gracias a ellas, puedo beber leche rica, fresca y con olor raro siempre que quiera.”

“No haces que suene muy apetitoso. Cada vez que veo carne de cabra en la cena, pienso que tal vez tus amigos finalmente conocieron al carnicero.”

“La mamá cabra ha tenido un niño y ahora da leche. El niño es un varón, así que puede ser el marido de la tercera cabra. En cuanto al papá, se fue a un lugar muy lejano en un viaje muy largo. Vienen, se

van, pero siempre son tres. Papá Cabra vivirá para siempre en el corazón... y en el estómago de la Srta. Chue.”

Todo parecía indicar que una de las cabras había sido devorada. Tal vez ese era el animal con el que Tianyu había estado practicando su disección.

“¡Bien! Volvamos al tema.”

“Sí, por favor.” Dijo Maomao. Si se entretenía con todas las divagaciones de Chue, no tardaría en amanecer.

“Sobre ese carbón, parece que la provincia de I-sei extrajo algo, aunque sólo un poco.”

“¿Oh?”

“¡Claro que sí! Pero eso fue hace casi veinte años. No hay registros de ninguna operación minera reciente.”

Aun así, qué idea tan intrigante.

“Déjame adivinar: ¿no quedan registros de hace veinte años?” Preguntó Maomao. La supresión de los Yi se había producido hacía diecisiete años, durante los cuales se había quemado gran parte del rastro de papel de la época.

“¡Tienes toda la razón! Nuestra sospecha es que había alguien entre los suprimidos que estaba a cargo de la extracción de carbón.”

“Bueno, eso no nos ayuda mucho. Pero debe haber habido algunas personas que hicieron la minería real, ¿verdad?”

“Sí, pero ya sabes, lo que le pasa a la gente después de un gran conflicto como ese, ¿quién puede decirlo? La mina nunca rindió tanto, así que fue abandonada...”

“Pero en ese caso...”

“... O de todos modos, crearía algunas oportunidades muy tentadoras si la gente *creyera* que eso es cierto.” Dijo Chue. Este fue un giro sorprendente en la conversación.

Chue continuó: “Srta. Maomao, ¿sabía que el Amo Gyoku-ou invitó al Amo Jinshi y al viejo pedorro estratega a tener una pequeña charla?”

“No. Y no quiero saberlo.” Dijo con firmeza.

“Deduzco que el Amo Gyoku-ou sugirió iniciar una guerra contra otro país.”

“No le importa mucho lo que yo piense, ¿verdad, Srta. Chue?”

“¡La Srta. Chue cree que la información debe compartirse con las personas adecuadas!”

Esta información, sin embargo, no era algo que Maomao quisiera oír. Sin embargo, estaba claro por qué Chue había acudido a la habitación de Maomao por la noche: si el curandero se hubiera enterado, se habría angustiado mucho.

“Ahora, ¿en qué país supones que el Amo Gyoku-ou sugirió luchar?”

“No te oigo.” Dijo Maomao, llevándose las manos a los oídos.

Chue sonrió y le hizo cosquillas.

“¡Eh! ¡No es justo!” Maomao se dejó caer indefensa en la cama y Chue saltó sobre ella, inmovilizándola. Se había tapado los oídos. Chue le susurró: “Él no va tras Hokuaren. Va por Shaoh.”

¡No quería oír eso!

No, hubiera preferido no saberlo, pero ahora que lo sabía, tenía una pregunta.

“¿Por qué Shaoh? Habría pensado que atacarles nos haría más mal que bien. Dejando de lado el hecho de que, para empezar, atacar a otros países es completamente estúpido.”

“Buena pregunta. Un beneficio es que si capturamos la ciudad más cercana, viene con puertos. Tendríamos libre uso de las vías marítimas, y eso vale mucho. Importar cultivos sería mucho más fácil.”

Cierto, tal vez; no obstante, a Maomao no le pareció suficiente.

“Además, considerando lo que Shaoh nos hizo el año pasado por la doncella del santuario, tenemos una excusa preparada. Más aún si el Príncipe de la Luna, a quien agraviaron más que a nadie, fuera a liderarnos.”

Por fuera podía parecer una buena excusa, pero ¿no había habido muchos tratos entre bastidores? Si la antigua doncella del santuario estaba dispuesta a proporcionar información, podrían obtener datos

extremadamente útiles sobre cómo atacar a Shaoh, pero ¿sabía Gyokuou que la doncella del santuario seguía viva? Seguramente no.

“Una cosa más. Ahora mismo todo el mundo está al límite, y eso hace a la gente propensa a la violencia. Si podemos alejar esa ira de nuestros líderes y dirigirla hacia otro país, ¿no sería útil? Piensa en toda la gente que ha perdido su trabajo por culpa del enjambre. ¿Cuántos de ellos se han convertido en bandidos? Imagínate lo que podría hacer el viejo pedorro con «piezas» así para desplegar en la batalla.”

No era una razón poco común para iniciar una guerra. Pero Maomao no sería tomada por tonta.

“Pensé que Shaoh se suponía que era un país neutral. Si invadimos, Srta. Chue, ¿no se enfadarán otras naciones con nosotros?”

“Yo creo que sí. Hokuaren en particular se lo tomaría muy mal. Se podría argumentar que si pudiéramos tomar el puerto de un solo golpe, podríamos manejar las cosas de alguna manera, pero aun así lo pasaríamos mal. Y costaría mucho dinero.” Se puso en pie de un salto. “Pero, ¿y si, por ejemplo, hubiera una montaña con una mina de carbón en el extremo occidental de la provincia?”

“El borde occidental...”

En otras palabras, en la frontera con Shaoh.

“El carbón no se utiliza mucho en Li, pero es un importante recurso combustible en lugares sin mucha madera.” Afirmó Chue.

“Eso es lo que he oído.” No lo sabía de primera mano; nunca lo había usado, pero un combustible que pudiera usarse sin necesidad de quemar madera sin duda tendría sus usos. “Dicen que apesta cuando lo quemas, así que a la gente no le gusta tanto como la madera.”

Luomen había utilizado carbón durante sus estudios en el extranjero. Al quemarlo se obtenían productos secundarios venenosos, pero que también podían ser medicinales. Sin embargo, si extraer el carbón suponía demasiados problemas, no tenía sentido. Sí, la antigua emperatriz regente había prohibido la tala, pero aun así, la madera seguía siendo un combustible mejor y más barato que el carbón.

“Vaya, ¿en serio? ¿A qué huele?” Preguntó Chue.

“Quiero decir, yo no lo he olido, pero me han dicho que es acre. Dicen que si lo hueles una vez, siempre lo reconocerás. Supongo que la única forma de saberlo con seguridad sería quemar un poco nosotros mismos.” Maomao se quedó sentada en la cama y observó a Chue.

“¡Hoh! Bien, supongamos que hubiera una gran cantidad de carbón que pudiera extraerse del lado de Shaoh. ¿Y si pudiéramos *importarlo* con nuestra recién obtenida ruta marítima? ¿Y si Shaoh ni siquiera sabía que había carbón allí, o lo que valía? Aunque... Para ser justos, dudo que *realmente* no sepan lo que vale.”

Eso cambiaría la ecuación: si habría o no beneficios. Si ir a la guerra o no.

“Si también hubiera *otra* forma de utilizar el carbón, eso cambiaría aún más las cosas, pero dejemos eso a un lado.” Chue hizo la mímica de apartar un objeto.

“Ahora entiendo por qué Lahan me dijo que lo buscara...” De repente Maomao se sintió muy cansada.

Lahan había descubierto, de alguna manera, que había carbón en la provincia de I-sei. Había encontrado y examinado registros y materiales sobre la provincia, lo que quedaba en la región central, y había descubierto que, oficialmente, no había habido minería.

Esto es completamente diferente de la sobreinformación de las cosechas.

Si los visitantes de la región central se enteraran de esto, realmente habría problemas.

Entonces, ¿han estado extrayendo el carbón sin informar al Gobierno?

Sin duda explicaría cómo había recursos suficientes para abastecer a los agricultores en épocas de malas cosechas. Además, sería difícil creer que algo así se hubiera hecho exclusivamente por iniciativa personal de Gyoku-ou.

Maomao empezó a sudar de forma muy desagradable, pero Chue parecía de lo más tranquilo.

“Srta. Chue.” Dijo Maomao.

“¿Qué pasa, Srta. Maomao?”

“Dime... Todo esto es estrictamente especulativo, ¿no?”

Nunca actúes basándote en una suposición era el lema de Maomao. Precisamente ahora parecía el momento de seguir el consejo de su padre.

“Sí, lo es. Pero hay pruebas muy convincentes.” Dijo Chue, frustrando las esperanzas de Maomao. “La minería es una actividad muy peligrosa, por lo que creemos que inicialmente utilizaron muchos esclavos. ¿No fueron esclavizados los Lectores del Viento supervivientes?”

Maomao no dijo nada. Conociendo la red de información de Chue, es posible que ya hubiera hablado con algunos de los antiguos mineros. Además, podría saber que la madre de Gyoku-ou había pertenecido a la tribu de los Lectores del Viento.

“Si tus parientes estuvieran en serios problemas, ¿ayudarles no sería una excelente justificación para... bueno, casi cualquier cosa? Serías un bienhechor. ¡Del lado del bien! Incluso podría explicar la destrucción del Clan Yi hace diecisiete años.”

Maomao apenas oyó lo que decía Chue. Su cabeza estaba llena de un solo pensamiento.

“Srta. Chue.”

“¿Ajá?”

“¿Cree el Amo Jinshi que hay un beneficio que obtener aquí? ¿Va a la guerra?”

Chue se limitó a sonreír y le respondió con una pregunta propia.

“¿Crees que podría?”

No por su cuenta. No sería posible.

Chue sonrió de nuevo y, casi como si pudiera leer la mente de Maomao, dijo: “Son los tiempos de paz —y sólo la paz— los que hacen del Príncipe de la Luna el gran hombre que es.”

¿Era un cumplido? Maomao no estaba segura, pero la hizo sentirse un poco mejor.

Capítulo 12:

Madre Vs. Hijo

En el momento en que Jinshi terminaba de desayunar, apareció un hombre parecido a un jabalí, es decir, Basen. A Jinshi apenas le molestó el pato que se posaba alternativamente sobre la cabeza y los hombros de Basen. Por desgracia, ya estaba acostumbrado.

“¿Qué está pasando? Te oía venir por el pasillo.” Taomei no estaba contenta con su hijo. Había al menos *otra* cosa por la que podría haberle reprendido, pero, por desgracia, ella también se había acostumbrado.

“¡Madre! ¡No puedo quedarme callado con las cosas como están!” Exclamó Basen. El pato emitió un graznido compasivo y batió las alas.

“¿A quién llamas madre? Estamos trabajando.” Le dio una bofetada a Basen, sobresaltando al pato, que se alejó aleteando y salió de la habitación. Podía parecer un poco duro, pero así era como se hacían las cosas en la familia de Gaoshun. Jinshi también estaba acostumbrado. Aunque le seguía pareciendo agotador.



“¡Madre mía!” Suiren se llevó las manos a las mejillas y se echó a reír, mientras Chue guardaba un inusual silencio, tratando de no llamar la atención. Como de costumbre, Baryou estaba escondido detrás de su cortina. Jinshi oía revolver papeles allí detrás, así que sabía que el hombre se estaba preparando para trabajar.

Gaoshun, por casualidad, estaba fuera en ese momento. Si hubiera estado allí, habría parecido más dolido que nadie por el comportamiento de su mujer y su hijo.

“Eres el guardaespaldas real, Basen, ¿podrías comportarte como tal!” Dijo Taomei. “Un amo se avergüenza cuando sus sirvientes hacen el ridículo.”

“¡Pero Lady Taomei!” Dijo Basen, sabiendo que no cometería el mismo error dos veces. (Chue reprimió una sonrisa ante el modo de dirigirse que había elegido). “Dime... ¿*Puedes* quedarte de brazos cruzados y ver cómo ocurre esto?! Los funcionarios de la capital real saben callarse, ¡pero los administradores de esta ciudad se burlan del Príncipe de la Luna y dicen las cosas más horribles! «Es un líder de nombre, pero no de acción», dicen. Podría aprender un par de cosas de Gyoku-ou.”

La mano de Taomei volvió a levantarse, esta vez el dorso. Chue chilló y se llevó las manos a las mejillas, aplastándolas. Incluso Baryou se mostró lo bastante interesado como para asomarse por el hueco de su cortina, aunque al fin y al cabo no era más que un observador.

“¡Te referirás al gobernador con respeto! No me importa lo vil humano que sea, aún tiene más rango que tú. Si das la más mínima causa para que se moleste contigo, ¡sólo mancharás el nombre del Príncipe de la Luna!”

Vil humano—Jinshi podía decir que Taomei apenas estaba conteniendo su propio disgusto.

Para bien o para mal, Jinshi se había acostumbrado más que de sobra a soportar tales burlas durante su época de “eunuco”, por lo que las supuestas mofas apenas le conmovieron.

Sería contraproducente que madre e hijo empezaran a pelear, así que Jinshi intervino. Podría haber ordenado a Suiren que intercediera, pero ella le estaba mirando directamente, así que parecía que tenía que hacerlo él.

“¿Quieren hacer el favor de contenerse?” Dijo.

“¡Pero señor!” Dijeron al unísono, por una vez en armonía.

“Su punto es que no soy visto favorablemente en la capital occidental. Bueno, eso ya lo sabía. ¿Cuál es exactamente el beneficio de molestarse por ello?”

“Príncipe de la Luna.” Dijo Basen. “Has hecho tanto por esta ciudad, y Gy... *Sir* Gyoku-ou se está llevando el mérito. ¿No deberías hacer tu trabajo más visible?”

“¿Crees que con eso ganaría algo?”

Todos los presentes guardaron silencio.

Primero, Jinshi miró a Suiren.

“Tendríamos que buscarte más guardaespaldas.” Dijo.

Luego se volvió hacia Taomei.

“¿Obtendré el permiso de Sir Gyoku-ou? Por el bien de las formas.” Dijo. Incluso para ella, evidentemente, el respeto por Gyoku-ou se detenía en «Sir» y no llegaba al nivel de «Amo».

“Podríamos enviar un médico contigo en nombre de la visita a los enfermos y heridos.” Una sugerencia inusualmente sobria de Basen.

“Casi me había olvidado por completo de preocuparme por esto últimamente, pero ¿cuánta gente tenemos que realmente pueda soportar tu semblante, Príncipe de la Luna?” Preguntó Chue. “¿Creo que la vida de recluso podría ser más fácil para ti!” Todos los demás gimieron audiblemente.

“No me gustaría tener que limpiar lo que ensucias cuando las novias y las amantes cambian de opinión después de verte, Príncipe de la Luna. Me revuelve el estómago.” Murmuró Baryou desde detrás de su cortina.

Una vez más, todos estaban en silencio. Lo suficientemente silenciosos, de hecho, como para que se oyera un alboroto fuera. Otro día, otra pelea en alguna parte.

Al final, Chue se aventuró: “¿Qué te parece esto?” Sacó un cinturón de la ropa de Jinshi y lo puso delante de Basen.

“Ah, así que eso es lo que tienes en mente.” Dijo Suiren, que parecía adivinar todo lo que Chue decía a partir de esta prenda.

“¿Qué? ¿Qué tiene en mente?” Preguntó Basen, que desde luego no lo entendía.

Chue sonrió.

“El Príncipe de la Luna no tiene que salir él mismo. Mientras parezca que está haciendo algo, todo está bien.”

Jinshi empezó a entender a Chue.

“Basen.” Dijo.

“¿Sí, señor? ¿De qué se trata?”

“Te concedo ese cinturón. Póntelo y ponte a trabajar en mi lugar.”

“¿Señor?” Dijo Basen, mirando el cinturón con asombro.

Capítulo 13:

Una Visita a los Enfermos

Día 49:

Ha llegado más medicina, pero no es suficiente. También nos hemos quedado sin los dientes de león que sustituían a las hojas de té.

Día 50:

Encargada de desinfectar vendas. Ahora son trapos andrajosos; no podemos usarlos. Tendremos que recoger los trapos que la gente no necesite.

Día 51:

Chue me dijo que mantuviera abierto mañana.

Día 52:

Un edificio abandonado cerca de la plaza principal de la ciudad se ha convertido en una sencilla clínica. Aún no han empezado a atender pacientes, y ya hay cola.

La clínica era un lugar animado: decían que atenderían gratis a los enfermos y heridos a causa del enjambre, y además no estaba lejos de los puestos de comida.

“¿Vienes a ayudar, Niangniang?” Preguntó el Dr. Li. Era uno de los médicos de rango medio y un hombre dedicado, aunque a veces testarudo. También se había equivocado de nombre con Maomao.

Él, el Dr. You y Tianyu vieron gente en la clínica que había sido herida. Esto fue obra de Jinshi.

“Soy Maomao.” Dijo Maomao.

“¿Maomao?”

“Sí, señor. Maomao.” Repitió, queriendo asegurarse de que lo había entendido bien. También tendría que corregir al Dr. Liu la próxima vez que lo viera. Afortunadamente ella, a diferencia del Hermano de Lahan, no fue interrumpida por la intervención de algún poder superior.

Sabía que podía pasar cualquier cosa cuando llegáramos a la capital occidental, pero mira esto.

El dedicado médico se había bronceado por el sol, y los días de trabajo continuo le habían dejado las mejillas delgadas. Parecía más demacrado que delgado, y al aire de superdotado que siempre había tenido se añadía ahora una cierta cualidad feral.

“Para responder a su pregunta, señor, sí, el Príncipe de la Luna me ordenó venir. El Amo Guen no puede irse del lado del Príncipe de la Luna, así que he venido en su lugar.”

¿Lo ves? Maomao también podía aprender un nombre. Había recordado el del curandero.

Aunque esté aquí como doble de mi viejo.

Éste era uno de los pocos lugares donde podía usar el nombre real del curandero; en la clínica sólo estaban ella, su guardaespaldas Lihaku, Chue, Basen y el Dr. Li. Sólo estaba saludando; se sentía mal por no atender a los pacientes.

Maomao también quiso ser breve, porque Basen ya había terminado sus presentaciones y miraba alrededor de la clínica como si no supiera muy bien qué hacer consigo mismo. Había otros dos guardias apostados justo fuera de la habitación para mantenerlo a salvo, y era justo decir que incluso Basen podría necesitar guardaespaldas en esta situación.

Eso pondría a una persona de los nervios.

Basen no vestía su habitual uniforme de soldado, sino ropas más elegantes, y llevaba un cinturón que le había regalado Jinshi. Era de un púrpura brillante, con un tinte derivado de las caparazones, algo que nunca poseería un plebeyo. La forma perfecta de decirle a todo el mundo lo importante que era.

En resumen: Basen había aparecido en nombre de Jinshi para visitar a los enfermos y heridos.

Eso está muy bien, pero no estoy segura, pensó Maomao. Todo el mundo era adecuado para ciertas tareas y no para otras. Sin embargo, sabía que Jinshi no podía mostrarse en público precisamente ahora.

El Dr. Li miró a Maomao.

“Tianyu nos dijo que te apuntaste a rellenar nuestro suministro de medicinas.”

“¿Ah, sí?” Preguntó Maomao, preparándose mentalmente para ser reprendida por ser incapaz de conseguirles una medicina de verdad.

“Los medicamentos que enviaste estaban bien, supongo. Obviamente estás trabajando duro para encontrar ingredientes sustitutos.”

Eso era un elogio, pensó, hasta donde llegaba.

“¿Puedo ayudarle en algo, señor?” Preguntó.

“Si quieres hacer algún trabajo, no tenemos fin. Lavar vendas, hervirlas, tratar al desfile de pacientes heridos en innumerables discusiones, refriegas, peleas a puñetazos y reyertas. Luego están los casos de escorbuto y beriberi que hemos empezado a ver por desnutrición.”

“Entendido, señor. ¿Debo considerar el tratamiento de las heridas como la primera prioridad?” Maomao dejó sus pertenencias y se lavó

las manos. Podían tratar las heridas. Sobre la desnutrición poco o nada podían hacer.

“¡Me pondré a lavar esas vendas!” Dijo Chue.

“¿Qué debo hacer?” Preguntó Lihaku.

“Como guardaespaldas, me gustaría que tomaras asiento y permanecieras en silencio. Lo que más necesitamos es una influencia tranquilizadora.” Dijo el Dr. Li.

“¡Sí! Aunque no necesito ocupar uno de sus asientos.” Dijo Lihaku, de pie cerca de la puerta.

“¿Qué hay de mí?” Preguntó Basen, claramente incómodo por su condición de desconocido. Miró al Dr. Li, esperando que alguien le diera órdenes.

“Eh, ¿usted, Amo Basen?” El Dr. Li, siempre el tipo de alto rendimiento, no parecía seguro de qué decir. Parecía preocupado de que fuera descortés decirle específicamente a Basen que hiciera algo.

Basen también viene de uno de los clanes nombrados. Por no mencionar que estaba allí como segundo al mando de Jinshi. Él superó salvajemente al Dr. Li.

“Quizá podría sentarse aquí y repartir medicinas, Amo Basen. Yo prepararé las recetas, tú sólo ponlas en bolsas y dáselas a los pacientes.”

“De acuerdo.”

No podían ponerlo a realizar tareas aleatorias o trabajos físicos, así que era un compromiso bastante bueno.

“¡Y trata de decirles algo reconfortante!” Chirrió Chue.

“¿Cómo qué?”

“Oh, ya sabes. “¡Quiero que la gente de Li esté sana y saludable! Algo por el estilo. Un simple «Que te mejores» no sonaría bien viniendo de usted, Amo Basen.” Incluso ella consideró oportuno referirse a su cuñado como «Amo» en ese momento.

“Es un buen punto. Hacer hincapié en «el pueblo de Li» sería una idea excelente.” Dijo el Dr. Li.

La forma en que lo dijo llamó la atención de Maomao.

“¿Dónde está el Dr. You?” Le preguntó.

“El Dr. You está visitando a los pacientes que no pueden venir a la clínica. Es de por aquí, así que conoce el terreno.”

“Ya veo.”

Había algo poco amistoso en el tono del Dr. Li cuando hablaba del otro médico. Maomao no pudo contenerse. Preguntó: “¿Pasó algo con el Dr. You? Parece que tiene algo en mente.”

Normalmente, habría sido una pregunta grosera, pero en aquel momento el Dr. Li parecía estar buscando a alguien con quien quejarse.

“El Dr. You no es pariente del Amo Gyoku-ou, aunque compartan el mismo apellido, pero el paciente medio suele *pensar* que sí lo es. Es

un médico excelente, pero nunca le ha interesado la política. Ése es el problema.”

Ahh. Maomao dio una palmada. En otras palabras, la gente pensaría que el médico era pariente del gobernador y, aunque no fuera su intención, el Dr. You lo afirmaría implícitamente al no negarlo. Y cuantos más pacientes viera, más mérito tendría su “pariente” Gyoku-ou y no Jinshi.

Me pregunto si hicieron una mala elección trayéndolo con ellos.

No, había sido la persona adecuada para el trabajo cuando empezaron. Lo malo era el momento.

Pensar en la gente que habían traído le recordó a otra persona del personal médico.

“¿Dónde está Tianyu?” Preguntó.

“Está asistiendo al Dr. You. Por sus magníficas habilidades quirúrgicas y de costura.”

Maomao conocía bien los logros de Tianyu en este campo. La forma en que había manejado la operación de la nieta de Gyoku-ou había sido ejemplar. Maomao le había quitado los puntos a la niña y no la había vuelto a ver desde entonces.

Aun así, Tianyu era el más joven del personal y parecían decididos a aprovecharse de él.

“Muy bien.” Dijo el Dr. Li. “Hay pacientes esperándonos. ¿Puedo seguir adelante y abrir la clínica?”

Maomao y los demás asintieron.

Tal y como les había advertido el Dr. Li, estaban inundados de pacientes. La gente estaba desesperada por aprovechar la oportunidad de recibir atención médica gratuita. Incluso acudieron soldados de servicio, por lo que el personal no tuvo oportunidad de descansar.

El grueso de los exámenes se dejaba en manos del Dr. Li, mientras Maomao y sus compañeras hacían lo que él les indicaba. Dependiendo del estado en que se encontrara una persona, Maomao trataba sus heridas o dispensaba la medicina adecuada.

Aunque Basen seguía mostrándose incómodo, se las arregló para ofrecer palabras de consuelo y ánimo y embolsar con éxito los medicamentos para los pacientes. Cuando parecía que ya le había agarrado el ritmo, Maomao le dio papel y tijeras y le pidió que cortara papel para los paquetes de medicinas, si era tan amable, y así lo hizo, con bastante éxito además. Parecía pensar que era mejor que quedarse con las manos vacías mientras los demás trabajaban tan duro. El único problema era que Maomao no quería que los pacientes lo vieran trabajando, así que lo puso en un lugar donde no lo vieran.

Puede trabajar, cuando lo necesite.

De hecho, Basen lo hacía tan bien como cualquier funcionario civil. El problema para él era que, como mano derecha de Jinshi, la gente simplemente asumía que debía ser capaz de hacer el triple de trabajo que cualquier otro, así que salía mal parado en todas las comparaciones. Pobre tipo. Dada su formación militar y luego su asignación como subordinado directo del hermano menor del Emperador, parecía que debería ser capaz de hacer este tipo de cosas.

No ayudaba que Gaoshun probablemente hiciera todas estas cosas sin esfuerzo.

Chue tenía una forma curiosa de trabajar; parecía arrastrar los pies y moverse más de lo necesario. Lo extraño era que, sin embargo, trabajaba muy deprisa. Por la mañana desinfectaba un montón de vendas y, con la ayuda de Maomao, se ponía a preparar el almuerzo con lo que había. A veces se detenía a hacer un truco de magia para deleitar a algún joven paciente.

El que realmente tenía tiempo libre era Lihaku. Como guardaespaldas, todo su trabajo consistía en permanecer de pie en la puerta. De vez en cuando, Chue ponía a trabajar a los otros dos guardias, pero Lihaku se limitaba a permanecer de pie todo el tiempo.

“En serio, parezco un bulto en un tronco.” Dijo. Se rio un poco, pero la verdad era que estaba cumpliendo un propósito importante. El Dr. Li, a pesar del aspecto curtido que había adquirido, era bastante más desaliñado que la mayoría de los occidentales. Y había mencionado cuántos tipos rudos se pasaban por la clínica para un

examen rápido. Tener a un hombre de 189 centímetros junto a la puerta, aunque fuera una estatua, era un elemento disuasorio útil. Y si algún visitante parecía que iba a empezar algo, Lihaku se acercaba en silencio, lo que era de gran ayuda.

No era tan terrible si iban por Maomao o el Dr. Li, pero si alguien intentaba ir por Basen, sería un verdadero problema. Estaba allí como representante personal de Jinshi, así que no podían permitir que se les fuera de las manos y, además, si alguien iba a salir peor parado en un encuentro así, ése iba a ser el paciente. Casi seguro que no vencerían a Basen en un concurso de fuerza; tendrían suerte si salían con uno o dos huesos rotos. Peor aún, aunque Maomao no sabía exactamente cuáles eran las leyes de la capital occidental, ponerle la mano encima a un miembro de la familia imperial —o incluso a su representante— parecía un delito penado con la decapitación.

En cualquier caso, las cosas siguieron hasta que el Dr. You y Tianyu volvieron.

“¡Hemos vuelto!” Llamó el Dr. You como si entrara en su propia casa. Su piel bronceada le hacía parecer un lugareño. Tianyu vino detrás de él, con aspecto un poco andrajoso.

El primero en responder fue Chue.

“¡Bienvenido a casa, buen señor! ¿Quiere hacer unos exámenes? ¿O comer algo? ¿O tal vez hacer algunos exámenes?” No parecía conocer el significado de la palabra *cansado*, y en su amistoso saludo había un mensaje poco sutil de que el Dr. You debía seguir trabajando.

“Me encantaría comer algo, pero seguro que el Dr. Li tampoco ha comido aún, ¿verdad?”

“¿Qué? ¿No vamos a tener comida?” Gimió Tianyu. *Estaba* cansado. En su mano derecha llevaba algunas herramientas, mientras que en la izquierda había un paquete envuelto en tela. Podía ser un sabelotodo y, en ocasiones, un odioso, y Maomao no siempre sabía lo que pensaba, pero al parecer no podía con el Dr. You. Francamente, a Maomao le encantaba verlo.

“¡Hagamos una pausa para comer! Tienen treinta minutos.” Dijo Chue, aplaudiendo. ¿Quién la había nombrado maestra de ceremonias?

“¡Genial! ¿Cuál es el acompañamiento?” Tianyu preguntó.

“¡Acompañamiento! Deberíamos dar gracias. La Srta. Chue tomó todo lo que había y lo puso todo en esta comida: ¡El arroz frito casero especial de la Srta. Chue! El secreto de su sabor es el alijo de mejillones secos que guardan para acompañar su bebida.”

Con un *¡shwp!* sacó un cucharón y un plato e hizo una pose. Sí, el arroz frito estaba hecho básicamente con sobras, pero con los condimentos, las especias y el huevo frito, tenía un aspecto bastante apetitoso. Chue siempre decía que prefería comer a cocinar, pero estaba claro que sabía manejarse en la cocina.

“Para beber, puedes elegir entre zumo de uva aguada o leche de cabra. El agua parece un poco turbia, así que no la recomiendo.”

Era un buen consejo: había saltamontes flotando en el pozo. Chue los había estado sacando mientras lavaba la ropa.

Quizá también haya que distribuir agua potable, pensó Maomao. Si la gente bebía agua contaminada, sólo conseguiría enfermar. Quizá eso explicara adónde habían ido a parar todas las medicinas para la diarrea.

La gente necesita al menos filtrar el agua e, idealmente, hervirla.

De hecho, lavar y hervir las vendas era todo un lujo en la capital occidental, donde el agua y el combustible eran máspreciados que en la región central. El agua, evidentemente, pero en cuanto al combustible, el carbón vegetal y la leña escaseaban; lo que sobraba era estiércol animal.

Carbón, eh...

En la región central, la gente consideraba el carbón como un sustituto de la leña o el carbón vegetal en el mejor de los casos; aquí, en la provincia de I-sei, la gente valoraría el recurso de forma muy distinta.

Puede que valga tanto para ellos que lo desenterrarían de una montaña para utilizarlo.

El oro y la plata tenían que extraerse, no había nada que los sustituyera. Pero a nadie —al menos a nadie en la región central— se le ocurriría excavar algo de la tierra cuando había árboles por todas partes que eran exactamente igual de buenos. Sin embargo, los

habitantes de la provincia de I-sei querían una fuente de combustible que no se agotara, algo que pudieran utilizar a mayor escala que los excrementos del ganado.

Ciertamente había ventajas...

¿Pero tanto como para ir a la guerra por ello? Tiene que haber algo mejor.

Maomao soltó un gemido, justo cuando alguien le dio una palmada en el hombro.

“¡Srta. Maomao, Srta. Maomao! Últimamente parece estar muy absorta en tus pensamientos. Tienes la cabeza en otra parte.”

“Srta. Chue, Srta. Chue. ¿Realmente estoy tan ida?”

“¡Sí! O, bueno, de todos modos, parece que suspiras mucho.”

Maomao se tapó la boca con una mano.

“Muy bien, vamos, Srta. Maomao. Vamos a comer algo. Y creo que el Dr. You tiene algo que decirle a Basen.”

“Seguro que será divertido.”

“¡Oh, sí! Será muy interesante, sin duda.”

A veces Maomao pensaba que ella y Chue no querían decir lo mismo cuando decían cosas así.

Cuando Maomao llegó a la mesa donde estaba el arroz frito, se encontró con un sonriente Dr. You y un Basen de aspecto más bien infeliz. Tianyu quería darse prisa en comer, pero no podía tocar la

comida antes que ellos. Al parecer, incluso él entendía las reglas básicas de etiqueta.

“¡Ja, ja, ja! ¿Así que usted es su sustituto, Sir Basen?” Le preguntó el Dr.

“¿Puedo preguntar qué tiene eso de divertido?” Respondió Basen. Las cosas entre ellos parecían tensas. Quizá deberían haber traído el pato para distender el ambiente.

Maomao le dio un codazo a Chue.

“¿Sí? ¿Qué pasa?”

“¿Se conocen o algo así?” Susurró Maomao.

“No, creo que es la primera vez que se ven.” Susurró Chue.

“Entonces, ¿qué clase de persona es el Dr. You?”

“¡Oooh! ¡A la Srta. Chue también le gustaría saberlo!”

“Oh, no hagas eso. Sólo dímelo. Te prometo que te sugeriré un paseo por la ciudad.”

“¡Oh! ¡Es una gran idea!”

Chue solía seguir a Maomao siempre que salía. Parecía que le encantaba jugar por la ciudad, así que no tardó en aceptar el plan de Maomao, tal y como ésta había adivinado.

“El Dr. You es una persona emprendedora, muy dedicada a su trabajo. Pero lleva su corazón en la manga. Se hace amigo rápido de

cualquiera, pero no creo que llegue a entender de verdad a mi marido aunque viva cien años. Porque es un hombre de luz.”

Ni siquiera Maomao había visto *realmente* al marido de Chue, el hermano mayor de Basen. Temía volverse loca si se acercaba demasiado a alguien que le levantara así los nervios.

“¿Cómo que lleva el corazón en la manga?” Preguntó.

“Como dijo el Dr. Li, no parece tener ningún interés en la política. Conoce el clima y el terreno de la capital occidental, es un *médico* excelente y no le interesa la política. Fue una excelente elección para este viaje.”

Fue. Tiempo pasado. Porque había habido un error de cálculo.

“¿Quién podría haber predicho una repentina plaga de saltamontes, y que al Príncipe de la Luna no le importaría su reputación, y que el hijo mayor del Amo Gyokuen sería extremadamente popular aquí?”

“¿Así que el Dr. You...?”

“Es una buena persona que sin duda nunca traicionaría al Príncipe de la Luna.”

A Maomao aquello le tranquilizó, aunque no sabía muy bien por qué. Aunque se sentía mejor, había una persona que no parecía convencida.

“¿Qué buscas aquí?” Preguntó Basen, que lograba mantener la calma, aunque sus fosas nasales se habían encendido notablemente.

“¿Qué busco?” Se hizo eco el Dr. You, con cara de auténtico desconcierto.

“Sí. Viniste aquí por orden del Príncipe de la Luna, pero ¿qué pasa con la reputación del Príncipe en la capital occidental? No es sólo la comida por las limosnas. La generosidad del Príncipe de la Luna es la única razón por la que tienes esta clínica, ¿no?”

“Sí, desde luego. Es un hombre de gran discernimiento. Cada vez que miro a mi alrededor, recuerdo que el hecho de que la capital occidental esté tan tranquila a pesar de esa terrible plaga es gracias al Príncipe de la Luna.”

“Casi suenas como si no fuera la primera plaga de saltamontes que experimentas. Como si supieras lo que está pasando, y por eso estás tan relajado.” Dijo Basen. Era exactamente lo que Maomao había querido preguntar, y le aplaudió enérgicamente en su mente.

“Nada de eso. He visto muchos enjambres en mi vida.”

“¿En serio, Dr. You? ¿Muchos? Pero creía que hacía décadas que no había un enjambre por aquí.” Dijo Maomao.

“Oh, los ha habido. Sólo que ninguno lo suficientemente grande como para molestar a la capital real.”

Sin duda era plausible. Pero Basen insistió.

“¿No los denunciaron? ¿No es eso negligencia?”

“¿Negligencia? Déjeme preguntarle algo, Sir Basen. ¿Cuántas cosechas deben ser consumidas por los bichos antes de que se considere una plaga?”

“Bueno... Suficiente para hacer la vida de la gente más difícil, supongo.”

“¿Y cuánto es eso? Mientras cada persona tenga suficiente grano para alimentarse, ¿dónde está el problema? Hay otras cosas que podemos vender; mientras cubramos el déficit, no hay problema. Supongamos, entonces, que plantamos el doble de lo normal, pero luego hubo un enjambre de insectos, y al final sólo cosechamos la misma cantidad que en un año normal. ¿Qué pasaría entonces?”

“Er... Bueno...” Basen no sabía qué decir.

El Dr. You era un médico superior, y tenía el ingenio para demostrarlo. Hablaba como si todo esto fuera hipotético, pero presumiblemente era algo que había ocurrido realmente en el pasado.

Aumentar el tamaño de la superficie a plantar, aunque la cosecha no cambiara en última instancia, exigiría mucho más trabajo y gastos. Si, a pesar de todo, se exigiera la misma cantidad de impuestos, la vida sería más difícil.

“Li es un país vasto y ancho.” Dijo el Dr. You. “Pero la propia grandeza de su tamaño hace que el ojo real no vea hasta su borde occidental. Si la cosecha sólo se conoce como una serie de números, ¿de qué sirve informar de un enjambre de insectos? Se descartaría sin

más. En ese caso, me parecería evidente que la única opción para la provincia de I-sei sería ocuparse ella misma del asunto.”

El Dr. You llevaba el corazón en la manga, así que no se contuvo a la hora de decirle a Basen lo que pensaba.

Este es el Dr. You, e incluso él piensa así, pensó Maomao. La mala opinión de Jinshi en la capital occidental parecía tener mucho que ver con la percepción de que la región central no hacía nada por la provincia de I-sei.

“El Príncipe de la Luna, sin embargo, actuó apropiadamente. Me recordó al Clan Yi.”

“¿El Clan Yi?” Preguntó Maomao antes de poder contenerse.

“Sí. ¿Los conoces?” Preguntó el Dr. You, imperturbable ante la irrupción de Maomao en la conversación. Basen tendría que asimilarlo antes de volver a la charla, así que Maomao decidió tomar el relevo.

“Oye, ¿tal vez deberíamos tener esta discusión con algo de comida?” El Dr. You dijo al fin. “Bien, comamos.”

“¡Comida!” Dijo Tianyu, extasiado por poder comer por fin. Evidentemente, era la falta de energía lo que explicaba su silencio.

“Siempre que había un enjambre de insectos, el Clan Yi se ponía al frente y daba instrucciones.” Explicó el Dr. You.

“Si me permite la pregunta, señor, ¿no eran rebeldes?”

“¿Rebeldes? Hrm. Bueno, cualquier cosa que hicieran, confío en que lo hicieran por el bien de la provincia de I-sei. Personalmente nunca supe que alguno de ellos fuera rebelde.” El Dr. You tomó un bocado de arroz frito con su cuchara mientras hablaba.

“¿Exactamente cómo era la gente del Clan Yi?” Preguntó Maomao, probando ella misma un bocado. El arroz daba mucho cuerpo al plato y el huevo le daba mucho sabor, matizado por las especias y los mejillones. Hizo un discreto gesto de aprobación a Chue.

“Todas sus mujeres eran preciosas. Y si te acercabas a ellas, tenían un olor maravilloso.”

“¿Un olor maravilloso?” Repitió Maomao. Luego dijo: “Oí que eran matriarcales.”

“Sí, exactamente. Las mujeres dirigían el clan. No es tan diferente de la propia historia de la fundación de Li, ¿verdad? ¿Con Wang Mu, la Madre Real? No es tan sorprendente que una mujer tan fina y poderosa tuviera otras mujeres consumadas entre su círculo íntimo. El Clan Yi eran los descendientes de esas mujeres.”

Maomao descubrió que no se atrevía a seguir comiendo. Tianyu, totalmente desinteresado por la historia, no tuvo tales dificultades.

“Me impresiona que supieras de ese elemento, que eran matriarcales. La mayoría de los jóvenes de hoy ignoran lamentablemente al Clan Yi.” El Dr. You la apreciaba abiertamente.

“¡La Srta. Chue también lo sabe!”

“Y yo también.” Añadió Basen. Aquellos que servían a la familia imperial probablemente se enteraban de estas cosas de forma rutinaria. Pero el ciudadano medio de la región central no tenía por qué saber nada de los gobernantes de una tierra situada muy al oeste. Especialmente los gobernantes que habían sido aniquilados hacía mucho tiempo.

“Probablemente fue *porque* eran mujeres por lo que defendieron la frontera con tanta obstinación. El Clan Yi no tomaba maridos, pero siempre tenían los hijos más hermosos; parecían venidos de otro país. El Clan Yi criaba a sus hijas para que fueran gobernantes, y enviaba a sus hijos varones a la carretera.”

Fue la continua mezcla de sangres lo que produjo las bellas gentes, y lo que ayudó a mantener a raya a otros países.

“Se llevaban especialmente bien con Shaoh, con su doncella del santuario. Pero la antigua emperatriz viuda, la llamada emperatriz regente, quizá no se llevaba tan bien con ella, aunque ambas fueran mujeres.”

“Me abstendré de comentar las disputas de las mujeres.” Dijo Maomao. Sin embargo, se había enterado de algo muy sorprendente, algo que Jinshi nunca le había mencionado. Quizá era la única que no lo sabía.

“¿Dónde estaba usted hace diecisiete años, Dr. You?” Preguntó Maomao.

“Me temo que ya ejercía la medicina en las regiones centrales.”

“¿Oh?”

Mientras Maomao y el Dr. You hablaban, Basen terminó su arroz frito y dejó la cuchara con gusto. Debió de asimilar el momento mientras comía, porque dijo: “Entiendo lo que dice, Dr. You. El Príncipe de la Luna paga ahora la factura de una región central que no ha hecho nada. Bien, supongamos que tiene razón en eso. Eso no cambia el hecho de que todos sus éxitos ahora se le atribuyen a Sir You Gyoku-ou, y tengo que decir que eso no me gusta. Y usted tiene parte de la culpa, doctor.”

“¿Yo? ¿Cómo?”

“La gente cree que actúas en nombre de Sir Gyoku-ou por tu apellido.”

“¿En serio?” Miró a Tianyu en busca de confirmación.

“Aw, el Dr. Li dijo lo mismo, ¿recuerdas? Dijo que debías empezar cada interacción mencionando que venías de la región central. Creo que lo que quería decir era que debías comunicar que estabas allí por orden del Príncipe de la Luna.” Tianyu no parecía muy contento de tener que explicar todo esto. Tenía un poco de arroz pegado a la mejilla.

“Qué extraño decir: «Vengo de la región central». No es el caso, yo vengo de por aquí. Mucha de la gente que hemos visto incluso me conoce.”

“Bueno, entonces di que estás aquí por orden del hermano menor imperial o algo así.”

“Hrm. ¿No suena eso como si pretendiera ser... cercano a la familia imperial? Es un poco embarazoso.”

“¿Eh?” Dijeron dos voces a la vez. ¿De qué hablaba este tipo? Se había ido a la gran ciudad y había hecho fortuna, ¿y ahora era demasiado tímido para dejar que sus amigos y conocidos se lo celebraran?

“Srta. Maomao, Srta. Maomao. ¿Puedo pensar que está en la misma categoría que el Sr. Curandero?”

“No sé; no creo que encaje del todo en la caja de «viejo adorable». Ponlo en otro sitio. Más cerca del pato, tal vez.”

“¡Entendido!”

Maomao pensó que tenía una idea bastante aproximada de lo que era esa “categoría” que Chue se estaba imaginando.

“De todos modos.” Dijo el Dr. You. “Cualquiera de por aquí debería saber la diferencia entre los viejos You y los nuevos.”

“Los viejos y los nuevos... ¿qué?” Preguntó Maomao, ladeando la cabeza.

“La familia de médicos You son los You más antiguos. Gyokuen y los suyos llegaron más tarde. Ahora tiene toda una gran familia, hijos y nietos de todo tipo, pero cuando Gyokuen y su mujer llegaron aquí,

sólo estaban ellos y su único hijo, el mayor. Aunque trajeron muchos sirvientes.”

“No lo sé. Creo que incluso un lugareño tendría que tener al menos cuarenta años para ser consciente de la diferencia.” Sugirió Chue. Y entre los plebeyos, cuya vida a menudo apenas llegaba a los cincuenta años, no había tanta gente mayor de cuarenta como para conocer la diferencia. Además, Gyokuen y su familia eran ahora la cara de la capital occidental. Para los más jóvenes, «*You*» significaría casi con toda seguridad «Gyokuen» o «Gyoku-ou».

“Así que es así.” Murmuró Tianyu.

“Estoy sorprendido. Creía que la familia era mucho más antigua.” Dijo Maomao.

“Hubo un tiempo en que la gente empezó a venir aquí a comerciar. Creo que se mudaron aquí por aquel entonces. Se podría saber exactamente cuándo si se consultara el libro de familia.” Respondió el Dr. You.

“No, no creo que puedas. El registro familiar está quemado.” Dijo Chue mientras sorbía un poco de leche de cabra.

“Es una pena.”

“De todos modos, asegúrate de decir a tus pacientes que los estás tratando por la gracia del Príncipe de la Luna.” Dijo Chue, recordando el punto en lugar de Basen.

“¿Crees que tengo que hacerlo?” Dijo el viejo, pero no tan viejo, con cara de vergüenza.

“Ni siquiera tiene miedo de unos matones, Dr. You, así que ¿cómo es posible que se avergüence de esto?”

“Silencio, Tianyu.” Espetó.

Por lo visto, era de los que se avergonzaban de parecer demasiado bueno, aunque tuviera la capacidad. Probablemente sólo había llegado a médico superior porque tenía al Dr. Liu como jefe, alguien que buscaba gente buena y la encontraba.

“¿Perdonen?” Dijo alguien que ahora miraba fijamente a Maomao y a los demás. “Si han terminado de comer, ¿podrían salir aquí y relevarme?” Era el Dr. Li, que miraba con reproche a través de una rendija de la puerta.

Capítulo 14:

Tianyu

Tras debatir cómo manejar la vena tímida del Dr. You, se determinó que Jinshi debía concederle algún objeto que pudiera llevar o vestir.

“¡Siempre que lo único que tenga que hacer sea ponérmelo!” Dijo el buen doctor, pero efectivamente estaba convencido. Maomao pensó que un regalo así probablemente conseguiría que le adularan aún más que el simple hecho de decir que estaba allí por el Príncipe de la Luna, pero no estaba segura de que él se diera cuenta de ello.

Deberían darle un fajín o un anillo de jade para que se lo pusiera en el cinturón o lo que fuera y ya está.

Se había decidido que el Dr. Li también recibiera algo, y él, por su parte, se sintió muy honrado. Cuando, después del trabajo, se lo habían contado, en realidad se había negado.

“¡Seguro que no hay razón para que tenga nada!”

“¡Espera! ¡No puedo ser el único al que le den algo!” Exclamó el Dr. You. El Dr. Li miró a su jefe con inquietud.

“¿Son sólo ellos dos?” Intervino Tianyu. “Si el Dr. Li no quiere el suyo, me lo quedo yo. Yo también soy Li.”

Así era; el hecho de que el Dr. Li y Tianyu compartieran el mismo apellido no dejaba de causar problemas. Y Maomao ciertamente no estaba al tanto del nombre personal del Dr. Li. Por no mencionar que Lihaku también estaba allí, lo que significaba que había no menos de tres Li allí mismo, en esa habitación.

“¡No lo entiendes!” El Dr. Li chasqueó. No debe de ser fácil tener personalidades tan distintas por encima y por debajo de él.

“Bueno, se está haciendo tarde. Creo que deberíamos irnos a casa.” Dijo Chue, recogiendo sus pertenencias. La clínica había cerrado por la noche. Chue era muy capaz en todo lo que hacía, y eso parecía extenderse a la limpieza de una habitación.

Luego preguntó: “Dime, ¿qué es este paquete?” Maomao pensó que Tianyu lo había traído con él.

“Oh, eso es...” Tianyu intentó arrebatarse el paquete a Chue, pero se le cayó. El contenido rodó por el suelo.

Todos miraban en silencio. Tuvieron suerte de que Basen y los otros guardias habían ido al baño y no estaban allí para esto.

“Dime, jovencita.” Dijo Lihaku, dando a Tianyu una mirada sombría. “¿Crees que debería contener a este tipo?” Parecía que lo decía en serio.

“No, veamos si antes podemos averiguar qué pasa aquí.” Dijo Maomao, echando otro vistazo al contenido disperso del paquete. Era un brazo humano. Sólo un brazo, una parte del cuerpo humano tirada

en el suelo. No había nada más extraño, pero entre las personas que se encontraban en la sala en ese momento estaban los médicos, Maomao, Lihaku y Chue.

“¿Quieres explicarme lo del brazo?” Preguntó Maomao.

“Quiero decir, míralo. No creo que se pueda volver a unir, no con la forma en que fue cortado.” Dijo Tianyu, recogiendo el apéndice y mostrándoles alegremente el estado del muñón.

Era un desastre, desde luego; no parecía probable que se pegara aunque intentaran hacerlo.

“Los saltamontes mordieron una cuerda que sujetaba un cartel. El cartel se cayó y el brazo se desprendió. El hombre al que pertenecía dijo que ya no lo necesitaba, así que me lo llevé.”

“Tú... te lo llevaste.”

El tipo probablemente había estado en el pozo de la desesperación al perder su brazo; Maomao supuso que había pensado que Tianyu se lo llevaría para darle un entierro apropiado. No para hacer... lo que fuera esto.

“Niangniang, pensé que tal vez tú y yo podríamos diseccionarlo juntos...”

Le interrumpió el Dr. Li, que le apartó el brazo y le dio un codazo en la cabeza.

Es fuerte.

“¡Ay! ¡Yo sólo estaba tratando de aprender algo!” Objetó Tianyu.

“¡Ya basta! ¡Vamos a enterrar esto, y enterrarlo bien! ¡Y no dejes eso ahí! ¡Apesta!”

“Aww...” Tianyu frunció el ceño a la espalda del Dr. Li.

El Dr. Li se volvió más fuerte, pensó Maomao. A veces, las personas sufrían transformaciones cuando se las empujaba más allá de sus límites. El Dr. Li parecía demasiado frágil para esta misión, pero se había transformado en un buen material. Por otra parte, quizá el Dr. Liu siempre lo había visto en él, lo cual sería impresionante.

Tianyu, por su parte, podía dar un poco de miedo —sólo había que ver lo que estaba pasando—, pero si algo bueno podía decir Maomao de él era que nada le asustaba. Además, no podían darle la ficha de Jinshi.

El Dr. Li sacó a Tianyu de la habitación para ir a enterrarle el brazo. La clínica no vería a nadie mientras ellos dos estuvieran fuera. Si algún paciente veía a dos del personal médico enterrando un brazo, ¿quién sabía qué rumores empezarían? Pidieron a uno de los guardias que vigilara mientras trabajaban, específicamente para que nadie los viera.

El Dr. You se volvió hacia Lihaku y Chue con una sonrisa.

“Finjamos que no hemos visto eso, ¿de acuerdo?”

“¡Lo haremos! ¡Si algo no tiene la Srta. Chue es labios sueltos!”

“Entiendo.” Dijo Lihaku.

Las disecciones de los médicos estaban técnicamente prohibidas y debían ser secretas. Al menos estos dos sabrían seguirles el juego.

Maomao estudió al Dr. You, que sonreía tan a gusto mientras intentaba mantener las cosas en secreto.

“¿Hm? ¿Pasa algo, Niangniang?”

“No es Niangniang, señor. Es Maomao.”

“¿De verdad? Muy bien, Maomao. Maomao. De acuerdo. Lo recordaré. De todos modos, ¿está todo bien?”

“Todo está bien, señor. Estaba pensando que parece ser muy amable con los médicos más jóvenes.”

Había una pizca de desprecio en sus palabras, pero el Dr. You parecía imperturbable; seguía sonriendo.

“Ah, te refieres a Tianyu. Fuimos el Dr. Liu y yo quienes le trajimos a este mundo, así que siento cierta responsabilidad hacia él. Tianyu se queja rápidamente del nepotismo, pero él se ha beneficiado más que nadie de sus conexiones.” Se cruzó de brazos y asintió con la cabeza, como para reafirmar su opinión.

“¿Usted y el Dr. Liu lo metieron en medicina? ¿A qué conexiones te refieres?” Preguntó Maomao, perpleja.

“Oh, ¿no lo sabes?”

“Por mucho que a Tianyu le guste meter las narices en los asuntos de los demás, no habla mucho de sí mismo.”

Por otra parte, Maomao tampoco había preguntado.

“¿Quieres saber sobre Tianyu? Ya que trabajarás con él en el futuro.” Preguntó el Dr. You mientras limpiaba sus herramientas.

“¿Crees que está bien?”

“Si conozco a Tianyu, la única razón por la que no ha ofrecido la información es porque nadie se lo ha pedido.”

“Me parece justo.” Maomao no podía criticar; a ella le ocurría lo mismo.

“Viene de una familia de cazadores. Recuerdo que una vez fui con el Dr. Liu a buscar hiel de oso. Encontramos a un niño —quizá podría decirse que era un hombre joven— diseccionando el oso él solo. Cuidadoso, preciso, totalmente despreocupado. Arrancó sólo y exactamente los órganos que necesitábamos. Incluso el Dr. Liu estaba impresionado. Y ese muchacho era Tianyu.”

El Dr. You siguió limpiando mientras hablaba, así que Maomao siguió haciendo medicina mientras escuchaba.

“¿Así descubrieron su talento y lo pusieron en el camino de convertirse en médico?” Preguntó. “Pero eso hace que parezca que consiguió el trabajo por sus habilidades, no por sus contactos.”

“*Fueron* sus conexiones, en cierto modo. Le dije a su padre, el cazador: «¿Alguna vez has pensado en mandar a tu hijo a estudiar medicina?». Estaba bromeando, pero se puso pálido y empezó a temblar. Si sabía lo que los médicos hacían en secreto, quizá no le

sonara a broma. La forma en que su miedo se manifestó, sin embargo... Era extraño.”

¿Por qué iba a tener miedo del trabajo de un médico? Sí, podría ser inquietante para una persona normal, pero Maomao habría esperado que un cazador lo entendiera.

“Le pregunté por qué estaba tan enfadado, pero no quiso decírmelo. De hecho, prácticamente nos echó.”

“¿Qué creías que estaba pasando?”

“De momento, no podíamos hacer otra cosa que volver a casa, pero Tianyu vino persiguiéndonos. Nos suplicó que le hiciéramos nuestro aprendiz. Sabía que su padre se opondría, pero estaba dispuesto a huir de casa para conseguirlo. Por supuesto, ya sabes, Maomao, que el Dr. Liu no es de los que dejan que un niño se vaya y abandone a su familia.”

Es verdad. Prácticamente podía imaginárselo.

“Tianyu nos dijo que era descendiente de Kada, que la medicina *debía* ser su vocación.”

“¿Kada, señor?” Maomao no pudo evitarlo; dejó de trabajar y miró al Dr. You.

“Así es, pero no el famoso médico de la leyenda. El Kada que fue castigado por descuartizar el cuerpo de un príncipe imperial para satisfacer su curiosidad intelectual. Haces el trabajo de un médico, Maomao. Seguro que has oído la historia.”

“Sí, señor.”

Hace mucho tiempo, había un médico llamado Kada por sus superlativos conocimientos y habilidades médicas. Pero la combinación de habilidad y ambición puede hacer que un hombre se vuelva curioso, y la curiosidad de Kada hizo que fuera severamente castigado.

Si Kada había sido una persona real, no había razón para que sus descendientes no siguieran existiendo, pero bien podrían estar interesados en asegurarse de no repetir los errores de su antepasado.

“¿Así que los descendientes de Kada se convirtieron en cazadores?” Preguntó Maomao.

“Tiene sentido, ¿verdad? Los cazadores han estado relacionados con el trabajo de los médicos en la recolección de materiales médicos desde la antigüedad. Es perfectamente plausible que Kada se haya relacionado con la hija de algún cazador, y cuando un nombre se transmite, ¿por qué no iba a ser el nombre más famoso?”

Maomao tuvo que admitir que eso tenía sentido.

“¿Así que hicieron médico a Tianyu porque era descendiente de Kada?” Preguntó.

“No, en absoluto. Ni su talento ni su linaje fueron motivo para hacerle médico sin más. En todo caso, la razón... fueron sus ojos.” El Dr. You se detuvo y lanzó un suspiro. Sostenía un pequeño cuchillo untado con grasa humana. Debía de haberlo usado en el curso de su

trabajo. “El Dr. Liu dijo que si le dejábamos la vida de cazador, con el tiempo llegaría a descuartizar humanos como hacía con los osos o los ciervos.”

Maomao guardó silencio ante eso. No podía negarlo. De hecho, estaba casi convencida de que él habría hecho exactamente eso.

“Por naturaleza, el animal humano sigue sus deseos. Al educar a una persona, creamos lo que llamamos racionalidad. Pero incluso así, no todo el mundo puede superar sus apetitos.” El Dr. You limpió el cuchillo y lo puso en una cesta. “El apetito de Tianyu adopta la forma de curiosidad, y no puede superarlo. En opinión del Dr. Liu, cuando se cansara de los animales, se volvería hacia las personas. ¿Quién sabe a cuánta gente podría dismantelar un cazador que vive solo en el bosque antes de que nadie se diera cuenta?”

“¿No crees que podría seguir siendo un problema incluso como médico?” Preguntó Maomao con franqueza.

“Eso es cuestión del camino por el que se le guíe. Al menos, eso es lo que dijo el Dr. Liu. Cualquier barco se enderezará si mantienes una mano firme en el timón. El Dr. Liu puede ser un hombre duro, pero tiene un lado más suave.”

“Si tú lo dices.” Respondió Maomao, sin acabar de creérselo. Sin embargo, sí creía la historia de los orígenes de Tianyu. “¿Por qué me cuentas todo esto?” Oficialmente, ella no era más que una ayuda para los médicos de verdad. No había necesidad de que el Dr. You se desviara de su camino para contarle la historia.

“Oh, por nada. Ver los frutos de la enseñanza de Luomen me puso de humor para hablar, supongo.”

¿Conoce a papá? El Dr. You había sido médico durante mucho tiempo; no sería sorprendente que él y Luomen se conocieran. *Hmm... Si no hubiera tenido a mi viejo para criarme, ¿les habría parecido igual?*

Por mucho que odiara admitirlo, ella y Tianyu compartían un temperamento similar en algunos aspectos. Si Luomen no hubiera estado allí, dirigiendo su botica en el distrito del placer, y la hubiera criado él mismo, no tenía ni idea de cómo podría haber salido.

“Deben estar a punto de terminar de enterrar ese brazo.” Observó el Dr. You. “¿Volvemos?”

“De acuerdo.” Dijo Maomao, y se dispuso a marcharse. Sabía que Tianyu no tardaría en volver, probablemente arrastrando los hombros, pero decidió no mostrarle ninguna simpatía. En todo caso, pensaba darle una patada en el trasero y decirle que se largara.

La visita a la clínica había transcurrido sin contratiempos, pero aún quedaba el viaje de vuelta a casa, que sería largo.

Los problemas empezaron casi en cuanto Maomao salió por la puerta de la clínica.

“¡Señorita!” Gritó Lihaku, agarrándola y tirando de ella hacia atrás. En el mismo momento, una bola de barro aterrizó con un splat a sus pies.

“¡Tú trajiste los bichos! ¡Es culpa tuya!” Gritó un niño. Maomao miró a su alrededor, pero no pudo saber dónde estaban.

“Srta. Maomao.” Dijo Chue, que había llegado detrás de ella. “Vi quiénes eran. Todavía puedo atraparlos. ¿Qué quiere que haga?” Se lo preguntaba a Maomao porque era Maomao el objetivo.

Me alegro de haber sido yo, pensó. Tal vez el niño la había elegido como objetivo porque parecía la que se movía más despacio. Tuvieron suerte de no haber elegido a Basen.

“Ni siquiera me di cuenta.” Dijo. “No hay necesidad de arrastrarlos, Srta. Chue.” Ella complementó esto con una mirada que decía: *Absolutamente no vayas tras ese niño.*

“¡Entendido!” Eso también fue lo más fácil para Chue. ¿De qué les serviría perseguir y ponerle el collar a un niño aquí y ahora? Una vez atrapados, tendrían que castigarlos. Todo iba bien si se les podía soltar con una suave bofetada en el trasero, pero si había un pretexto —si, por ejemplo, se ponían violentos con una dama de compañía que servía al representante del hermano menor del Emperador— ese modesto azote podía convertirse rápidamente en cien latigazos. Maomao no quería eso, y probablemente Chue tampoco.

Aunque conociéndola, lo haría si se lo pidiera.

A veces, sin embargo, la discreción es la mejor parte del valor. Podría parecer que estaba siendo blanda, pero Maomao pensaba que al mundo le vendría bien un poco más de blandura a veces.

Trajimos los bichos, ¿verdad?

“Curioso, teniendo en cuenta que los bichos venían del oeste.” Murmuró. No tenía sentido.

“Sí, y venimos del este.” Añadió Chue.

Eso no era realmente lo que el niño había querido decir con *traer*. Los que creían en amuletos, maldiciones y otras supersticiones sólo veían una plaga de insectos que coincidía con la llegada a la capital occidental de personas que no debían estar allí. Por supuesto, culparían del enjambre a los visitantes.

A Maomao le habría encantado sentar al chico y explicarle la realidad, pero dudaba que lo consiguiera. Dudaba incluso de que intentaran entender lo que decía.

En cambio, ignoró por completo la bola de barro y se volvió hacia el carruaje.

“Las cosas se están poniendo feas aquí.” Dijo.

Capítulo 15:

Violencia

Maomao añadió más paja al crepitante fuego del horno.

En realidad, el estiércol animal podría ser más fácil.

Probablemente intentaban ser considerados dándoles paja y no estiércol como combustible, pero la paja no se aglutinaba, por lo que era propensa a desplazarse con el aire caliente. Sin embargo, tanto el carbón vegetal como la leña eran caros en la capital occidental y rara vez se vendían.

La medicina hervía en la olla. Tenía que terminar de remojarla y luego convertirla en píldoras, pero tenía mucho sueño.

Es porque estoy agotada.

No creía haber hecho gran cosa aparte de su trabajo habitual, pero era comprensible que eso la cansara. Cuando uno estaba realmente agotado, no se daba cuenta de que lo estaba. Pasabas el punto álgido de la fatiga y, en el momento en que tenías la oportunidad de relajarte, tu cuerpo simplemente se derrumbaba.

No hay suficiente comida, no hay suficientes medicinas, no hay suficiente nutrición. Nada era suficiente. Intentaron sustituir lo que no tenían por otras cosas, y cuando se acabaron los sustitutos, tuvieron que buscar algo que sustituyera a los sustitutos.

La alegría del Hermano de Lahan en el campo se convirtió en tristeza tras la pérdida de las batatas, que no sobrevivieron al frío nocturno. Declaró que, después de todo, plantarían papas normales. Las hojas de las batatas se habían marchitado, pero los tallos podían comerse como vides, dijo. En cuanto al trigo, marchaba según lo esperado.

Los brotes de soja se iban añadiendo poco a poco a los repartos de comida. Se suponía que el salvado de trigo era bueno para el beriberi, así que se mezclaba con el pan, pero a la gente no le gustaban los panes resultantes.

El extraño estratega se pasaba periódicamente por el anexo. Maomao estaba decidida a saludarle al menos con la cabeza. Según la información de Chue, sería peligroso para todos ellos si decidía ponerse del lado de Gyoku-ou.

Al investigar, se descubrió que el carbón se utilizaba en diversos lugares, incluso aquí, en la capital occidental. (Maomao se dio cuenta enseguida, por su olor único). Se utilizaba en las ferrerías y en los hornos de alfarería, ambos lugares asociados a Gyokuen.

Había demasiadas cosas en las que pensar.

Tenía la cabeza tan llena y estaba tan cansada que tardó en darse cuenta de la chispa que salía y se prendía en la paja sobrante. *¿Soy yo o hace un poco de calor aquí?* Pensó, y sólo cuando miró vio que la paja ardía alegremente. La apagó asustada, y la cosa no pasó a

mayores, pero el curandero estaba muy preocupado por ella, y Tianyu, que había aparecido para conseguir medicinas, se rio mucho a su costa.

No puedo seguir así.

Se obligó a concentrarse. Era cuando uno estaba menos atento cuando empezaban los peores incendios.

Y el fuego de su estufa no era lo único que ardía en ese momento.

El incidente ocurrió el septuagésimo quinto día.

Aquella noche, Maomao se despertó por unos gritos. Se puso una bata y se asomó a la ventana. Vio guardias en el patio y una inquietante colección de llamas centelleantes.

Maomao abrió los ojos somnolientos y se vistió rápidamente. Al pie de la escalera encontró a Lihaku, ya despierto y preparado. El curandero estaba allí agarrado a la almohada y aún en pijama, prueba de que Lihaku debía de haberlo sacado de la cama.

“¿Qué está pasando?” Preguntó Maomao al soldado.

“No lo sé con certeza, pero tengo algunas ideas.”

“¿Y son?”

“*Fweee.*” Resolló somnoliento el curandero, pero Maomao fingió no oírle.

“Hace unos días, hubo un mensajero de un puesto de avanzada al oeste. Una incursión de las tribus bárbaras. Atacaron los almacenes de alimentos de la zona.”

“¿Un almacén de alimentos? Pero eso significaría...” Incluso Maomao, ajena a la política como era, podía ver a dónde iba esto.

“Cierto. Ese almacén contenía las modestas provisiones que la gente de allí había podido recoger.”

Si este puesto de avanzada estaba al oeste, eso lo pondría cerca de la frontera con Shaoh.

“Los peces gordos han pasado los últimos días tratando de decidir qué hacer.” Dijo Lihaku.

“Eso explicaría por qué últimamente el trabajo ha parecido tan tranquilo.” Jinshi ni siquiera había convocado a Maomao para nada. Así que había sido la calma antes de la tormenta.

“Aunque quisiéramos ayudar, ahora mismo nuestras manos están ocupadas. Nuestro buen hombre Jinshi ha estado trabajando sus conexiones para obtener apoyo de todas partes que pueda, pero no tiene sentido si sólo es robado. La pregunta es, ¿qué hacemos al respecto? Y las respuestas se están poniendo feas.”

“Lo imagino.”

“Se habla de empezar una guerra.”

Sí, es lógico.

Desde tiempos inmemoriales, el ser humano —y, en realidad, todo el reino animal— había actuado así: cuando se quedaba sin comida, atacaba a otro.

“Pero el Amo Jinshi no apoya eso, ¿verdad?”

“No, para nada. Y ahora mismo...”

Maomao oía voces desde fuera. No pudo distinguir mucho, pero le pareció oír a alguien gritar: “¡Dennos al hermano real!”

“... La gente empieza a oponerse al tímido y protegido principito.”

Sabían que esto podía pasar y que probablemente pasaría. Incluso Maomao lo sabía. En todo caso, había tomado más tiempo de lo que esperaban.

La pregunta es: ¿qué hacemos al respecto?

Por otra parte, Maomao personalmente no podía hacer mucho. Preparó un carro de labranza y lo cubrió con una tela. Luego tomó al somnoliento charlatán de la mano.

“Oh, eres tú, jovencita.” Dijo. “Sólo quiero... dormir un poco más...”

Guio al charlatán, medio ensoñado, hasta el carro. Menos mal que estaba demasiado dormido para comprender lo que pasaba. Si hubiera estado lo bastante despierto para saber lo que pasaba, se habría puesto frenético.

“Puede dormir, Maestro Médico.” Dijo Maomao. “Sólo hazlo aquí.”

“Mm. Mm...” El curandero, con las extremidades despegadas del carro, volvió a dormirse. Lihaku lo miró, abiertamente desconcertado.

“Es para que podamos huir si lo necesitamos.” Explicó Maomao. “Si tuviera que correr, no creo que el Maestro Médico pudiera seguir el ritmo de una concubina del palacio posterior a pie.”

“Me parece justo. Podría llevarte bajo un brazo y hacer correr si lo necesitara, pero no creo que pudiera hacer eso por el viejo. Buen trabajo.”

“No puedo creer que se estén volviendo contra la familia real.” Dijo Maomao, cargando una bolsa con vendas y medicinas para las heridas. Incluso Lihaku hizo algo útil, llevando una botella de aceite.

“Sí. Si esto ocurriera en la capital, los cabecillas serían ejecutados y todos los que se les unieran serían apaleados.” Dijo.

“Supongo que sólo demuestra lo altas que están las emociones.” La gente tenía los pelos de punta.

“Es una situación difícil.” Dijo Lihaku. “Si se tratara de matar o morir... tengo que admitir que empezaría a matar.” Tenía una sonrisa triste en la cara mientras rasgaba un trozo de tela y lo envolvía en el extremo de un palo. No tenían leña para hacer de antorchas, así que había roto la pata de una silla. Era un soldado entrenado para la batalla. No quería luchar, pero si tenía que hacerlo, podía.

Luego dijo: “Con un estallido de violencia abierta como éste, son los gobernantes locales los que realmente van a tener problemas.”

“Sí...”

Maomao, de nuevo, no sabía mucho de política. Pero podía decir que esto era un problema serio.

El corazón le latía con fuerza, pero la presencia de Lihaku la tranquilizaba, y mientras tanto tenía la responsabilidad de cuidar del curandero.

“El Amo Gyoku-ou puede decir que el pueblo se sublevó por su cuenta, pero fue él quien dejó que las cosas se enconaran lo suficiente como para que eso ocurriera. Unas cuantas cabezas de plebeyos no bastarán para pagar esta afrenta a la dignidad de la familia real.”

Maomao lo comprendió. Las vidas de la familia imperial pesaban mucho más que las del pueblo llano.

“El Amo Gyoku-ou estaba claramente cultivando su propia popularidad. Sé que nuestro hombre, Jinshi, es un buen tipo, pero no puedo creer que lo soportara. E incluso si está dispuesto a dejarlo pasar, la gente a su alrededor no lo estará. La noticia ya debe haber llegado a la región central.”

Si incluso el normalmente relajado Lihaku se sentía así, la ira de los de la capital real debía ser inmensa.

“Ese es un buen punto. Me pregunto qué opinan de esto la Emperatriz Gyokuyou y el Amo Gyokuen.”

“Normalmente, esperarías que tuvieran algo que decir al respecto.”

“Sí, ciertamente...”

Teniendo en cuenta sus posiciones, ninguno de ellos podía simplemente dejarlo todo e ir a la capital occidental. ¿Pero podrían enviar una carta o un mensajero?

Al mismo tiempo, había otra figura importante aquí, además de Jinshi y el raro estratega. Alguien que sin duda no descuidaría las comunicaciones con la capital.

“¿Cómo se llamaba? ¿El otro tipo importante que está aquí?” Preguntó Maomao. Ya lo había oído varias veces, pero, como de costumbre, lo había olvidado.

“Usted no es mucho de recordar los nombres de las personas o las caras, ¿verdad, señorita? Era... Uh... Vamos a ver... No me acuerdo. Recuerdo que no era, ya sabe, una presencia imponente.”

“Parece que no eres mucho mejor que yo, Amo Lihaku.”

“¡Un momento! Este tipo, se suponía que estaba a cargo de los rituales o algo así, ¿verdad?”

“Rituales... Así que eso lo haría parte de la Junta de Ritos... ¡Oh! ¡Lu! Viceministro Lu, ¡ese era su nombre!” Dijo Maomao, finalmente recordando.

“Bien, bien, Viceministro Lu. Tengamos fe en que está haciendo algo. Probablemente.”

“Podemos tener toda la fe que queramos. El problema está ocurriendo ahora.”

“Eso es obvio.”

Ambos suspiraron, y entonces se oyó un fuerte ruido. ¿Estaban los plebeyos intentando entrar por la fuerza en el anexo?

“¿Qué acaba de pasar?” Preguntó Maomao. Si alguien había resultado herido, quería ayudarlo, pero primero tenía que velar por su propia seguridad. Lo que, dadas sus limitadas opciones, significaba sobre todo encender la antorcha y lanzarla si ocurría algo.

No estoy ansiosa por hacerlo. Pero si es la única manera de mantenerme a salvo, lo haré.

Oyeron pasos que se acercaban. Maomao y Lihaku se prepararon para luchar.

“¿Srta. Maomaooo? ¿Estás ahí?” Era Chue. “¿Necesita que le explique lo que está pasando?”

“Sí, por favor.”

Chue sostenía una bandera y sonaba tan ansiosa como de costumbre.

“Hay una turba de plebeyos fuera. Tal como predijimos, su ira finalmente explotó. Están gritando para que el Príncipe de la Luna salga hacia ellos, o para que lo envíen hacia ellos. Ya sabes, ese tipo de cosas.”

“Sí, puedo imaginarlo. Y también oírlos.”

“Pero estás pensando, ¿no hubo una gran explosión hace un momento?”

“Sí, eso hago.”

“Esa fue la llegada del Amo Gyoku-ou.”

Maomao tomó su bolsa de material médico.

“Por favor, no te preocupes. Ni siquiera el Amo Gyoku-ou le pondría la mano encima a un miembro de la familia imperial. Pero creo que esto se está poniendo muy interesante.”

“De alguna manera, las cosas que te parecen interesantes siempre me parecen *malas*.”

“Bueno, de todos modos, ven y echa un vistazo.”

A instancias de Chue, Maomao salió al exterior. Lihaku les siguió.

“¿Qué pasa con el Maestro Médico?” Preguntó Maomao.

“Buena pregunta. Supongo que deberíamos traerlo.” Dijo Chue y empezó a empujar el carro, aunque no parecía muy contenta. Siguió lanzando miradas penetrantes a Lihaku hasta que éste la sustituyó.

Una vez que estuvieron fuera, Maomao pudo oír una sonora voz de hombre.

“Todos, ¿lo entienden?” Decía. “¿Saben cuánto ha hecho por el pueblo de la capital occidental el Príncipe de la Luna, que reside honorablemente en esta casa?”

Oyó murmurar a la gente.

“Los granos en sus distribuciones de alimentos fueron traídos desde lejos por el Príncipe de la Luna. El hecho de que ahora no nos muramos de hambre se debe a su munificencia. La clínica gratuita también fue obra suya. Los que han estado allí lo saben todo.”

¿Qué está pasando aquí?

Si la voz hubiera pertenecido a alguien del círculo íntimo de Jinshi, las palabras habrían tenido sentido, pero por lo que Maomao pudo suponer, era Gyoku-ou quien hablaba.

Aceleró el paso. Tendría que estar más cerca si quería ver algo, pero acercarse demasiado sería peligroso. Miró a su alrededor en busca de algún lugar que pudiera servir como un buen punto de vista.

“Srta. Maomao, Srta. Maomao.” Dijo Chue, haciéndole señas. Ya estaba a medio camino de un árbol cercano. Maomao trepó tras ella.

“¡Por favor, intenta no caerte!” Dijo Lihaku. Seguía empujando al curandero en su carrito.

En lo alto de las ramas, Maomao y Chue tenían una excelente vista de lo que ocurría. Podían ver a Jinshi, detrás del cual estaba Basen. Delante de él estaba Gyoku-ou, interponiéndose entre Jinshi y las masas. La gente mantenía una distancia respetuosa, casi como espectadores de una obra de teatro.



“El Príncipe de la Luna respondió con presteza al enjambre de insectos. Por mucho que intenté ayudarlos lo mejor que pude, sin duda es gracias a él que han sufrido tan poco como lo han hecho. El apoyo inmediato de la región central es gracias a la presencia del Príncipe de la Luna. ¿Quieren decirme que no pueden entender eso?”

Maomao estaba totalmente desconcertada. Gyoku-ou parecía estar dando marcha atrás. Hasta ese momento había estado más que feliz de atribuirse el mérito del trabajo de Jinshi, pero ahora alababa los esfuerzos de Jinshi e informaba en voz alta a la población sobre ellos.

Además, era la primera vez que Jinshi se presentaba ante los habitantes de la capital occidental. Sí, se había reunido con un puñado de personalidades de vez en cuando, pero ¿con una multitud de plebeyos? Su porte cortesano y su belleza casi celestial no pasaron desapercibidos para la gente. Maomao vio a varias mujeres claramente enamoradas.

Normalmente, probablemente intentaría ser modesto con todo esto, pensó Maomao. Pero era cierto que Jinshi había hecho todas esas cosas. No tenía sentido negarlo. La única persona que podía tener un motivo real para quejarse de Jinshi era la que había sido enviada a una agotadora búsqueda para matar saltamontes, el Hermano de Lahan.

Hablando de quién, el Hermano de Lahan era uno de los que observaban el desarrollo de los acontecimientos desde el interior del anexo. Era tan corriente que Maomao nunca habría reparado en él de no ser por la azada que llevaba. Parecía llevarla sólo por si necesitaba

defenderse de cualquier brote de violencia, pero ¿realmente no había mejores armas que pudiera haber tomado? La azada le haría parecer más uno de los campesinos merodeadores.

La voz de Gyoku-ou se oía con claridad, menos como si estuviera dando una conferencia y más como si estuviera declamando, pronunciando un discurso en una obra de teatro. Y la gente estaba fascinada.

No obstante, uno de los plebeyos levantó la mano.

“¿Cómo es que el hermano menor real sabía que este enjambre venía? ¿Cómo podría saberlo, si no lo trajo él mismo?”

El público da algunos gritos de aprobación.

Es difícil.

Si Lahan hubiera estado aquí, podría haber desglosado las estadísticas de los últimos años, explicando cómo el clima y los enjambres locales más pequeños habían apuntado en dirección a este más grande. Pero aunque lo tuviera todo escrito, mucha gente de aquí no conocía sus números. No sabrían lo que significan los números y no les convencerían.

Jinshi dio un paso adelante.

“Permítanme explicarlo. Cuando realizamos nuestros rituales de adivinación en la capital, se produjo una señal de grave desgracia en el oeste. Dado lo mucho que ha florecido esta ciudad bajo el Clan Gyoku

en los últimos años, ¿qué tipo de desastre podría dañarla? Un enjambre de insectos parecía la única posibilidad probable.”

Un murmullo recorrió la multitud ante el simple hecho de que el hermano menor imperial se dirigiera directamente a un plebeyo. Su voz era hermosa y vigorizante, pero no transmitía tan bien como la de Gyoku-ou.

Adivinación, ¿eh?

¿Era posible que por eso Jinshi hubiera traído consigo al Viceministro Lu? Debió darse cuenta de que hablar de productos agrícolas y estadísticas sobre enjambres recientes pasaría por alto a muchos de los plebeyos. La adivinación sería una explicación mucho más intuitiva para ellos.

Si sabes que la gente es supersticiosa, consuélala con supersticiones. No era un mal plan, pensó Maomao, pero casi de inmediato descubrió que era un error.

Gyoku-ou parecía haber estado esperando a que Jinshi dijera algo así.

“¡Precisamente! ¡En este momento, necesitamos el poder del Príncipe de la Luna más que el de nadie!” Levantó las manos al aire como si llamara a los plebeyos a testificar por él. “Si los oráculos de los que viven por encima de las nubes son para nosotros, ¿qué puede impedir que la capital occidental —de hecho, la propia provincia de I-sei— prospere cada vez con más fuerza?”

El pueblo empezó a vibrar con las palabras de Gyoku-ou. Los que habían mirado a Jinshi con hostilidad hacía unos instantes, ahora se volvían hacia el hermano menor del Emperador con ojos de esperanza. Muchos aún parecían disgustados, pero ya no gritaban ni abucheaban.

“¿Qué dicen? ¿Le pedimos al Príncipe de la Luna que realice un ritual en nuestro nombre?”

Sin duda, Gyoku-ou sabía cómo manejar a la multitud. Los plebeyos levantaron las manos en señal de aprobación.

“Uff. Así que hemos llegado a eso.” Dijo Chue, no muy contenta. “Ha traído al Viceministro Lu para realizar un ritual. La respuesta tendría que ser...”

Antes de que Chue pudiera decir cuál sería la respuesta, Jinshi actuó.

“Entendido.” Dijo, su respuesta fue afirmativa. No tenía otra opción y, de todos modos, la realización de un ritual siempre había formado parte del plan durante su visita a la zona. Simplemente, el enjambre lo había pospuesto.

Gyoku-ou esbozó una sonrisa brillante, pero una que también hablaba de triunfo asegurado, y más que un poco de orgullo.

“¡Pide entonces que la provincia de I-sei siga creciendo! ¡Pide que el desastre del oeste sea abatido!”

La expresión de Jinshi no cambió, pero sus allegados lo sabían. Podían ver el sutil cambio en su rostro que indicaba un toque de

consternación: *Ahora sí metí la pata*. Maomao no podía ver la expresión exacta de Jinshi debido a la distancia y a la oscuridad, pero sabía cómo debía ser.

“¡Tiene razón!” Gritó uno de los plebeyos. “¿De qué nos sirve culpar de los insectos al Príncipe de la Luna? ¿Por qué iba a traernos semejante calamidad? ¿De dónde vinieron esos insectos? ¡Venían del oeste! ¡Muy al oeste de nosotros!”

“¡Sí, es cierto!” Coincidió otra persona. Al parecer, esta era la parte en la que debían reírse: varios plebeyos soltaron una risita, aunque Maomao no sabía por qué.

“Exacto.” Dijo Gyoku-ou. “Si hay algo que reprochar, no es al Príncipe de la Luna, sino a quien se le confió el cuidado de la capital occidental: yo mismo. Sólo puedo pedir perdón. Si usted, nuestro augusto visitante, se ha sentido ofendido en lo más mínimo, por favor, hágame responsable.” Se volvió hacia Jinshi y se inclinó dramáticamente.

“Santo cielo.” Dijo Chue, como si no supiera qué pensar.

“Es más, si hubo un fallo al proteger esta ciudad de los saltamontes, eso también es responsabilidad mía, encargado como he estado de dirigir este lugar en nombre de mi padre, Gyokuen. La gente ha muerto de hambre, y la culpa es mía. A todos ustedes sólo puedo decirles: lo siento.” Ahora se inclinó hacia los plebeyos.

“¡Amo Gyoku-ou! ¡No se incline ante nosotros!”

“¡Así es! ¡Lo hemos hecho nosotros solos! ¡Usted no ha hecho nada malo!”

La gente estaba ansiosa por que Gyoku-ou levantara la cabeza. Maomao se dio cuenta de que la escena había cambiado. Jinshi, que había sido la estrella hasta hacía un momento, había sido eclipsado por Gyoku-ou.

“Él tiene razón. El honorable hermano menor Imperial no tiene la culpa.” Dijo alguien.

“¡Son esos alborotadores del oeste los que han traído los bichos!”

“¡Sí, y ahora también intentan robarnos la comida!”

La multitud profirió más gritos de aprobación.

Gyoku-ou había hablado del “desastre que vino del oeste”. Maomao había supuesto que se refería a los saltamontes. Pero entonces...

Espera, ¿qué acaba de pasar?

Había desplazado el foco de la ira de los insectos a las propias tierras occidentales. Inmediatamente al oeste de la provincia de I-sei estaba Shaoh.

“Parece que empieza un nuevo incendio.” Dijo Chue, con ojos fríos.

“¿Un nuevo incendio?”

“Estoy casi impresionada. Me preguntaba qué estaba pasando, pero resulta que toda la actuación ha conducido a este momento.”

“¿Actuación? ¿De qué estás hablando?”

Chue hizo girar el dedo y una paloma apareció en su mano.

“Todo eso. Llamar al Príncipe de la Luna aquí, y al maestro estratega, afectando deliberadamente una mala actitud hacia el Príncipe de la Luna, dando deliberadamente a la gente común una mala impresión de él. Todo fue calculado para este propósito. Eso podría incluso incluir el envío de su hija adoptiva al palacio posterior. Ahora, eso sería algo.”

La paloma salió revoloteando de la mano de Chue.

“¡Occidente tiene que pagar!”

“¡Recuperemos nuestra comida!”

“¡Aplasten a las tribus bárbaras!”

La gente empezó a levantar los puños. La energía asesina que se había dirigido hacia la familia imperial momentos antes había adquirido un nuevo enfoque.

“El Amo Lakan dijo que este tipo buscaba ser un héroe, pero a mí me parece que es igual de bueno interpretando papeles secundarios. De hecho, tal vez mejor. ¿No crees?”

“¿Qué quieres decir?” Preguntó Maomao.

“Bueno, ¿ves? Esto es un escenario, puesto aquí por el Amo Gyoku-ou. Él hizo que el Príncipe de la Luna subiera al escenario sin quererlo... ¡Incluso le puso en el papel principal! Se disculpó exquisitamente por la descortesía hacia la familia imperial y aclaró el malentendido de la gente de un plumazo. Y ahora el Príncipe de la Luna está ahí de pie luciendo como un magnífico actor. Aunque supongo que podría decirse que en este momento, él y el Amo Gyoku-ou comparten el protagonismo.”

Maomao comprendió lo que decía Chue. Gyoku-ou había colocado al hermano menor imperial y a sí mismo —el gobernador en funciones de la capital occidental— como protagonistas, y había puesto a un pueblo extranjero en el papel de enemigo. No había dicho nada definitivo sobre sí mismo, sólo había guiado a la gente a las conclusiones a las que quería que llegaran.

“¿Y si el Amo Jinshi simplemente lo vuelva a robar?”

“¿Crees que podría? Hasta hace un minuto esta multitud era un barril de pólvora con su nombre en él. Además, estamos tratando con gente fácilmente influenciable. El Príncipe de la Luna no ha dicho nada falso, pero tampoco el Amo Gyoku-ou. Es sólo que la atención de la gente se desplazó —*shwip!*— de las langostas a los extranjeros que se llevaron su comida.”

Maomao también siguió su punto.

“No se ensucia las manos. No secuestra a nadie. Pero efectivamente tomó un rehén. Qué inteligente.”

Chue asintió con la cabeza. Jinshi empezó a hablar, pero no pudo ofrecer una refutación directa. Sólo dijo que realizaría un ritual para borrar la destrucción. Era inobjetable, como acostumbraba a ser Jinshi, pero no bastaba para disipar por completo los recelos de la gente.

Maomao tragó saliva y miró a Chue.

“Entonces, ¿qué busca Gyoku-ou?” Preguntó, abandonando a su pesar cualquier término de respeto hacia el gobernador en funciones.

“Todo héroe necesita un escenario. Pero quizá la capital occidental no sea el escenario que él quiere.” Chue miró hacia el oeste. “Debe haber alguna razón por la que está tan ansioso por comenzar una pelea con Shaoh. Algo más que un simple beneficio.”

Maomao también miró al cielo occidental. En algún lugar del horizonte estaba Shaoh y, más allá, Hokuaren.

Capítulo 16:

Los Hijos de Gyokuen

Maomao observó cómo Jinshi se golpeaba la cabeza contra un poste. Era prácticamente cómico verle golpearse contra un pilar en la suntuosa cámara, rodeado de asistentes.

“Joven Amo, al menos usa esto.” Dijo Suiren, introduciendo una chaqueta de algodón arrugada entre la cabeza de Jinshi y el pilar. El sonido pasó de *thump thump* a *bompf bompf*, lo que sólo hizo que pareciera más tonto. Suiren no llegó a intentar detenerlo.

“¡Me la jugó!”

“Como un violín de dos cuerdas, señor.”

“¡Te estás burlando de mí!”

“Sí, señor.”

Maomao estaba muy ocupada tratando de ofrecer respuestas sin compromiso. Estar de acuerdo con todo lo que decía Jinshi era mejor que permitirse un desliz e intentar sugerir accidentalmente una solución real. Era la misma forma de tratar a las cortesanas enfadadas: siempre las calmaba.

“¿Me estás escuchando?!” Exigió Jinshi.

“Le escucho, señor.”

Aparentemente, seguía siendo una elección equivocada. En este caso, en lugar de ofrecer comentarios inofensivos, debería haber intentado sugerir una solución. Pero en ese momento, Maomao ni siquiera tenía ideas que ofrecer.

Tampoco el resto del séquito de Jinshi.

Gaoshun fue el primero en hablar.

“Príncipe de la Luna, ¿ha habido alguna comunicación de la Emperatriz Gyokuyou desde entonces?”

¿Cuándo es “entonces”? Se preguntó Maomao. Sabía que Jinshi y la Emperatriz habían estado en contacto por lo de la hija de Gyoku-ou. ¿Era eso lo que quería decir?

“¿Comunicación? Sí. Pero no creo que esté en una buena posición para tratar con Sir Gyoku-ou. Por un lado, la Emperatriz no tendría forma de enterarse de este último suceso. Incluso si me pusiera en contacto con ella tan urgentemente como pudiera, dudo que fuera a tiempo. Pero por suerte, ella ya me ha puesto en contacto con otras conexiones.”

Tiene sentido. Incluso los miembros de una sola familia difícilmente iban a estar al unísono. Maomao se preguntó quiénes eran esas conexiones.

“¿Qué pasa con el Amo Gyokuen?” Preguntó Basen.

Jinshi hizo una pausa antes de responder.

“No puedo estar seguro, pero dudo que Sir Gyokuen haya tenido algo que ver en esto. Le he mantenido informado de la situación, pero hay ciertas cosas que creo que desea dejar al criterio de su hijo. Únicamente envía las respuestas más ambiguas. Sólo puedo imaginar que lo que escribe a Sir Gyoku-ou es muy diferente de lo que me escribe a mí.”

“¿No crees que sus respuestas entran en conflicto con el informe que estás recibiendo, Amo Jinshi?” Preguntó Taomei. Parecía preguntarse si las cartas de Jinshi estaban llegando a Gyokuen.

“De momento, no lo creo.”

“Estoy de acuerdo.” Se oyó detrás de una cortina. Maomao se sorprendió por un momento, pero luego se dio cuenta de que era el otro hijo de Gaoshun, Baryou. Chue se acercó y empujó la cortina.

Se ha acostumbrado a nosotros lo suficiente como para hablar, ¿eh?

Sin embargo, no tenía ni idea de cuántas veces más tendría que visitarlo antes de verle la cara. Tal vez se abriera a ella si llevaba una máscara de pato.

Gaoshun retomó la idea.

“La política del Amo Gyokuen siempre fue la de mantener relaciones amistosas con los países vecinos, y así mantenerlos a raya. A veces hacía «sugerencias» o negociaba, pero nunca hacía una declaración abierta de hostilidad. Creo que eso significa que es seguro

asumir que el Amo Gyoku-ou hizo esto por iniciativa personal. Al mismo tiempo, entiendo por qué el Amo Gyokuen podría dudar en criticar el enfoque de su hijo.”

“Sir Gyokuen ya no es un hombre joven. No puede estar siempre entrometiéndose en los asuntos de su hijo.” Dijo Jinshi.

Cierto.

“Exactamente, señor. Además, no son pocos los ciudadanos descontentos con la forma en que el Amo Gyokuen ha hecho las cosas. El núcleo de seguidores del Amo Gyoku-ou debe incluir a muchos antiguos creyentes descontentos con el Amo Gyokuen.”

“Un sospechoso.” Jinshi dejó a un lado la chaqueta de algodón y se sentó. “Después de todo, no todos los vecinos de por aquí son necesariamente buena gente.”

Maomao recordó una ceremonia matrimonial que había tenido lugar en la capital occidental el año pasado. La futura esposa, horrorizada ante la idea de ser llevada a Shaoh por su marido, había intentado fingir su suicidio para desaparecer. Toda la familia estaba implicada, y la resolución del caso no les había dado más ganas de celebrar la boda.

Dicen que los extranjeros marcan a sus esposas como si fueran ganado.

No había tantos idiotas en el mundo que dejaran deliberadamente que alguien les clavara una marca caliente en la piel por voluntad propia. De hecho, por lo que Maomao sabía, sólo había uno.

Para el caso, se lo hizo a sí mismo.

Miró con desprecio a aquel idiota mientras reflexionaba sobre las circunstancias actuales. *Así que la gente estaba enfadada con el hermano pequeño del Emperador, y Gyoku-ou intervino. De algún modo consiguió culpar de todo a los extranjeros, y ahora Jinshi va a realizar algún tipo de ritual.*

Por lo que parece, este ritual no tenía tanto que ver con la eliminación de enfermedades como con la preparación para la guerra.

En ese momento, Jinshi había conseguido aplazar el ritual, brevemente, pero ahora intentaba averiguar qué hacer.

“Supongo que Sir Gyokuen no volverá a casa.” Murmuró Jinshi, pero todos sabían que eso era imposible.

“Desgraciadamente, señor, no creo que eso ocurra.” Dijo Gaoshun.

“No puedes confiar en los demás para resolver tus problemas.” Añadió Taomei. Bueno, eso valía tanto para el marido como para la mujer.

No parecía que esta conversación fuera a ir rápido a ninguna parte. Maomao ni siquiera estaba segura de por qué estaba aquí. Había sido convocada por primera vez en varios días, pero antes de que ella

hubiera tenido la oportunidad de inspeccionar la quemadura de Jinshi, él estaba empezando con sus pruebas y tribulaciones.

Srta. Chue... Pensó Maomao de mala gana en la caprichosa dama de compañía que la había traído hasta aquí.

Maomao decidió intentar encarrilarlos de nuevo, por la fuerza si era necesario.

“Entiendo que esté preocupado, señor, pero la orientación general del ritual *ya* está determinada, ¿no es así?”

“Sí.” Dijo Jinshi lentamente. “Es esto.” Le mostró un trozo de papel. Tenía dos caracteres: *tierra y pacificación*.

“¿La pacificación de la tierra?”

“Fue idea del Viceministro Lu. Dijo que sería una justificación apropiada para una ceremonia de Estado.”

“He oído hablar de este tipo de rituales... pero no a menudo.”

“Entiendes lo que significa que esto sea una ceremonia de Estado, ¿verdad?”

“Sí, señor. Suele ser un ritual que Su Majestad el Emperador realiza para venerar a los antepasados y a los espíritus, ¿no?”

“Así es. Pero cuando Su Majestad esté demasiado ocupado para realizar tal ceremonia él mismo, puedo realizarla en su lugar.”

De hecho, una de esas actuaciones había provocado un atentado contra su vida. Si Maomao hubiera estudiado más diligentemente para

el examen de damas de la corte durante su época como dama de compañía de Jinshi, podría haber descubierto antes su verdadera identidad.

“¿Te gustaría conocer los detalles de la ceremonia?” Preguntó Jinshi.

Maomao no se anduvo con rodeos.

“No, gracias, señor. Dígame exactamente qué significa «pacificar la tierra».”

“Muy bien. Normalmente estas ceremonias tienen que ver con venerar a los ancestros y a los espíritus, o a veces al cielo y a la tierra. En este caso, sin embargo, como estamos lejos de la capital, la sugerencia fue que tal vez el ritual debería centrarse en aplacar al espíritu guardián local. En resumen, rezamos a la tierra devastada para que produzca una rica cosecha.”

“Si me permite el atrevimiento, señor, parece que se ha inventado un nuevo ritual de la nada.”

“Tal vez no de *la nada*. Dicen que esos rituales se practican en las islas del este.”

“Déjame ver si te estoy entendiendo. Tus manos estarían atadas si, inmediatamente después de que el hermano menor del Emperador hubiera venerado a los espíritus, el Amo Gyoku-ou hiciera una declaración de guerra a otro país. Supón que, en lugar de eso, no veneraras a los espíritus en general, sino sólo al espíritu muy específico

de esta zona. ¿Y si el objeto del ritual no se extendiera más allá de las fronteras de la provincia de I-sei? ¿Eso es lo que estás pensando?”

“Muestras una perspicacia notablemente aguda para alguien que dice no entender de política.” Dijo Jinshi. Era curioso que le impresionase.

“Parece que te estarías situando deliberadamente fuera del ámbito de tu propia ceremonia.”

“Sí, al igual que el Viceministro Lu, a quien se le ocurrió originalmente esta idea. Si tenemos suerte —mucho suerte— Sir Gyoku... simplemente no intentará nada.”

En concreto, a Jinshi le preocupaba que Gyoku-ou aprovechara la ocasión del ritual para hacer una declaración de guerra abierta a otra nación.

“Aún no ha hecho nada por fuera, ¿verdad?” Preguntó Maomao.

“No. Hablé conmigo y con Sir Lakan sobre la posibilidad de una guerra, pero no ha hecho ningún movimiento público. Sólo nos sondeaba; juzgó que no podía actuar sin nuestro apoyo.”

Esto era lo que convertía a Gyoku-ou en un hombre peligroso: no iba a ir a la guerra solo; pretendía arrastrar a todos los demás con él.

Los habitantes de la capital occidental confiaban implícitamente en Gyoku-ou, y la política que ahora contemplaba estaba inspirada en sus opiniones. De hecho, podría hacerles pensar que era un buen gobernador en funciones, pero el mundo no era tan sencillo.

Los habitantes de la capital occidental tenían sus sentimientos. Su ira tenía que ir a alguna parte. La habían dirigido contra el hermano menor imperial y ahora la dirigían contra una nación extranjera. Una solución sencilla a corto plazo, pero una mala decisión a largo plazo.

“Me opuse a los planes de Sir Gyoku-ou, así que ha tomado medidas más contundentes.”

“Sí. Medidas repugnantes. Debería tener la bondad de declarar la guerra él mismo y sufrir las consecuencias.” Espetó Taomei.

“Ya basta.” Interrumpió Gaoshun. Basen podía parecerse a su padre, pero quizá su sangre caliente le venía de su madre.

Y esto cuando hay tantos extranjeros en la provincia de I-sei, pensó Maomao, preocupada por el peligro que esto podría suponerles.

“¿Cuántos extranjeros hay ahora mismo en la capital occidental?” Preguntó. Había visto el estado de la multitud. Si aquella turba se cruzaba con alguien de sangre extranjera, parecía probable que se produjera un ataque violento. ¿Dónde se esconderían los extranjeros?

“De eso se ha encargado alguien con talento para esas cosas. El estratega.” Dijo Jinshi.

“¿Ese viejo pedorro?” Preguntó Maomao con el ceño fruncido.

“En cuanto llegó la primera oleada de saltamontes, reunió a todos los grupos de comerciantes extranjeros en un solo lugar donde pudieran estar protegidos. Porque, según él, sería «un fastidio» tenerlos revueltos por todas partes.”

“¿Crees que *realmente* entiende lo que está pasando?”

El monstruo del monóculo lo hacía todo por instinto, por lo que podía resultar difícil comprender sus acciones.

“Muchos de los mercaderes volvieron a casa por mar, o continuaron por tierra hasta la provincia de Kaoh. Aun así, un centenar de ellos permanecen en la capital occidental.”

“¿Hay algún lugar donde puedan esconderse?”

“La gente de aquí no es monolítica. Algunos son xenófobos, sí, pero otros ven a los extranjeros como vecinos inestimables. Hay una posada cerca del puerto que atiende a extranjeros. Alquiló todo el lugar.”

“Es un buen truco.”

“Ciertamente. Sabía a quién pedirselo. De hecho, deberían unirse a nosotros en breve.”

“Ejem... Si vamos a tener visita, me gustaría terminar mi trabajo aquí y volver.” Dijo Maomao. La única persona que se encontraba en ese momento en la consulta era el curandero, que había conseguido dormir durante la última gran conmoción. Mientras tanto, no sólo se habían quedado sin medicinas. Tampoco había suficientes vendas, así que Maomao había estado planeando romper algunas sábanas en desuso para hacer otras nuevas.

“Me temo que nuestro honorable invitado ya ha llegado.” Dijo Chue. Una noticia muy desagradable.

Jinshi sonrió satisfecho.

“Ya la has oído. Espera atrás si quieres.”

“Sí, señor... ¿Pero dónde está «atrás»?” Maomao miró alrededor de la habitación.

“Aquí, Srta. Maomao, por aquí.” Chue la empujó hacia un rincón separado del resto de la habitación. Detrás había una mesa y dos sillas, la mesa ya preparada con aperitivos para el té. El espacio era pequeño, pero no estrecho. “Fue muy injusto que sólo mi marido tuviera un sitio. La Srta. Chue también hizo uno para ella.”

“¡Vaya! Es tan acogedor.” Dijo Maomao.

“¡Sí, por supuesto! Si necesitas más aperitivos, están en el estante de arriba. ¿Quieres té o zumo?”

“Té, por favor.”

“¡Ya voy!” Chue atravesó la cortina del otro lado.

“Maomao.” Escuchó a Jinshi desde el otro lado de la cortina. “Creo que las cosas se van a poner agotadoras. Necesito una recarga.” Su mano se asomó a través de las cortinas.

“¿Una recarga?” Preguntó Maomao.

Estudió la estantería que le había indicado Chue. Tomó un pastel de luna envuelto en papel de una cesta de la estantería y se lo puso en la mano a Jinshi.

“¡¿Eh?!”

El pastel de luna cayó al suelo. El papel se desprendió y, tristemente, tocó el suelo. Maomao se movió para recogerlo, pero su mano derecha fue atrapada por la de Jinshi. Sintió que sus dedos se deslizaban entre los suyos como para asegurarse de que estaba allí. El hecho de que ambos usaran la mano derecha lo hacía extrañamente incómodo.

Los largos dedos de Jinshi apretaron el dorso de la mano de Maomao, mientras su palma presionaba la de ella. Podía sentir su pulso. Tenía las uñas bien recortadas, pero ella notaba los callos de la palma. Las puntas de los dedos estaban manchadas de tinta y la mano tenía una capa de sudor.

La palma de la mano de Maomao también había empezado a sudar. Esperaba poder escapar antes de que la cosa se pusiera fea.

“¿Señor? ¿Qué está haciendo?” Preguntó.

“Te lo dije. Recargando.”

“*Recargando.*”

Maldita sea, ¿así que *no* había estado hablando de conseguir un poco más de azúcar? Miró con reproche el pastel de luna que había en el suelo.

“Quería hacerlo antes de tener que empezar a exigirme demasiado.”

“¿Tal vez no sería mejor no *esforzarse* demasiado?”

Maomao respiró lentamente, tratando de mantener bajo su ritmo cardíaco, intentando de mantener el rubor en sus mejillas y manos. Aun así, los latidos de su corazón y el sudor se apoderaron de ella, y pudo sentir cómo su mano se volvía resbaladiza.

“Sólo el más incompetente de los líderes encontraría esa opción, me temo.”

“Si dejas que otro te robe el mérito de todo lo que haces, de todas formas no pareces un gran líder.”

“Eso no me molesta. Los que lo saben lo sabrán, y eso es suficiente.” Le apretó la mano con más fuerza. Entonces la calidad de su voz cambió: “Nuestro visitante está aquí.”

“Debe disculpar mi intromisión, Príncipe de la Luna.” Dijo una voz de hombre.

“En absoluto. Mis disculpas por convocarte cuando estás tan ocupado.” Respondió Jinshi con facilidad, pero su mano seguía enredada en la de Maomao.

¿Va a mantener toda la conversación de esta manera?

Jinshi estaba de espaldas a Maomao, pero ella ni siquiera podía verlo debido a la cortina que los separaba. Lo único que sabía era que su mano derecha estaba cada vez más sudorosa, delatando las emociones que no podía dejar traslucir en su rostro.

¿Quién era el visitante que recibía? ¿Qué expresión les estaba dirigiendo? ¿De verdad no se daban cuenta de que Maomao estaba allí, fuera de su vista?

No podía soportarlo más. Pellizcó el dorso de la mano derecha de Jinshi con la izquierda.

¡Esto no cuenta como falta de respeto! ¡No cuenta!

“Por favor, siéntense.” Dijo Jinshi. ¿Era su imaginación o su voz había subido una octava? Por fin, Maomao liberó su mano y la de él desapareció al otro lado de la cortina.

Maomao levantó la mano y la inspeccionó. Había unas tenues marcas rojas en el dorso.

“Recargando, ¿eh?” Murmuró.

“¿Qué se cargó?”

Maomao dio un respingo y tuvo suerte de no gritar. Chue estaba allí de pie con una bandeja de té.

“No es nada.” Dijo Maomao.

“¿De verdad? Mira, se te cayó el pastel de luna.” Lo recogió del suelo, le quitó el polvo y se lo comió. Luego dijo: “No parece muy relajada, Srta. Maomao.”

“Es su imaginación, Srta. Chue.” Hizo todo lo posible por parecer tranquila mientras susurraban de un lado a otro.

“Bien, diremos que es mi imaginación.”

Maomao no contestó inmediatamente. Nunca sabría decir cuánto sabía Chue en realidad. En lugar de eso, se sentó en una de las sillas y tomó el té tranquilamente. Podía ver al visitante a través del hueco de la cortina.

“¿No se dará cuenta de que le estamos observando?” Preguntó.

“No te preocupes. Lady Suiren está vigilando para asegurarse de que no nos vea. Y no nos oirá mientras mantengamos la voz baja.”

Si Suiren pensaba que no era un problema, entonces estaba bien.

El visitante aparentaba unos treinta años, con la piel bronceada y el cabello rojo que parecía más curtido por el sol y la brisa marina que debido a la sangre extranjera. Jinshi y el hombre estaban sentados frente a frente en una mesa; Maomao y Chue podían verlos a ambos de perfil.

“¿Quién es?” Preguntó Maomao.

“¡Uno de los hijos del Amo Gyokuen!”

Un hermano de la Emperatriz Gyokuyou y Gyoku-ou.

“Pero no se parece a ninguno de ellos.” Observó Maomao.

“Es verdad. Tiene una madre diferente. El Amo Gyokuen tiene once esposas y trece hijos.”

Maomao se quedó callado un momento. Muchos hombres ricos tenían una o dos amantes además de su esposa oficial, y por lo visto el despreocupado gobernador no era una excepción.

“Ese hombre de ahí es su tercer hijo. Su nombre es... bueno, probablemente no te acordarías si te lo dijera, así que podemos llamarle simplemente Hermano Pequeño de Gyoku-ou.”

Chue estaba muy fuera de lugar para alguien que decía algo tan grosero, pero como era la verdad innegable, Maomao no se opuso. En lugar de eso, dijo: “¿Quieres decir como el Hermano de Lahan? Tiene sentido. Me gusta.”

“Sí, exactamente. Sólo ten en cuenta que a diferencia del Hermano de Lahan, este hombre tiene un nombre real.”

¿Estaba insinuando que el Hermano de Lahan no?

“El Hermano Pequeño de Gyoku-ou es el encargado del puerto. Gracias a él pudimos alquilar el distrito de posadas. Fue muy receptivo, parece que tiene buenas relaciones con la Emperatriz Gyokuyou.”

“Así que él es la conexión misteriosa.” Pero entonces Maomao se detuvo y ladeó la cabeza. “¿Eh? Si él tiene todo ese poder, ¿por qué no hablaría de lo que está pasando en la capital occidental en este momento? ¿Y qué hay de los otros hermanos?”

Al parecer, eran trece, y Maomao sólo conocía a tres. ¿No se suponía que los hijos de los poderosos se peleaban más?

“Creo que tiene algo que ver con la forma en que el Amo Gyokuen educaba a sus hijos. La madre del Hermano Pequeño de Gyoku-ou era marinera. Y todas las demás madres trabajan cada una en un campo concreto.”

“Así que, básicamente, ¿todos los hermanos siguen los pasos de sus madres?”

“Más o menos. El Amo Gyokuen tiene talento para algo más que para coleccionar esposas. Trae gente excepcional en cada campo a su familia. ¡Igual que maniobró para entrar en el linaje imperial!”

Como mercader, nada de lo que hacía Gyokuen era en vano. Había enviado a la Emperatriz Gyokuyou al palacio posterior, armada con las armas gemelas de su belleza e ingenio.

“De acuerdo, pero seamos francas. El único sucesor real del Amo Gyokuen es el Amo Gyoku-ou, ¿verdad? Ya sé que es el hijo mayor y todo eso, pero ¿los demás hermanos no tienen ningún problema con eso?” Preguntó Maomao. Cuanto más grande era una casa y más bienes tenía, más probabilidades había de que estallaran conflictos familiares. Once esposas y trece hijos parecían una receta para el desastre en ese aspecto.

“Las esposas del Amo Gyokuen parecen tener una jerarquía. Una bonita y clara división entre la madre del Amo Gyoku-ou, su esposa oficial, y el resto, que son todas concubinas.”

“Ya veo.” Gyokuen sólo tenía una «verdadera» esposa, la madre de Gyoku-ou; el resto eran meras amantes que había tomado para forjar relaciones específicas.

Es más despiadado de lo que parece. Gyokuen parecía un anciano agradable, por no decir vejete, pero a Maomao le cambió por completo la imagen que tenía de él.

“Entonces entiendo lo que hace, pero no puedo evitar pensar que las muchas familias de sus muchas esposas podrían tener algo que decir al respecto.”

“Por lo que parece, ha manejado muy bien la situación.” Chue se metió un poco de pastel de luna en la boca y se asomó a través de la cortina. El Hermano Pequeño de Gyoku-ou estaba informando sobre la situación de los extranjeros encerrados en las posadas.

“Hasta ahora nos las hemos estado arreglando.” Dijo.

“Eso es de gran ayuda.” Respondió Jinshi. “Incluso si se considera que la emergencia actual es una circunstancia atenuante, un ataque de la gente de aquí a la población extranjera podría convertirse rápidamente en un incidente diplomático.”

“Un incidente diplomático.” Repitió con cierto sarcasmo el hombre bronceado. “Dependiendo de cómo juegue sus cartas mi hermano mayor, puede resultar que no tenía sentido que escondiera a nadie.”

Era algo muy inquietante de oír. El Hermano Pequeño de Gyoku-ou tenía la complexión de un marinero rudo, pero parecía saber poner un tono cortés delante del hermano menor del Emperador.

“Si me perdonas que te lo diga, Sir Gyoku-ou parece empeñado en la guerra. ¿Cómo se ha comportado entre ustedes, hermanos?” Preguntó Jinshi.

“No podría asegurarlo, pero tengo una idea.” El Hermano Pequeño de Gyoku-ou juntó sus nudosas manos. “Todos nosotros llamábamos a la madre de nuestro hermano mayor Lady Seibo, «la Madre del Oeste». ¿Quizá sepas que antes era miembro de la tribu de los Lectores del Viento?”

“Sí, lo he oído.”

Quizá el nombre derivara del de la diosa Sei-ou-bo, la Reina Madre del Oeste; o quizá la llamaran así porque era la “madre” de la capital occidental. O tal vez su nombre incluía incluso el carácter de “oeste”. Maomao no lo sabía.

“Lady Seibo era una mujer amable, muy preocupada por los que habían sido miembros de su tribu. Acompañaba a nuestro padre en sus expediciones comerciales, y cada vez que veía a un antiguo Lector del Viento entre los esclavos, lo liberaba, o eso me han dicho.”

“¿Eso significaría que Sir Gyoku-ou se fue con ella?”

“Sí, señor. Muchos miembros de la tribu de los Lectores del Viento fueron encontrados en Shaoh. Muchos de ellos habían sido vilmente maltratados por la gente de allí; eran prácticamente piel y huesos. Mi madre conoció a muchos de ellos en sus últimos momentos.”

Maomao escuchó. Esto tenía sentido para ella... pero no lo tenía. Chue parecía ser de la misma opinión; fruncía el ceño.

“¿Qué le parece, Srta. Maomao?” Preguntó.

“No estoy segura de cómo responder a eso. Ciertamente sería una razón para querer ir a la guerra, pero parece que debe ser sólo una razón entre muchas.”

Esa era su sincera opinión. Lo entendía, como justificación, pero por sí solo era demasiado poco. Querer vengarse de su pueblo era comprensible, pero tribus de toda la llanura habían atacado a los antiguos Lectores del Viento. Además, los extranjeros no tenían el monopolio de maltratar a sus esclavos. Como cuestión política, tales cosas eran apenas más que excusas.

Resultó que Jinshi tenía las mismas dudas que Maomao y Chue.

“¿Esa es la única razón?” Preguntó sin rodeos. “Me doy cuenta de que Sir Gyoku-ou es tu hermano mayor, pero seguro que eso no silencia por completo a los miembros más jóvenes de la familia. ¿No es precisamente porque no estás de acuerdo con él, Sir Dahai, por lo que estabas dispuesto a escuchar lo que yo tenía que decir?”

Así que el Hermano Pequeño de Gyoku-ou se llamaba Dahai. Significaba “Gran Mar”, sin duda un nombre apropiado para un marinero.

Pero no tiene “gyoku” en su nombre.

Eso, se dio cuenta Maomao, era la señal de que ese hombre no estaba en la línea de sucesión. Se preguntó si Gyokuyou siempre había tenido el elemento “gyoku” en su nombre debido a sus cualidades excepcionales, o si se había cambiado el nombre al entrar en el palacio posterior.

“Supongo que Sir Gyoku-ou no puede permitirse ignorar al amo de los puertos sólo porque ese hombre sea su hermano menor. ¿Qué utilizó para negociar contigo?” Preguntó Jinshi.

Dahai se estremeció, pero luego sonrió.

“Deberías salir más entre la gente, Príncipe de la Luna. Así dejarían de creer que no eres más que una figura decorativa.”

“¿Salir entre la gente y hacer qué? ¿Me harías desfilar como un altar portátil en un festival?” Jinshi seguía pareciendo todo un miembro de la realeza, pero su tono se había vuelto más bien informal. Debía de haberse reunido ya varias veces con aquel hombre, pero Maomao no lo sabía. De lo contrario, Dahai nunca se habría atrevido a hablar con tanta franqueza.

“Mi hermano mayor me tentó con los derechos de los puertos de Shaoh. Actualmente, los barcos de otros países pagan un dineral por utilizarlos. Productos de una gran cantidad de tierras encuentran su camino a Shaoh, llegando en una gran cantidad de barcos, y Shaoh los tiene a todos en un barril. Necesitan esos puertos. Mi hermano me informó de su intención de tomar los puertos y ponerme a cargo de ellos. Al menos yo despejaría *esto* fácilmente.”

Levantó cinco dedos para indicar la cantidad. Maomao no podía ni imaginarse tantos ceros.

“¿Y?”

“¿Y qué?”

“Puede que hable de darte derechos, pero todo lo que veo es un drástico aumento de tu carga de trabajo. Por muy capaz que sea, Sir Dahai, ni siquiera usted puede gestionar por sí solo *dos* puertos importantes con barcos extranjeros yendo y viniendo. ¿A menos que tengas algún plan para dividirte por la mitad y convertirte en dos personas? ¿Te has convertido en un maestro de las artes de los inmortales sin que yo lo sepa?” Jinshi le estaba tomando el pelo.

La expresión de Dahai no cambió.

“Tengo a alguien que me sirve de mano derecha. Y mi izquierda. Y ambos pies. Dejaré que ellos se encarguen.”

“¿Enviarías a tu gente más valiosa a una tierra que parece destinada a convertirse en un campo de batalla? Había oído que los marineros valoraban a sus compañeros, pero quizá me informaron mal.” Ahora Jinshi estaba provocando abiertamente al otro hombre.

¿Qué está tramando? Sólo presenciar esto era suficiente para poner los nervios de Maomao a flor de piel. Tenía que estar pasando factura tanto a Jinshi como a Dahai. *Ahora entiendo por qué quería una “recarga”*. Tenía que ser mental y emocionalmente agotador mantener esta conversación.

“Quizá eso les sugiera lo importantes que son estos derechos.” Dijo Dahai.

“Muy bien. Entonces, ¿qué mantiene al resto de tus hermanos callados? No puede haber muchas zanahorias tan grandes como esos derechos de puerto. En todo caso, esperaría lo contrario: que encontraran excesivamente onerosos los costes de invadir otro país.”

Tras un momento, Dahai dijo: “No dudo de que mi hermano explicó a cada uno de nuestros hermanos las ventajas de apoyarle.”

Maomao y Chue seguían espiando desde detrás de la cortina. Se les habían acabado los pasteles de luna, y Chue había pasado a mordisquear un giro de masa frita.

“¿Estás segura de que debería ver esto?” Le preguntó Maomao.

“¡Claro, está bien!”

“No, quiero decir... Si Dahai se enterara, ¿no se enfadaría?” Maomao sabía que lo estaría, si se enteraba de que algunas damas de compañía habían estado espiando conversaciones secretas que *había* estado teniendo.

“Creo que ya está molesto sólo por tener que tratar con el Príncipe de la Luna. El hermano menor de Su Majestad puede tener una baja opinión de sí mismo, pero siempre se las arregla para hacer el trabajo.”

Cierto.

Dahai debía ser más de una docena de años mayor que Jinshi, pero era el príncipe quien llevaba la iniciativa en esta conversación. Parecía que sabía algo, algo importante.

¿La Emperatriz Gyokuyou le dio algún tipo de información privilegiada? No, espera...

Jinshi colocó un bulto negro sobre la mesa.

“¿Será esta la ventaja de la que hablas?”

Era una especie de roca. El brillo de su superficie la hacía parecer obsidiana, pero no lo era.

“Creo que en la provincia de I-sei llaman a esto la piedra ardiente.” Dijo Jinshi.

Piedra ardiente... Una piedra que arde... ¿Carbón?

Maomao recordó lo que había escrito en su carta.

“Dicen que hay una montaña cerca del puerto de Shaoh que produce carbón. Toma el control del puerto y uno podría —y sin duda lo haría— empezar a excavarla, ¿no?” Preguntó Jinshi. Luego dijo: “Veo que la provincia de I-sei está más desesperada por combustible que nosotros en la región central. Dramáticas diferencias de temperatura entre el día y la noche, sin duda muchas muertes por congelación en invierno. Sin mucha madera, sus principales fuentes de combustible son la paja y el estiércol animal, pero los suministros de ambos son inestables. La sugerencia de que podría haber un flujo constante de

combustible es una que fácilmente podría influir en toda una familia de hermanos. Ahora, aquí está la cuestión...”

Oh, vaya, odio esa mirada.

Jinshi estaba poniendo la cara que siempre ponía cuando estaba a punto de plantearle algún problema a Maomao. Había perdido la cuenta del número de veces que, en el palacio posterior, se había encontrado con aquella expresión untuosa con la mirada de quien observa una cigarra al revés.

“Sir Dahai, ni usted ni el Sir Gyoku-ou sacaron el tema del carbón. ¿Por qué no?” Preguntó Jinshi.

¡Argh! ¡Realmente odio ese aspecto!

Maomao empezaba a simpatizar con Dahai. Jinshi podía ser brutal. Sólo actuaba cuando todo estaba preparado y ya no había escapatoria.

“Los registros muestran que solía haber minería en la provincia de I-sei—una cantidad modesta, lo reconozco, pero estaba allí. Ahora ya no está reflejada. ¿Puedo preguntar por qué no?”

“¿No puede secarse una mina?” Replicó Dahai.

“¿Lo hizo?”

Dahai estudió a Jinshi durante un momento.

“¿Qué está diciendo, señor?” Había un deje de fastidio en su voz.

“Oh, nada. Simplemente me he estado preguntando qué pasaría si la región central reconsiderara el valor del carbón, y tal vez lo incluyera

en nuestras encuestas. ¿Qué crees que pasaría si se descubriera que alguien ha estado escondiendo carbón que debería habernos enviado?”

La carta enigmática de Lahan había sido una forma de intentar decirles que la provincia de I-sei tenía una mina de carbón oculta.

“Todos los informes sobre la extracción de carbón cesaron hace diecisiete años. ¿Pasó algo en medio del caos que rodeaba al Clan Yi?”

“Me temo que no lo sé, señor.”

“¿Me estás diciendo que has estado usando carbón sin saberlo?”

“¿Es una acusación?”

Dahai y Jinshi se enfrentaron. La cordialidad de su conversación anterior sólo hizo que este momento fuera más difícil de soportar.

“He oído que las herrerías de la capital occidental están completamente ennegrecidas.”

“Eso pasa cuando haces hierro.”

“Cierto. La ceniza es ceniza, tanto si quemas madera como carbón.” Maomao creyó ver que Jinshi miraba en su dirección durante una fracción de segundo. “Sin embargo, el olor... eso no se puede ocultar, ¿verdad? Es más, tenemos confirmación de que se han introducido grandes cantidades de carbón en las herrerías.”

Chue le había hablado a Maomao del olor único del carbón. Les había conducido a una herrería, donde habían recogido pruebas irrefutables. Jinshi era muy minucioso.

Sin embargo, Dahai siguió jugando a las evasivas.

“No es tan inusual importar carbón de otros países. Me pregunto cómo puedes estar tan seguro de que nuestro suministro procede de la propia provincia de I-sei.”

“Entonces, tal vez me deje ver sus manifiestos. Es de suponer que cualquier carbón importado tendría que venir por barco.” Los perfectos labios de Jinshi se curvaron en una sonrisa.

“Pareces dispuesto a ser mucho más firme con el hermano menor que con el mayor.” Dahai parecía abiertamente exasperado.

“Cuando una persona tiene pruebas, puede ser tan firme como desee.” Para el hermano menor del Emperador era un poco una hoja de parra, pero era su forma de dar a entender que no iba a forzar las cosas simplemente usando su autoridad. “Además, no tenemos que hacer esto difícil. Tengo una salida fácil para ti.”

Tras un largo momento, Dahai dijo: “Debería haber sabido que nunca conseguiría lo mejor de ti.”

“Había un acuerdo secreto con el anterior emperador —o quizá debería decir con la emperatriz regente— sobre el uso del carbón, ¿no es así?” Preguntó Jinshi.

“¿Qué te ha dado esa idea?”

“No tienes ni idea de lo quisquillosos que pueden llegar a ser los contables de la capital real. La mera aniquilación de todo un clan nunca

les convencería de que deberían recibir *menos* dinero de impuestos que el año anterior.”

Maomao podía imaginarse a Lahan trabajando con su ábaco, que siempre llevaba consigo a pesar de que hacía todas sus cuentas mentalmente. Era francamente detestable.

“Así que había un acuerdo tácito con la corte sobre el asunto del carbón. ¿Y aun así vienes aquí con tus acusaciones, Príncipe de la Luna?”

“Lo dije, ¿no? Que fue un acuerdo secreto con la anterior emperatriz viuda, la emperatriz regente. La actual soberana no tuvo, ni tiene, parte en él. Digamos que el Emperador no lo sabe, o lo sabe pero guarda silencio. ¿Cómo reaccionaría la gente si yo hablara? Ya puedo ver el brillo en los ojos de la Junta de Ingresos. Exigirían diecisiete años de impuestos atrasados, hasta la última piedrecita que se les debe. Sí, creo que eso provocaría una reevaluación del valor del carbón.”

¡Estúpida, estúpida cara!

¿Realmente necesitaba una recarga? Parecía controlar bien la situación.

“¿Me estás amenazando? Creía que habías salvado a nuestro pueblo de la depredación de los saltamontes. ¿Desde el principio tu verdadero objetivo fue devastarnos?”

“Era una simple sugerencia. ¿No te dije que había una salida fácil? Digamos que soy demasiado ignorante en estos asuntos. Apenas sé que

existe el carbón, y mucho menos lo que vale. Es sólo un montón de piedras. ¿Suficiente?”

“Y... ¿qué pides a cambio de esta ignorancia?” Dahai miró con el ceño fruncido a Jinshi.

“Para ser franco, no veo ninguna ventaja en hacer la guerra. Un hombre es bienvenido a jugar con su propio dinero si lo desea, pero no puedo aprobar arrastrar a todo el país a tal apuesta. Si Sir Gyoku-ou aprovecha la ocasión de mi ritual para hacer algo parecido a una declaración de guerra, espero que la gente esté de su parte. Puedo oponerme, pero de igual forma podría vernos fácilmente deslizándonos hacia una invasión de otro país.”

“¿Estás diciendo que deseas que detenga el plan de mi hermano mayor?”

“Precisamente. Si hay guerra, creo que las consecuencias para ti serán mucho más nefastas que una investigación sobre el carbón por parte de la capital real. Pero Sir Gyoku-ou no podrá hacer ninguna guerra sin sus barcos para llevar la fuerza de invasión.”

Era como dijo Jinshi. Maomao imaginó un mapa de la región en su mente lo mejor que pudo. La provincia de I-sei albergaba vastas llanuras, donde escaseaban los alimentos. Una invasión totalmente por tierra parecía imposible.

“También creo que eres tú, Sir Dahai, quien mejor entiende los problemas que pueden causar las rencillas entre hermanos. ¿Crees que podrías atraer a algunos de los otros si usaras mi nombre?”

“¿Habría alguna ventaja para mí en hacer tal cosa?”

“Como ya he dicho. El carbón no es más que una roca, sin valor para la región central.”

Maomao dio un sorbo a su té, que hacía tiempo que se había enfriado, y sintió una punzada de compasión por Dahai. Tenía que dolerle que un chico más de diez años menor que él le hiciera tantos nudos. Pero si le dolía, no se le notaba en la cara.

Desconcertada, Maomao se volvió hacia Chue, que miraba con tristeza el último de los giros de masa frita.

“Srta. Chue, Srta. Chue.” Dijo.

“¿Sí, Srta. Maomao? ¿De qué se trata?”

“Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿Esto es lo que llaman un juego amañado?” Preguntó distraídamente.

“¡Hoo hoo hoo! Es duro estar en la cima, ¿verdad? Necesitas un buen pretexto para convencer a cualquiera de los hermanos.”

Maomao se dio cuenta de por qué Dahai parecía tan plácido incluso cuando Jinshi le utilizaba sin piedad. Estaba, y siempre había estado, del lado de Jinshi. Pero había una jerarquía en las relaciones entre hermanos; no podía ir por ahí haciendo lo que le viniera en gana.

Necesitaba que hubiera alguna razón por la que se viera obligado a cooperar con Jinshi, y había venido aquí para conseguirla.

De repente, Maomao se sintió estúpido por haber estado en vilo todo el tiempo.

¡Una recarga, una mierda! El sudor frío... todo eso le parecía una tontería. En serio, odio la política.

Maomao recordó, dolorosamente, por qué detestaba involucrarse en nada político.

Capítulo 17:

A la Sombra del Ritual

El octogésimo día.

Maomao dedujo que el ritual que celebraría Jinshi sería un rito intermedio. No sabía mucho sobre las sutilezas de las ceremonias de Estado, pero tenía entendido que los rituales que realizaba el Emperador podían dividirse en grandes ritos, ritos intermedios y ritos menores, y que la naturaleza exacta de la ceremonia variaba según la escala.

El oficiante tiene que purificarse durante tres días antes de un rito intermedio.

Recordaba a Jinshi haciéndolo una vez, cuando le habían asignado como dama de compañía. Lo había hecho comiendo alimentos ascéticos y realizando una especie de gestos rituales antes de meterse en el baño. También recordaba a Jinshi, que aún tenía que crecer, bastante decepcionado por la cantidad de comida.

“Así que el festival será mañana.” Dijo el curandero con su típica despreocupación mientras enrollaba una tira de sábana rasgada.

“Supongo que podría llamarse festival, pero ya sabes que no habrá puestos de comida ni nada, ¿verdad?” Maomao se aseguró de que las

píldoras que habían salido de su molde de madera fueran todas perfectamente redondas, y luego las colocó ordenadamente en una bandeja de mimbre. Era medicación estomacal, hecha con ingredientes sustitutivos porque no había nada parecido a la medicina real suficiente en los alrededores. Si se encontraban con el extraño ayudante del estratega, pensaba darle un poco.

La ceremonia se celebraría en una gran plaza abierta en el centro de la capital occidental. Allí había un santuario; era un lugar muy destacado.

“Amo Lihaku.” Dijo Maomao.

“¿Hm? ¿Sí?” El soldado con aspecto de gran chucho estaba cortando una sábana en tiras ordenadas con un cuchillo.

“¿Estamos seguros de que celebrar un festival en este momento no será contraproducente y provocará violencia en su lugar?”

“Es una pregunta realmente difícil. Nuestra única salvación es que todo lo que he visto de esa plaza hace que parezca fácil de defender. Es circular, así que podemos rodearla, y es grande, lo que hará difícil disparar una flecha contra ella.” Así que no era, desde su perspectiva, un lugar peligroso. “El único problema potencial real es si la gente se convierte en una turba y simplemente se amontonan más allá de nosotros.”

“Sí, no habría mucho que pudieras hacer al respecto.”

Incluso unos soldados impecablemente entrenados no podían hacer mucho para resistir a un gran número de soldados.

Maomao esperaba que no hubiera heridos, pero ¿quién sabía lo que depararía el día? Incluso era posible que una turba revoltosa le arrancara la túnica a Jinshi y descubriera la quemadura en su costado.

“Lo que puedo decir es que ha habido menos violencia en los últimos días.” Dijo Lihaku, entregando la hoja destrozada al curandero. “La turba de aquella noche parece haber ayudado a que las cosas se calmaran, al menos un poco.”

“¿Quieres decir porque el Amo Gyoku-ou habló directamente a la gente?”

“Ajá. Y parece que sus hermanos menores también han estado intentando convencer a la gente.”

Eso debe venir del hermano con el que Jinshi habló.

La familia de Gyokuen controlaba todas las industrias de la capital occidental. Cualquiera que se les opusiera encontraría la vida en la ciudad muy, muy difícil.

“Sin embargo, la seguridad sigue siendo estricta. Todavía hay gente por ahí diciendo que es culpa del hermano menor imperial que se haya desatado ese enjambre.” Como soldado, Lihaku estaba al tanto de los preparativos de seguridad de cada día.

Entonces Maomao hizo la pregunta que más le preocupaba.

“¿Cómo esperas que actúe el Amo Gyoku-ou durante la ceremonia?”

¿Cómo se comportaría, este hombre que ansiaba la guerra? Maomao no creía que se quedaría quieto, vigilado por sus hermanos menores. Sólo esperaba que no soltara su discurso en mitad del ritual.

“Esperamos de él un saludo formal, por supuesto. En aras de la seguridad, esperará en la oficina administrativa hasta su momento. Parece que su discurso será al final, cuando todo haya terminado.”

Utilizar la oficina administrativa como punto de reunión era perfectamente comprensible; no estaba lejos de la plaza. Y sin embargo...

“¿No te parece que está poniendo al Amo Gyoku-ou en el punto de mira?” Preguntó Maomao.

“Yo diría que sí.” Respondió Lihaku.

Proporcionar seguridad iba a ser bastante difícil; dividirlos en dos grupos parecía especialmente cuestionable. La gente confiaba en Gyoku-ou. ¿No estarían más tranquilos si él estuviera en la plaza con ellos?

Por no hablar de que, normalmente, que la persona menos importante socialmente se presentara tarde sería de una descortesía desmedida. La imagen de Gyoku-ou llegando desde la oficina administrativa con sus asistentes y guardaespaldas a cuestas dejaría una profunda impresión en los espectadores.

“Déjame adivinar. ¿Fue idea del Amo Gyoku-ou?”

“En realidad, no.” Dijo Lihaku, cerrando los ojos y acariciándose la barbilla, que poco a poco iba adquiriendo barba incipiente. Ya no quedaban cuchillas lo bastante finas para afeitar el vello facial, así que tenía que prescindir de ellas. “Lo que he oído es que los hermanos menores del Amo Gyoku-ou querían reunirse para discutir asuntos antes de la ceremonia. Pero no había mucho tiempo, y mañana era el único momento en que podían hacerlo.”

“Vaya, vaya.” Maomao estaba impresionada; Dahai había trabajado más de lo que esperaba.

“Los hermanos parecen estar divididos en facciones que apoyan al mayor y a la menor.”

“¿La menor?” Maomao se quedó perpleja por un momento, pero entonces tuvo una visión de la Emperatriz pelirroja. “¿Te refieres a la Emperatriz Gyokuyou?”

Era la primera vez que oía que Gyokuyou era la menor de los hijos de Gyokuen, pero ella y Gyoku-ou estaban tan separadas en edad que no era tan sorprendente.

“Así es. Puede que el hijo mayor herede el liderazgo del clan, pero la palabra de la Emperatriz tiene mucho peso, aunque sea su hermana menor. Todas las hermanas están a favor de la Emperatriz Gyokuyou, e incluso algunos de los hermanos.”

“Está usted muy bien informado, Amo Lihaku.” Maomao dio un codazo al gran soldado.

“Hablo con los otros guardias que pasan por aquí, y cada uno sabe sus cosas. Oigo mucho. Los otros solían decir que estaban celosos de mí porque se suponía que vigilar el anexo era un trabajo cómodo, pero desde aquella turba de la otra noche, no he oído ni una palabra de nadie.”

“¿Soy sólo yo, o el Amo Gyoku-ou parece dado a políticas extremas? ¿No molesta eso a la gente de la capital occidental?”

“Eso tiene que ver con qué «capa» de la base de apoyo estás mirando. El grupo en el que estás pensando, jovencita, tiene un montón de partidarios del Amo Gyoku-ou en él. Si cambias tu perspectiva, muchas otras cosas cambian con ella.”

“Me parece que antes no era así.” Objetó Maomao mientras ayudaba a desenredar al matasanos de las tiras de sábana en las que se había quedado atrapado.

“El tiempo pasa, las cosas cambian. Cuanto más se enfada la gente, más presiona a sus políticos. Y luego, más tarde, se quejan de que no les gusta cómo ha salido.”

“¿Así es cómo funciona?” Maomao enrolló la tela. Sólo esperaba que el ritual saliera bien.

El día siguiente era luminoso y azul, sin una nube en el cielo. Eso no era precisamente un signo de buena suerte en la capital occidental, donde apenas llovía, pero aun así constituía un bonito telón de fondo para una ceremonia. Las inminentes festividades contribuyeron a disipar la tristeza que se había apoderado de la ciudad en los últimos meses.

“¿Qué le parece, señorita? ¿Subimos?” Preguntó el curandero, subiendo las escaleras con su batata al vapor en la mano. Maomao y él debían quedarse vigilando la consulta médica, pero la plaza era visible desde el tercer piso del anexo, y decidieron observar desde allí.

Maomao había sugerido ir al lugar del ritual por si ocurría algo, pero Jinshi había rechazado esa idea. Parecía pensar que su vida sería mucho más dura si Maomao resultaba herida que si lo hacía él mismo.

De todas formas, no espero que Jinshi esté herido, y el raro estratega está en la ceremonia. Si Maomao también estuviera allí, parecería probable que interrumpiera los procedimientos.

En vez de eso, pudo observar desde el tercer piso de su edificio, que tenía una vista excelente y una brisa agradable. En la habitación con ella y el curandero estaban Chue, Lihaku, el pato y, por alguna razón, el Hermano de Lahan.

“¿Qué? ¿Crees que está mal que esté aquí?” Preguntó el Hermano de Lahan, mirándola con el ceño fruncido. El pato levantó el pico imitando su expresión. El Hermano de Lahan debía de estar cuidando

del pato por encargo de Basen, que hacía las veces de guardaespaldas de Jinshi.

“¿Dije algo en voz alta?”

“Lo vi en tu cara. Duele saber que tenía razón.”

“Lo siento.” Maomao intentó que el Hermano de Lahan se sintiera mejor ofreciéndole una batata al vapor, pero éste se echó hacia atrás, diciendo que ya había tenido más que suficiente. El pato le consoló.

“Puedo verlos, pero está muy lejos. Son todos muy pequeños.” Dijo el curandero, entrecerrando los ojos. El escenario era visible desde donde estaban, pero no podían distinguir las caras de los participantes. Sin embargo, podían distinguir a Jinshi, que, incluso a esa distancia, era odiosamente imperceptible.

“Eso es bueno. Desde tan lejos, ni el mejor arquero podría acertarles.” Comentó Chue, algo bastante inquietante. Maomao escudriñó los edificios cercanos a la plaza; los únicos tan altos como el anexo eran la oficina administrativa y la casa principal.

El curandero entrecerró los ojos un poco más.

“Me parece que una flecha podría llegar desde más lejos de donde estamos.” Desde su habitación hasta el centro de la plaza había unos doscientos metros en línea recta.

“Con un arco largo o una ballesta, tal vez, pero ¿cómo le darías a algo así? E incluso si por algún milagro lo hicieras, la flecha nunca tendría la fuerza suficiente para matar a quienquiera que alcanzara. A

eso lo llamamos «alcance efectivo», y suele ser inferior a cien metros.” Dijo Lihaku, proporcionando útiles antecedentes militares.

“Oh. Bueno, eso me hace sentir mejor.” El curandero se metió unas batatas en la boca aliviado.

“¿Estás *absolutamente* seguro de que es seguro?” La objeción procedía del Hermano de Lahan. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, acariciando al pato, que se posó en su regazo. “Lo lejos que vuela una flecha o si da en el blanco depende de la habilidad y la fuerza del arquero, ¿no? O supongamos que han desarrollado un arco más avanzado: podría ser mucho más peligroso de lo que crees, ¿no?”

El Hermano de Lahan sabía hacer bien casi todo. Puede que no fuera el hombre más excepcional en ningún campo, pero era tremendamente versátil.

“Tienes toda la razón, Hermano de Lahan. Pero no creo que un arco y una flecha vayan a ser una gran amenaza aquí. El arco tiene una larga historia—no va a cambiar mucho ahora. Ahora, un arma de fuego feifa, esa tiene un montón de crecimiento por delante. Podría ser muy peligrosa algún día.”

“¿Un feifa? Me sorprende oírte mencionar eso.” Dijo Maomao. Lihaku era un soldado, alguien que confiaba en sus propias fuerzas. Se sorprendió al darse cuenta de que podía confiar en las armas de fuego.

“Ajá. Ahora mismo un feifa es menos poderoso que un arco, pero mira lo portátil que es, sólo un pequeño tubo. Esa es la parte que da

miedo. Las herramientas se vuelven más y más poderosas a medida que se mejoran. Y las herramientas que no dependen de la fuerza del usuario son cada vez mejores cuanto más se mejoran.”

“Er, bueno, entonces, ¿no sería peligroso que alguien tuviera una de estas *fee... fei-fa*?” Preguntó el curandero, claramente inseguro de lo que era realmente un feifa.

“¡Claro que sí!” Declaró Lihaku. Demasiado animado para tranquilizar al viejo doctor.

“¡Lihaku! Si alguien apunta a los oficiantes con una de estas armas de fuego, ¿qué sentido tienen todos tus guardias?” Preguntó el Hermano de Lahan, desesperado. Dejó el pato a un lado.

“Buena pregunta. Pero los feifa aún tienen demasiados defectos para ser utilizados en un asesinato. No espero ver a nadie intentar nada con uno en esta ceremonia. Ya está. ¿Te sientes mejor?”

Sonaba tan seguro de sí mismo que hasta Maomao estaba dispuesto a creerle.

“La amenaza de violencia me preocupa más.” Dijo Lihaku. “Pero por ahora las cosas parecen tranquilas.”

“Y probablemente seguirán así, mientras estemos repartiendo comida.” Dijo el Hermano de Lahan, escéptico. “Mira. ¿Ves eso de ahí?”

“¿Ver qué por dónde?” Preguntó Chue, entrecerrando los ojos. Maomao también miró y vio una multitud de gente rodeando lo que parecían puestos de venta.

“Están repartiendo comida extra que llegó. Bueno, batatas, para ser específicos.”

“Batatas.” Repitió Maomao. ¿Hasta qué punto estaba loco el padre de Lahan por las batatas? El abuelo y la madre de Lahan parecían resentidos por su rústica vivienda, pero Maomao sospechaba que, sólo con vender batatas, sus ingresos probablemente superaban con creces los del endeudado patrimonio del raro estratega. Habían construido un auténtico Palacio de la Batata.

“Acudieron a las personas que normalmente se encargan de los puestos de comida en este tipo de cosas y consiguieron que repartieran las batatas. Consiguen manipuladores de alimentos con experiencia, y eso ayuda al empleo.”

“Hoh.” Dijo Maomao, tomando un sorbo de té. Era fino, hecho con hojas bien usadas. Las batatas facilitarían las cosas, porque ni siquiera había que pelarlas: con un mínimo de combustible, se podían asar. Era muy propio de Jinshi pensar no sólo en repartir comida, sino en cómo utilizarla para obtener diversos beneficios económicos.

“También han añadido un detalle extra.” Les informó el Hermano de Lahan. “Marcan cada batata para identificarla como procedente del hermano menor de Su Majestad.”

Maomao escupió el té con tanta fuerza que se le metió en la nariz y amenazó con volar hasta sus ojos.

“¿Eh? ¿Cuál es tu problema?” Preguntó el Hermano de Lahan, dándole una palmada en la espalda.

“N-Nada. Nada, nada. Sólo que, ¿no es un poco impertinente poner la marca del Príncipe de la Luna en una batata?”

“Es una versión simplificada, sólo una luna creciente. No habría sido posible hacer nada demasiado detallado.”

Maomao se preguntó, preocupada, si Jinshi lo hacía como una forma de autoflagelación.

“¡Batatas marcadas! Suena interesante. La Srta. Chue irá a por ellas.” Dijo Chue, *poniéndose* en pie.

“Aquí tenemos batatas.” Dijo Maomao.

“Ella también verá si hay algún aperitivo tentador alrededor. En otras palabras, la Srta. Chue está cansada de mirar.”

“Eso no es justo, Srta. Chue. ¿Espera que me quede aquí y vigile el lugar?” Dijo Lihaku.

“¡Claro que sí! Diviértete.”

Y con eso, Chue se fue.

Maomao se secó la cara con un pañuelo y miró hacia la plaza. Un hombre con ropas muy llamativas —supuestamente Jinshi— caminaba

por ella. No pudo oír lo que decía, pero percibió el leve sonido de los instrumentos musicales que la brisa llevaba hasta ellos.

Masticó una batata y esperó que no pasara nada.

Capítulo 18:

La Conferencia de Hermanos

Rikuson echó un vistazo a la sala de reuniones y se preguntó por qué estaba allí.

Estaba en la sala más grande del edificio administrativo, y con él estaban los hijos de Gyokuen. Ocho de ellos, incluido Gyoku-ou, todos sentados en una mesa redonda.

Por lo que Rikuson sabía, Gyokuen tenía trece hijos. Uno de ellos era la Emperatriz Gyokuyou. La segunda hija de Gyokuen, según había oído Rikuson, le había acompañado a la capital real como su ayudante.

Eso dejaba once niños en la capital occidental, lo que significaba que tres de ellos no estaban aquí. Tal vez era tan difícil reunir a todos al mismo tiempo, o tal vez sólo se había enviado a un representante de cada prole materna.

Rikuson miró a los hermanos, haciéndolos coincidir con su memoria. Gyoku-ou era el hijo mayor, por supuesto. A su izquierda estaba el segundo hijo, y a su derecha, el tercero. El tercer hijo mantenía buenas relaciones con la Emperatriz Gyokuyou, y también se había reunido varias veces con el hermano menor de Su Majestad. Ambos acudían a veces al edificio administrativo.

La hija mayor de Gyokuen se sentó junto al segundo hijo, y la tercera hija junto al tercero. Era costumbre en la capital occidental que la persona más respetada se sentara más lejos de la entrada, pero al mismo tiempo, la hija mayor era mayor que el segundo hijo. Así que aquí no se atendía estrictamente a la edad, sino que se discriminaba por género.

Faltaban el cuarto hijo y la quinta hija. También había tres caras que Rikuson no reconocía. Supuso que eran los únicos hermanos a los que aún no había visto: los hijos quinto, sexto y séptimo. Suponiendo que estuvieran sentados en orden, el hombre sentado justo enfrente de Gyoku-ou sería el séptimo hijo.

Detrás de cada uno de los hermanos sentados había otra silla, en la que se sentaba un ayudante o asistente. Sólo detrás de Gyoku-ou había dos sillas: su confidente estaba en una de ellas y, por alguna razón, Rikuson en la otra.

Rikuson no podía sentirse más fuera de lugar, pero Gyoku-ou le había convocado a esta conferencia, así que no podía hacer otra cosa que ir. Por derecho, Rikuson debería haber estado en la plaza, observando el ritual.

“¿Y bien, Hermano Mayor? ¿Para qué nos has convocado hoy?” Preguntó la hija mayor, una mujer de unos cuarenta años con nariz de halcón.

“Como ya he explicado. Deseo discutir el futuro de la capital occidental, no, de la propia provincia de I-sei.” Gyoku-ou extendió las

manos. Su estructura grande y sólida hacía que su hermana mayor pareciese mucho más delicada y flexible. Puede que todos los comensales fueran hermanos, pero como cada uno tenía una madre distinta, parecían muy diferentes entre sí.

“No puedo estar de acuerdo con lo que sugieres, Hermano Mayor.” Dijo el tercer hijo con voz firme. Su piel tostada por el sol y su cabello lo distinguían como hombre de mar. Rikuson recordó que este hijo estaba a cargo de los puertos, y que podía ser incluso más influyente que el segundo hijo. Gyoku-ou tendría que tener cuidado con él.

“Oh no, ¿Dahai? ¿Qué pasó con lo de escuchar a tu hermano mayor?” Resopló Gyoku-ou. Pero no estaba tratando con un niño, sino con un hombre de unos treinta años.

“Entiendo lo que intentas decir. Te refieres a lo que ya me dijiste, ¿no?” Preguntó Dahai con una mirada a Rikuson.

“No te preocupes. Todos en esta sala son libres de enterarse.” Dijo Gyoku-ou. Su forma de indicar que Rikuson estaba de su lado, tal vez. O tal vez que no le importaba que la historia llegara a oídos del hermano menor imperial.

Dahai miró directamente a Gyoku-ou.

“¿Quieres atacar a Shaoh? Nuestro padre nunca se quedaría de brazos cruzados y te dejaría hacer algo así. Puede que estés actuando como gobernador, Hermano, pero esto está yendo demasiado lejos.”

“Estoy de acuerdo con Dahai.” Dijo el segundo hermano, un hombre corpulento y bronceado. Estaba a cargo del transporte terrestre, recordó Rikuson. “Los beneficios que vislumbra de esta guerra parecen nebulosos comparados con los costes de librarla. Soy comerciante. Me repugna la idea de enviar a mis trabajadores al campo de batalla... y si perdiéramos esta guerra, ¡imagínate la deuda que tendríamos!”

Varios de los otros hermanos expresaron su acuerdo con la valoración del segundo hijo. Gyoku-ou, sin embargo, parecía tranquilo.

“Vaya, vaya. ¿Tuvieron una pequeña reunión antes de venir a enfrentarme? Creo recordar que antes estaban más *abiertos* a mi sugerencia.”

“No estoy de acuerdo.”

“Yo tampoco.” Dijeron la mayor y la tercera hija. La tercera hija tenía un rostro llamativo y un cuerpo voluminoso; parecía bastante más joven de sus treinta y tantos años.

Cuando las hermanas mayores hablaron, los hombres más jóvenes, del quinto hijo en adelante, miraron a su alrededor con inquietud. La hermana mayor ignoró su incomodidad y continuó: “¿Dónde se supone que venderé mis alfombras si empezamos una guerra? Por fin he conseguido hacer grandes incursiones en Shaoh.”

Entonces habló la tercera hermana.

“Y ya no podré hacer mi vino de uva. Ya que supongo que obtendrás tus reclutas de entre los campesinos. No puedes llevarte a mis viticultores, te lo aseguro. Por fin hemos conseguido que la gente piense que nuestro vino sabe mejor que el importado. Cada vez más gente lo compra en la capital real.”

Ninguna de las dos estaba contenta. Aunque eran mujeres, tenían papeles reales que desempeñar. Eran mercaderes de pura cepa, verdaderas hijas de Gyokuen, y eso parecía poner a los hombres contra las cuerdas.

“Palabras duras, mis hermanas pequeñas. Palabras duras.” Dijo Gyoku-ou con una sonrisa sombría.

“¿Duras? Me han confiado toda la industria textil de la capital occidental. Si entramos en guerra, nuestros mejores trabajos dejarán de venderse. ¿Sabes cuántos artesanos acabarán en la calle? Cientos, si no miles, de obreros y sus familias morirían de hambre... ¿Y esperas que yo lo acepte sin más? Necesitaría una garantía de al menos una década de suministro y seguridad en el otro lado, o no quiero ni hablar de ello.”

“Vaya. Tantas exigencias.” Gyoku-ou parecía preocupado. Por un segundo, casi pareció que la hermana menor había conseguido hablar más que su hermano mayor, pero la preocupación desapareció pronto del rostro de Gyoku-ou. “Por lo que he oído, el transporte terrestre y marítimo, la industria textil y la vinicultura están funcionando bastante bien. Podrán continuar felizmente a pesar del enjambre.” Se acarició

la barbilla y se volvió para mirar a los tres hermanos silenciosos. “¿Y la herrería, la cerámica y la ganadería? ¿Cómo les va?”

Un hombre levantó la mano vacilante. No podía ser mayor que Rikuson, quizá incluso bastante más joven. Era pequeño pero musculoso; por su posición, Rikuson pensó que era el quinto hijo.

“Para ser sincero, no muy bien.” Dijo. “Construimos un horno alto en la capital occidental, como sugirió mi padre, pero no ha mejorado la rentabilidad. Nunca iba a hacerlo.”

“¿Por qué no? ¿No haces tú el trabajo? Sé que hay una demanda constante de hierro.” La tercera hija entrecerró sus grandes ojos y miró a su hermano pequeño.

“¡Claro que sí! ¡Estamos trabajando! Pero no sucede como crees. El puerto de la capital facilita bastante conseguir mineral de hierro, ¡pero no tenemos combustible! La paja y la mierda de oveja no bastan para hacer un horno lo bastante caliente como para fundir metal. La leña y el carbón son demasiado caros, y aunque pudiéramos permitirnoslos, la ciudad está repleta de mercancías. Los clientes prefieren la metalistería extranjera de mayor calidad. Podríamos trabajar todo lo que quisiéramos, y aun así tendríamos que vender al precio más bajo.”

“¡Entonces haz objetos más *valiosos*!” Dijo la tercera hermana. Claramente pensó que esto debería haber sido obvio.

“Lo haremos. ¿Pero tienes idea de cuánto trabajo preliminar hay que hacer antes de que podamos hacerlo? ¿No recibiste tú misma la ayuda de nuestro padre hasta que el vino de nuestra región empezó a venderse?”

“¡Ejem! Bueno, sí, pero...” La tercera hermana parecía claramente incómoda.

“Estoy con el Quinto Hermano.” Dijo levantando la mano un hasta entonces callado hombre de unos veinte años. Parecía que hablaban por orden de edad, lo que le convertía en el sexto hijo. Rikuson sólo pudo observar cómo discutían los hermanos, tan inertes como la silla en la que estaba sentado. “La cerámica también es difícil de fabricar sin combustible. Me alegra tanto como a cualquiera de ustedes ver que la capital occidental crece a pasos agigantados como hasta ahora, pero al mismo tiempo los precios suben. Sobre todo los del combustible, ya que nuestro limitado suministro se reparte entre cada vez más gente. Es un simple hecho de la vida.”

A diferencia del quinto hijo, el sexto hablaba con calma y racionalidad, pero lo que decía era prácticamente lo mismo.

“Supongo que eso me convierte en el último.” Empezó el séptimo hijo. Aún tenía cara de niño, pero sus mejillas y orejas estaban plagadas de cicatrices. “Por lo que a mí respecta, puedes oponerte a esta guerra si quieres. Pero voy a añadir un treinta por ciento al precio de la lana de mis rebaños.”

“¿Q-Qué?! ¿Por qué?!” Exigió la hija mayor, encargada de los textiles.

“Llevo años manteniendo el precio. Mamá, papá y el abuelo han estado hablando entre ellos, dicen que es de la familia. Darle un buen precio, dicen. Pero cuando yo estoy al mando, quiero hacer negocios al precio adecuado. ¿Sinceramente? Treinta por ciento sigue siendo un gesto de buena voluntad. Es como decían nuestros hermanos: a medida que crece el capital occidental, suben los precios. Entonces, ¿por qué no iba a subir también el precio de la lana para hacer sus tejidos?”

El quinto y el sexto hijo asintieron al séptimo.

“¿Treinta por ciento de golpe? Eso es absurdo.” Replicó la hija mayor. “¿Lo normal es que el precio aumente en pasos más pequeños!”

“¿Y mientras ese precio sube, los demás vamos a morir!” Exclamó el séptimo hijo, mirando fijamente a su hermana mayor. “Gracias al enjambre de insectos, mi ganado escapó y mis tiendas están hechas jirones. Estaría dispuesto a comprar comida, pero nadie me la vende... ¿saben lo que es eso? Ya he tenido que vender la décima parte del ganado que me quedaba. Sé que ahora no puedo conseguir un precio justo por lo que ya he vendido. Vendía la lana y la mantequilla que me quedaban para comprar comida, pero ahora ni siquiera puedo hacer eso. También he estado bajando el precio del estiércol de oveja para la herrería y los hornos de alfarería. Este invierno parece que va a ser frío. No tendré combustible extra para vender, y será todo lo que pueda hacer para comprar comida para mí. Adelante y lloriquea sobre cómo

debería hacer un trato a los miembros de mi familia. No servirá de nada. Porque no habrá nadie que te haga un descuento si estoy muerto.”

El séptimo hijo, vio a Rikuson, era el más joven, pero también el más combativo de los hermanos. La hija mayor fruncía el ceño.

El séptimo hijo parecía tener más cosas que quería decir. Miró a Gyoku-ou.

“Hermano mayor. Siendo así, te pido que este año abras las provisiones.”

“Las provisiones.” Repitió Gyoku-ou.

“Sabes lo que quiero decir. Supongo que es seguro ser explícito aquí.” La mirada del séptimo hijo recorrió a los que estaban alrededor de la mesa. Sólo por un segundo, Rikuson sintió que el joven le miraba a los ojos. “Si subo el precio de la lana y tenemos carbón del que depender, podríamos sobrevivir. De algún modo.”

Rikuson apenas consiguió mantener su aire de frío distanciamiento ante las palabras del séptimo hijo. Se sorprendió al darse cuenta de que el corazón le latía con fuerza, pero consiguió —esperaba— parecer fríamente perplejo. *¿Por qué, qué es eso?* Parecía decir su expresión.

“¿La piedra ardiente? Sí, yo también la necesito.” Dijo el sexto hijo.

“¡Y yo! ¡Dame un poco a mí!” Dijo el quinto.

Carbón: la piedra ardiente. Como su nombre indica, era una roca que ardía al prenderle fuego. No se extraía en las regiones centrales;

allí apenas se utilizaba, por lo que no se consideraba valioso, pero no ocurría lo mismo en la provincia de I-sei. El carbón se quemaba a menudo para mantener el calor en los años fríos. Era esencial.

A estas alturas, Rikuson ya conocía bien las relaciones entre los hermanos. Los mayores, cuyos negocios tenían éxito, buscaban la estabilidad y no querían la guerra. Pero los más jóvenes se habían visto forzados al borde del abismo por el enjambre de insectos y podían derrumbarse en cualquier momento. Ahí fue donde Gyoku-ou encontró su oportunidad.

“A largo plazo, los beneficios son numerosos. Si capturamos Shaoh, también nos quedamos con su mina.” Afirmó Gyoku-ou. “Mover carbón a través de los puertos será fácil, al igual que transportar mercancías al interior. Nuestras fábricas de hierro y cerámica crecerán, y nunca más nadie tendrá que morir de frío.” Hablaba claro, con fluidez; el discurso estaba bien ensayado.

Dahai se levantó de su asiento.

“Has hecho toda tu planificación desde detrás de un escritorio, Hermano. Peor aún, es imposible que sepas que esto funcionará. ¿Qué te hace pensar que Shaoh caerá tan fácilmente? ¿Cómo puedes estar seguro de que tienen una mina de la que podemos obtener carbón? Shaoh es un país neutral. Si Li los ataca sin provocación, otras naciones no se quedarán quietas. Enfadarías a Padre, y peor aún, enfadarías al Emperador. Su amor por nuestra hermana no te salvará entonces, ¿ni

siquiera con tu sobrino en línea para el trono! Los Yi fueron destruidos; ¿crees que no nos destruirán a nosotros?”

El corazón de Rikuson volvió a latir con fuerza.

“La destrucción del Clan Yi fue inevitable.” Dijo Gyoku-ou con tristeza, desatando murmullos entre los hermanos y hermanas.

Rikuson respiró hondo. *Cálmate*, se ordenó. Miró a su alrededor y vio que cada uno de los hermanos tenía una de dos expresiones en la cara. Los mayores parecían ansiosos, mientras que los más jóvenes parecían perdidos. Se dio cuenta de que los más jóvenes, desde el quinto hijo en adelante, nunca habían conocido los detalles de lo ocurrido diecisiete años antes.

“El Clan Yi atrajo la atención de la emperatriz regente.” Dijo Gyoku-ou. “Si se les hubiera dejado a su suerte, toda la capital occidental podría haber sido arrasada. La fruta podrida puede estropear la caja en la que se guarda, así que hay que tirar ambas cosas. Era inevitable.”

Se abstuvo de decir *por qué habían llamado* la atención de la emperatriz.

Fue el segundo hijo quien suspiró profundamente, levantándose de su propia silla para colocarse entre Gyoku-ou y Dahai.

“Ambos, calma.” Dijo. “Cálmate tú, Dahai. Al menos veo que nuestro hermano intenta encontrar alguna forma de ayudar a que la capital occidental prospere. Todos estamos nerviosos por culpa del

enjambre. ¿Qué haremos si tú, que estás por encima de ellos, también te irritas y te preocupas?”

“Pero Segundo Hermano...”

“No me malinterpretes. Me opongo a la sugerencia del Hermano Gyoku-ou, al igual que tú. La cuestión del combustible es crucial, pero no se puede precipitar. Ahora mismo, creo que deberíamos centrarnos en recuperarnos del desastre que nos ha sobrevenido. Sí, será doloroso, pero ¿no nos enseñó Padre a los hermanos a ayudarnos unos a otros? Y tú, Hermano Mayor, ¿no puedes esperar un poco, hasta que el heredero aparente se haya hecho mayor?”

Ante eso, Gyoku-ou se echó a reír.

“Jeje... ¡Ja, ja, ja! ¿Cuántos años quieres que espere, hermanito? ¿Qué certeza tenemos siquiera de que mi sobrino ascenderá al trono sano y salvo?”

“¡Estimado hermano Ou, vas demasiado lejos!” Dijo la tercera hermana, golpeando la mesa.

Los ojos de Gyoku-ou se abrieron de par en par.

“¡Me llamarás Gyoku-ou!” Bramó, alzando la voz por primera vez.

Su enfado hizo que la tercera hermana volviera sobre sus talones; sus propios ojos se abrieron ligeramente, pero con consternación. Había metido la pata y lo sabía.

“Le pido disculpas, Hermano Mayor Gyoku-ou.” Dijo.

Casi de inmediato, la sonrisa volvió al rostro de Gyoku-ou.

“No es nada. Mientras te des cuenta.”

Los otros hermanos le miraron de nuevo. Hasta hacía un momento, Rikuson habría dicho que intercambiaban sus opiniones libremente y sin cortapisas, pero al ver cómo reaccionaban ante los gritos de Gyoku-ou, percibió un enorme abismo entre ellos. Gyokuen tuvo trece hijos, pero sólo dos de ellos llevaban “Gyoku” en sus nombres: Gyoku-ou y la Emperatriz Gyokuyou.

Podía ser el padre de trece hijos, pero Gyokuen sólo había tenido un sucesor, Gyoku-ou. Como heredero garantizado, su poder entre sus hermanos era absoluto. Sus hermanos y hermanas menores sólo podían oponerse a Gyoku-ou en la medida en que él se lo permitiera. Su arrebató les había recordado este hecho. Les había mostrado que mantenían esta discusión sólo a placer de Gyoku-ou. Eran actores secundarios que Gyoku-ou había reunido en su escenario.

Ni que decir tiene que “asesor anónimo” no era un papel con voz. Y eso es exactamente lo que era Rikuson.

El ambiente en la sala se había vuelto intensamente incómodo. El segundo hijo regresó vacilante a su asiento.

La charla, pensó Rikuson, normalmente habría sido más amistosa, pero el enjambre de insectos había dejado a todo el mundo viviendo vidas reducidas desde hacía casi tres meses. Era improbable que los

propios hijos de Gyokuen murieran de hambre, pero el peso de las responsabilidades que cargaban les crispaba los nervios.

“No hablo de temores infundados.” Dijo Gyoku-ou. “Hablo de la verdad. ¿Sabes cuántos hijos de Su Majestad han perecido en el palacio posterior en estos últimos días?”

Los hermanos y hermanas se miraron en silencio.

“¿No? Entonces preguntemos a alguien que *provenga* de esa región. Rikuson, ¿cuántos de los honorables hijos del Emperador han dejado el mundo mucho antes de tiempo?”

Ahora toda la atención se centraba en Rikuson. Demasiado para ese papel secundario: le habían dado un nombre. Tener a todos los hermanos mirándole era casi insoportable, pero no podía hacer otra cosa que responder.

“Cuando aún era el príncipe en espera, uno. Desde su llegada al trono, tres de sus hijos han muerto prematuramente.”

“Ahí lo tienes. Piensa en lo joven que es todavía el heredero. Uno no puede estar seguro de la vida de un niño hasta al menos los siete años.”

Los hijos de la familia imperial se criaban en mejores circunstancias que los del pueblo llano, pero aun así, un bebé podía morir con demasiada facilidad, e incluso un niño adulto podía sucumbir a la enfermedad.

“Nuestra hermana menor Tú tiene un hijo, el heredero, y una hija, una princesa. Pero otra de las consortes reales también tiene un hijo de casi la misma edad que el heredero. Puede que el hijo de nuestra hermana sea el siguiente en la línea de sucesión al trono, pero ¿podemos estar seguros de que se quedará allí?”

Al invocar a esta otra mujer, Gyoku-ou planteó la perspectiva no sólo de una muerte por enfermedad, sino de un asesinato.

“¿Quieres decir que la Consorte Lihua atentaría contra la vida del heredero?” Preguntó Dahai. Gyoku-ou negó con la cabeza.

“Ja, ja, ja. ¿No hay alguien mucho más terrible que la Consorte Lihua?” Dirigió una mano hacia la ventana, hacia la plaza donde se estaba celebrando una ceremonia de estado.

“Hermano mayor, ¿qué estás diciendo?!” El segundo hermano golpeó la mesa con el puño y saltó de la silla.

“Hermano Mayor Gyoku-ou, no puedo consentir esa expresión.” Dijo la hermana mayor; tanto ella como la tercera hermana negaron con la cabeza. Los demás hermanos también se mostraron inquietos y se volvieron hacia sus ayudantes. Rikuson no les había prestado demasiada atención —estaba muy ocupado vigilando a todos los hermanos—, pero era evidente que ellos también estaban conmocionados por las palabras de Gyoku-ou.

“¿Por qué no? Seguro que está claro por qué ninguno de los vástagos reales parece sobrevivir. Su Majestad quiere más a su propio

hermano, el Príncipe de la Luna, que a los niños nacidos en el palacio posterior.”

Eso puso la mesa en ebullición.

“Eso no puede ser... Espera, ¿puede ser?” Preguntó alguien.

“¿El Príncipe de la Luna?” Dijo otra persona.

Algunos se escandalizaron, pero para otros, parecía tener sentido. Rikuson, por su parte, no estaba seguro de cómo reaccionar. El Príncipe de la Luna había pasado años evitando la mirada pública con el pretexto de estar debilitado por una enfermedad. No había otros miembros de la estirpe real, y siempre habían corrido rumores de que el actual Emperador adoraba a su hermano menor. Al fin y al cabo, ambos eran hijos de la misma madre. Algunos decían que el Príncipe de la Luna estaba alejado de los deberes públicos debido a la sobreprotección de Su Majestad.

Sin embargo, cuando el hermano menor apareció por fin, resultó ser tan bello y tan fino como una ninfa celestial, y también un joven corpulento tan hábil en las artes militares como en las administrativas. Pero lo que conmocionó a la gente que lo vio fue algo más que la revelación de que el hermano menor del Emperador no era un hombre al que se pudiera descartar. Era que, bajo el nombre de Jinshi, este hombre había pasado años dirigiendo el palacio posterior, haciéndose pasar por un eunuco. Lo que fue aún más chocante fue el *momento* elegido para hacer su aparición pública: con motivo del aplastamiento del Clan Shi.

Desde sus días como “eunuco”, la belleza del Príncipe de la Luna había llamado mucho la atención, no sólo de las mujeres, sino también de los hombres. La revelación de la verdadera identidad de Jinshi había causado mucha consternación entre los verdaderos eunucos del palacio posterior; el propio Rikuson lo había visto. Muchos se preguntaban si debían retirarse, o tal vez ahorcarse o cortarse el vientre.

Cuando le preguntaron al Emperador por qué había permitido que un miembro de la familia real se hiciera pasar por eunuco, había respondido: “Para buscar la corrupción.” En efecto, el Clan Shi, gobernante de la provincia de Shihoku, había intentado una rebelión; su destrucción estaba fresca en la memoria.

“¿Y qué es ese amor del que hablas?” La tercera hija se sonrojó. Parecía tener en mente otro significado de *amor*, pero nadie se molestó en señalarlo. De hecho, la posibilidad estaba implícita.

“¿No has oído las historias? ¿Sobre si el Príncipe de la Luna es *realmente* el hijo del antiguo emperador?” Dijo Gyoku-ou.

“Sí, pero eso es todo lo que son: habladurías. Incluso nuestro padre dijo que el Príncipe de la Luna se parecía mucho al antiguo emperador en los días de juventud del soberano. Entonces, ¿quién propones que era el padre?” Preguntó el segundo hijo, exasperado por todo el tema.

La expresión de Gyoku-ou no vaciló en ningún momento.

“En aquella época, la emperatriz viuda era simplemente la emperatriz. Sólo unas pocas personas podían acercarse a una mujer de

su posición. Si no era Su Antigua Majestad, sólo podía ser un miembro de la familia.” Gyoku-ou sonrió, una expresión que la gente de la capital occidental podría haber considerado heroica. Sin embargo, lo que decía ahora era asqueroso. “Digo, Su Actual Majestad.”

“¿Estás sugiriendo que el Príncipe de la Luna podría ser el propio hijo del Emperador?” Preguntó el quinto hermano, poniéndose pálido. No sólo los otros hermanos, sino también sus asistentes comenzaron a murmurar entre ellos.

En las numerosas tribus nómadas de la provincia de I-sei, el matrimonio entre parientes era habitual, pero las relaciones entre padres e hijos eran tabú.

“¿Es tan difícil de imaginar?” Preguntó Gyoku-ou. “Al anterior emperador sólo le interesaban las niñas, y la emperatriz viuda no era tan joven, pero aun así era joven. Me atrevería a decir que más cercana a nuestra soberana actual que a la anterior. La consanguinidad nunca ha detenido a la familia imperial. Hay registros de miembros del pasado que tuvieron hijos con sobrinas o hermanastras.”

“¡Esto es más que absurdo! ¡Lo que estás sugiriendo es absolutamente impensable!” Gritó Dahai. Toda su deferencia hacia su hermano mayor se había evaporado.

“Y sin embargo, lo explica todo. ¿El «hermano menor imperial» se parece a Su Majestad? Bueno, un hijo se parece a su padre. ¿Su Majestad adora al Príncipe de la Luna? Lo mismo hace un padre con su hijo. Finalmente, no se criaron niños en el palacio posterior durante

muchos años para permitir que su hijo mayor tuviera la certeza de heredar el trono.”

La hermana mayor se acercó a Gyoku-ou, apretándose cada vez más contra él.

“¿Quieres decir que Su Majestad nunca *pretendió* que ninguno de sus otros hijos sobreviviera hasta la edad adulta? ¿Que los otros infantes fueron asesinados, y que el Príncipe Heredero también lo será? ¿Con qué pruebas? ¡¿Qué pruebas tienes?!” Su dama de compañía, con cierta reticencia, contuvo a su señora.

“¡Tiene razón! ¿En qué te basas para decir eso?” Preguntó la tercera hija. “¡Si alguna vez saliera a la luz que estás haciendo tales acusaciones basadas en nada más que especulaciones, tendríamos la suerte de encontrarnos con el destino del Clan Yi... o incluso del Clan Shi!”

“¿Quieres pruebas? Entonces déjame que te cuente una historia.” Gyoku-ou, sin inmutarse por la algarabía que se había desatado a su alrededor, descruzó y recruzó lentamente las piernas. “Cuando nació el hermano menor imperial, casi todas las damas de compañía que habían atendido a la emperatriz hasta ese momento fueron liberadas del servicio. Una de ellas se casó con un hombre de la provincia de I-sei, y su marido resultó ser un conocido mío. Trágicamente, su marido murió, tras lo cual acudió a mí con una petición. Dijo que tenía algo muy importante que decir sobre el hermano menor imperial.”

Gyoku-ou no podía parecer más satisfecho de sí mismo.

“¿Es... es cierto?” Preguntó la hermana mayor, retrocediendo lentamente.

“Oh, es verdad. Fue el año pasado. Justo después de que el hermano menor de Su Majestad estuvo en la capital occidental.”

Dahai lanzó una mirada dubitativa a Gyoku-ou.

“Es la primera vez que lo oigo.”

“Es la primera vez que hablo de ello. Me pareció muy extraño que acudiera a mí con su historia, pero pensé que lo menos que podía hacer era escucharla. Sin embargo, casi inmediatamente después, esta antigua dama de compañía murió atropellada por un carruaje en un terrible accidente.” Extendió las manos afligido. La implicación era clara: quería que creyeran que alguien había intentado callar a la mujer.

Rikuson sintió que le entraba un sudor húmedo.

Este hombre, Gyoku-ou, tenía una fachada perfecta.

Sabía cómo preparar el escenario.

Y sabía cómo pinchar a los demás en sus puntos más débiles.

No tenía pruebas reales de sus afirmaciones, pero conseguiría sembrar la duda en las mentes de todos los presentes sobre las circunstancias del nacimiento del Príncipe de la Luna. Habló en círculos alrededor de ellos y les invitó a llegar a esta conclusión.

“¿Crees que el Príncipe de la Luna se dignaría a escuchar lo que he dicho? ¿Sería mejor que no hablara de ello? ¿Lo sabe o no lo sabe?”

La voz de Gyoku-ou resonaba en la sala mientras declamaba. Sus gestos y movimientos eran tan estudiados como los de un actor en el escenario, y su historia, que a todas luces debería haber sido risible, caía dulcemente en los oídos.

“Nuestro padre deseaba y desea el florecimiento de la capital occidental. ¿Eso es lo que ganaremos simplemente moviendo la cola ante la familia imperial? Si dices que debemos ser sus perros, ¡entonces yo digo que deberíamos haber sido destruidos hace diecisiete años!”

El Clan Yi llevaba el nombre del perro del zodiaco, y Gyoku-ou jugaba ahora con su nombre para invocar el recuerdo de su clan. Los hermanos y hermanas más jóvenes que se habían opuesto al mayor ya no parecían tan seguros. Habían empezado a preguntarse si debían apoyar mansamente a la familia imperial o no.

Esto, vio Rikuson, era lo que hacía a Gyoku-ou tan temible. Les obligaba a hacer lo que no deseaban.

Ahora sabía por qué le habían llamado. Era una provocación: A Gyoku-ou no le importaba si el hermano menor imperial se enteraba de esto. Por eso había elegido a Rikuson, un mensajero. Al igual que el murciélago no era ni ave ni bestia, Rikuson no pertenecía ni a la capital real ni a la ciudad occidental.

El tono de Gyoku-ou llenó la mente de Rikuson. Le retó a hablar si se atrevía y le preguntó qué importaba que lo hiciera.

“Bien, debemos prepararnos.” Dijo Gyoku-ou. “No podemos dejar que la ceremonia concluya sin nuestra presencia. Todos ustedes, vayan, prepárense.”

A instancias de Gyoku-ou, los hermanos se separaron, con el corazón encogido y la cara larga.

Finalmente, sólo quedó Dahai entre ellos. Antes de salir de la habitación, se volvió para mirar a Gyoku-ou.

“Hermano Mayor. Esta ceremonia a la que vamos...”

“Cuidaré mis modales por hoy. Sé que sus corazones aún no están asentados.”

Rikuson no estaba seguro de si eso le tranquilizaba. Permaneció en su silla, inmóvil, mirando al suelo.

Capítulo 19:

El Viento que Lloro (Primera Parte)

Todo iba bien. Todo estaba bien, se repetía Gyoku-ou. Pronto, todo habría terminado. Pronto, todo estaría resuelto.

Sintió como si un hilo que se había enrollado alrededor de sus pies fuera a cortarse pronto. Mientras tanto, se movía para cortar los innumerables hilos enrollados alrededor de su cuello.

La pesadilla que le había atormentado durante casi treinta años se disiparía.

Pronto. Todo muy pronto.

Recogió una pluma de vuelo que había en la estantería. Procedía de un halcón que su madre adoraba especialmente. Cuando ella murió, el pájaro murió poco después, como si la siguiera a la otra vida. Recordó su angustia cuando ella le pidió que cuidara del halcón. Él no sabía cuidar de un pájaro y nunca había esperado hacerlo.

“Protegerás este pueblo, ¿verdad?” Recordaba que le decía su madre. Era una mujer tan bondadosa que nunca había guardado rencor a nadie en su vida. Su padre, Gyokuen, la había llamado Seibo, la Madre del Oeste, porque había querido convertirla en la madre más venerada de toda la provincia de I-sei.

Ella le había dicho a Gyoku-ou que su nombre, que significaba Ruisñor de Jade, procedía de un pájaro que vivía en las tierras del lejano este. Sin embargo, él deseaba que ella le hubiera puesto el nombre del águila. Un nombre fuerte.

“Papá salva a mamá. Como el héroe de una obra.”

Entonces deseó que no le hubieran puesto el nombre de un pájaro débil como el ruisñor. Deseó tener un nombre más fuerte.

Justo cuando Gyoku-ou dejó la pluma en el suelo, llamaron a la puerta.

“Entra.” Dijo.

“Amo Gyoku-ou, hay alguien que desea una audiencia con usted. ¿Quiere recibirle?” Preguntó su ayudante, entrando en la habitación.

Gyoku-ou estaba en su despacho del edificio administrativo, cambiándose. La discusión con sus hermanos había durado mucho y quería darse prisa para llegar a la ceremonia. No tenía tiempo para recibir visitas.

“¿Quién es?” Preguntó.

“Un hombre llamado Takubatsu, de una aldea al noroeste. ¿Qué va a hacer, señor?”

La pregunta significaba: ¿Quería un guardia en la habitación? Gyoku-ou tenía prisa; fuera lo que fuera, quería que acabara rápido.

“No te molestes con un guardia. Y también te quiero fuera de aquí.”

Takubatsu era el hermano de leche de Gyoku-ou. La madre de Takubatsu había sido una antigua Lectora del Viento esclavizada. Seibo, por compasión hacia una compañera de tribu, había liberado a la mujer de la esclavitud y la había llevado a su propia residencia. La madre de Takubatsu había estado muy unida a Seibo, lo que la llevó a convertirse en la niñera de Gyoku-ou. Gyoku-ou recordaba a su madre y a su niñera cuidando juntas del pájaro.

Gyoku-ou terminó de cambiarse mientras el ayudante hacía pasar a Takubatsu a la habitación.

“Discúlpeme.” Dijo Takubatsu y se colocó ante Gyoku-ou. Era una figura poco imponente, con el cabello negro revuelto y ojos pálidos que delataban sangre extranjera en sus venas. La niñera de Gyoku-ou había tenido a su hijo antes de ser liberada de la esclavitud; su padre había sido su dueño.

Takubatsu había trabajado en la casa principal junto con su madre, pero cuando ésta enfermó, él había dejado el trabajo. Gyokuen le había dicho a la niñera que lo había hecho bien y le había dado algo de dinero, y ella y su hijo se habían trasladado a un tranquilo pueblo agrícola.

Gyoku-ou y Takubatsu no habían tenido ningún contacto después de aquello. Probablemente, Takubatsu había estado ocupado aclimatándose a su nuevo entorno. Gyoku-ou, por su parte, se alegró de que Takubatsu desapareciese, pues parecía demasiado hermano mayor.

No obstante, según Seibo, después de ir a la aldea, la antigua niñera de Gyoku-ou se había vuelto sedentaria y senil. Después de trabajar hasta la extenuación como esclava, la vejez parecía alcanzarla rápidamente.

Takubatsu había acudido varias veces a pedir favores a Gyokuen cuando su vida se complicaba, y Gyokuen daba trabajo a Takubatsu. Pero cada vez más campesinos venían a imitar a Takubatsu, intentando pedir dinero prestado al padre de Gyoku-ou. La mayoría de ellos eran también antiguos esclavos que su madre había liberado. Esto, había pensado siempre Gyoku-ou, era lo que significaba devolver mal por bien. Nunca dejaba de asombrarle la blandura de su padre.

“¿Qué pasa? No es habitual que vengas tú mismo.” Dijo ahora, reprimiendo su deseo de exigir por qué Takubatsu tenía que venir en un momento tan ajetreado. Gyokuen ni siquiera estaba en la ciudad.

Takubatsu podía ser el hermano de leche de Gyoku-ou, pero hacía tiempo que no se veían. Para ser totalmente franco, Gyoku-ou quería darse prisa y terminar esta conversación. Ni siquiera quería ver la cara de Takubatsu.

“Siento presentarme sin avisar.” Dijo Takubatsu. “Pero hay algo que simplemente debo saber.”

¿Cuándo se *habían* visto por última vez? Gyoku-ou tenía quince años cuando su niñera abandonó la finca. Hasta entonces, Takubatsu, que era un año mayor que él, se había comportado como su hermano mayor.

En aquel momento, a Gyoku-ou no le importaba, pero ahora le irritaba sobremanera. Aun así, no pudo reunir la motivación para gritar y fanfarronear. Se ocuparía de esto como un adulto.

“Seamos francos. Resulta que estoy ocupado. Tengo que asistir a una ceremonia de Estado dentro de unos minutos.” Dijo Gyoku-ou.

“Entonces, en un espíritu de franqueza, simplemente preguntaré: ¿Pretendes ir a la guerra con Shaoh?” Takubatsu le fulminó con la mirada.

“Si resulta ser la única opción, entonces sí. Tenemos que hacerlo.” Respondió Gyoku-ou, ajustándose el cuello de la camisa mientras hablaba.

“¡Pero fuiste tú quien nos puso en esa situación! ¿Por qué? Dímelo. Siempre decías que querías ser como el Amo Gyokuen: ir a otros lugares, entablar relaciones con otras personas, ayudar a que el negocio prosperara. ¡Querías ayudar a la capital occidental a ser grande! Tienes hijos, nietos. ¿Quieres poner a tu familia en peligro? Porque eso es lo que harás si empiezas una guerra.”

Takubatsu estaba gritando. El hermano de leche de Gyoku-ou. A Gyoku-ou siempre le había parecido grande, pero ahora le parecía pequeño y destartado. El declive de su madre le había impedido conseguir un trabajo decente, lo que le había dejado en la pobreza, y por eso había acudido al padre de Gyoku-ou para sonsacar y mendigar. Gyoku-ou había pensado que tal vez vendría hoy a hacerlo de nuevo, pero no. ¿De esto quería hablar?

“Sí, lo hice, pero como dices, eso fue el pasado. Y también como dices, mi primer deber debe ser proteger a mi familia.”

Takubatsu hablaba de los días felices de la juventud de Gyoku-ou, cuando el cielo era siempre azul y sin duda le había preocupado.

“Como puedes ver, la capital occidental está en peligro. La gente está exhausta por los estragos del enjambre de insectos. Si he de suplir lo que les falta, habrá que hacer algún sacrificio, ¿no es así?”

“¡Es el trabajo de nuestros líderes evitar precisamente tales sacrificios! Si el Amo Gyokuen estuviera aquí, estaría buscando otra forma... cualquier otra forma. *¿Ha buscado?* ¡Incluso el honorable hermano menor imperial ha hecho su parte!”

Gyoku-ou encontraba irritante la voz de Takubatsu. El hombre tenía el cabello crespo y los ojos pálidos. Signos de sangre extranjera. A Gyoku-ou no le gustaba nada de Takubatsu, ni su aspecto ni su forma de actuar.

“Eso no te concierne. Ya te dije que tengo asuntos que atender. Voy a participar en una ceremonia de Estado. No tengo tiempo para entretenerte.”

“Una ceremonia de Estado en la que azotarás al pueblo en un frenesí de guerra, sin duda. Siempre fue uno de tus mayores talentos: si te daban un escenario, podías conmover a cualquier público. Al igual que nuestros hermanos y hermanas más jóvenes parecían sacudidos.”

“¡Cállate!” Bramó Gyoku-ou a su pesar. Tenía que tener cuidado. Los burócratas los habían dejado solos, pero podrían entrar si oían gritos. No podía permitirlo.

“Por supuesto que me concierne. Soy tu hermano mayor.”

Gyoku-ou miró a Takubatsu con un escalofrío absoluto en los ojos.

No podía tener a sus ayudantes oyendo hablar así. Nadie podía.

“No sé a qué te refieres.” Dijo. “Hermanos de leche podemos ser, sí. Si quieres ir por ahí jugando a ser el mayor, puedo sonreír y seguirte el juego. Pero tú *no* eres mi hermano mayor.”

“Sé que desearías que no fuera así.” Dijo Takubatsu lentamente. “El Amo Gyokuen y la Sra. Seibo te educaron así. Y estoy seguro de que mi propia madre estaba de acuerdo con ellos.”

Takubatsu arrojó un libro sobre la mesa, un bulto desgastado de pergamino de piel de oveja. Era un libro de familia. Evidentemente, era bastante antiguo, tal vez décadas. El hermano de leche de Gyoku-ou empezó a hojear las páginas.

“Lástima que para ti esté todo escrito aquí.”

El nombre de Seibo estaba allí. En la lista de hijos figuraba un nombre que Gyoku-ou no reconocía. Sin embargo, habían nacido el mismo año que Gyoku-ou.

“La historia era que mi madre dejó la casa del Amo Gyokuen porque estaba enferma. Pero sólo era una tapadera. El Amo Gyokuen

nos echó de su casa para escondernos a mi madre y a mí.” Las palabras salían ahora con facilidad, suavemente. “Me dijeron que era hijo de un comerciante Shaohnese. El hombre perdió a sus hijos por enfermedades y accidentes, uno tras otro, y cuando toda su familia desapareció, se acordó de un hijo que había tenido con una esclava olvidada.”

Gyoku-ou guardó silencio. Tenía una ceremonia a la que acudir, pero no podía dejar solo a aquel hombre mientras hacía su pequeño viaje por los recuerdos.

“Al final, ese comerciante encontró el camino hasta el Amo Gyokuen, ¿verdad? ¿No pensaste nada cuando lo viste?”

Gyoku-ou no contestó. Habían pasado unos días desde que Takubatsu y su madre se habían marchado. Un hombre extranjero que Gyoku-ou no había visto nunca llegó a la mansión y le tomó por los hombros. Hablaba en rápido shaohnés; Gyoku-ou tuvo algunos problemas para seguirle, pero pudo darse cuenta de que el hombre exclamaba: “¡Hijo mío! ¡Hijo mío!”

Este hombre extranjero era pelirrojo y tenía los ojos verde pálido. El color de sus ojos se parecía mucho al de Takubatsu, al igual que su cabello rebelde. Pero sus rasgos faciales y su complexión robusta eran la viva imagen de un Gyoku-ou mayor.

El extranjero había confundido a Gyoku-ou con Takubatsu. Antes de que Gyoku-ou pudiera apartar al hombre, Seibo se interpuso entre ellos. Abrazó a Gyoku-ou y miró al extranjero con miedo.

Gyoku-ou había oído que su madre era una antigua Lectora del Viento. Había oído que había dejado su vida en las llanuras para unirse a su padre en los negocios y que había liberado a antiguos miembros de la tribu que habían sido esclavizados.

Pero eso estaba mal. Esos pasos estaban fuera de lugar.

Fue Gyokuen quien había liberado a los Lectores del Viento esclavos, incluidos Seibo y la madre enfermera de Gyoku-ou. Después, Seibo se había convertido en la esposa de Gyokuen y había empezado a hacer negocios con él.

Como esclavas, ella y la niñera habían sido propiedad del mismo hombre. Cuando Gyokuen la acogió, Seibo ya estaba encinta de un padre extranjero. El extranjero, sin saberlo, vendió su esclava, Seibo, a Gyokuen.

“Tú y yo, Gyoku-ou, somos hijos del mismo padre.” Dijo Takubatsu. Sonaba tan tranquilo, cuando Gyoku-ou no quería oírlo, pero ni siquiera taponándose los oídos sería suficiente para bloquear la verdad. “Mi madre me lo contó todo. Estoy seguro de que quería llevarse el secreto a la tumba, si no se hubiera vuelto senil. Estoy seguro de que nunca quiso hablar de tu verdadero padre. Creo que estaba realmente encantada con el matrimonio del Amo Gyokuen y la Dama Seibo.”

La madre de Takubatsu había revelado cómo Gyokuen y Seibo se conocían desde siempre, y de hecho se habían prometido en matrimonio. Entonces otra tribu había atacado, y Seibo y la madre de

leche de Gyoku-ou habían sido vendidas como esclavas. Su amo se había servido de sus esclavas, la nodriza dio a luz a Takubatsu y Seibo se quedó embarazada de Gyoku-ou. Gyokuen había comprado a los esclavos, dándoles un trabajo decente y un lugar donde vivir. Gyokuen había pedido la mano de Seibo en matrimonio, pero ella lo rechazó alegando que ya estaba embarazada.

“Este es tu verdadero nombre.” Dijo Takubatsu.

Para fijar su residencia en la provincia de I-sei, era necesario establecer un registro familiar, que se llevaría en la oficina administrativa de la capital occidental, supervisada por el Clan Yi.

Gyokuen prometió a Seibo que, aunque el niño no fuera suyo de sangre, lo criaría como si lo fuera. Ella cedió, y el niño pasó a llamarse Gyoku-ou.

Fue entonces cuando la niñera empezó a trabajar en casa de Gyokuen, y Takubatsu se convirtió en el hermano de leche de Gyoku-ou.

Gyoku-ou era tan joven que no recordaba nada de esto.

Se arañó las rodillas bajo la mesa. Lo sabía. Lo sabía todo. No necesitaba que Takubatsu se lo dijera: Gyoku-ou sabía la verdad. Y aun así, tenía que ser el hijo mayor de Gyokuen.

La justicia estaba con su padre. Justicia en la forma de proteger la capital occidental. Era lo que Seibo había querido. Para lograrlo, el hijo mayor de Gyokuen, Gyoku-ou, tenía que ser perfecto.

¿El mal necesario para alcanzar la justicia de Gyokuen? Comparado con otros líderes, apenas era maldad. El padre de Gyoku-ou era simplemente un hombre así de bueno.

Gyoku-ou recordaba cómo los antiguos esclavos fracasaban una y otra vez en la desconocida práctica de la agricultura y acudían a su padre en busca de dinero. Gyokuen, siempre amable, se lo prestaba. Lo que no podían devolver, les permitía pagarlo trabajando en sus campos durante la cosecha. Era el préstamo más amable que jamás se había ofrecido. De hecho, teniendo en cuenta el tiempo y el esfuerzo necesarios para enseñarles, los prestatarios salían ganando. A pesar de ello, el padre de Gyoku-ou nunca fue avaricioso. Quizá un hombre con los bolsillos llenos podría permitirse, literalmente, ayudar así a los demás.

Incluso entonces, había límites a lo que podía permitirse. Fueron rotos por los primeros esclavos que Gyokuen había liberado. Personas que conocían los orígenes de Gyoku-ou.

Como se suele decir, al faisán tranquilo no se le dispara.

Gyokuen amaba de verdad a Gyoku-ou. Aquellos lo suficientemente audaces como para intentar amenazarle desaparecieron uno a uno. Ya fueran antiguos esclavos o miembros de la tribu de los Lectores del Viento que conocían a Seibo, desaparecieron. Tenían que hacerlo. El Jade debe permanecer intacto.

Si Gyoku-ou iba a suceder a su padre, había que eliminar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

“¿Exactamente de dónde sacaste este registro?”

“El Gran Lin lo tenía escondido. Lo conseguí de él.”

Takubatsu parecía estar hablando de algo que había agitado la casa hacía algún tiempo. Incluso Gyoku-ou había oído hablar de ello.

“El llamado Pequeño Lin, el que desapareció... ¿eras tú? Eso significa que llevas tiempo trabajando en esto. Pero, ¿por qué?”

Después de un momento, Takubatsu dijo: “El Amo Gyokuen me lo pidió. Dijo que si el Gran Lin parecía ocultar algún documento de hace tiempo, se lo hiciera saber. Me dijo que quemara todo lo que encontrara. Por eso me llamaba periódicamente.”

Ahora todo tenía sentido.

“Ya veo.” Dijo Gyoku-ou.

Como siempre, Gyokuen había velado por los intereses de su hijo. Había regañado a Gyoku-ou por lo que le había hecho al Clan Yi aquellos diecisiete años atrás, pero ni siquiera entonces le había desheredado. Gyoku-ou trabajaba en nombre de Gyokuen. Para que el pueblo lo venerara, para que se diera caridad a los débiles, para que todos lo vieran como un héroe en el que podían confiar.

Gyoku-ou sabía que su padre perdonaría lo que hizo. Porque Gyoku-ou, que tomaría el relevo de su padre, era el político perfecto, sin tacha, siempre pensando en lo que ayudaría a prosperar a la capital occidental.

Así supo que lo que estaba haciendo ahora era lo correcto.

“Si de verdad te importa la capital occidental, por favor, déjate de tonterías de atacar a otros países.” Dijo Takubatsu. “Si no...”

Sacó un cuchillo de los pliegues de su túnica.

Gyoku-ou ni siquiera dio un paso atrás. Aun así, no podía dedicar más tiempo a este asunto. Obligó a su sangre a calmarse y dejó escapar un gran suspiro.

“Muy bien.” Dijo. “No haré nada.”

“¿Lo dices en serio?”

“Sí. Pero sólo déjame ir a esta ceremonia. Si no aparezco, el ambiente se agriará. No quiero dañar la reputación del hermano menor Imperial.”

“Sí... Muy bien. Pero voy a mantener este registro familiar cerca. Tengo toda la intención de plantear el asunto al Amo Gyokuen.”

Takubatsu dejó el cuchillo sobre la mesa y tomó el registro. Gyoku-ou confiaba en que no contaría a nadie lo que sabía.

“Quiero que sepas una cosa, Takubatsu. Por la capital occidental, por la provincia de I-sei, no hay nada que no haga.”

“Ya lo sé. Siempre me dijiste lo mucho que querías ser un gran hombre como el Amo Gyokuen.” Takubatsu sonrió de verdad.

“Exactamente.”

“Para ti, es un padre noble, y yo también lo veo como un padre al que puedo respetar más que a nadie.”

Gyoku-ou no habló, pero al oír eso, un hilo se rompió en su interior. Tenía la intención de mantener la calma en ese momento, pasara lo que pasara. Pero ya era bastante malo que Takubatsu llamara a Gyoku-ou su hermano pequeño. Ahora llamaba a Gyokuen su padre.

Gyoku-ou *tenía* que ser el hijo mayor de Gyokuen. Tenía que ser su orgullo, el líder de la capital occidental...

“¡Hrngh!” Exclamó Takubatsu.

Antes de que Gyoku-ou supiera lo que había pasado, se dio cuenta de que tenía un cuchillo en la mano derecha y una vaina en la izquierda. Algo resbaladizo recorría su palma.

“¿P-Por... qué?” Takubatsu tenía los ojos muy abiertos y le goteaba espuma sanguinolenta por la comisura de los labios. Su sangre se derramó por la mesa y el suelo; el libro de familia que sostenía se le cayó de las manos y cayó en el charco rojo.

“Porque estás en mi camino.”

Con el cuchillo aún clavado en Takubatsu, la mente de Gyoku-ou se volvió hacia los acontecimientos del pasado.

Cómo había deseado ser como su padre, anhelado que su padre le validara.

Gyokuen ocupaba un lugar tan grande en su mente. Gyoku-ou también se había hecho grande, pero no era lo mismo.

Al principio, no le había importado mucho.

Gyokuen y Seibo habían llevado los negocios juntos, y la familia había estado rodeada de criados. Gyokuen era un brillante hombre de negocios, y Seibo era tan lista como él. Una mujer enormemente capaz, averiguaba lo que él necesitaba y luego actuaba para conseguirlo.

A Gyoku-ou no le había faltado de nada en su educación. Sólo que, cuando tenía cinco años, otra mujer y su hija vinieron a vivir con ellos.

Gyokuen adulaba a la nueva niña, hermana pequeña de Gyoku-ou, de sólo dos años. Seibo estaba tan enamorada como su marido. La nueva mujer también fue amable con Gyoku-ou.

Dos años después, llegó una tercera mujer con un hermano pequeño.

Luego hubo un cuarto y un quinto...

La familia crecía y crecía. Cada vez que lo hacía, Gyoku-ou se preocupaba. A él le parecía como si un tarro lleno de miel se diluyera poco a poco con agua.

Gyokuen siempre elegía mujeres inteligentes. Una era maestra en equitación, otra en aritmética. Cada una de ellas transmitió sus talentos particulares a su descendencia. Las mujeres apoyaban al padre de Gyoku-ou, y sus hijos, a su vez, les ayudaban a ellas.

A través de los lazos familiares, la recién llegada casa You se hizo grande en la capital occidental. Al mismo tiempo, Gyoku-ou sintió que el vínculo que le unía a Gyokuen se debilitaba.

Sin embargo, se demostró lo contrario. Gyokuen eligió a Gyoku-ou como su sucesora. Seibo seguía siendo la esposa oficial de Gyokuen; las otras mujeres sólo eran consortes. Sin duda, sólo Gyoku-ou podía gobernar la capital occidental como lo había hecho Gyokuen. No sus hermanos o hermanas menores.

Incluso después de descubrir que no era el verdadero hijo de Gyokuen, Gyoku-ou mantuvo su ecuanimidad. ¿Y qué si no estaban unidos por la sangre? Gyokuen valoraba a Gyoku-ou por encima de todo. No podría haberse preocupado más por él si hubiera sido de su propia sangre.

Así fue como Gyoku-ou pudo ser amable y gentil con sus hermanos pequeños. Tolerante con ellos. Sólo Gyoku-ou era como el polluelo de un cuco, una criatura diferente de sus hermanos y hermanas, pero mientras su padre le tratara como a su hijo mayor, Gyoku-ou se proponía desempeñar el papel de hermano mayor a tope.

No obstante, Gyoku-ou no podía tolerar a la última madre e hijo que acogió en su casa. Eran pelirrojas y de ojos verde pálido, como el amo que había atormentado a Seibo cuando era esclava.

Poco a poco, las maldiciones se desbordaron, como la tinta podría manchar un trozo de pergamino.

El golpeteo de la sangre que caía al suelo devolvió a Gyoku-ou a la realidad.

“... oku... o...” Takubatsu le miró con los ojos inyectados en sangre y dijo algo, su voz era un susurro, pero Gyoku-ou no pudo oírlo.

Gyoku-ou giró el cuchillo en su mano y destripó a Takubatsu.

Incapaz de seguir hablando, se limitó a mirar a Gyoku-ou con ojos torvos.

“Una última misericordia para un hermano de leche.” Dijo Gyoku-ou, y entonces sacó el cuchillo antes de clavarlo entre las costillas de Takubatsu y su corazón. Takubatsu gimió, se retorció y murió.

El cuchillo había pertenecido a Takubatsu. Había intentado atacar a Gyoku-ou, sólo para encontrar su fin con su propia arma. Sí, eso serviría para un escenario.

Gyoku-ou recogió el libro familiar, lo envolvió en un paño y lo guardó en un cajón.

Tenía razón: alguien había oído los gritos. Se oyeron unos pasos que se detuvieron ante la puerta, seguidos de un golpe.

“¿Amo Gyoku-ou? ¿Va todo bien?” Preguntó una voz.

“Entra.” Dijo.

“¡¿Amo Gyoku-ou?! ”

No fue su ayudante quien entró, sino Rikuson. Había estado en la conferencia con ellos; debió de venir a ver cómo estaba Gyoku-ou cuando se le hizo tarde.

“¿Qué demonios pasó aquí?” Preguntó Rikuson, manteniendo la calma a pesar de su evidente conmoción. Éste era el hombre que el padre de Gyoku-ou le había enviado desde la capital real para ser su ayudante. Sabía lo suficiente como para no montar una escena de inmediato.

“¿Me estás diciendo que no puedes adivinarlo?” Preguntó Gyoku-ou.

“Este hombre... Es el que pidió audiencia con usted hace unos minutos, ¿no?”

Rikuson debe haber visto a Takubatsu cuando hablaba con el ayudante.

“Así es. Era mi hermano de leche, de hecho, así que le di el gusto. Vino a pedirme dinero, pero cuando vio que no podía sonsacarme nada, se enfureció.” Gyoku-ou le mostró el cuchillo de Takubatsu.

“¿Usted hizo esto, señor?”

“Sí. ¿Qué, crees que alguien como él podría dominarme?”

La cara de Gyoku-ou seguía crispada. Takubatsu se lo había buscado. Hablando como si él y no Gyoku-ou fuera el hijo mayor de Gyokuen.

Gyoku-ou dejó el cuchillo sobre la mesa. Tendría que cambiarse rápidamente y usar perfume para tapar el olor a sangre.

“En absoluto, Amo Gyoku-ou. No podría superar tu fuerza.” Rikuson se arrodilló y miró el cuerpo de Takubatsu. Inspeccionando las heridas, o eso parecía.

“No quería hacerlo, pero no me dejó otra opción. Quería arreglar las cosas amistosamente. Tengo que asistir a una ceremonia. Pero él trató de interponerse en mi camino. Que le vaya bien.”

La mirada de Rikuson estaba vacía mientras iba de Takubatsu a Gyoku-ou y viceversa.

“Sí... Por supuesto.”

Entonces, por un segundo, Gyoku-ou perdió de vista a Rikuson. Se giró —¿dónde se había metido?— para encontrar al otro hombre justo a su lado.

“Esto es lo que les diré a todos.” Dijo Rikuson, y su expresión era fría, salvo por un destello de llama en el fondo de sus ojos. ¿De qué se trataba? “El Amo Gyoku-ou fue atacado por un traidor...”

De repente, Gyoku-ou sintió mucho calor.

“... y encontró su fin.”

¿Qué significaba eso? Gyoku-ou aún intentaba comprenderlo cuando se desplomó.

Se encontró cara a cara con Takubatsu. Había sangre por todo el suelo; podía oírla fluir.

“Llegué demasiado tarde para salvarle, pero pude detener al traidor.” Dijo Rikuson.

¿Qué quería decir? ¿De qué estaba hablando? Gyoku-ou no lo entendía. Abrió la boca para decir algo, pero se dio cuenta de que no podía hablar. Tenía una espuma sanguinolenta en la comisura de los labios.

Jadeó. Seguía sin salir voz, sólo un gemido, como el trinar de un pájaro.

“No pongas esa cara. No finjas que no sabes por qué. Podrás ser la estrella.” El rostro de Rikuson estaba inexpresivo, pero había lágrimas en sus ojos. “El héroe de una tragedia.” Las lágrimas corrieron por sus mejillas y cayeron al suelo.



No podía hacer nada, no así. No podía hacer nada por la capital occidental.

No podía gobernar la ciudad como hijo de su padre.

No podía ir a Shaoh y rescatar a los esclavos, como había hecho su padre.

Había planeado castigar al hombre que había hecho pasar un infierno a su madre.

Gyoku-ou era el hijo mayor de Gyokuen. No dejaría que nadie le usurpara ese lugar.

Todo lo que tenía que hacer era borrar hasta la última prueba de que Gyokuen no era su padre.

No había nada que no hiciera para conseguirlo.

Incluso si eso significaba acabar con el Clan Yi, que había manchado sus manos con malas acciones en beneficio de la capital occidental.

Un día, un día, cuando todo hubiera desaparecido, iba a gobernar en lugar de Gyokuen...

El traqueteo de un carruaje, el relincho de los caballos, el crujido de las ruedas, los gritos del conductor.

Los sonidos del mercado, los gritos de los mercaderes, el bullicio de la multitud, las risas de los niños.

El aire seco y la tierra agotada. Aunque la tierra tenía escasas bendiciones, la gente aquí vivía valientemente y bien. Él iba a hacerlos más prósperos, más ricos.

Ya no.

Y fue entonces cuando Gyoku-ou se dio cuenta de algo.

Era extraño. Equivocado.

¿Por qué, cuando estaba destinado a heredar el liderazgo de la capital occidental en lugar de Gyokuen? ¿Por qué, cuando le correspondía a él ayudar al crecimiento de la ciudad?

¿Por qué, siendo todo eso cierto, pondría en peligro la capital occidental?

Sintió que los hilos que lo habían atado durante tantos años se desenredaban uno a uno.

Los hilos que le habían retenido durante décadas se rompieron y cedieron, y quedó libre.

La vida de Gyoku-ou se dispersó como una sarta de cuentas de jade, y el hombre que la había cortado estaba allí mismo, ante sus ojos, con una mezcla de odio y lástima en el rostro.

¿Quién es usted?

Ese fue el último pensamiento que tuvo Gyoku-ou.

No pensaría más, no haría más.

No haría florecer la capital occidental como lo había hecho su padre.

Había buscado ser un héroe, pero su vida terminó en un anticlímax total.

Capítulo 20:

El Viento que Lloro (Segunda Parte)

Su madre le había dicho a menudo: “Cuando crezcas, te convertirás en el viento.”

Cuando cumpliera la mayoría de edad, a los quince años, saldría al mundo, pero hasta entonces, le dijo, debía estudiar todo lo que el mundo podía ofrecerle. Le esperaban dos años más de aprendizaje...

Conviértete en el viento, le dijo, y sopla para que el aire de los confines occidentales se mantenga limpio.

Era un recuerdo de la época anterior a que Rikuson se llamara Rikuson.

Las mujeres protegían el pueblo mientras los hombres vagaban por las llanuras: eso era lo que le habían enseñado. Le entristecía saber que algún día tendría que abandonar su hogar, pero si podía convertirse en el viento, si podía ser de ayuda a su madre y a su hermana mayor, entonces se alegraba de ello.

Disfrutaba de sus paseos vespertinos, tratando de decidir cuál era la mejor manera de emplear el dinero que le daban, cómo conseguir algo bueno con ella y no malgastarla. ¿En qué gastarlo para sentirse satisfecho? Ese era su propio tipo de estudio. Muchos de sus parientes

varones que se independizaron se convirtieron en comerciantes, y Rikuson también esperaba elegir ese camino.

Iba de tienda en tienda, comparando sabores y precios y cantidades, hasta que encontraba el mejor fruto seco o leche de cabra y lo compraba. Luego, iba a la sala de Shogi.

Estaba llena de adultos con tiempo para matar charlando entre ellos, y allí se podía obtener mucha información. Rikuson podría oír aún más en la taberna, pero aún no era mayor de edad y no le dejarían entrar.

En la sala de Shogi también había muchos borrachos, pero de vez en cuando podías toparte con un verdadero maestro.

“Hola, muchacho. ¿Otra vez de vuelta?” Preguntó un anciano sentado ante un tablero de Shogi. Era un antiguo secretario del edificio administrativo. Ahora estaba casi jubilado, pero estaba recogiendo material para una especie de nueva historia que estaba recopilando. Era el mejor jugador de Shogi de la capital occidental. Todos le llamaban Gran Lin.

“Ajá.” Rikuson se sentó junto al Gran Lin y estudió el tablero. Estar cerca de él mantendría alejados a los borrachos más desagradables.

Entonces Rikuson ladeó la cabeza.

“¿Eh?” El Gran Lin estaba perdiendo este juego. Eso no se veía a menudo. Rikuson miró a su oponente y vio a un hombre todavía más o menos en la flor de la juventud, pero harapiento, mugriento. Su rostro lucía una fina barba incipiente, sus ropas estaban mugrientas y su

cabello apenas estaba recogido. Su atuendo era bastante bonito, pero parecía que sus circunstancias no lo eran. Su aspecto era débil y no estaba bronceado; no parecía ser residente de la capital occidental. Pero sus ojos brillaban como los de un zorro.

“Veo que tiene un pequeño peón con usted.” Dijo el hombre, una pieza de Shogi. Llevaba un monóculo sobre uno de sus ojos de zorro, una pieza importada, pero en este tipo todo parecía tosco en vez de elegante.

¿Qué quería decir con eso? Parecía estar hablando de Rikuson. La expresión le erizó los pelos y sus manos se cerraron en puños.

“¿A quién llamas Peón?” Preguntó.

“No te enfades, chico. Lakan es sólo ese tipo de criatura.” Dijo tranquilamente el Gran Lin.

“¡Pero me llamó Peón!”

“¿Qué tiene de malo? A la mayoría de la gente sólo los llama piedras de Go.”

“Sólo piedras...”

Rikuson no estaba seguro de cuál era la diferencia entre una piedra de Go y un Peón. Miró el tablero mientras reflexionaba sobre la cuestión. Este “Lakan” podía parecer sospechoso y burlarse de todos los que conocía, pero lo respaldaba siendo un tremendo jugador de Shogi. Era la primera vez que Rikuson veía al Gran Lin perder una partida. Aunque el Gran Lin ya no era el jugador que había sido en su

juventud, en la cima de sus poderes, la gente seguía llamándole el sabio del Shogi; casi no parecía posible que pudiera perder. Sin embargo, este visitante parecía estar aguantándole al cincuenta por ciento en sus partidas.

Curioso, Rikuson volvió al día siguiente, y al siguiente. Lakan siempre estaba allí. (¿Siquiera tenía un trabajo?). Cuando no estaba en la sala de shogi, descubrió Rikuson, estaba en la de Go. Lo único que hacía era jugar.

Un día, el Gran Lin no estaba allí; Lakan estaba jugando con otras personas, pero parecía muy aburrido.

“Es él otra vez.” Dijo alguien. “¡El chico Yi!”

Nadie se habría atrevido a decir algo así en presencia del Gran Lin, pero no sentían la necesidad de contenerse cuando Rikuson estaba solo.

Chico Yi. Un niño del Clan Yi; así lo llamaban. El Clan Yi gobernaba la capital occidental, pero había muchos a los que les molestaba su singular sistema de herencia y estaban demasiado dispuestos a hablar mal de ellos.

Generación tras generación, el Clan Yi estaba gobernado por mujeres; los varones que nacían abandonaban sus hogares al alcanzar la mayoría de edad. Las mujeres Yi no tenían maridos y no sabían quiénes eran los padres de sus hijos. Como animales, algunas se burlaban.

Rikuson sabía que ese desprecio era de esperar. Muchos miembros de las tribus nómadas pasaban por la capital occidental, y esas tribus siempre habían tenido una fuerte inclinación patriarcal. Incluso denigraban a los hijos de padres desconocidos como “engendros de Yi”.

A pesar de todo, Rikuson seguía sintiendo el orgullo de saber que los Yi habían protegido estos confines occidentales durante siglos.

Sin Gran Lin allí, hizo lo siguiente mejor y se sentó junto a Lakan. Ya se habían visto varias veces, pero el otro hombre no había hecho ningún esfuerzo por recordar a Rikuson. De hecho, no se esforzaba por recordar a nadie. Se limitaba a sentarse frente a su tablero de Shogi; si alguien ponía unas monedas sobre la mesa, él jugaba. Eso era todo. Lo máximo que podía hacer era comparar a alguien con una pieza de Shogi basándose en si era débil o fuerte, o quizá en algún otro criterio.

“Señor, ¿no se acuerda de las caras?”

“No entiendo las caras de la gente.” Dijo Lakan. Podría ser un adulto, pero no hablaba como tal.

“¿Qué hay que entender? Si los ves unas cuantas veces, te acuerdas de ellos, ¿verdad?”

“Sólo veo piedras de Go. O piezas de Shogi si tengo suerte.”

Para Rikuson no tenía sentido, pero no creía que Lakan mintiera. Distinguir las caras de las personas probablemente no le resultaba más fácil que distinguir el ganado a la mayoría de la gente. Entre las tribus

nómadas, se decía que algunos pastores podían distinguir a todas y cada una de sus ovejas, pero Rikuson nunca podría hacerlo. Quizá Lakan veía las caras de la gente igual que Rikuson veía las ovejas.

“Bueno, ¿qué haces cuando *realmente* necesitas recordar quién es alguien?”

Lakan guardó silencio un momento. Mientras reflexionaba sobre la pregunta de Rikuson, continuó una despiadada partida de Shogi. Su oponente palideció, reconoció que había sido derrotado y puso algunas monedas sobre la mesa. ¿Quizá Lakan se mantenía apostando en partidas de Shogi?

Finalmente dijo: “Los recuerdo por la forma de sus orejas, o por su altura. Me fijo en la calidad de su cabello. Memorizo el hedor de su sudor. O escucho el tono de su voz...”

“¿No sería más fácil simplemente recordar su cara?”

“No entiendo las caras. Veo que la gente tiene ojos, nariz y boca, pero cuando intento juntarlos, se enredan y lo único que veo es una piedra de Go. Ahora bien, el tamaño de las fosas nasales de una persona, la longitud de sus pestañas... eso sí puedo entenderlo.”

Así que no recordaba una cara entera, sólo detalles específicos sobre ella. Eso sonaba agotador. No es de extrañar que sólo lo hiciera con las personas más importantes.

“¿Viene de la región central, señor?” Preguntó Rikuson.

“Sí, y uno de estos días volveré. Tengo que hacerlo.” Lakan aplastó despreocupadamente a su siguiente oponente mientras hablaba.

“La región central.” Murmuró Rikuson. Su madre le había dicho que se convirtiera en viento y siguiera su camino, pero ¿aprobaría que llegara hasta la capital real? Si iba a ser viento, quería viajar tan lejos como el viento pudiera.

“Señor.” Dijo. “Si me hago grande y famoso en la región central, ¿me dará trabajo?”

“¿Hrm? Si pasas de ser un Peón, claro.”

“De acuerdo. Trato hecho.”

Su hermana le había enseñado que siempre era bueno hacer contactos. Rikuson no sabía si llegaría a ser comerciante o no, pero no estaba de más conocer a todo el que pudiera.

Por las noches, todo el clan comía junto. Rikuson estaba rodeado de mujeres. La línea de sangre produjo muchas de ellas para empezar, y como el único otro niño había alcanzado la mayoría de edad el año pasado, Rikuson era el único hijo varón que quedaba.

Pero había tres niñas, hermanas nacidas en años sucesivos. Primas de Rikuson. Se parecían mucho, quizá al mismo padre. Tenían tres, cuatro y cinco años, y aunque la mayor había demostrado ser bastante lista, las dos más pequeñas aún no sabían hablar, y Rikuson se veía a menudo obligado a cuidarlas.

Su hermana mayor ya había superado la edad adulta y era aceptada entre los mayores.

Escuchaba hablar a los adultos mientras daba de comer a sus primas. Hablaban de víveres, productos importados y exportaciones de Li.

La madre de Rikuson era una figura central en el clan. Su hermana menor, la tía de Rikuson, era la actual gobernante de los Yi; no había tenido hijas y, tal y como estaban las cosas, era la hermana mayor de Rikuson, bien cualificada por edad y capacidad, la siguiente en la línea de sucesión. Así que la gente se esforzaba por incluir a la hermana de Rikuson en sus discusiones.

Por lo que escuchó, Rikuson dedujo que el comercio exterior se encontraba en un mal momento. Llevaban años en números rojos, hasta el punto de que la región central se lo estaba poniendo difícil. Antaño, habían producido grandes cantidades de papel de alta calidad, pero en la actualidad sólo había material de calidad inferior. El papel, ligero y cómodo de transportar, había sido un producto importante para ellos, y la madre de Rikuson y los demás luchaban por encontrarle un sustituto.

Peor aún, había habido una plaga de insectos en la provincia de I-sei. La culpa la tuvo el aumento de las tierras de cultivo, resultado natural del crecimiento de la población de la capital occidental. Todo lo que la capital real podía ver eran las cifras de las cosechas, y como éstas seguían siendo altas, se negaron a enviar ningún tipo de ayuda.

Pero el aumento de la población significaba aún menos comida para todos.

“Deberíamos sacar la piedra negra.” Dijo su tía. Su madre, su hermana, la hermana mayor de su madre y todas las mujeres del clan sólo pudieron asentir.

Rikuson no sabía qué era la piedra negra; se limitó a seguir dando de comer pan a su prima de tres años.

Por las tardes, su hermana y su madre le enseñaban la historia de la provincia de I-sei.

Cuando se fundó la nación de Li, decían, los tres hijos del vientre de Wang Mu, la Madre Real, se convirtieron en los líderes de las tres provincias.

Al principio, el Clan Yi, que gobernaba el oeste, tuvo que luchar terriblemente. En esta tierra, la tendencia a poner a los hombres por delante de las mujeres era especialmente fuerte. La gente se burlaba de los Yi porque su jefe era una mujer; la gente se aprovechaba de ellos y en un momento dado pareció que el clan podría desmoronarse. Los aduladores intentaban robarles el apellido con halagos, mientras que otros trataban de hacerlo por la fuerza.

Así que, para que su clan no fuera tomado desde dentro, adoptaron un sistema matriarcal. No llevaban maridos a sus casas. Todas sus sucesoras eran mujeres.

Surgieron roles especiales para los hombres del Clan Yi. Uno de ellos era convertirse en el viento. El viento... o, de nuevo, oyentes de las cosas.

Iban aquí y allá en la provincia de I-sei, recopilando información. Como comerciantes, como nómadas. Los que se convirtieron en nómadas más tarde llegaron a ser conocidos como la tribu de Lectores del Viento, y podían emplear aves y mantener a raya a los bichos.

Sólo que había habido un error de cálculo. La tribu de los Lectores del Viento había sido destruida hacía décadas.

Había varias tribus de Lectores del Viento, y una de ellas cesó su comunicación regular con los Yi. Durante años, décadas y luego siglos, mantuvieron su separación del clan. Los Yi enviaban de vez en cuando a un muchacho para intentar reforzar los lazos de sangre, pero no había garantías de que la tribu jurara lealtad a un antiguo líder del clan de forma indefinida. Con el tiempo, aparecieron algunos que trataron de sacar provecho comunicándose con otros países.

Entonces llegó el ataque. La tribu de los Lectores del Viento que ya no se comunicaba con los Yi fue trágicamente aniquilada por otra tribu. Algún idiota había decidido que la capacidad de controlar a los pájaros debía transmitirse por la sangre y había secuestrado a una de sus mujeres, tratando de obtener el poder para sí mismo. Luego, para tener el monopolio del poder, mató a los demás y vendió a los supervivientes como esclavos.

Los Yi no soportaban a los Lectores del Viento que habían rechazado comunicarse con ellos. También disolvieron a los demás Lectores del Viento, enviando a los que tenían alguna habilidad útil a vivir a la ciudad. De vez en cuando, comprendió Rikuson, también se deshacían discretamente de cualquiera que abusara de las prácticas aviares de la tribu.

Si la tribu de los Lectores del Viento hubiera seguido existiendo, Rikuson habría tenido otra opción. Podría haber vagado por las llanuras como uno de sus miembros.

La madre y la hermana de Rikuson nunca le enseñaron a manejar los pájaros, pero sí a protegerse de los insectos, y le contaron cómo funcionaban las cosas en los pueblos agrícolas que seguían salpicando la zona. Si estallaba otra plaga, los hombres Yi que vivían en los alrededores de la provincia estarían mejor preparados que nadie.

Uno de los hombres que había abandonado el Clan Yi visitaba a menudo la casa de Rikuson. Era un hombre de mediana edad, de hombros anchos y sonrisa amable. Se llamaba Gyokuen. En la capital occidental, a veces le llamaban “el nuevo You”.

Tenía una cara llena de bondad y a menudo le daba caramelos a Rikuson.

“Parece un chico muy inteligente. ¿Puedo tenerlo como hijo?” Preguntó a la madre de Rikuson.

“Por favor. Estás de broma.” Respondió ella. “La gente ya se ríe de ti, dicen que tienes demasiadas esposas. Viejo mujeriego.”

“Ahh, mientras pueda mantener a mis esposas e hijos a la moda, no hay problema.”

A Rikuson le sorprendió esta revelación: a pesar de su aspecto modesto, a Gyokuen le encantaban las mujeres.

Gyokuen era un importante comerciante de la capital occidental. Había empezado a producir textiles y cerámica para exportar en lugar de papel, y controlaba la importación de cristalería. Comenzó a producir vino de uva en la provincia de I-sei y lo vendía junto al extranjero. Algunas personas con gustos muy cultivados preferían el vino importado, pero también había mercado para la variedad local, mucho más barata y menos ácida.

“Y ahí lo tienen. Voy a hacer una visita a Shaoh para hacer algunas compras, con el fin de mantener a mi esposa e hijos.”

“Vaya, vaya. ¿Puede la casa sobrevivir con su amo fuera tanto tiempo?”

“Mis hijos ya son casi todos mayores. El mayor tiene mujer e hijos. De todos modos, mientras esté mi espabilada esposa, todo estará solucionado.”

“He oído hablar de su hijo mayor. Dicen que es *muy* capaz.”

“Ah, sí. Es un excelente trabajador. Pero tengo algunas dudas sobre él.”

“¿Cómo cuáles?”

“Está empeñado en ayudar al florecimiento de la capital occidental, y lo aplaudo, pero al mismo tiempo tiene... una inclinación excluyente. Odia a los extranjeros.” El rostro normalmente sereno de Gyokuen se ensombreció.

“Este hijo mayor tuyo, es hijo de Seibo, ¿no? Seguro que no necesitas preocuparte por *su* hijo.”

“¿Seibo? Sólo mi familia usa ese nombre, y sólo en privado. ¿Cómo lo conoces?”

“Hah. La gente habla, ya sabes. Dicen que el «nuevo Señor You» tiene muchas concubinas, pero que atesora sobre todo a su verdadera esposa. Se rumorea que desprecia al jefe occidental y llama a su esposa Seibo, «la madre occidental».”

La madre de Rikuson sonrió a Gyokuen, que no pudo evitar sonreír en respuesta.

“Parece que me has pillado.” Dijo. “Pero basta de hablar de mi familia. Hay algo más importante en marcha. ¿He oído bien que has empezado a repartir la piedra negra?”

Otra vez esa frase, pensó Rikuson.

“Sí. La mala cosecha, ya sabes... no hay otra opción. Creo que tú también tienes algo que ver con ese oficio.” Dijo la madre de Rikuson. Su hermana mayor escuchaba en silencio. Rikuson parecía ser el único que no sabía de qué estaban hablando.

“Sí, pero lo hago con buenas intenciones. Si tienes problemas, debería poder darte al menos algo de apoyo.”

La madre y la hermana de Rikuson parecían graves.

“Es hora de que te vayas a dormir.” Le dijo su hermana, intentando echarle de la habitación.

“Pero no estoy cansado.” Dijo Rikuson.

“Ya es tarde. Hora de dormir.”

Le persiguió hasta el dormitorio de al lado. Frustrado, Rikuson fingió dormirse, pero pronto tuvo la oreja pegada a la pared, escuchando.

“¿Y qué tendríamos que hacer para ganarnos tu apoyo?” Oyó la voz de su madre, ligeramente amortiguada por la pared.

“Por favor. Me haces parecer poco caritativo.”

“Los hombres Yi son criados para no regalar nada como mercaderes. Y tú *eres* un hombre Yi, ¿verdad, Gyokuen?”

“Me ha vuelto a pillar.” Tras una breve pausa, dijo: “Quiero que me prestes el registro familiar.”

El registro familiar. Era un registro de la procedencia de los habitantes de la provincia de I-sei y de cuándo habían llegado. Había quienes no tenían registro, pero si querían hacer negocios en la capital occidental, tenían que hacer uno para demostrar quiénes y qué eran.

“Absolutamente no. Es un documento oficial. Si quieres «tomarlo prestado», sólo puedo suponer que quieres cambiar algo. Eso explicaría por qué estás hablando conmigo y no con el jefe.”

“¿No vas a ceder en esto?” Preguntó Gyokuen.

“No. De todos modos, el registro familiar ya está en préstamo al Gran Lin, como material de referencia.”

“Oh...” Gyokuen sonaba decepcionado.

“¿Por qué querrías tener el registro familiar?”

“Se trata de mi hijo mayor.”

“¿Tu hijo?”

“Sí. Gyoku-ou. El registro contiene la verdad honesta sobre sus orígenes. Creo que odia a los extranjeros porque se dio cuenta de dónde viene.”

Rikuson siguió escuchando a escondidas, aunque estaba algo perdido con esta conversación.

“No cesan los antiguos Lectores del Viento que vienen a hacerme peticiones en nombre de mi mujer. Mi negocio ha crecido considerablemente. Imagina lo que diría la gente si mi propio sucesor no tuviera ninguna conexión sanguínea conmigo. Si crees que la capital occidental necesita a la familia del «Nuevo You», entonces, por favor, ayúdame.”

Aunque no podía verlo, Rikuson casi podía imaginarse la angustia en el rostro de Gyokuen.

“Tu primera esposa, Seibo... Ella vino de los Lectores del Viento, ¿no?” Preguntó la madre de Rikuson.

“Sí, así es. De la tribu traidora de los Lectores del Viento a la que debía unirme. Debería haber sido su marido allí. Debería haber profundizado y fortalecido nuestros lazos.”

Esta era la tribu de los Lectores del Viento que había sido destruida hacía tanto tiempo.

“Sí, mi esposa era de la tribu que nos traicionó. Pero fueron los adultos quienes cometieron esa traición. Los niños no sabían nada. Cada vez que la veía después de aquello, siempre tenía el mismo aspecto que hacía aquellos años. Nos vimos varias veces, ¿sabe?”

Rikuson quería oír más, pero sintió que su hermana se acercaba al dormitorio y se metió rápidamente en la cama.

“Hermana... ¿Qué es la piedra negra?” Preguntó, tratando de sonar soñoliento.

“No es algo que aún debas saber.” Dijo.

“Pero me dijiste... Me dijiste que estudiara. Que no fuera ignorante.”

Su hermana hizo una pausa y luego dijo: “La piedra negra es carbón. Una roca que arde. Tenemos que cavar y cavar y cavar en las montañas del oeste para encontrarla.”

“¿Qué la hace... tan especial?”

“Cuando hay una mala cosecha, muchas familias apenas tienen para comer y no pueden comprar combustible, ¿verdad?”

“Ajá.”

“Se la damos a esas familias.”

“Huh...”

Eso no sonaba tan mal.

“Pero es difícil desenterrar la piedra, ¿verdad?” Preguntó Rikuson.

“Sí, muy duro. Usamos esclavos.”

“¿Esclavos?”

Su hermana no parecía muy contenta.

“No queremos, pero lo hacemos. Cuanto más minan, más rápido los liberan. He oído que los trabajadores más rápidos salen en cinco años.”

“¿Y el más lento?”

“Décadas. Algunos de ellos solían ser Lectores del Viento, ya sabes.”

“Y ellos... ¿No los dejan ir?”

Su hermana negó con la cabeza.

“Nos traicionaron. Tu difunta abuela los encontró por casualidad como esclavos y oyó la historia. Dijeron que habían planeado tomar el secreto de cómo usar los pájaros e irse con él a otro país. Dijeron que era una tontería, tener mujeres gobernantes y hacer que los hombres se fueran. Durante tanto tiempo como nómadas, supongo que empezaron a pensar que otras tierras tenían razón al poner a los hombres por delante de las mujeres.”

“¿Y por eso la abuela los envió a la mina?”

“Sí. Pensó que si cavaban bien, podría liberarlos. Compró varios esclavos de los antaño Lectores del Viento. Pero esas personas dijeron que habían sido engañadas. Aparentemente pensaron que la abuela los liberaría aunque se sentaran sin hacer nada. Gyokuen, es demasiado blando con la gente. Libera a los esclavos en cuanto los compra.”

La hermana de Rikuson pareció verlo como un problema. Rikuson quiso hacer más preguntas, sobre Gyokuen, su mujer y su hijo mayor, pero se abstuvo. Sería demasiado obvio que había estado escuchando a escondidas.

“Pero si los esclavos trabajan duro en la mina, al final podrán ser libres y marcharse, ¿no?” Preguntó.

“Sí, pero es un trabajo peligroso. Los que llevan allí décadas, quizá eso demuestre que no están haciendo nada. Quizá piensen que somos nosotros los que estamos mal y equivocados.”

Ellos, añadió, deben odiarnos.

Deben odiarnos.

¿A quién iban dirigidas las palabras de su hermana?

No lo sabía. Sabía, sin embargo, que el Clan Yi era despreciado por muchos.

Aquel día hubo un alboroto que empezó a primera hora de la mañana. La gente rodeaba la mansión; parecían estar expresando algún tipo de queja. Rikuson abrazó a sus primas aterrorizadas y trató de consolarlas, pero él no sabía lo que estaba pasando más que ellas.

“Hermana mayor, ¿qué es esto? ¿Qué es todo ese ruido de fuera?” Preguntó.

“No es nada. Todo va bien.” Dijo. Pero claramente no lo estaba. Su rostro estaba sin sangre, pálido.

Su madre se acercó y habló con la madre de sus primas. Una tía distinta era la que dirigía el clan, la madre de sus primas era la hermana menor de la madre de Rikuson, bien separadas en años.

“Sal por detrás. Llévate a los niños.” Dijo la madre de Rikuson. Entre los niños estaba él. “La casa de la nueva esposa de Gyokuen — la Nueva familia You, ya la conoces— no está lejos. Seguro que te acuerdas de ella. ¿La antigua bailarina? Sus hijos tienen casi la misma edad que los tuyos. Estás muy unida a ella.”

“Pero...”

“¡Nada de peros! ¡Tómalos y vete!” Dijo la madre de Rikuson, con tono autoritario. Casi echó a su hermana de casa, y a Rikuson con ella.

Su madre y su otra tía, la jefa del clan, salieron al frente. Se quedaron hablando con la muchedumbre, que parecía a punto de estallar. Rikuson comprendió que estaban ganando tiempo.

“Vámonos, mientras tengamos la oportunidad.”

Rikuson, su tía y sus primas se escabulleron por la parte trasera de la casa. Cuando fueron a la casa de la nueva esposa de Gyokuen, encontraron a una mujer pelirroja y de ojos verdes. Cuando vio a Rikuson y a las demás, les indicó una entrada trasera.

“¿Qué demonios está pasando?” Preguntó la madre de sus primas. A diferencia de la madre y la otra tía de Rikuson, era una mujer fácil de llevar, y rara vez se la incluía en las discusiones domésticas en términos parejos con su madre y las demás. No entendía muy bien lo que estaba pasando.

“¡Dicen que el Clan Yi ha sido deshonrado y que se ha informado de ello al gobierno central!” La mujer pelirroja bajó la mirada mientras hablaba, con los ojos sombreados por largas pestañas.

“¿Deshonrado?” Preguntó la tía de Rikuson.

“Sí... Dicen que han estado mintiendo sobre la cantidad de carbón que extrajimos.”

“¿La piedra negra? ¿*Ahora* tienen un problema?” Dijo su tía, indignada. Sonaba como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

“Se pone peor.” Dijo la mujer pelirroja.

“¿Peor?”

“Dicen que el clan está haciendo afirmaciones más allá de su posición: que afirma tener dentro del clan a un hombre descendiente del linaje Imperial, y que los Yi dicen que esto *les* convierte en los legítimos herederos al trono. Y por eso se emitió un edicto Imperial... para la destrucción de los traidores que usurparían la familia Imperial.”

“No... Eso no es posible.”

La tía de Rikuson y la mujer pelirroja lo miraron.

“Seguro que las acusaciones son falsas.” Dijo la mujer.

“¡Claro que lo son!”

“¿Pero quién es el padre?”

“B-Bueno...”

El Clan Yi tenía la costumbre de no ser explícito sobre quién era el padre de un niño. Así era el clan desde que una vez apareció un hombre que decía ser el padre del hijo del jefe para apoderarse del clan. Ni siquiera Rikuson sabía quién era su padre.

“Es cierto que mi hermana fue a la capital real algún tiempo antes de que naciera el niño, pero los tiempos no coinciden. No puede ser un niño imperial, y desde luego no podemos insistir en que el padre se identifique.”

Su tía tenía razón: el Clan Yi nunca obligaría a un padre a presentarse e identificarse. Rikuson tenía parientes sospechosos de ser hijos de actores o dignatarios extranjeros, pero nadie decía nada públicamente. Así hacían política las mujeres del Clan Yi.

“No puedo creer que el gobierno central sea tan tonto como para aceptar semejante afirmación... ¡y amenazar con destruirnos por ello! ¿Quién les envió semejantes reclamaciones falsas?”

“He oído...” Empezó la pelirroja, y luego hizo una pausa. “Qué... el sello del Amo Gyokuen fue usado en la carta.”

“¿Qué?” Los ojos de la tía se abrieron de par en par. Las primas de Rikuson, angustiadas por el arrebato de su madre, empezaron a llorar. Él no pudo hacer nada, salvo intentar consolarlas.

“¿Están bien?” Preguntó una niña, acercándose a ellos. Era pelirroja y tenía los ojos verdes. Comenzó a consolar a las jóvenes primas.

“Tú, querida, ¿llevarías a los niños adentro y los entretendrías?”

“Sí, madre.” Dijo la pelirroja, tomando a las primas de la mano. También tiró de la mano de Rikuson, pero él negó con la cabeza.

“¿Entonces estás diciendo que el Amo Gyokuen hizo esto?!” Preguntó la tía de Rikuson.

“No. Mi honorable esposo está de viaje en el lejano Shaoh. Lo siento. Realmente no sé nada más al respecto.” Dijo la mujer pelirroja.

“Entonces... Entonces...”

“Ven, debes cambiarte. Tengo un traje de niñera; puedes usarlo. Tal y como vas vestida ahora, todo el mundo sabrá que eres del Clan Yi.”

La tía de Rikuson se arrugó. Las primas fueron conducidas a una habitación infantil.

Rikuson se preguntó si era seguro confiar en esta mujer pelirroja.

Y entonces comprendió cuál de ellos no debía estar allí en absoluto.

“¡No, para!” Dijo la pelirroja, intentando retenerlo, pero él le apartó la mano y regresó a la mansión. Hablar de las minas era hablar de la piedra negra. Todo lo que su madre y los demás hacían, lo hacían por la provincia de I-sei. Pero la capital real, que juzgaba todo basándose únicamente en números superficiales, no lo entendía.

El segundo problema, las acusaciones falsas: Rikuson era la clave.

Si yo... Si estoy allí...

Aunque acudiera a ellos, no podría hacer nada. Y, sin embargo, tenía que ir. Un inexplicable sentido del deber le obligaba.

La turba presionaba alrededor de la mansión. La gente había derribado y saltado encima de los guardias, golpeándoles con toda su furia contenida. Algunos espectadores ululan y gritan. Otros parecían dolidos por lo que estaba ocurriendo, pero nadie se movió para ayudar.

Nunca se sabe lo que hará la gente en circunstancias extremas.

Eso era algo que le había dicho su madre.

El ambiente era casi festivo. A veces, la gente encontraba placentera la violencia, y había quienes encontraban repugnante al Clan Yi, asqueados por las mujeres que se atrevían a gobernar la capital occidental.

Rikuson oyó un grito como de seda rasgada.

¿Eso fue...? No. No, no lo era. No era su hermana mayor. Ni su madre.

Reconoció algunas de las voces, pero por terrible que pareciera, Rikuson tenía sus prioridades.

Empujando a hombres obsesionados sólo con la violencia y el saqueo, se dirigió a la habitación donde siempre estaban su hermana y su madre. Las mujeres del clan le tendieron la mano, pero él pasó de largo, repitiendo en silencio: *“Lo siento, lo siento.”*

Ahora que estos hombres tenían una excusa, se habían convertido en demonios entregados a su hambre.

Rikuson estaba bañado en sudor. Sus puños cerrados estaban empapados; jadeaba y la lengua le colgaba de la boca como si fuera un perro de verdad. Cuanta más agua excretaba su cuerpo, más reseca se le quedaba la garganta.

Cada vez que parecía a punto de cruzarse con alguien, se escondía rápidamente. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, fue inmovilizado justo fuera de la habitación de su madre. Rikuson pataleó, forcejeando.

“¿Qué haces aquí?” Susurró alguien. Era su hermana. Con la cara blanca, puso una mano sobre la boca de Rikuson antes de que pudiera gritar. Tenía un aspecto diferente al habitual. Se había recogido el cabello con un pañuelo y llevaba ropa de hombre.

“Hermana mayor. ¿Dónde está nuestra madre? ¿Por qué estás vestida así?”

“Mamá está dentro. Y yo sólo estoy pidiendo prestada tu ropa para la ceremonia de mayoría de edad.”

“¿Qué?”

Era el traje que habían confeccionado para la mayoría de edad de Rikuson dentro de dos años. Suponiendo que crecería, se lo habían hecho un poco grande; su madre había pensado pasarse mucho tiempo bordándolo.

Sin saber apenas lo que pasaba, Rikuson se vio arrastrado a otra habitación. Su madre tenía una espada en la mano, con la punta empapada en sangre. Había hombres muertos a su alrededor.

“¡Madre!” Dijo Rikuson, pero antes de que pudiera seguir hablando le metieron algo en la boca. Su hermana había rasgado una tela y la había enrollado a modo de mordaza. Rikuson casi se ahoga.

“Cállate, cállate.” Le ordenó su hermana. “Hablas demasiado alto.”

“No debes llamar la atención. De ninguna manera.” Añadió su madre.

Ella y su hermana ataron a Rikuson de pies y manos y lo metieron en un gran cofre. Luego cerraron la tapa y colocaron encima un pesado peso de piedra.

“Debes proteger las tierras occidentales. Eso es lo que hacen los hombres Yi. Emplea cualquier medio, usa cualquier gente que debas.” Su hermana sonrió. Podía ver sus dientes.

“¿Aquí estamos a salvo del fuego?”

“Sí, creo que sí. No hay mucho que se queme, y estoy segura de que quieren volver a utilizar el edificio.”

Rikuson no sabía de qué hablaban. Sólo podía mirar a través de la malla tejida del cofre.

“Esto no me queda nada mal, ¿verdad, madre?”

“No, en absoluto. Creo que ese es exactamente el aspecto que tendría dentro de unos años. Ahora, no hables.”

“Lo sé.”

Rikuson comprendió entonces lo que iban a hacer. En ese momento, era el único hijo varón del Clan Yi. Si era cierto que la turba creía que el clan pretendía hacerse con el imperio, irían por Rikuson.

Su hermana pretendía servir como su doble de cuerpo.

Rikuson hizo otro ruido ahogado, pero la mordaza le impidió gritar. Tenía las manos y los pies atados y no podía moverse. Pero oía a la turba acercarse, los gritos bestiales y el olor a aceite y sangre.

Su madre blandió la espada.

Su manejo de la espada era como una danza, la punta de la hoja trazaba arcos perfectos en el aire, pero los golpes eran ligeros, efímeros. Sólo mellaban a sus oponentes.

¡Para! ¡Tienes que parar esto!

Rikuson mordió la mordaza. La saliva se derramó por los bordes y la parte inferior del pecho se volvió resbaladiza por la saliva y las lágrimas.

No podía hacer nada, y eso le hacía agonizar.

No quería recordar lo que estaba a punto de ocurrirle a su hermana, a su madre. Pero el rostro del hombre que perpetraría aquel ultraje, sólo su rostro, Rikuson tenía que memorizarlo.

No podía parpadear.

Conocía esa cara. Un miembro de la familia de los “nuevos You” al que sólo había visto una vez, en una visita a su casa.

El hijo mayor de Gyokuen.

Los dientes delanteros brillantes de saliva. La piel bronceada. Las manos huesudas. La forma de sus orejas y la calidad de su cabello. Su voz, que sonaba como la de un actor. Rikuson no sólo recordaba su rostro. Utilizaba los cinco sentidos para absorber toda la información que podía, almacenándola en su cerebro. Para que nunca olvidara...

Mientras este hombre ejercía su violencia, había justicia en sus ojos. Una justicia egoísta, sin valor, preparada para hacer cualquier cosa, incluso el mal, si era necesario.

Pero también, una justicia que haría cualquier cosa para proteger lo que le importaba.

El Clan Yi estaba a punto de ser destruido con un pretexto retorcido.

Las emociones de Rikuson hervían en su interior; sentía como si le apretaran una piedra caliente. Toda el agua parecía evaporarse de su cuerpo y, sin embargo, seguía tan caliente que sentía que podía empezar a echar vapor.

A él. ¡Él hizo esto!

El hombre agarró a la hermana de Rikuson por la cabeza, arrastrándola por el cabello.

Rikuson quería golpear al hombre. Quería matarlo. Pero no podía. Incluso si pudiera salir de este cofre, el hombre masacraría a Rikuson antes de que pudiera asestar un golpe.

Su hermana y su madre lo sabían. Por eso habían encerrado a Rikuson allí. Por eso lo habían atado para que no pudiera hacer nada.

Los ojos de Rikuson no lloraron más. Sólo se maldijo por su debilidad, por ser pequeño y estúpido e incapaz de hacer nada.

La rabia y las maldiciones fueron demasiado para la mente de Rikuson, y en algún momento perdió el conocimiento. Volvió en sí por un sonido.

¿Seguían allí los hombres, la turba? No podía soportarlo más. Cueste lo que cueste, los matará.

Rikuson empezó a agitarse en el cofre como un bicho patatero. Finalmente, consiguió que el peso de la piedra cayera de la tapa. Se arrastró y arrastró los pies y apretó la cara contra el suelo hasta que consiguió sacarse la mordaza de la boca; entonces gritó con voz ronca: “¡Te voy a agallas!”

Rikuson miró con toda la dureza que pudo a un hombre que tenía delante y que lloraba arrodillado ante el maltrecho cadáver de la madre de Rikuson.

“¿Cómo pudo terminar así?” Preguntó el hombre. Era regordete; Rikuson recordaba haber visto una suave sonrisa en su rostro.

Era Gyokuen.

Rikuson se lanzó hacia delante, arrastrándose hacia Gyokuen y agarrándose a sus pies. Normalmente, habría sido capaz de afrontar las cosas de forma más racional. Las lágrimas en los ojos de Gyokuen eran de lástima y arrepentimiento; no era un hombre del que Rikuson necesitara vengarse.

Pero, al mismo tiempo, era el padre del hombre al que Rikuson odiaba más que a ningún otro.

Gyokuen no dijo nada, sólo consoló a Rikuson mientras el chico le mordía.

“Lo siento. Lo siento. Es culpa mía. Todo es culpa mía.”

No le importaba que los dientes de Rikuson se hundieran en su pierna; no le importaba que la sangre fluyera. Gyokuen sólo seguía intentando ofrecer consuelo a Rikuson.

Gyokuen llevó al maltrecho y mugriento Rikuson a casa de la mujer pelirroja.

Su tía y sus primas seguían allí. A diferencia de su madre y su hermana, su tía nunca había salido a la calle, y nadie sabía que pertenecía al Clan Yi. Iba vestida de niñera, escondida.

“¿Te vas, hermano?” Preguntó la mayor del trío de hermanas, Haku-u, tirándole de la manga.

“Sí. Me iré un poco lejos.”

Rikuson ya no podía quedarse en la capital occidental. Si lo hacía, estaba seguro de que olvidaría las palabras de su madre y de su hermana. Nunca podría perdonar al hijo mayor de Gyokuen, Gyoku-ou, ni a los que se habían unido a él para atacar a los Yi. Sólo podía hacer daño a la gente que vivía en esta ciudad. Aunque le costó toda su fuerza, dio la espalda a sus primas.

“Hey...” Una niña pelirroja le llamó. Ella era la que llamaban You, pensó.

“Sí, ¿qué?” Rikuson no tenía tiempo para ser dulce y gentil sólo porque era tan joven.

“¿Odias al Hermano Gyoku-ou?”

“No quiero ni oír su nombre.”

“¿En serio? Él también me odia. Me pregunto, ¿vendrá a por mí algún día?”

Rikuson hizo una pausa.

“Si lo hace, tal vez te ayude. Si me apetece.”

Con eso, Rikuson subió a su carruaje.

El carruaje traqueteó, llevando a Rikuson al puerto.

Por mucho que le enfadara, no tuvo más remedio que acudir a Gyokuen en busca de ayuda. Un niño de trece años no tenía forma de mantenerse por sí mismo. Le dijeron que había alguien en la capital que había pertenecido al Clan Yi. Esta persona acababa de perder a un hijo de la edad de Rikuson, un chico que se parecía mucho a él, y esta persona estaba dispuesta a acoger a Rikuson.

“No te preocupes por el registro familiar. Puedes simplemente tomar su nombre.” Dijo Gyokuen. No pensaba cometer el mismo error dos veces.

Rikuson aún guardaba rencor a Gyokuen. Este hombre se había autoproclamado la fuente de todo, así que Rikuson creía que tenía derecho a saber por qué él y los suyos habían sido atacados.

“Alguien de la familia You lo hizo... ¡mientras estabas fuera! ¡¿Por qué?! ¡¿Fue tu hijo mayor?!” Preguntó Rikuson.

Gyokuen, angustiado, susurró:

“Sí. Ou, fue Ou. Mis otros hijos no tuvieron nada que ver.”

“¡¿Por qué?! ¡¿Por qué haría algo tan horrible?!”

“El registro familiar. Creo que quería enterrar la verdad. El levantamiento fue una tapadera perfecta. Ese chico, no es mío por sangre, ya ves. Su madre era una antigua esclava, y su padre es extranjero. Como sobreviviente de una antigua tribu de Lectores del Viento, tal vez odiaba al Clan Yi.”

“Sé lo que quieres decir...” Rikuson recordó la charla sobre prestar el libro de familia a Gyokuen, sobre cambiarlo, y se esforzó por atar cabos en su cabeza. “¿Crees que puedes escapar de la culpa, sólo porque no es tu hijo?”

Gyokuen negó con la cabeza.

“Toda la culpa es mía. Debería haber reconocido a Ou como mi hijo desde el principio. Debería haberme asegurado de que todo estuviera en orden para que nada le molestara.”

“¡Entonces no deberías haber seguido coleccionando concubinas! ¡Con razón te llaman Mujeriego!” Espetó Rikuson. Gyokuen se encogió sobre sí mismo. “¡Gyoku-ou no era tu verdadero hijo, pero seguiste dándole hermanos y hermanas! ¡¿No es por eso por lo que pensó que valía la pena instigar una rebelión por un estúpido registro familiar?!”

“Tienes razón. Sí, tienes razón. Pero no es sólo Ou. Ninguno de mis otros hijos es mío por sangre.”

“¿Qué?” Rikuson retrocedió sobre sus talones. Si el hombre tenía tantas esposas y descendencia... ¿cómo?

“Creo que puede ser simplemente que no soy físicamente capaz de tener hijos. Mi primera mujer dio a luz a Ou, sí, pero ella y yo nunca pudimos concebir un hijo juntos. Me siento fatal, pero aunque lo intenté con otras, nunca sirvió de nada.”

Rikuson abrió y cerró la boca.

“Así que... ¿Así que todos los demás son...? ¿Y esa chica, a la que llaman You?”

“Un comerciante sin descendencia nunca podría mantener la cabeza alta. Busqué viudas que ya estuvieran embarazadas, las mujeres más inteligentes que pude encontrar.” Gyokuen miró por la ventanilla del carruaje. “La vida en la capital occidental es dura para una madre y un hijo sin marido ni padre que se ocupen de ellos. Pero esa vulnerabilidad era también una oportunidad. Como mercader, ofrecí un contrato

absoluto. Les garantizaba que las mantendría a ellas y a sus hijos, y a cambio las madres me proporcionarían sus habilidades en un campo concreto. Además, sólo Ou debía ser mi verdadero hijo, para que a nadie se le ocurriera arrebatarse el control de la familia. Esa parte era un secreto para mis hijos.”

“Así que tú...”

“Todos creen que soy su verdadero padre. O al menos lo creían. Pero Ou lo descubrió. Descubrió que no era mi hijo de nacimiento. Y hubo muchos que amenazaron con usar la verdad de sus circunstancias contra él.”

Rikuson miró, y sólo vio a un hombre regordete que sostenía la cabeza entre las manos.

“El dinero hizo callar a la mayoría, pero algunos querían más. Mi intención era simplemente tratar siempre a Gyoku-ou como a mi verdadero hijo.”

Pero todo el trabajo de Gyokuen había sido en vano.

“Incluso cuando supo que yo no era su padre, Ou siguió actuando como si lo fuera. Así que le enseñé cosas. Le dije cosas que le ayudarían.”

“Huh.” A Rikuson no podría haberle importado menos. Si encontraba espacio para simpatizar, entonces tendría que perdonar—y si eso sucedía, entonces preferiría nunca haber escuchado nada de esto.

“En el curso de sus negocios junto a mí, Ou empezó a fijarse en la piedra negra. Muchos de sus partidarios en esta rebelión eran personas que guardaban rencor contra el Clan Yi, entre ellos muchos antiguos Lectores del Viento. Muchos de ellos habían estado trabajando en las minas.”

Allí debía de ser donde Gyoku-ou se había enterado del engaño sobre la cantidad de piedra negra que se extraía.

“¿Así que la única razón por la que derribó al Clan Yi fue por el resentimiento fuera de lugar hacia los Lectores del Viento? ¿No vas a castigar a tu «hijo»? Si eres un hombre Yi, si eres un protector de la capital occidental, ¡entonces al menos puedes hacer eso!”

“Sí, el deseo de venganza como miembro de los Lectores del Viento fue una de sus razones. Destruir el registro familiar era otra. Pero había una tercera.”

“¿Cuántas razones necesitaba?”

Gyokuen miró a Rikuson.

“Ou tenía la impresión errónea de que un niño del Clan Yi era mi verdadero hijo.”

Ante eso, Rikuson se mordió el labio.

“Parece un chico muy inteligente. ¿Podría tomarlo como mi hijo?”

Gyokuen había querido acoger a un niño Yi. Rikuson le había oído negociar con su propia madre. ¿Había motivado esa broma improvisada la destrucción de todo su clan?

Por eso Gyoku-ou había inventado lo del linaje imperial: para acabar con Rikuson.

Su hermana había sido una tonta. Era ella quien debería haber sobrevivido, no él. Ella era mucho más importante.

¿Por qué había dejado vivir a Rikuson?

¿Y por qué debería hablar con Gyokuen ahora?

A Rikuson le entraron ganas de lanzarse sobre Gyokuen y darle una paliza. Estaban en un carruaje; tal vez Rikuson pudiera arrojarlo de él. Gyokuen aún tenía la herida en la pierna de donde le había mordido; incluso un niño como Rikuson podía matar a un hombre corpulento como Gyokuen, si estaba dispuesto a caer con él.

Recordó lo que había dicho su hermana.

“Debes proteger las tierras occidentales. Eso es lo que hacen los hombres Yi. Emplea cualquier medio, usa cualquier gente que debas.”

Rikuson no podía dejarse morir aquí. Para no dañar las tierras occidentales, iría a la región central, a un lugar donde nadie supiera quién era Rikuson.

Se mordió el labio y dejó que sus uñas se clavaran en sus rodillas. De algún modo consiguió tragarse las ganas de matar con la saliva que tenía en la boca.

“¿La última razón fue la autoridad central? ¿Ese *estúpido* edicto imperial?”

Recordó a la mujer pelirroja hablando de ello. El Emperador debía de ser un incompetente. Creyó recordar haber oído que la Emperatriz Viuda controlaba la política de forma tan exhaustiva que la gente la llamaba Emperatriz Regente. Sin la aprobación de ese edicto, Gyoku-ou, incluso Gyoku-ou, no habría sido capaz de destruir al Clan Yi.

“Me han dado a entender que ese edicto no era lo que realmente quería el gobierno.”

“¿Perdón?” Dijo Rikuson, atónito. ¿Se *habían* equivocado de edicto?

“Llevaba el sello del Emperador, pero no el de la Emperatriz Regen—ajem, quiero decir, la Emperatriz Viuda.”

¿Así que había sido emitido por la marioneta, no por el titiritero? ¿Ése era el problema?

“La salud de Su Majestad es precaria desde hace algunos años, y su madre, la Emperatriz Viuda, ya no es una mujer joven.”

“Y con un edicto mal concebido, ellos...”

“Sí. Sabían que las acusaciones de bastardía imperial eran infundadas, pero el engaño sobre las cantidades de piedra negra que se habían extraído, eso no se podía ocultar para siempre.”

“S-Sí, pero...”

Así que el Clan Yi también tenía su parte de culpa. La forma en que habían apuntalado las malas cosechas y las malas circunstancias con la piedra negra había funcionado hasta ahora, pero estaba destinada a desmoronarse con el tiempo.

“Por eso voy a aprovechar esta oportunidad para arrebatarse los derechos mineros al gobierno central.” Dijo Gyokuen.

“¿Qué?”

El hombre regordete y frágil tenía fuego en los ojos.

“El gobierno no comprende el verdadero valor del carbón. En la capital real, se obtiene una mera fracción de lo que vale aquí. Y ahí está la oportunidad.”

“Quieres decir...”

“Utilizaré ese edicto mal concebido como moneda de cambio. Dejó un vacío de poder en el oeste, y eso es un grave problema.” Ahora Rikuson vio en los ojos de Gyokuen la seguridad de un mercader en su elemento. “Cuando te lleve a la región central, también me presentaré en la corte como miembro del antiguo Clan Yi, para protestar formalmente. Esto se hizo bajo mi sello, así que asumo la responsabilidad.”

“Pero eso significaría desafiar al gobierno. ¿Qué... qué pasaría contigo? ¿A tu familia?” A Rikuson no le importaba lo más mínimo lo que le ocurriera a Ou, el hijo idiota de Gyokuen, pero también estaba su esposa, la mujer que había dado cobijo a sus primas. Podía no ser pariente de sangre, pero no quería verla arrastrada a esto.

“Toma, mira esto.” Gyokuen sacó una cesta del suelo junto a sus pies. Dentro había varias palomas. “Por eso he querido ampliar mi negocio. Quien controla la información controla los mercados. Pueden colgarme por mi protesta; no importará. Los pájaros avisarán a mi familia antes de que les pase nada, y ninguna de mis esposas es una mujer débil, que se deshaga fácilmente. No nos extinguirán.” Se golpeó el vientre como si fuera un gran tambor. “¿Aún no estás convencido?”

“No... Todavía no.” La mente y las emociones de Rikuson no podían seguir el ritmo. Todavía era un niño. No podía decir si un adulto estaba mintiendo.

“En ese caso, permíteme sugerirte algunos trámites.”

“¿Qué quieres decir?”

“Soy un hombre de negocios. Y estoy a favor de los que ayudarán a hacer grande la capital occidental.”

Una mentalidad orientada a los resultados: era un hombre de negocios.

“Al mismo tiempo, coqueteo con el peligro. Casi por definición, mi vida será más corta que la de mis hijos. Temo que, cuando me haya ido, alguno de ellos se vuelva codicioso e intente algo.”

Eso parecía algo que el hombre Ou haría, pensó Rikuson. De hecho, ya lo había hecho.

“Si eso ocurre, quiero que elimines a ese niño. Y luego debes proteger la capital occidental.”

“¿Qué demonios...?”

Después de todo, ¿aún no se había convertido en el sucesor de Gyokuen? Antes moriría.

“A fin de cuentas, ¿*ahora* me vas a pedir que te limpie el culo?” Exigió Rikuson.

“Eso no es lo que estoy haciendo. Este es el destino de los hombres que se convierten en el viento.”

“Hombres que se convierten en el viento...”

Gyokuen, se dio cuenta Rikuson, era justo el tipo de hombre que su madre y su hermana habían dicho que era.

Era una forma baja y sucia de atraparlo. Cuando lo dijo así, Rikuson no tuvo más remedio que aceptar. No tuvo más remedio que aprender la misma terquedad bajo una amable sonrisa.

Rikuson tomaría su escarpado corazón y lo afilaría con una piedra de pulir, trabajando y trabajando hasta que estuviera liso y hermoso. Y

entonces se afilaría como una espada, preparado para abatir a cualquiera, a quien fuera, cuando surgiera la necesidad.

“Creo que hemos llegado.”

Rikuson bajó del carruaje y se encontró en el puerto. Allí vio a un hombre que se comportaba de forma muy extraña.

“¡Nada de barcos! ¡No! ¡No pueden obligarme a subir a uno!” Ahí estaba, un hombre hecho y derecho, agarrado a un poste y haciendo una rabieta como un niño.

“*Tienes* que subir al barco o no podrás volver a casa. Vamos, por fin encontramos uno que te lleve...”

“¡Pero... barcos! ¡No puedo! ¡Nada de barcos!”

Rikuson reconoció al hombre: era Lakan.

“¿Señor? ¿Qué está haciendo?” Preguntó antes de poder contenerse.

“¿Hrm? ¿Quién es usted? Un pequeño peón...”

Lakan se había olvidado por completo de Rikuson. Ya estaba acostumbrado, pero no dejaba de ser molesto.

“Vas a volver a la capital, ¿verdad? Bueno, creo que lo pasarías mejor en un barco que yendo por tierra.” Dar tumbos en un carruaje y dar tumbos en un barco no eran tan diferentes, así que mejor optar por el viaje más rápido, pensó Rikuson.

“Gnrr.” Refunfuñó Lakan, pero subió al barco arrastrando los pies.

“Realmente no puede recordar las caras de la gente, ¿verdad, señor? ¿Vas a estar bien?”

“Hrm... *Supongo* que podría ser un problema cuando me enfrente al mundo.”

“Entonces, cuando hagas fortuna, ¡contrátame! Recordaré las caras de todos por ti y nunca las olvidaré. Será bueno para ti.”

“Hm, sí, de acuerdo.”

Fue la más simple de las conversaciones; nunca imaginó que, una década después, se haría realidad. Para entonces, el hombre que había llegado a ser conocido como el raro estratega se había olvidado por completo de Rikuson.

Al final, el Clan Yi fue destruido. Incluso ante una protesta formal, el gobierno central no reconoció que el edicto imperial se había equivocado, pero parecían haber llegado a un compromiso.

Testigo:

Artículo. Los supervivientes del Clan Yi no serían perseguidos.

Artículo. Se mantendría el nombre de I-sei, la provincia de Yi Occidental.

Artículo. Gyokuen, no “del Clan Yi” sino “*antiguamente* del Clan Yi”, gobernaría la capital occidental.

Artículo. La provincia de I-sei no pagaría impuestos por el carbón que extraía, como una forma de soborno. Extraoficialmente, por supuesto.

El Clan Yi seguía caído en desgracia, pero Gyokuen había elegido el florecimiento de la provincia de I-sei por encima del honor. Por mucho que a Rikuson le doliera admitirlo, Gyokuen era su principal modelo de hombre que buscaba el bien de la capital occidental por encima de todo.

Capítulo 21:

El Estratega Toma el Mando

Entre la sangre, Rikuson se quedó rumiando el pasado.

El actual edificio administrativo estaba dentro de la mansión del Clan Yi; de hecho, para su despacho, Gyoku-ou había elegido la misma habitación que antaño había utilizado la madre de Rikuson.

Yacía apuñalado hasta la muerte en el lugar donde había cometido aquel ultraje diecisiete años atrás. Era casi demasiado perfecto.

Rikuson había regresado a la capital occidental por orden de Gyokuen, pero cuando descubrió que su superior inmediato sería el hombre que recordaba con más claridad que ningún otro, pensó que podría volverse loco. No obstante, había aguantado para poder honrar las últimas palabras de su hermana. Cuando Gyoku-ou le había preguntado si pertenecía al Clan La, Rikuson había ido más allá de la ira; lo único que podía hacer era reír. Resultó que el hombre al que nunca podría olvidar no se acordaba de él en absoluto.

Este era el hombre que Gyokuen había criado como su hijo, a pesar de todos sus defectos. Puede que no tuviera una conexión de sangre con su padre, pero tenía el talento para ayudar a las tierras occidentales a crecer y ser grandes. Quizás lo único realmente lamentable de él era

su sentimiento de inferioridad. El darse cuenta de que no era el verdadero hijo de Gyokuen le había retorcido.

Había buscado, no engrandecer las tierras occidentales, ni protegerlas, sino utilizarlas como medio para atacar a Shaoh. Tal vez quería erradicar la fuente de su propia sangre.

Eso, Rikuson no podía pasarlo por alto.

El escenario era demasiado perfecto, como si hubiera sido preparado para él.

Rikuson sacó el cuchillo y se arrodilló junto al hombre que Gyoku-ou había matado.

La gente entró corriendo.

“¿Qué está pasando aquí?” Dijo uno. Entonces vieron el suelo manchado de sangre y a Rikuson con los dos cadáveres.

“¡¿Qué demonios es esto, Amo Rikuson?!” Preguntó el ayudante de Gyoku-ou. Los que estaban con él empezaron a parlotear ruidosamente. Una dama de compañía pegó un grito.

“Es como ven.” Dijo Rikuson. “Cuando entré, él ya estaba muerto. Simplemente encontré una oportunidad para tomar el cuchillo y maté al traidor a cambio. Era todo lo que podía hacer.”

“¿Es cierto?” Dijo el ayudante, mirándole. En efecto, todos miraron a Rikuson con desconfianza.

Por supuesto. Era natural que sospecharan de él. Todos allí sabían que Rikuson había sido recibido con poca hospitalidad, y sabían que era posible que no fuera de fiar. Tendría que actuar con mucho, mucho cuidado.

O no. Tal vez sería mejor ser enterrado en el mismo lugar que su madre y su hermana mayor...

Los pensamientos apenas pasaban por su cabeza cuando alguien dijo: “Ya estaba asesinado cuando entraste en la habitación. Así que mataste al rebelde, ¿no es cierto?”

Era, de todas las personas, Lakan. Parecía medio dormido y ni siquiera llevaba el monóculo. ¿No estaban en medio de una ceremonia de Estado? ¿Qué hacía él aquí?

“Amo Lakan. ¿Qué pasó con la ceremonia?”

“Tenía sueño, así que me escabullí.”

Ah, pensó Rikuson, ya había pasado todo. A Lakan no se le podía ocultar nada. No tenía ni buenas ni malas intenciones, sino que se limitaría a exponer los hechos. Rikuson empuñó el cuchillo: si lo descubrían aquí, le permitiría morir en el mismo lugar que su madre y su hermana.

“Ya oyeron al hombre.” Dijo Lakan a quienes les rodeaban.

“¿Qué quiere decir, Gran Comandante Kan?”

“¿Hrm? Está diciendo la verdad. Mató al rebelde que mató al hombre. ¿Dónde está el crimen en eso? En todo caso, todo esto es culpa *tuya* por dejar tan poca seguridad.”

“¿Qué?” Dijo el ayudante, sorprendido por la acusación.

“Estoy cansado. Me voy a la cama.”

Hubo muchos murmullos, pero el consenso general fue que si el Gran Comandante Kan lo había dicho, eso era todo, y todos empezaron a retirarse. Sus sospechas sobre Rikuson se habían disipado en un instante.

Rikuson se preguntó, brevemente, si podría vivir con esto. Pero, al mismo tiempo, se sintió aliviado por haber cumplido la promesa que le hizo a su hermana.

“Podemos hablar de esto más tarde. Por ahora, será mejor que te cambies.” Le dijo el ayudante. La dama de compañía que había gritado antes le tendió temblorosamente un pañuelo a Rikuson. Era delgada; Rikuson ya la había visto varias veces.

“¿Ha venido a trabajar, Srta. Chue?” Le susurró al oído.

“Aww, ¿cómo sabías que era yo?” Su cara parecía completamente diferente, pero la voz era la de la alegre dama de compañía.

“Me lo sirvieron en bandeja de plata. Pensé que debía haber alguien detrás.”

La forma en que nadie vino a la oficina, a pesar de que las circunstancias eran sospechosas. Sí, Gyoku-ou les había dicho a todos que se marcharan, pero era *demasiado* conveniente.

Rikuson lo comprendió: el destino de Gyoku-ou había sido morir, aunque no hubiera sido Rikuson quien lo hiciera.

“Ohh. ¿Era demasiado obvio?” Preguntó Chue, pero no lo negó. “¿Cómo supiste que era yo? Me cambié el color del cabello y el tamaño de los ojos.”

“Fue la forma de tus orejas. Tiene unas orejas preciosas, Srta. Chue.”

“¡Eep! ¿De verdad estás estudiando las orejas de una mujer casada tan de cerca?” La voz era la de Chue, pero el lenguaje corporal nervioso parecía el de una persona completamente diferente. Le había traído a Rikuson una muda de ropa, mientras se las arreglaba para parecer completamente horrorizada por la sangre que tenía por todas partes.

“¿Crees que voy a encontrar mi final cuando el médico comience su investigación?” Preguntó Rikuson con displicencia.

“El Dr. You es el médico a cargo. Es un trabajador muy dedicado, pero un pensador flexible, y más que nada, quiere que la capital occidental sea pacífica. Ahora, la Srta. Maomao, podría empezar a cavar por pura curiosidad. Y los otros dos médicos, tienen sus manías personales.”

“Entiendo lo que quieres decir. Me propondré no volver a ver a Maomao después de esto.” El pensamiento entristeció a Rikuson, pero no había forma de evitarlo. No podía retractarse de lo que había hecho.

“Buen plan. Ah, ¿y si también te callas lo mío?” Dijo Chue, sin dejar de hacerle callar.

“Ciertamente lo haré. ¿Puedo hacer una petición a cambio?”

“¿Qué sería eso?” Rikuson podía oír claramente la inconfundible voz en su oído, aunque para cualquier espectador, Chue podría parecer que ni siquiera movía los labios. Su disfraz era casi perfecto; incluso Rikuson podría no haberla reconocido si no hubieran pasado tantos días juntos en la aldea agrícola.

“Antes recogió algo de la habitación, ¿verdad, Srta. Chue?”

Había sido tan sutil al respecto que cualquier otra persona podría no haberse dado cuenta. Pero Rikuson vio que la posición de la mano de Chue era un poco diferente después de que ella hubiera entrado en la habitación que antes.

“Aww, ¿por qué tienes que ser tan cortante?” Dijo. Luego añadió: “El Pequeño Lin es la verdadera víctima, ¿no?” Fue sorprendentemente franca al respecto.

“En ese caso, debe haber venido aquí para hacer alguna demanda sobre la base de esa cosa robada. Específicamente, un registro familiar, ¿sí?”

“Por favor, no digas nada más. La cabeza de la Srta. Chue podría no permanecer unida a sus hombros.” Dijo Chue, aunque no parecía muy preocupada. Ella, sin embargo, estaba cuidando de que no hubiera nadie más alrededor.

“¿Puedo pedirte que te deshagas cuanto antes de ese objeto que has obtenido?” Rikuson no perdonaba ni perdonaría a Gyoku-ou, pero tampoco pretendía mancillar su memoria.

“Tendré que preguntar a mis superiores.”

“Sería beneficioso para todos, deshacerse de esa cosa. ¿Y si se hiciera público que el verdadero padre de la Emperatriz era un don nadie de ninguna parte?” Rikuson sintió que Chue ya sabía la verdad.

“Lo sé, lo sé, no sería nada divertido.” Seguía sonando imperturbable, pero su rostro estaba ligeramente más tenso que antes. Debía de ser una espía muy capaz. Rikuson se preguntaba si ella podría simplemente acabar con él, pero le gustaba pensar que no lo haría.

Si alguien investigaba el registro familiar, era posible que descubriera al verdadero padre de la Emperatriz Gyokuyou. Se podría ver quién había sido el anterior marido de su madre, y aunque estuviera muerto, se podría investigar a su familia. Eso no sería nada bueno.

“La Srta. Chue sabe por qué este registro familiar es una mala noticia para ella, pero ¿qué *le* hace querer deshacerse de él, Sir Rikuson?”

“No es nada especial. Es simplemente que, si haces un trato con alguien y luego se descubre su secreto, el trato pierde todo su valor, ¿no?”

No lo hacía por Gyoku-ou, el hombre que habría expuesto tontamente a toda la región occidental al peligro. Esa gran masa de inferioridad hacia Gyokuen.

Había una razón, y sólo una, por la que Rikuson quería destruir el registro familiar, y era porque sentía un deber hacia Gyokuen.

“¡Entendido! Hablaré de ello con mis superiores.” Chue le entregó a Rikuson la muda de ropa y se marchó a algún sitio, con disfraz y todo.

“No parece que sirva directamente al Príncipe de la Luna.” Reflexionó Rikuson, pero no quiso indagar más. Por un lado, ahora tenía remordimientos de conciencia.

Rikuson volvió a su habitación, cerró la puerta y se arrodilló. Quería cambiarse desesperadamente la ropa ensangrentada, pero su cuerpo no se movía.

“No lo entiendo. Se supone que se acabó.” Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos. *Ploop-ploop-ploop*. “¿Estoy equivocado? ¿Es sólo el principio?”

Moqueó como un niño que llora. Como adulto, le daba vergüenza, pero en ese momento sintió que su madre y su hermana velaban por él.

Es más, por alguna razón, Lakan le había cubierto.

“No mentí... pero él debería haber sabido que no era la verdad.”

Pensó que su antiguo jefe no se caracterizaba por lo que había hecho.

Su siguiente pensamiento fue que seguiría adelante. Para proteger las tierras occidentales, viviría, seguiría siendo el viento.

Capítulo 22:

La Queja del Hermano Menor Imperial

Incluso en una parte completamente distinta de la finca, Maomao podía oír los sollozos de las mujeres. Desde el segundo piso del anexo, podía ver la fila de delante.

“Vaya, vaya, qué horror.” Dijo Chue, como si no tuviera nada que ver con ella. “Dicen que los funerales deben ser solemnes, pero desde luego aquí en el oeste hacen un espectáculo.”

“Creo que esto *es* bastante solemne para sus estándares.” Maomao se apartó de la ventana y miró las hierbas de la mesa, una selección de hierbas que había encontrado y que crecían en las llanuras. Chue las había recogido por ella. Estaba intentando organizarlo y utilizarlo todo cuando recibió una noticia inquietante. Gyoku-ou, al parecer, había sido asesinado.

Ayer se había preguntado qué pasaba, cuando sólo los hermanos y hermanas de Gyoku-ou habían estado en la ceremonia, y él no había aparecido en absoluto.

Dijeron que había sido asesinado por un granjero que se le había acercado repetidamente para pedirle dinero. Maomao se sorprendió a medias al oírlo, pero la otra mitad de sus sentimientos incluía comprensión, un extraño alivio y cierta ansiedad.

“¿Un granjero? ¿De verdad?” Preguntó.

“Ajá. Creo que ya lo sabe, Srta. Maomao. Sobre cómo el Amo Gyoku-ou podría ser un poco *demasiado* caritativo.”

Era una forma bonita de decirlo, pero lo que Chue quería decir era la forma en que prestaba dinero.

“Es justo. Creo que la gente que recibe el dinero debe saber que quien se lo presta no es un dios. ¿Cuáles eran las condiciones del préstamo?” Preguntó Maomao, pensando que si alguien lo sabría, sería Chue con su amplia información.

“Tienes razón; es exactamente como dices. No prestó dinero incondicionalmente. Básicamente pedía que le prestaran su ayuda cuando había una emergencia, pero no creo que la gente pudiera imaginarse realmente una emergencia. Puede que sea diferente en los pueblos más occidentales, pero no hay casos de tribus bárbaras atacando la capital occidental.”

Aquellos problemas parecían tan lejanos geográficamente y, aunque sólo fuera por eso, desde luego la gente no esperaba que estallara una guerra en su vida. Eso era lo que había provocado la reciente rebelión. Gyoku-ou había aparecido para encubrir a Jinshi mientras en realidad incitaba a la gente a la guerra... pero acabó siendo lo que hizo que lo mataran.

“Supongo que no puedo decir que no simpatizo.” Maomao comprendía, al menos en cierto modo, cómo debía sentirse el granjero

que había matado a Gyoku-ou. La gente siempre pensaba que las cosas no les concernían hasta que las chispas caían sobre sus propias cabezas. Y cuanto más pobre era uno, menos podía pensar en nada que no tuviera delante de sus narices. Pero esa visión estrecha también podía cegarle a uno el deseo. “¿Puedo preguntar algo? ¿Qué pasó con el asesino?”

“Lo mataron enseguida. Pero aun así, la familia del granjero fue informada antes de que las cosas se hicieran públicas.”

Chue explicó lo que Maomao quería saber. Si alguien atentaba contra la vida de un miembro de la familia imperial, toda su familia podía ser destruida. Y aunque Gyoku-ou no era miembro de la línea imperial, era el hermano mayor de la Emperatriz Gyokuyou e hijo de Gyokuen. Puede que Maomao y los demás no tuvieran una impresión muy favorable de él, pero contaba con mucho apoyo en la capital occidental. Aunque el propio asesino ya estuviera muerto, la familia del asesino aún podía estar en peligro.

“¿Crees que la familia pudo escapar?”

“La Srta. Chue no lo sabría. Puedo decirle que la justicia popular va contra la ley en la capital occidental, pero aun así, si no salieran de aquí, podrían meterse en algún problema.”

El acto podría ser ilegal, pero era imposible saber hasta qué punto la ley sería realmente eficaz para contener a la gente. El levantamiento había llamado a la puerta del anexo donde se alojaba el hermano menor imperial. Estaba claro que la gente no estaba en sus cabales.

“¿Algo más que quiera preguntar, Srta. Maomao?” Chue se sentó en su silla con una sonrisa indolente en el rostro. Maomao también se sentó, con una hierba medicinal medio marchita en las manos. Pensaba recoger las hojas de las ramas y secarlas.

¿De verdad fue un granjero quien lo mató? Pensó en hacer la pregunta directamente, pero se contuvo. En lugar de eso, dijo: “¿Qué va a pasar ahora? Después de todo, era el gobernador regional en funciones. Tenía mucho trabajo.”

“Sí, sobre eso...” Chue tomó una rama para ayudar. Podía ser un poco floja, pero también era una dama de compañía capaz, y ahora imitaba lo que hacía Maomao, arrancando con destreza las hojas de la rama. “El año pasado —bueno, desde hace un año, supongo—, el Sr. Rikuson se ha ocupado de gran parte del trabajo. Irá con lo que ya estaba haciendo como ayudante, y con una pequeña excepción, no debería haber ningún problema.”

“¿Por qué tengo la sensación de que esa pequeña excepción es crucial?”

“Porque lo es. No hay nadie para servir como la *cara* de la operación. Malas noticias, malas noticias.”

“Ahh...” Maomao entendió. Pero al mismo tiempo, tenía una pregunta.

“Teniendo en cuenta el trabajo que hay que hacer, tiene sentido que lo haga el Sr. Rikuson, pero él procede de la región central.” Dijo Chue.

Su respuesta al enjambre de insectos había demostrado sobradamente su capacidad de liderazgo, pero no era lo bastante poderoso como para ser el sucesor de Gyoku-ou.

“El Amo Gyokuen tiene muchos hijos, ¿verdad? Los hermanos y hermanas menores del Amo Gyoku-ou. Estaba ese... Dahai, ¿no? ¿Quién dirige el puerto?” Aventuró Maomao.

“Bien. Sí, ahí está. Gyoku-ou tiene seis hermanos menores. Por no hablar de un hijo propio, aunque sus hermanos y hermanas probablemente serían los primeros en la fila.”

“¿No puede hacerlo uno de ellos?”

“Bueno, la cosa es...” Chue sonaba como si no quisiera decirlo. “Todos tienen trabajos especializados, ya ves.”

“¿Trabajos especializados? ¿Cómo cuáles?”

“Como los barcos, o la cerámica. ¡Hay muchos artesanos en esa familia! Por muy competente que sea, un granjero como el Hermano de Lahan nunca sería capaz de gobernar una nación, ¿verdad?”

Maomao trató de imaginar al Hermano de Lahan haciendo trabajo de oficina en lugar de echarse una azada al hombro. Probablemente podría hacerlo, pensó, pero también sería diez veces más eficaz en el campo. Por no mencionar que los que estaban en lo más alto no podían ser simplemente ordinarios. Incluso los más excepcionales podían esperar ser sustituidos si cometían un solo error.

“Creo que podría haberse permitido una persona más con buen sentido político.” Dijo Maomao.

“Probablemente no quería que nadie luchara con su hijo mayor. Y si lo piensas, en realidad es la Emperatriz Gyokuyou la que llegó más alto en el mundo, políticamente hablando. Parece que el hijo del Amo Gyoku-ou aún no ha tenido mucho entrenamiento; pensaron, ¿por qué apresurarse mientras su padre vivía?”

“Supongo que tiene cierto sentido.”

No se podía llegar mucho más alto en el mundo que forjando una conexión matrimonial con el Emperador. Gyokuen, un comerciante, había logrado convertirse en suegro de Su Majestad.

Pero eso les dejaba de nuevo en el punto de partida: ¿Quién iba a dirigir la capital occidental?

“Supongo que a estas alturas no podemos esperar que el Amo Gyokuen vuelva a la capital occidental.” Dijo Maomao.

“En su posición, sería complicado. Incluso si es su verdadero hijo el que murió, no creo que volviese ahora a la capital occidental. Creo que habrá algunas conversaciones bastante incómodas para el Príncipe de la Luna después del funeral. No puede evitar la pregunta de si realmente fue un granjero de la capital occidental quien lo hizo.”

Qué amable por su parte: éste era precisamente el tema que interesaba vivamente a Maomao.

Gyoku-ou había sido una espina en el costado de Jinshi con toda su charla sobre la guerra, es cierto, pero era una espina aún más grande ahora que se había ido y había muerto.

“Hay otros peces gordos por aquí, ¿verdad? ¿No pueden hacer algo al respecto?”

“Oh, la Srta. Chue no podría decírtelo. Pero hay una cosa que sé con certeza.” Se inclinó muy cerca de Maomao.

“¿Sí? ¿Qué?” Preguntó Maomao, algo acobardado.

“No importa cuál sea el resultado, el Príncipe de la Luna volverá a casa *muy* cansado. Esto requiere un brebaje medicinal que le quite la fatiga, idealmente algo no demasiado amargo.”

“Veré lo que puedo hacer.” Murmuró Maomao. Arrancó más hojas y se preguntó si el curandero se habría comido toda la miel que habían traído.

Fiel a la predicción de Chue, Jinshi estaba profundamente cansado al día siguiente. Estaba tan mal que incluso el curandero, a quien normalmente se podía engañar fácilmente para que concluyera su examen sin hacer comentarios, empezó a preocuparse de que el Príncipe de la Luna pudiera estar enfermo.

“Sólo estoy cansado. Eso es todo. Puedes irte.” Espetó Jinshi, y el matasanos salió arrastrando los pies. Maomao, sin embargo, se quedó.

Bueno, esto es incómodo.

Era la primera vez que se veían de verdad desde su pequeño episodio de “recarga”. Aun así, era evidente que Jinshi no estaba fingiendo su agotamiento, y a Maomao le invadió la duda de qué podía haber pasado.

Su séquito habitual ya debía de saberlo, porque parecían estar bajo una nube colectiva. ¿Qué agotadora historia les había contado?

“Puedes seguir adelante y sentarte.” Dijo Jinshi, así que Maomao se sentó. Ya le había dado el brebaje que había creado a Suiren. “Pregúntame qué pasó.”

“¿Qué pasó, señor?” Preguntó obedientemente Maomao.

“¡No te lo vas a creer!”

Hacía bastante tiempo, reflexionó Maomao, que Jinshi no parecía tan agotado delante de sus criados. A veces se ponía así cuando sólo estaba Gaoshun, pero...

¿Con Suiren, Taomei, Chue y Basen?

Por no mencionar que Baryou probablemente estaba fuera de la vista en algún lugar cercano.

Jinshi hizo alarde de su desgana delante de todos ellos. Maomao podría haber esperado que Suiren o Taomei le regañaran, pero no hubo ninguna reprimenda. Eso demostraba lo justificable que era su desgana.

Suiren puso la medicina suavemente delante de Jinshi. De hecho, era más parecido a un caldo; Maomao había optado por una especie de sopa porque intentar enmascarar lo amargo con lo dulce podía resultar en un sabor simplemente extraño. Le había puesto verduras junto con hierbas medicinales que ayudaban a combatir la fatiga, y lo había guisado con abundante leche y mantequilla hasta que la carne fibrosa estuvo lo bastante blanda como para que resultara fácil de masticar.

Para ser sinceros, muchos de los ingredientes eran bastante rudimentarios para un paladar imperial, pero Maomao al menos había intentado escoger los ingredientes que creía más eficaces. El caldo era verde —a fin de cuentas, no dejaba de ser medicina—, pero debería saber bien. El curandero, Chue y Lihaku le habían dado su visto bueno.

“Mmmhh.” Jinshi tomó un bocado de sopa y luego dejó escapar un suspiro. Se estaba tomando su tiempo, teniendo en cuenta que le había rogado que le escuchara. Lo importante era que la sopa parecía sentarle bien, porque volvió por otra cucharada, y luego otra, probando todos los ingredientes diferentes.

Supongo que tiene tanta hambre, pensó Maomao. Una vez que hubo probado bocado, parecía no poder hasta comérselo todo. Se limpió los labios relucientes con el dorso de la mano; no era un comportamiento muy principesco, pero sí apropiado para un joven de su edad.

Al momento siguiente, sin embargo, de repente parecía preparado. Se enderezó y ya no parecía tan cansado... qué cambios tan rápidos.

“Hablamos de quién sería el líder de la región occidental en el futuro, pero todo fueron rodeos, como era de esperar.” Dijo.

“Me lo imagino, señor.” Respondió Maomao con una rápida mirada a Taomei. Si sólo hubieran estado allí Suiren o Chue, eso sería una cosa, pero los ojos de Taomei la asustaban. Tenía que mostrarse un tanto formal y distante porque nunca podía estar segura de qué aspecto de su actitud Taomei podría considerar irrespetuoso.

“Los otros hijos de Sir Gyokuen rechazaron unánimemente la idea de presentarse ellos mismos. Cada uno destaca en su campo, pero ninguno es apto para la política. Eso vale para todos ellos. Mientras tanto, el hijo de Sir Gyoku-ou aún no está suficientemente estudiado en política, o eso me han dicho. No es lo bastante poderoso como para asignarle de repente el cargo de gobernador.” Jinshi sonaba enfático. Tenía los puños apretados. “Así que consideramos a los ayudantes de Sir Gyoku-ou. Son lo bastante competentes en su trabajo, pero ninguno de ellos tenía el temple para estar en la cima.”

“Supongo que son el tipo de personas que se sienten más cómodas asistiendo.”

“Tal cual.”

A veces la gente era así. No todos anhelaban ascender implacablemente en el mundo. Había quienes no necesitaban una posición elevada, siempre y cuando tuvieran suficiente para comer. Parecía que todos los ayudantes de Gyoku-ou poseían esta disposición.

¿Se esforzaba por rodearse de gente así, o simplemente gravitaban hacia él?

Si alguien quería un poco de prestigio pero no quería tener que estar en lo más alto, podría ser más feliz como ayudante. Aunque los que eran demasiado diligentes podían implicarse demasiado en su trabajo y acabar con problemas estomacales.

“Preguntamos entre las personas más importantes e influyentes de la capital occidental, pero la respuesta fue siempre negativa. Desde una perspectiva mercantil, parece que las desventajas superaban a las ganancias.”

“Son muy comerciantes, ¿no es así, señor?”

“Sí, así es como funciona esta ciudad. Está muy bien que alguien tenga tanto poder como Sir Gyokuen, pero los demás mercaderes son todos tan poderosos como los demás.”

Maomao no sabía cuántos mercaderes influyentes había en la capital occidental, pero si uno se presentaba con demasiadas ganas, bien podía ser aplastado por los demás. Además, todos estaban ocupados lidiando con las consecuencias del enjambre, y era difícil culparles si no querían asumir más trabajo.

“Pensé que había una persona que podría encajar en el proyecto de ley...” Dijo Jinshi.

“¿Sí? ¿Quién era?”

“Rikuson.”

Sí, Maomao se dio cuenta, por supuesto que Jinshi pensaría en él. Después de todo, hasta se le había ocurrido su nombre. Por encima de todo, Chue sin duda habría dado un informe completo.

“Pareces extrañamente... receptiva con la idea.” Dijo Jinshi, con aspecto ligeramente molesto.

Mejor salir de esto antes de que recuerde todo el asunto de la propuesta de matrimonio y se vuelva tonto.

“Señor, cuando llegó el enjambre, le vi mantener la calma total y entrar en acción. Además, tiene agallas para sobrevivir como mano derecha del monstruo, ¿no?”

Objetivamente hablando, era muy capaz.

“¡Sí! ¡La Srta. Chue está de acuerdo con esto!” Dijo Chue, con la mano en alto. Un par de ojos depredadores brillaron a un lado.

“Sí, bueno, se excusó alegando que había sido enviado aquí en nombre del gobierno central.”

“Vaya.”

Dado que Rikuson venía de la región central, sería mejor que no se arriesgara demasiado. Todo tal y como había dicho Chue.

Si él mismo fuera de la capital occidental, tal vez las cosas serían diferentes...

“¿Hrm?” Dijo Maomao. Algo le rondaba por la cabeza, pero supuso que era sólo su imaginación y lo ignoró.

“¡De hecho, Rikuson dijo que yo debería liderar este lugar!”

“¿Él qué?!” Exclamó Maomao; ni siquiera ella pudo evitar saltar de su asiento y hablar a pleno pulmón.

Ahora los ojos depredadores se clavaron en Maomao. Ella volvió a sentarse en su silla, sintiéndose un poco mareada.

“¿En qué cree que estaba pensando, señor?” Preguntó con estudiada cortesía.

“Exactamente lo que dijo, sospecho. Los asuntos cotidianos podrían continuar con normalidad, con los ayudantes encargándose de todo. Pero pensó que yo debía seguir siendo la «cara». ¡Maldito! ¡Sea! ¡Rikuson!”

Uy.

No le extrañaba que estuviera tan cansado. Parecía estar enfatizando su punto principal.

“Pero si vino aquí «por órdenes», yo no soy más que un visitante. ¿Me equivoco?” Preguntó Jinshi, mirándola.

“No, señor.”

“A todas luces, ya podría estar de vuelta en la capital, ¿no? ¿Por qué todo el mundo se queda mirándome? ¿Eh?”

“Por supuesto, señor...”

Recordó que había dicho que el viaje duraría tres meses como mínimo. Pero nunca dijo cuánto duraría el más largo.

¿Cuántos meses han pasado ya? Maomao contó con los dedos. Más de cinco meses habían pasado en la capital occidental. Incluyendo el viaje en barco hasta aquí, hacía más de medio año que habían abandonado la capital real. Francamente, deseó que Gyoku-ou hubiera tenido la delicadeza de ser más consciente cuando lo mataron. No es que se alegrara de su muerte, pero ¿no podía haber esperado a estirar la pata hasta haber resuelto los malentendidos sobre Jinshi, sobre el hermano menor imperial? Él sólo había encendido a la gente para la guerra.

¿Cuántos problemas puede causar un viejo bastardo?

Pero, ¿qué habría pasado si hubiera sobrevivido?

Si un hombre con tanta influencia en la región realmente hubiera presionado por la guerra, incluso Jinshi, un miembro de la familia Imperial, sólo podría haberlo resistido por un tiempo. Podría haber sido posible al menos evitar la guerra real contra Shaoh, pero...

“Pero Amo J-Jinshi.” Dijo Maomao, usando su nombre con cierta vacilación. Los ojos del depredador eran aterradores. “Tenías intención de quedarte a pesar de todo, ¿verdad?”

Jinshi no dijo nada al respecto, lo que significaba que era cierto. Si realmente le hubiera parecido tan insoportable, podría haberse marchado a casa en cuanto hubiera llegado el enjambre. Teniendo en cuenta su posición, nadie se habría quejado; de hecho, sin duda habría recibido una o dos cartas animándole a hacerlo.

Pero eso habría dejado al pueblo destrozado en cuerpo y alma por el enjambre, con las tribus extranjeras atacando y sin nadie que les dirigiera y guiara. Incluso en medio de una situación profundamente desagradable, Jinshi usaba la cabeza.

“No podemos abandonar así la capital occidental, ¿verdad?” Preguntó Maomao.

“Tienes toda la razón.” Jinshi lanzó un suspiro. Volvía a parecer cansado y echaba pequeñas miradas a Maomao.

“¿Qué pasa, señor?”

“En las circunstancias actuales, creo que lo más seguro sería volver a la región central.”

Más seguro para *quién* volver, se preguntó Maomao, pero entonces se dio cuenta de que se refería a ella.

“Supongo que sí.” Admitió. Podía haberla enviado lejos por su seguridad nominal, pero aun así había acabado enjambrada de saltamontes. Entonces una insurrección había llegado justo a su puerta. Pero esto era un error. “No puede decirme que me vaya a casa, señor, no ahora. Le garantizo que también perdería a su raro estratega.” Ella llevó el punto a casa.

Me encantaría volver a casa. En serio, cómo me gustaría.

Ella seguiría adelante. Tenía que escribir cartas a la madame, a Yao y a En-en.

“Si nos preguntamos hasta qué punto el raro estrategia es realmente una pérdida para la autoridad central, creo que la respuesta honesta es, no mucho. De hecho, probablemente les sea más útil aquí, ¿no crees? Incluso si él puede hacer la vida un poco ruidosa. Y tiene un compañero de Shogi y todo.”

“Pero...”

“Si quieres enviarme a donde sea, bueno, si sólo soy un peón que no marca la diferencia en la situación estratégica, supongo que no tengo derecho a oponerme. ¿Soy un peón para usted, Amo Jinshi?”

Se quedó en silencio.

“¿Hay algo que quieras decirme?”

“Sí. Quiero...” Empezó a responder, pero se negó a mirarla a los ojos. Finalmente dijo: “Quiero tomar otro tazón de ese guiso.”

“Claro.” Dijo Maomao después de un segundo. “Iré por más.”

Al parecer, pensó, era su forma de decirle que era lo bastante útil como para tenerla cerca.

Esperaba que el curandero no se hubiera comido el resto del estofado como tentempié de medianoche. Tuvo un pequeño pensamiento travieso de que tal vez debería haber puesto un cartel en él: *Sólo para uso imperial*.

Epílogo

Como quieras.

Esa era la totalidad de la carta a Rikuson.

Pensó en la chica pelirroja, You. La hija menor de Gyokuen, la hija de una atractiva artista ambulante, criada para que algún día pudiera ir a la región central. Ella había albergado a los supervivientes del Clan Yi. Estaba seguro de que Haku-u y sus hermanas, del mismo modo, habían sido salvadas por aquella muchacha cuya sonrisa nunca vacilaba.

Tal y como Gyokuen había predicho, You creció hermosa, y él le había cambiado el nombre a Gyokuyou. La envió al palacio posterior y ahora se había convertido en emperatriz.

Gyoku-ou había intentado seguir los pasos de su padre Gyokuen, fuera cual fuera la forma que adoptara.

Aunque lo hacía a su manera, Gyokuyou era igual.

Lo que Gyokuen valoraba más que nada era la protección de la capital occidental. Gyoku-ou había procurado hacerla florecer, mientras que Gyokuyou había trabajado para congraciarse con la autoridad central.

El trío al que Rikuson había tratado una vez como hermanas pequeñas también había crecido hermoso. Sólo volvió a verlas después

de que Gyokuyou se convirtiera en emperatriz. Las tres servían entre sus damas de compañía; habían abandonado el palacio posterior con ella y vivían en el palacio de la emperatriz.

Las hermanas menores no recordaban a Rikuson, pero la mayor, Haku-u, sí lo conocía. Y eso que había abandonado su nombre anterior y vivía como otra persona. Tal vez fuera culpa suya por escudriñar demasiado a las hermanas cuando pasaban.

Haku-u se puso en contacto con él, en parte porque era una cara conocida, pero en parte para instarle, como miembro superviviente del Clan Yi, a que regresara a la capital occidental y se convirtiera en su líder. Pero eso era impensable. Rikuson era hijo de un rebelde; se suponía que no debía existir.

Pensó que tal vez Haku-u quería devolver a los Yi su antiguo poder, pero en la década transcurrida desde que se separaron, se había convertido en una leal dama de compañía de Gyokuyou, la hija de Gyokuen.

Entonces, ¿por qué quería que Rikuson gobernara la capital occidental?

Pronto se le presentó la oportunidad de averiguarlo. En la visita del año pasado a la ciudad, Rikuson había participado en lugar de Lakan.

Le atormentaba la posibilidad de que alguien le reconociera o descubriera quién era en realidad, y se estremecía a cada momento del viaje. Sin embargo, para su sorpresa, le trataron igual que a los demás

invitados, y nada más. Nadie sabía que era hijo del clan que una vez tuvo la capital occidental en la palma de su mano. Sobre todo, Gyoku-ou parecía no prestarle ninguna atención a Rikuson.

La capital occidental estaba floreciendo. Mucho más, pensó, de lo que probablemente lo había hecho nunca bajo los Yi. No importaba la tragedia del pasado; los habitantes de esta ciudad eran hombres de negocios hasta la médula. A la luz de la riqueza de la que ahora disfrutaba la ciudad, lo sucedido casi podía considerarse un mal necesario.

Rikuson, no obstante, estaba alerta a las sombras que proyectaba el florecimiento.

Durante su breve estancia en la capital occidental, Gyokuen le convocó.

“¿Qué te parece la capital occidental?” Había preguntado.

Gyokuen lo había visto, la torsión que afligía a Gyoku-ou. Lo que podía empezar como una pequeña distorsión, si no se trataba durante décadas, podía acabar deformándose sin remedio. Además, ahora estaba decidido que Gyokuen iría a la región central. Sin duda estaba pensando en lo que haría Gyoku-ou sin él como control.

Rikuson sabía que Gyoku-ou no era digno de confianza.

Fue a Rikuson a quien Gyokuen eligió para actuar como su jaque en la capital occidental.

“¿Por qué no haces algo tú mismo con él?!” Rikuson había exigido, adoptando un tono vehemente que no había utilizado en más de diez años. Aunque se había jurado a sí mismo que no volvería a hablar así después de convertirse en Rikuson.

Así fue como regresó a la capital occidental, Gyokuen le había elegido personalmente.

Iba a ser el vigilante de Gyoku-ou y, si algo ocurría, su verdugo...

Rikuson sospechaba que Gyokuyou conocía la decisión de Gyokuen. Le enviaba cartas a través de Haku-u. Siempre usando palomas. ¡Cómo había sudado Rikuson mientras el hermano menor imperial intentaba averiguar cómo se comunicaban los bandidos! Las palomas eran un medio especial de comunicación, no algo para compartir con la familia Imperial.

Como quieras.

No podía actuar de acuerdo con el contenido de la carta de la Emperatriz Gyokuyou.

Se había preocupado; todo este tiempo, se había preocupado por ello.

Si tan sólo Gyoku-ou hubiera reconocido su propia responsabilidad, en algún momento, de alguna manera.

“¿Podría haber tenido más mala suerte?”

Si sólo hubiera podido ser el vigilante de Gyoku-ou.

¿Por qué tenía que ser *tan* retorcido ese cabrón?

¿Por qué nadie había intentado repararlo?

¿Por qué habían obligado a Rikuson a hacerlo?

No... Eso no es cierto en absoluto.

Rikuson lo había deseado, lo anhelaba.

Para por fin vengar a su madre y su hermana.

Y su deseo se había cumplido.

“Ahora ya no tengo ganas de hacer nada en absoluto.” Dijo largamente.

Intentó pasar la responsabilidad a otra persona, intentó nombrar a alguien que no fuera él para dirigir la capital occidental ahora que Gyoku-ou se había ido. En una época de paz, podría haber algunos interesados, pero nadie quería asumir el papel de gobernador en funciones con la crisis del enjambre de insectos aún fresca.

Incluso empezó a oír a la gente decir que él mismo debería ocupar el puesto, y fue entonces cuando por fin dio voz a sus pensamientos: “Creo que tú, Príncipe de la Luna, podrías ser el apropiado.”

El hermano menor imperial se había quedado boquiabierto. Rikuson se sintió realmente mal. Pero tuvo un pequeño pensamiento insolente, que al menos así tendría compañía en la miseria de estar sobrecargado de trabajo.

“¿Qué debo hacer?”

Rikuson estaba realmente agotado. No tenía ganas de hacer nada, e incluso intentaba cargar a los demás con lo que no quería hacer. De hecho, en ese mismo momento estaba evadiendo el trabajo, recostado en las ramas de un árbol.

El propósito por el que había vivido durante más de diez años había desaparecido, dejando un enorme vacío en su lugar. No habría sido sorprendente que simplemente hubiera muerto.

Lo que Rikuson había hecho era imperdonable, pero al mismo tiempo habían perdido la oportunidad de castigarle. Era cruel, mezquino y sucio. Rikuson encontraba su propia existencia repulsiva y horrible.

La luz del sol se asomaba entre las hojas y pequeños pájaros revoloteaban por el aire.

“Pájaros...”

Cuando los vio deslizarse sin esfuerzo por el cielo, le trajo recuerdos de una época en la que había creído que se convertiría en el viento. Cuando llegara el día de su ceremonia de mayoría de edad, se pondría el traje bordado. Entonces se convertiría en mercader, o en marinero, o viajaría a algún lugar lejano. Por aquel entonces, había tantos y tan grandes sueños para él.

“Lejos...”



Eso podría ser bueno, pensó, mientras bajaba del árbol. Ir a algún lugar donde no hubiera nadie más, vivir una vida errante, y finalmente caer muerto en algún campo.

De repente, le pareció oír una voz: “*¡No, no puedes!*”

Rikuson miró a su alrededor, pero no había nadie. Sólo soplaba el viento y volaban los pájaros.

“*¿No vas a hacer algo por la capital occidental?*”

Sólo oía cosas. El viento y el canto de los pájaros le habían parecido la voz de una mujer joven.

No obstante, dijo como en respuesta: “¿Debo seguir trabajando, Hermana Mayor?”

El viento sopló, un gran grito.

“¡Ja, ja, ja! Ahora sí que eres mala.” Rikuson se rio y se tumbó en el suelo. El cielo se extendía sobre él, amplio y azul, y la brisa le acariciaba la piel.

Ese viaje tendría que esperar. Podría ir después de que la vida hubiera vuelto a la capital occidental, después de que la gente volviera a saludarse con una sonrisa al pasar.

Todo para dar a su madre y a su hermana lo que habían deseado.

Por ellas, podría trabajar un poco más.

Extra:

Notas del Traductor (al Inglés)

El Diario del *Diario de la Apotecaria*

Vol. 11

¡Enséñame el Shogi!

Hola y bienvenidos a las reflexiones del equipo de traducción sobre el volumen 11 del *Diario de la Apotecaria*. En estos ensayos hemos dedicado mucho tiempo a hablar de las formas habituales que adoptan los problemas de traducción. En esta ocasión, vamos a analizar un problema de localización de los que no se ven todos los días.

En el capítulo 3, los personajes descubren registros de partidas de Shogi, que se dan en notación Shogi estándar.

Los trozos contenían inscripciones como “S59” y “+B83”. Incluso Maomao, que no tenía ningún interés en el shogi, reconoció que se trataba de anotaciones que mostraban cómo se habían movido las piezas en una partida de shogi. Esta notación incluía números extranjeros no utilizados en la provincia de Kaou, quizá para facilitar la lectura.

¿Eso siquiera significaba algo? Maomao contuvo un gemido. En lugar de eso, se volvió hacia Onsou y le preguntó: “¿Tienes otro tablero de Shogi y algunas piezas que nos puedas prestar?” Cuando no entendías algo, no había nada mejor que probarlo.

Onsou proporcionó los materiales y, con un clic-clic-clic, Maomao empezó a alinear las piezas.

“Veamos... S59 sería...” Intentó colocar las piezas donde indicaban las notas, pero cada vez sospechaba más que era un esfuerzo inútil. Estaba a punto de colocar uno de los peones cuando se detuvo.

“Qué curioso.” Intervino Chue, mirando el tablero. “Dice que Peón debe moverse a la fila dos.”

“¡Huh! Incluso yo sé que es un movimiento ilegal.” Incluso Lihaku estaba entrando en el acto.

Nuestro reto en este volumen fue el formato de los registros de las partidas de Shogi en notación japonesa frente a la notación occidental. Al abordar este pasaje, partimos de la premisa de que “lo semejante se traduce por lo semejante”; en otras palabras, para ofrecer a los lectores ingleses una experiencia similar a la de los lectores japoneses, era justo transponer la notación Shogi japonesa al estilo aceptado en inglés. Parece sencillo, ¿verdad?

El problema era que la notación Shogi estándar difiere sustancialmente entre los textos en japonés y en inglés, lo que creaba un rompecabezas para la traducción.

En esencia, la notación Shogi japonesa sólo requiere que se indiquen dos propiedades para un movimiento: el destino de una pieza en el tablero (escrito como dos caracteres: el primero escrito en números arábigos y representando la columna en el tablero, y un número kanji representando la fila), y la pieza que se mueve (escrita como un único carácter kanji representativo de esa pieza). En el texto anterior, lo que hemos transcrito como S59 en notación inglesa es 5九銀 (*go-kyuu-gin*) en notación japonesa: columna 5, fila 9 (九 es el kanji para 9), y la pieza es 銀, lo que llamamos General de Plata en nuestras traducciones.

La notación inglesa requiere los mismos aspectos que la japonesa, pero con una característica adicional: el movimiento que realiza la pieza. En inglés, cada pieza se designa con una letra (S de General de Plata [Silver]), y el destino se escribe con dos números, ambos arábigos (la columna 5, fila 9, se escribe 59). La notación occidental coloca un símbolo que denota el tipo de movimiento entre la pieza y su destino (- significa un movimiento simple, etc.) P-24 indicaría que un Peón (P) hace un movimiento simple (-) a la columna 2, fila 4 (24) en el tablero.

En resumen, ambos sistemas indican la pieza que realiza el movimiento, pero la notación occidental lo sitúa al principio de la

secuencia, mientras que la japonesa lo hace al final; la notación occidental incluye el tipo de movimiento (movimiento simple, movimiento con captura, etc.), lo que no es obligatorio en japonés; y ambos sistemas incluyen el destino, pero de nuevo, esto viene al principio en japonés y más tarde en la notación occidental.

Esto puede parecer sencillo, aunque hay otras peculiaridades que pueden hacer que la notación parezca aún más exótica en la traducción que en el original. Por ejemplo, otro de los movimientos mencionados es 8三馬 (8 árabe, kanji 3, “caballo”). *Uma*, “caballo”, es la abreviatura japonesa de “*ryuma*”, “caballo dragón”, que es la forma promovida del alfil (*kakugyou*). Mientras que el japonés tiene kanji separados para indicar cada una de las piezas promocionadas, como en este caso, la notación occidental utiliza el código de la pieza original precedido por un signo más. Así, el alfil promocionado se anota como “+B”, y la notación completa de esta jugada es “+B83”. (Por cierto, la línea sobre la notación que usa “números extranjeros no usados en la provincia de Kaou” es una traducción directa de lo que hay en el texto japonés. Dado que Maomao y sus compañeros evidentemente escriben con lo que nosotros llamaríamos caracteres chinos, pensamos que era justo describir los números arábigos como “extranjeros”, tanto si había uno como dos. Sólo otra de las muchas pequeñas consideraciones que entran en líneas aparentemente incidentales).

El principal problema de localización aparece con la línea de Chue, que renderizamos como: “Dice que el Peón debe moverse a la fila dos”.

En japonés, la frase es bastante breve: “¡*Nifu desu yo!*” La palabra “*nifu*” es la notación Shogi 二歩, o un kanji 2 seguido del carácter para “peón” (literalmente, “soldado de infantería”). En otras palabras, no se da el número árabe inicial (la columna del tablero), no porque no esté en los registros que están estudiando, sino porque no es lo que le interesa a Chue. Ya sabemos que el número kanji indica la fila en la que acaba la pieza. Un peón en la fila 2 le llama la atención porque — como al parecer sabe incluso Lihaku— los peones empiezan en la *tercera* fila y no pueden retroceder.

Eso está muy bien, pero como la notación occidental va de pieza, archivo de destino, fila de destino, no podemos indicar sólo la pieza y la fila sin dejar un hueco. Tendría que escribirse algo así como “P...2”, lo que tendría un aspecto extraño y podría no tener sentido, por no mencionar la cuestión de cómo se pronunciaría en voz alta, ya que Chue está hablando la línea. Por lo tanto, necesitábamos una forma de incluir en la línea sólo la información relevante, y presentarla como una declaración explicativa parecía la forma más sencilla de hacerlo.

Es un punto relativamente menor en el gran esquema de las cosas: todas estas consideraciones son en beneficio de esta única línea, y no es un tema que vuelva a aparecer en otras partes del libro. En traducción, incluso las cosas más pequeñas pueden tener detrás historias sorprendentemente grandes.

Hasta la próxima, diviértanse, lean mucho y ¡nos vemos en el volumen 12!

Palabras del Traductor

Hola, es Ferindrad. Antes de expresar mi opinión hagamos lo acostumbrado, primero déjenme agradecer a GJD, es gracias a su persona que esta novela se está traduciendo, y también a quienes continuamente leen mis otras traducciones, a todos ustedes: Gracias. Espero seguir contando con su presencia.

Ajá, el momento entre Jinshi y Maomao fue tan bonito como chistoso. Luego de ese momento todo fue full política y una que no sentí para nada densa.

Rikuson, muchacho... El pobre pasó por mucho y, bueno, ahora le toca gestionar todo un territorio para honrar la memoria de sus seres queridos.

Pensando en lo idiota y a la vez profunda que es la humanidad para terminar pensando y queriendo hacer cosas como la guerra, sin más nos leemos (?) en otra ocasión.

Para todos de Ferindrad.

**Las guerras son beneficiosas, a condición
de no hacerlas.**

FRANCISCO UMBRAL.

Escritor español.

(1935)

